

Julio César Cano

OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ

El inspector Monforti investiga un asesinato
en el Mercado Central



MAEVA

Julio César Cano

OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ

El inspector Monfort investiga un asesinato
en el Mercado Central



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra
web encontrarás
guías de lectura de algunos de
nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

Escenarios de la novela

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

A mi amigo, mi gran amigo, B.

Escenarios de la novela



«Algunas personas no tienen tanta suerte, como aquel personaje que interpretaba Marlon Brando en *La ley del silencio*.

Un buen muchacho que, sin embargo, no tiene la menor suerte.»

Toro salvaje

JAKE LA MOTTA

«Vaya donde vaya, oigo las voces de

los muertos, y me pregunto si podrán
seguirme hasta el otro lado del océano
Atlántico.»»

Las cenizas de Ángela

FRANK McCOURT

Prólogo

Como si de una laberíntica tela de araña se tratara, la ciudad de Castellón se une al barrio marítimo del Grao a través de infinidad de caminos agrícolas que discurren entre campos de naranjos y las acequias que los riegan. En primavera, un profundo aroma a azahar inunda el ambiente. Se trata de un paisaje solitario y poco conocido, el decorado perfecto para

llevar a cabo cualquier tipo de actividad delictiva.

En un almacén abandonado, situado en uno de los caminos menos concurridos, dos hombres pelean en un improvisado cuadrilátero ante un público que suda y abucea con los ojos desorbitados. La temperatura en el interior del infecto local supera con creces los treinta grados. La intensa humedad convierte el aire en una masa asfixiante difícil de respirar. Los dos hombres mantienen un encarnizado combate de boxeo. Uno de ellos se tambalea extenuado al recibir un duro golpe en la zona del hígado, pero se repone y vuelve a la carga. Al otro le

sangra una ceja y tiene el ojo tan hinchado que parece un tercer puño. Los espectadores vociferan lo que podrían ser los nombres de los luchadores, pero en realidad son solo sus apodos. Un hombre se pone de pie sobre un taburete en una esquina del local y, de forma manifiesta, muestra al público sus manos con sendos fajos de billetes.

—¿Quién da más? —grita para que los presentes puedan oírlo.

El fajo de la mano izquierda es más abultado que el de la derecha. Levanta la izquierda y anuncia a gritos el apodo de uno de los púgiles. A continuación levanta la derecha y

clama el apodo del otro boxeador. Los espectadores depositan su dinero en una u otra mano del que parece dirigir la timba mientras este va anunciando la subida de las apuestas.

Los hombres continúan con la endemoniada pelea. Los golpes se suceden sin piedad; es un combate de boxeo, aunque parece mucho más que eso. No se trata de deporte, sino de una lucha por dinero. Los que están dentro del ring pelean por salvar la vida mucho más que por alcanzar la gloria.

En una décima de segundo, y sin que nadie se lo espere, el que parece estar menos entero lanza un gancho terrible que impacta directamente en la sien de

su adversario, provocándole un quejido surgido del alma. Se oyen murmullos de consternación entre el público. El protector bucal sale despedido y algunas gotas de sangre salen disparadas en todas las direcciones. El púgil alcanzado cae al suelo, tambaleándose como una marioneta a la que de repente le han cortado los hilos. Los ojos en blanco. Las piernas sufren una convulsión. Una sacudida, otra más, otra, y el hombre queda inmóvil con la cabeza ladeada en el suelo del almacén. Los asistentes están divididos. Unos claman al verse vencedores; los otros blasfeman cariacontecidos, estupefactos.

El que tiene el dinero de las apuestas se pasa el pulgar por la lengua y empieza a contar los billetes. Los que habían apostado por el ganador improvisan una fila frente al del dinero, los otros agachan la cabeza y salen despacio sin dejar de mirar a aquel por el que habían invertido.

El perdedor continúa inmóvil en el suelo. Un hombre arrodillado junto a él intenta reanimarlo haciendo algo parecido a un masaje cardiaco. Desesperado, le practica la respiración boca a boca para insuflarle algo más que oxígeno.

El del dinero parece no inmutarse y

*sigue contando los billetes con los ojos
inyectados de codicia.*

*Una mujer lanza un grito aterrador,
sujetándose en las cuerdas del ring.*

Fue bonito mientras duró, pensaba la agente Silvia Redó sentada al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las palmas de las manos aguantándole la cabeza. Dormir se había convertido en una necesidad difícil de satisfacer. Los fármacos la adormecían durante un par de horas, pero pasado ese tiempo, clic y vuelta a empezar.

Jaume Ribes se lo había puesto más

fácil de lo que cabía esperar en una ruptura sentimental. Encajó el golpe como un escollo con el que se tropieza en el camino, y tomó las riendas del asunto como si tuviera claro lo que debía hacer. Le habló con calma, sereno; estaba triste, pero entero. Habló de la felicidad de ambos, del poco tiempo transcurrido y de todas las sensaciones maravillosas que había experimentado junto a ella; de sus trabajos, tan poco compatibles, pero a los que no quiso atribuir la responsabilidad de la ruptura. Silvia estuvo a punto de arrepentirse de su decisión, de desmoronarse en un mar de lágrimas mientras él intentaba llevar aquella situación dolorosa por el camino

del raciocinio, con el ánimo de conservar una amistad que ella sabía que sería imposible de mantener. Mientras le hablaba, agarrándole de la mano, desde algún rincón de su cuerpo había sentido el impulso de besar aquellos labios y arrancarle la camisa para acariciar su torso firme una vez más. No tengo remedio, pensó poniéndose en pie para dirigirse a la ducha. Se llevó una mano a la frente. ¡Incluso le había ofrecido quedarse en el piso de Castellón el tiempo que fuera necesario! Ella lo había rechazado sin dudar, claro. Compartir piso la hubiera llevado a mucho más que a abrir una puerta con la misma llave.

Ocupaba ahora la habitación reservada para el inspector Monfort en el Hotel Mindoro de Castellón de la Plana. Él había regresado urgentemente a Barcelona. Su madre estaba ingresada en el hospital y la cosa no parecía pintar nada bien.

En el hospital de Sant Pau de Barcelona, Bartolomé Monfort fumaba con gesto contenido junto a la garita del vigilante de seguridad.

—Perdone, pero aquí no se puede — advirtió el guardia, asomando la cabeza por la ventanilla con la vista fija en el

cigarrillo recién encendido—. Puede hacerlo al otro lado de la calle —indicó.

Pero el inspector Monfort ya había aplastado el pitillo en la parte superior de una papelera, para encaminarse de nuevo hacia el interior del emblemático hospital, una de las joyas arquitectónicas de la ciudad y un magnífico ejemplo del modernismo catalán.

La madre de Monfort sufría una grave insuficiencia renal que llevaba de cabeza al acreditado doctor Senent. Un par de horas antes le había comentado que habría que esperar poco menos que un milagro para que saliera de la situación actual. Creía estar preparado

para el desenlace. De hecho, hacía ya algún tiempo que se temía lo peor cada vez que veía el número de teléfono de la casa de sus padres reflejado en la pantalla de su móvil. Su padre se encontraba bien, pero su cabeza iba y venía cual barco a la deriva. En cambio, su madre siempre había estado delicada de salud. La asistenta lo telefoneó justo después de llamar a la ambulancia, su madre se acababa de desplomar en medio del salón del domicilio familiar.

El inspector había coincidido casualmente con el doctor Senent en unas jornadas sobre medicina forense, impartidas por un amigo común. Más

tarde, los tres se encontraron en la barra del bar del hotel en el que se alojaban.

Ahora la madre de Monfort estaba en la unidad de cuidados intensivos. Que el doctor Senent lo conociera no mejoraba su estado, pero le reconfortaba poder preguntar y que le repitiera, una y otra vez, lo que ya sabía de antemano.

Como todos los sábados, en el Mercado Central de Castellón de la Plana había una actividad frenética. Era un espectáculo de colores, olores, sabores y sonidos. Una sucesión de puestos alineados exhibían con orgullo sus preciados productos, compitiendo

unos con otros en frescura y calidad. La sección de pescados y mariscos era, sin duda, la joya del mercado; el cercano puerto del Grao suministraba las mejores piezas para deleite de los clientes. El resto de secciones tampoco se quedaba a la zaga: frutas, verduras, carnes, embutidos, quesos, salazones, aceites... Los bares instalados a las puertas del mercado trabajaban a destajo.

Entre la maraña de clientes, curiosos y turistas, un hombre caminaba con paso firme y decidido hacia los aseos públicos. Ocultaba las manos en los bolsillos de su chaquetón negro. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas

dilatadas. Caminaba deprisa. Entró en el lavabo para hombres, echó el cerrojo y se aseguró de que la puerta quedara bien cerrada. Sacó las manos de los bolsillos del chaquetón, llevaba guantes, pero estaban manchados de sangre. Se los quitó con cautela, buscó una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo y metió en ella los guantes manchados, la anudó con fuerza, y la introdujo de nuevo en el bolsillo del chaquetón. Apoyó las manos en la pila que había enfrente y se miró directamente en el espejo. Abrió el grifo y observó como el agua giraba junto al desagüe y luego desaparecía. Le hubiese gustado ser como el agua, girar y desaparecer, pero

no podía, ahora ya no. Pulsó el botón del dispensador de jabón y se frotó las manos para desprenderse del olor de la sangre. A continuación se lavó la cara con fruición y se miró en el espejo una vez más. De repente alguien llamó a la puerta. El hombre se apresuró a secarse las manos con papel higiénico. Abrió la puerta y salió deprisa, tropezando con un joven que llevaba un delantal de pescadero. El joven lo miró de arriba abajo y el hombre giró la cara para no ser visto. Caminaba rápido entre la muchedumbre de clientes que abarrotaba el mercado, buscó la salida más cercana y salió a la plaza. Entonces se detuvo un instante para tomar aire, como si en el

interior del local no quedara oxígeno. Rozó con la punta de sus dedos la bolsa con los guantes manchados que ocultaba en el bolsillo. Levantó la solapa del cuello del chaquetón. Hacía frío. Enero era el mes en el que las temperaturas descendían de forma más acusada en toda la provincia. Un viento que pinchaba como pequeños alfileres campaba a sus anchas por la plaza Santa Clara. Se relajó a medida que se alejaba, pero no tanto como para no oír el grito desgarrador que provenía del interior del Mercado Central.

En el comedor del hospital, Monfort

sostenía un plato con un cuarto de pollo asado y patatas fritas. Una fila de personas recogía los platos cocinados del bufé para depositarlos en las bandejas. Algunos tenían el gesto compungido de dolor, otros ni siquiera veían lo que se servían. El plato estaba caliente. Lo depositó en la bandeja junto a la servilleta de papel, los cubiertos y un pedazo de pan. Al pasar junto a las bebidas, miró de reojo las latas de cerveza y los botellines de vino, pero optó por una botella de agua. Pagó en la caja con un billete de veinte euros y buscó una mesa libre. Al fondo del comedor un brazo alzado reclamaba su atención: el doctor Senent. Se dirigió

hasta allí y se sentó a su lado. La elección del doctor era más simple: bocadillo de tortilla de patatas y una cerveza sin alcohol. Monfort miró su plato y pensó que se había equivocado al elegir.

—¿Está bueno? —preguntó, señalando el plato del doctor.

—Aquí todo sabe igual —contestó Senent—. No sé qué le ponen, pero todo tiene el mismo sabor, lo mismo da que elijas una cosa que otra. Comida de supervivencia.

—Ya —repuso resignado.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó el doctor, y le dio un mordisco al bocadillo

del que asomaban dos generosos pedazos de tortilla.

—No lo sé —contestó, y se encogió de hombros—. No estoy acostumbrado a venir a estos sitios y que los pacientes sean de la familia. Normalmente son delincuentes que hay que interrogar de inmediato, sin esperar a que se repongan de sus heridas.

—Tu madre... —comenzó, cambiando totalmente el rumbo de la conversación.

—... se muere. —Monfort terminó la frase por él.

—Me temo que poco vamos a poder hacer. Creo que no tardaremos mucho en trasladarla a Cuidados Paliativos.

—¿Cuánto puede durar? —Recordó el

bondadoso rostro de su madre y sintió un leve escalofrío.

—No estoy seguro. —El doctor ya había dado cuenta de medio bocadillo mientras que Monfort solo había comido un par de patatas fritas y un pellizco de la carne del pollo—. Dependerá de ella, de la resistencia que oponga a marcharse, de las ganas de vivir que le queden.

—Ese comentario no es muy científico —puntualizó.

—No, pero es lo que hay —apuntó el doctor poniéndose en pie—. ¿Quieres café?

—Si lo tomamos fuera, sí —contestó, a la vez que dejaba los cubiertos en forma

de cruz por encima del cuarto de pollo que apenas había probado.

—¿Fumas? —preguntó el doctor.

—Fumo —asintió el inspector casi con alivio—. Invito yo.

El piso en el que había vivido con su esposa estaba impoluto. Aunque él pasara la mayor parte del tiempo lejos de allí, una empresa de limpieza se encargaba de mantenerlo en perfecto estado de revista. Acarició con las yemas de los dedos la fotografía de su esposa que había en el mueble de la entrada. Encendió todas las luces que encontró en su camino hacia el salón.

La vivienda estaba situada en la Rambla de Catalunya, cerca del edificio de la Diputación de Barcelona. En la placa de la puerta todavía se podían leer sus nombres: Violeta Fortuny y Bartolomé Monfort. Manolo, el portero, le entregó un fajo de cartas sujetas por una goma y lo saludó cordialmente como si se hubieran visto unas horas antes. Esa era para Monfort la mejor virtud del portero: no hacía preguntas incómodas. Dejó en la cocina una bolsa con alimentos que había comprado en el viejo colmado de la esquina de la calle Córcega. Queso parmesano, jamón cocido, pan y una botella de vino de Somontano. Retiró la sábana que cubría

el sillón desgastado y lo acercó al ventanal para ver a los viandantes que paseaban por la parte central de la Rambla de Catalunya. Escogió un disco de entre la colección que ocupaba parte de una de las paredes junto a la chimenea francesa: *Abbey Road* de los Beatles. Lo acomodó con suavidad en el tocadiscos. La aguja empezó a deslizarse sobre los gastados surcos del vinilo. La primera canción de la cara A inundó de acordes el salón. *Come Together*. Fue hasta la cocina y después regresó al sillón con la botella de vino y una copa. Respiró profundamente.

Pronto, quizá demasiado pronto, su

madre estaría con Violeta. No supo si debía envidiarla por ello.

Salió del ascensor al rellano de la escalera. El piso estaba en una calle tranquila del centro de Castellón. Introdujo la llave en la cerradura. Su pulso seguía siendo firme, miró sus manos y pensó que quizá hubiera sido normal que le temblaran. Pero no era así, todavía estaba en forma. Una vez dentro, envió un mensaje de texto a un número de su agenda de contactos del móvil. «Ya está», escribió, y a continuación pulsó el botón de enviar. Un minuto más tarde recibió la respuesta

escrita: «OK». Nada más. Así de sencillo.

Sin quitarse el chaquetón fue a la cocina y se bebió un vaso de agua del grifo. Apoyó la espalda en la encimera y encendió un cigarrillo. Satisfecho por el trabajo ejecutado, le dio una larga calada, y mientras retenía el humo en su interior intentaba calmarse y recobrar su ritmo habitual, escuchó un ruido proveniente de la terraza. Pensó que eran las palomas que llenaban el pequeño espacio de excrementos y plumas; lo ponían enfermo. No quería que los nervios le pasaran factura e intentó relajarse. Volvió a oír el aleteo de las aves. Aquello le irritaba

enormemente. Abrió la puerta corredera con decisión, con la intención de espantarlas, y el aire frío le dio en la cara. Las palomas habían desaparecido. Observó asqueado la suciedad que provocaban.

Antes de darse la vuelta, oyó un ruido distinto, una pisada, un chasquido. Se giró y sintió un pinchazo agudo en el pecho, seguido de una sensación de quemazón. Se llevó la mano al lugar de donde provenía el dolor y notó cómo se le manchaba de sangre. Levantó la vista. Antes de que los ojos se le cerraran para siempre, pudo ver el rostro de quien empuñaba un arma con silenciador.

Le despertó el desagradable sonido del móvil. La música de los Beatles había dejado de sonar y la aguja del reproductor había vuelto a la posición de reposo. La lámpara del salón seguía encendida y las cortinas dejaban entrever las luces mortecinas del amanecer en la ciudad. Miró la hora en su reloj de pulsera: las siete y doce minutos. Se había quedado dormido en el sillón. Pulsó el botón verde del teléfono sin fijarse en quién llamaba. Temió lo peor, el rostro del doctor Senent se le hizo presente. Pero el que habló no fue él. Desde la primera palabra, reconoció la voz que se

disculpaba por la hora intempestiva de la llamada.

—¿Cómo está tu madre? —Romerales, el jefe de la Policía de Castellón de la Plana, hablaba con tono lacónico.

—Mal. —Al contestar se dio cuenta de que sus palabras sonaban ásperas—. Sospecho que no me has llamado para preguntar por mi madre. De todos modos, te agradezco el interés.

El doctor Senent salió a su encuentro en mitad del pasillo. Monfort había podido ver a su madre unos instantes antes a través del cristal de la unidad de cuidados intensivos. Se estrecharon las

manos con franqueza. Monfort había hablado con él por teléfono justo después de que el comisario Romerales colgara.

—No te preocupes, no puedes hacer nada aquí. Si hay algún cambio, te llamaré. Como te he dicho esta mañana, de momento voy a mantenerla en la uci. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Miró a su alrededor. Estaba lleno de personal médico y de aparatos sofisticados que servían para mantener con vida a los enfermos. Sacrificio, esfuerzo, valor, tesón..., veía tantas cosas buenas que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Cómo te lo puedo agradecer? —preguntó con indecisión.

—Es nuestro trabajo —dijo el doctor al tiempo que alzaba ambas manos para quitarle importancia—. Cada uno tenemos el nuestro, ¿no? Si no fuera así, no te irías en estos momentos.

Monfort asintió con resignación, se sentía cansado, pero sabía que en cuanto saliera a la carretera y su mente empezara a trabajar, se olvidaría de casi todo y la vida volvería a empezar de la única manera que conocía en los últimos años.

—¿Puedo? —preguntó vacilante, señalando a su madre a través del cristal—. Ya sé que no es la hora.

—Claro, le hará bien. Conocerme te sirve de enchufe en este hospital. Acompáñame, tienes que entrar debidamente equipado, y recuerda que te escuchará.

Pasaban de las ocho de la tarde de aquel domingo, cuando aparcó el Volvo frente a la depauperada comisaría de Policía de Castellón de la Plana. Había conducido sin detenerse más que para repostar combustible y tomar un café, aguado y caro, en un área de servicio abarrotada de turistas asiáticos. La ronda de la Magdalena estaba completamente desierta. Sin apenas

tráfico y sin gente, la ciudad parecía esperar con desidia la llegada de otro ajetreado lunes.

El comisario Romerales salió a su encuentro. Tras saludarse pasaron al interior del atestado despacho.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó el comisario, a la vez que quitaba los papeles apilados en una de las sillas frente a su mesa.

—Como siempre. La autopista es como un cordón umbilical entre estos dos lugares a los que vivo encadenado.

—Espero que tu madre esté mejor.

—Dicen que no le queda mucho.

—Paciencia —repuso el comisario. No sabía qué otra cosa podía decir.

–Cuéntame –lo animó para no dilatar más el momento de empezar.

–Se trata de un hombre de sesenta y tres años. Se llama, se llamaba, Pedro Casas. Se dedicaba a la importación de baratijas para venderlas en las tiendas de todo a cien. Estaba separado de su esposa desde hace algunos años. Tienen una hija que vive en Barcelona. Vivía solo en un piso de la calle Fernando el Católico, cerca del lugar donde se encontraba su empresa. Últimamente el negocio iba de capa caída, de los catorce trabajadores que llegó a tener en su día, no le quedaba ninguno. Es posible que estuviera tratando de jubilarse.

—¿Quién está trabajando en esto?

A Romerales le sobrevino algo parecido a un ataque de tos.

—La inspectora Ana Forcada no podrá estar con nosotros. Mañana mismo se marcha a Madrid para incorporarse a un caso de proxenetas lituanos. Los agentes Terreros y García, y también la agente Silvia Redó, trabajarán a tus órdenes.

—¿Y Corral? —preguntó Monfort, mirando hacia otro lado.

—El subinspector Corral ha pedido el traslado. No sé si se lo concederán. De momento prefiero que no intervenga. Hemos tenido más desavenencias desde la última vez.

—¿Qué le hicieron exactamente a la

víctima? –resopló Monfort volviendo al asunto.

–Le cortaron el cuello con un cuchillo detrás de uno de los puestos del Mercado Central.

–¿Tenéis el cuchillo?

–Sí. El que cometió el asesinato lo robó en una carnicería del mercado. El propietario está muy asustado. Dice que en un momento dado se dio cuenta de que le faltaba uno de los cuchillos, pero no hizo nada porque tenía muchos clientes esperando para ser atendidos. Pensó que se le habría caído al cubo de la basura o algo así.

–¿El cuchillo estaba junto al cadáver?

–Sí. Aunque lo más curioso es que lo

tenía en una mano.

–Pero no fue un suicidio –afirmó Monfort.

–No es nada probable. El doctor Morata se personó en el lugar de los hechos y dijo que era del todo improbable que él mismo se hubiera infringido semejante herida.

El médico forense y el comisario Romerales eran amigos. El doctor Morata era un erudito en su trabajo. Monfort lo conocía de otros casos y siempre le había extrañado que estuviera trabajando en una ciudad como Castellón. En ocasiones, al inspector Monfort se le olvidaba que para otras personas había vida más allá de su

ingrato trabajo. Con toda probabilidad, el doctor Morata se sentía feliz en aquella pequeña ciudad, con su familia y, precisamente por eso, había descartado trabajar en un lugar más acorde con sus conocimientos.

—¿Quién lo encontró?

—La chica de la panadería. Justo detrás está el cuarto de la limpieza. Fue a tirar un par de cajas y entonces lo vio junto a un charco de sangre. Armó un escándalo, empezó a gritar como si se hubiera vuelto loca. La muchedumbre que el sábado por la mañana abarrota el mercado salió de estampida del edificio. Algunas personas mayores cayeron al suelo empujadas por los histéricos que

corrían despavoridos. Imagínate el caos. Todo el mundo gritando y saliendo de allí como alma que lleva el diablo.

—O sea —apostilló Monfort—, que cualquier posibilidad de atrapar al que lo hubiera hecho se esfumó en un santiamén.

—Así es —asintió Romerales con pesar—. Tardamos apenas cinco minutos, pero cuando llegamos el mercado ya estaba cerrado y algunos periodistas y muchos curiosos se agolpaban en la entrada. Los encargados del centro habían cerrado todas las puertas y despejado a los clientes.

—Su exmujer —continuó el comisario— vive en Almassora. Terreros y García

fueron a contarle lo sucedido. Se vino abajo. Los agentes le tomaron declaración, pero la mujer estaba en estado de *shock*, no daba crédito a lo que había pasado. Se ha trasladado temporalmente a casa de su hermana, que vive cerca de su domicilio, para no estar sola.

—¿Y la hija? —preguntó Monfort.

—Debe de estar en camino, si es que no ha llegado ya.

Marcó el número de Silvia Redó. Tras saber que había roto su relación con Jaume Ribes, él le había cedido su habitación reservada en el Hotel

Mindoro. Pensaba que pasaría una temporada en Barcelona más larga que corta. Pero las circunstancias habían cambiado. La llamó con la intención de que no se preocupara, que siguiera allí, ya pediría otra habitación para él. Mientras se dirigía al hotel, la llamó, pero no la pudo localizar.

En la recepción lo saludaron tan amablemente como siempre. A veces dudaba de si realmente se alegraban de verlo o era una forma grata y educada de recibir a los huéspedes.

—Hay una nota para usted, señor Monfort —dijo la recepcionista, que le tendió un pequeño sobre cerrado.

Abrió el sobre y leyó las cuatro líneas

escritas. Sonrió y volvió a guardar la nota, no sin antes percibir que olía a un perfume que conocía bien.

—Creo que vuelvo a tener disponible mi habitación —dijo enarbolando el sobre—. ¿Verdad?

—Así es, señor. Aquí tiene la llave. ¿Desea que le subamos el equipaje?

—Debes de verme muy mayor —bromeó y se dirigió al ascensor.

Silvia había aceptado la invitación de la inspectora Forcada de alojarse en su flamante piso de la avenida del Mar. Se lo explicaba a Monfort en la nota porque sabía que regresaría a Castellón nada

más conocer los hechos del Mercado Central. Le dio las gracias por dejarle ocupar su habitación y le escribió algún comentario gracioso sobre lo que se rumoreaba entre el personal del hotel acerca de aquel trasiego de alcoba.

Ana y Silvia charlaban sentadas en el sofá del ático desde el que, a lo lejos, se veía el mar, como una línea azul que pugnaba por ganar el horizonte. Bebían gin tonic y de fondo se oía música suave. Silvia le relató a su compañera el desenlace de su relación con el doctor Jaume Ribes.

—Es guapo —observó Ana, llevándose la copa a los labios.

—Sí, demasiado. Cada vez que hablo

con él me tiraría a sus brazos de nuevo, como una colegiala, pero no puede ser. No estoy convencida, no puedo engañarlo. No estoy tan enamorada, o eso creo. Yo que sé, estoy hecha un lío, como siempre.

Silvia no se estaba quieta, se atusaba el pelo, cambiaba de posición en el sofá una y otra vez, cruzaba las piernas, se sentaba sobre ellas, se mordía las uñas y vuelta a empezar.

—Lo que tienes es una empanada mental —soltó Ana con guasa para quitarle hierro al asunto.

—Lo sé, lo sé. ¿Te crees que no lo sé? —Se levantó del sofá y miró el azul del mar a través de la cristalera que daba a

una gran terraza—. Con los hombres siempre me pasa igual: me enamoro perdidamente y luego, al poco tiempo, aparecen las dudas, los reproches conmigo misma, la inseguridad. Las tonterías.

—Pues a mí me parece que estás desaprovechando un tiempo maravilloso que luego igual no recuperas. —Ana levantó las manos como si no se hiciera responsable de sus propias palabras.

—Gracias, eso, tú dame ánimos, ya estoy bastante hecha polvo —se quejó Silvia volviendo de nuevo al sofá, para dejarse caer otra vez.

Ana dio una palmada y se puso en pie de un brinco.

—¡Bueno! Yo no sé lo que pasará contigo y con tus hombres, pero esta noche no pienso quedarme aquí para vestir santos. Mañana me marcho y me espera mucho trabajo con el caso de los lituanos. Así que ya te estás poniendo guapa que nos vamos a cenar a un lugar que conozco en el que nos tratarán como a dos princesas.

—Si hay hombres, no voy —replicó Silvia frunciendo el ceño.

—¡Espabila que la vida son cuatro días! —sentenció su compañera, y le tiró a la cabeza uno de los mullidos cojines del sofá.

Luis tenía catorce años cuando sucedieron los hechos que marcarían su destino.

En la escuela se reían de él, de sus proporciones deformes, de sus largos brazos, de sus piernas torpes y larguiruchas y de su cabezota apepinada. Se veía distinto a los otros niños, pero cuando preguntaba a sus padres por aquello que le hacía diferente, no obtenía ninguna respuesta. Pensó que lo normal hubiera sido que el maestro le hubiera defendido de los que se mofaban de sus defectos, pero él también se reía. Lo llamaba lerdo, corto, anormal; decía

que estaba a medio hacer, y todos reían sus gracias. Le lanzaba pedazos de tiza desde la pizarra hasta el pupitre que ocupaba en la última fila. Nadie quería sentarse a su lado.

La niña de las trenzas que tanto le gustaba se llamaba Carmen, pero ella ni siquiera había reparado en él. La miraba embobado, le gustaba mucho. Por supuesto, no se atrevía a decirle nada. La seguía hasta su casa al salir de clase sin que ella se diera cuenta. La espiaba desde el seto que bordeaba el jardín que había frente a su casa. Se pasaba horas detrás del matorral, imaginaba que lo esperaba en su habitación y que, después de cenar, se

quitaba la ropa para meterse en la cama. Por la noche, en su casa, mojaba las sábanas pensando en ella. Le gustaba mucho. Llevaba siempre el pelo recogido en dos trenzas peinadas con destreza. El uniforme del colegio le quedaba muy bien. La falda de cuadritos le cubría los muslos y dejaba a la vista sus rodillas torneadas. En clase solía levantar la mano cuando el maestro preguntaba. Respondía siempre correctamente, y él la felicitaba por estar tan atenta. A continuación, lo ponía a él como ejemplo de los que no aprendían nada en clase, porque, según decía, le faltaba un hervor. Intentaba estudiar,

pero no le entraba nada en la cabeza. O al menos eso creía de tanto oírlo en boca del maestro.

En aquel curso, a Carmen le crecieron los pechos de un día para otro y el cambio en su físico fue más que notable. Los chicos empezaron a rodearla a la hora del recreo. Luis nunca pudo oír lo que le decían porque jamás estuvo lo suficientemente cerca de ella, pero veía cómo se ruborizaba y sonreía con picardía. Empezó a subir el dobladillo de la falda para que fuera más corta, a desabrocharse un nuevo botón de la camisa que dejaba entrever un poco más la piel rosada de su escote. Un día, llegó a clase sin sus

habituales trenzas. Tenía el pelo de color caoba, lo llevaba suelto y la melena al viento causó gran revuelo en la clase. Los chicos discutían por ella, algunas amigas se distanciaron. Ella llevaba en el rostro la marca del triunfo, la de la que se sabe admirada por los demás. Luis la vio una tarde fumando a hurtadillas en la puerta del gimnasio con uno de los chicos mayores. Cuando ella lo vio, apagó el cigarrillo con premura y se marchó deprisa.

A la mañana siguiente, cuando Carmen colgó su abrigo en los percheros que había en la pared del fondo de la clase, justo detrás de la

última fila donde él se sentaba, se armó de valor, apartó una silla vacía y le dijo que, si quería, podía sentarse a su lado. Ella frunció aquellos labios que tanto había soñado en besar algún día. Arrugó la nariz con un gesto delicado, se atusó el pelo con una mano y le dijo en voz alta, para que pudieran oírla los demás: «Apesta a sudor y a meados».

Como si le hubieran pinchado con un tenedor en el culo, se levantó de un salto, aturdido, nervioso, compungido, morado de rabia y de dolor. Tiró al suelo el pupitre. Recorrió el pasillo del aula a grandes zancadas mientras veía los rostros de sus compañeros desencajados por las risotadas. Se

volvió. La vio agarrarse el cuerpo para no partirse de risa. Todos se mofaron a su paso, pero él no los escuchaba, no podía oír nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sus pies parecían no tocar el suelo, volaba a través del aula. Cuando llegó a la puerta, tropezó con el maestro. Llevaba puestas sus gafas redondas apoyadas en la parte baja de la nariz y lo miró por encima de los cristales con una mueca de asco que se le clavó en lo más profundo de su ser. El maestro dijo algo que él no atinó a entender. Los compañeros se retorcían de risa, una risa muda que sus oídos no llegaban a alcanzar. Se dio la vuelta de nuevo.

Carmen ya no reía, había palidecido, su rostro tenía el mismo color que las encaladas paredes del aula. Le pareció que negaba con la cabeza, como en un gesto de desesperación. Empezó a caminar hacia él, gesticulando sin articular palabra alguna. Todos dejaron de reír de repente. Volvió de nuevo la vista a la puerta. El maestro seguía allí, mirándolo de arriba abajo, con desprecio, con descaro. Y entonces, en una centésima de segundo, oyó el grito ahogado de Carmen. Pero ya era demasiado tarde. El puñetazo dio de pleno en el mentón del maestro y lo alzó dos palmos del suelo. Como a cámara lenta, la barbilla se batió

oscilante en todos los sentidos, se le quedaron los ojos en blanco, se le abultó la nariz y empezó a sangrar. Cuando las piernas se dejaron vencer doblándose por las rodillas como un objeto sin vida, le dio un nuevo golpe en el estómago que lo convirtió en una especie de muñeco de trapo y cayó contra las baldosas del suelo. Fue el último día que Luis pisó la escuela, el último día que vio a sus compañeros reírse de él. El día en que ella empezó a tenerle respeto, aunque el respeto se confundiera en demasiadas ocasiones con el miedo.

Silvia y Monfort se reencontraron a las ocho y media de la mañana en uno de los despachos de la comisaría. Monfort se alegró de verla. Ella también, sin embargo, no tenía ganas de hablar. Estaba sentada con los codos apoyados en la mesa.

—¿Qué te pasa?

—Anoche salimos —contestó Silvia con la voz pastosa.

–¿Salimos?

–Ana Forcada y yo.

–Hay formas y formas de salir –
apuntó Monfort, prolongando el labio inferior hacia delante.

Silvia hizo un gesto con la mano para advertirle de que ya era suficiente. Monfort optó por dejarla en paz, conocía muy bien aquel estado, pero la paz duró poco. El comisario Romerales entró en el despacho como un huracán.

–¡Buenos días! ¡Pongámonos a trabajar! –ordenó mientras dejaba una abultada carpeta encima de la mesa.

De la carpeta fue sacando una a una las fotografías del cadáver hallado en el Mercado Central. Con cuidado y en el

orden que llevaba anotado en una libreta, las fue fijando en el panel de corcho de una de las paredes del despacho que alguien había vaciado previamente.

—Pedro Casas, empresario —el comisario leía sus notas a toda prisa—, separado, con una hija...

Monfort resopló, interrumpiéndolo.

—Todo eso ya lo sabemos —dijo el inspector.

Romerales le lanzó una mirada que no auguraba nada bueno.

—¿Era rico? —preguntó Monfort y tomó asiento—. ¿Qué se ha encontrado en su domicilio?

—Los agentes Terreros y García se han

puesto ya con el tema de sus cuentas bancarias, movimientos de tarjetas, transacciones de la empresa y esas cosas.

—¿Cuándo tendremos resultados?

—Espero que al final de esta misma mañana nos pasen el informe del banco y de la empresa. ¿Y a ti qué te pasa? —inquirió el jefe mirando a la agente—.

¿No preguntas nada?

—No le das tiempo —contestó Monfort—. Te apañas bien solo.

Silvia estaba mareada. Prefería estar callada y esperar a ver por dónde iban los tiros.

—Bueno, ya veo que no está el horno

para bollos –atajó Romerales–. Si os parece bien, voy a repartir el trabajo.

–Reparte, reparte, a ver a quién le toca la mejor parte –dijo Monfort en tono gracioso, y miró de reojo a Silvia, que los seguía con semblante huraño. Romerales obvió el comentario.

–Terreros y García se encargarán del tema de los bancos. Ayer interrogaron ya a algunos vecinos de la víctima. ¡Silvia! –exclamó para captar la atención de la agente–. Me gustaría que investigaras la actividad de la empresa y a sus antiguos trabajadores. Sabemos que actualmente apenas funcionaba, pero no mucho tiempo atrás había sido un buen negocio con una plantilla considerable.

–¿No habría que registrar a fondo su domicilio? –preguntó Silvia volviendo a la realidad.

–Hazlo también –contestó Romerales un poco importunado.

–¿Y yo, jefe? –dijo Monfort levantando el brazo como si estuviera en la escuela.

–Déjate de cachondeo, no me jodas. Ve a ver a su exmujer, habla con su hija, interroga a la familia. No estaría de más que fueras al Mercado Central. Tú no estuviste allí, quizá alguien vio algo y se olvidó de decírnoslo. ¿Os parece bien? –concluyó Romerales.

–¿Tenemos alguna otra opción? –preguntó Monfort.

—¡No! —contestó secamente Romerales.

—¡Dios, qué genio! —suspiró Silvia.

—Nos vemos aquí otra vez a las ocho de la tarde. Espero que saquemos algo en claro y podamos dar pronto carpetazo a este asunto.

—¿Nos invitarás a cenar? —preguntó Monfort mirando a su compañera con gesto de complicidad.

Por toda respuesta, Romerales se volvió de espaldas empuñando el teléfono y marcó un número de memoria.

—¡Terrerros! —dijo mientras los dos policías abandonaban por fin el despacho.

Ya en la calle, Monfort llamó al

doctor Senent.

–Dame alguna buena noticia –dijo mientras encendía un cigarrillo.

El Mercado Central era un lugar muy concurrido. Monfort se dio cuenta enseguida de que en todos los puestos se comentaba lo que había sucedido. Era lo más lógico. En los pasillos había algunos corrillos de gente que hablaba del tema en voz baja. Dos policías pasaron junto a él. Se había reforzado la vigilancia en el interior del mercado y en las calles aledañas. Dos individuos de una televisión local entrevistaban a un hombre alto y delgado que

despachaba frutas y verduras. Uno grababa con una pesada cámara al hombro, el otro esgrimía un micrófono poniendo cara de circunstancias. No era para menos. Una señora se desesperaba al ver que el tendero atendía a los de la televisión y no a ella.

En cajas pulcramente ordenadas, se exhibían frutas y verduras de la mejor calidad. A Monfort le encantaba el paisaje gastronómico de los mercados. En Barcelona, en lugar de ir al archiconocido mercado de La Boquería, Monfort acudía de vez en cuando al mercado de Sant Antoni.

Evidentemente, el de Castellón era más pequeño, pero los puestos de

pescados y mariscos ocupaban casi una mitad del recinto. Caminó despacio, deleitándose con la imagen de los bogavantes, doradas, merluzas y langostas. Tampoco quitaba ojo a todos aquellos tenderos, ojerosos la mayoría, intentando adivinar cuál de ellos podría aportar algún dato interesante. Le hubiera gustado interrogarlos a todos. No lo descartó. Salió del recinto por una puerta lateral que daba a las dos plazas que rodeaban el edificio, la plaza Mayor y la plaza Santa Clara. Allí, adosado a las paredes del propio mercado, había un quiosco de prensa y un pequeño bar, apenas una barra de tres metros en la que un hombre con bigote preparaba

bocadillos con una mezcla hecha a base de bacalao desmigado, cebolla picada, pimentón rojo y aceite de oliva. Rellenaba con destreza los pedazos de pan crujiente y los servía con cuatro aceitunas negras en un plato. Aquella combinación de ingredientes hacía de aquel sencillo bocado todo un arte de la gastronomía popular de la ciudad.

—Póngame uno de esos, por favor —pidió al hombre, señalando el que acababa de preparar.

—*Un d'abaetxo i pebre roig!* —cantó el hombre mientras le tendía un plato con una punta de pan de un palmo con aquella delicia en su interior.

—Gracias —dijo Monfort al alcanzar el

plato. Y añadió—: Y un poco de vino también, si es tan amable.

El hombre vertió cuatro dedos de vino tinto en un vaso de caña y se lo acercó.

—Parece que la gente no tiene miedo después de lo que pasó el sábado —se aventuró Monfort.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó el hombre con un marcado acento valenciano—. No nos vamos a quedar en casa. Tenemos que trabajar. Si no abrimos, no viene nadie, y si no viene nadie, pues ya sabe, a dos velas —concluyó a la vez que se pasaba los dedos índice y corazón por los ojos.

—Está claro —asintió Monfort con la

boca llena.

—Nadie vio nada —habló de nuevo el del bar—. De repente, todo el mundo se puso a gritar. La gente salía corriendo del interior del mercado muy asustada. Yo pensé que habían puesto una bomba, o que se había producido un escape de gas, no sé, algo así. Dicen algunos tenderos que hubo gente que se fue corriendo sin pagar lo que estaban comprando. Otros cogieron lo que pudieron al salir —suspiró de forma prolongada y su bigote se agitó ligeramente.

»En fin, gente *roín* ha habido siempre, pero lo cierto es que la mayoría salieron como alma que lleva el diablo. Los

periódicos hablan y hablan, igual que la radio y la tele, pero aquí nadie vio nada salvo la chica de la panadería que se encontró el muerto. Estaba degollado, detrás del puesto, junto al cuarto de los cubos de la basura. Lo mataron con un cuchillo de una de las carnicerías.

La barra se empezaba a llenar y el camarero se volvió de espaldas para lavarse las manos. Monfort esperó a que sirviera los bocadillos y las bebidas que le pedían y pidió la cuenta.

—¿Café? —preguntó cuando le devolvía el cambio.

—No, gracias. —Monfort no iba a echar a perder el magnífico sabor del bacalao con el café, y lo saludó con la cabeza

antes de sacar la cajetilla de cigarrillos del bolsillo.

El lugar de los hechos todavía estaba sellado con cinta de balizamiento policial, pero allí no quedaba nada que valiera la pena conservar. Los agentes ya habían escudriñado a fondo cualquier cosa que pudiera ser importante. Había dos grandes cubos de color negro, un armario metálico con las puertas abiertas en el que había varias escobas y un carro de los que utilizan los barrenderos, con dos compartimentos para poner los cubos. Miró la pequeña libreta en la que llevaba anotado el

nombre de la carnicería de la que el asesino supuestamente robó el cuchillo.

Un hombre con aspecto de estar bastante nervioso salió de la parte posterior del puesto, ataviado con un largo delantal blanco. Tras presentarse y mostrar su placa, Monfort fue directo al grano.

—¿Cómo es posible que alguien robe un cuchillo de carnicero así sin más?

—Sus compañeros ya me hicieron mil preguntas —contestó el carnicero de forma tensa.

—Pero ahora soy yo quien pregunta, no mis compañeros —dijo Monfort al tiempo que daba un paso hacia delante—. No tengo ganas de perder el tiempo.

Podemos hablar aquí o en la comisaría, lo que usted prefiera.

—No tengo ni la más remota idea de cómo pudo ocurrir —contestó el hombre. Y al rascarse la frente, se le quedó la marca de las uñas en la piel. Tendría apenas cuarenta años, estaba en forma, no era demasiado alto y le quedaba poco pelo que peinar—. No dejo de darle vueltas. Es prácticamente imposible que te quiten un cuchillo de esos sin darte cuenta.

—Pero está claro que alguien lo hizo, por difícil que pueda parecer —puntualizó Monfort.

—Así es —contestó el otro mirándose las zapatillas de deporte.

–¿Qué hizo esa mañana?

–Despachar todo el tiempo. El sábado es cuando viene más gente al mercado y estamos muy liados, hay que aprovechar.

–¿Él lo puede corroborar? –preguntó Monfort señalando a un hombre mayor que atendía a una clienta.

–Por supuesto –contestó el carnicero mostrando una pizca de alivio en su rostro.

–¿No paró ni un momento de trabajar? ¿Ni un solo momento? Piense.

El hombre soltó un bufido y se frotó las manos. Las tenía húmedas de sudor.

–Fui al bar a buscar unos bocadillos para mi padre y para mí, a eso de las nueve de la mañana, como todos los

días. Cuando tenemos mucho trabajo comemos aquí mismo, en el puesto, entre cliente y cliente.

—¿Es su padre? —preguntó Monfort, indicándole con el mentón al hombre que cortaba con destreza unos estupendos chuletones de ternera.

—Sí. —Pareció titubear una décima de segundo.

—¿De quién es el negocio?

—Mío. —Una sombra extraña veló el rostro del carnicero.

—Pues su padre tiene muy buena maña cortando la carne.

—Sí, claro.

—¿Antes era suya, la carnicería?

—¿De quién?

–De su padre, hombre, de su padre, le pregunto si el puesto era antes de su padre –se impacientó Monfort.

–Esto..., sí, antes era suyo, me cedió la licencia cuando...

–Tranquilo –lo interrumpió Monfort–, no se preocupe, no le voy a denunciar porque su padre trabaje estando jubilado, pero más le vale que lo que ha contando sobre el robo del cuchillo sea verdad o no me quedará más remedio que dar parte de esta *pequeña* irregularidad.

El carnicero puso cara de susto, abrió los ojos, se frotó la boca con una mano y juró que todo lo que había contado era completamente cierto.

—Más le vale —sentenció—. No sería extraño que alguien en la comisaría pensara que lo del robo del cuchillo es un invento.

El carnicero palideció. Su piel, de por sí pálida, se tornó blanca como la cal, y un ligero temblor apareció de repente en su labio inferior.

Monfort le tendió una tarjeta con su número de teléfono y lo invitó a que lo llamara si recordaba cualquier otra cosa por banal que pudiera parecerle. Se despidió también del padre del carnicero, pensando en los deliciosos chuletones.

En la panadería donde trabajaba la chica que halló el cadáver, un joven

atendía a un grupo de señoras que, más que estar allí para comprar, preguntaban. Esperó paciente a que el joven se deshiciera de ellas.

—Solo quieren saber —dijo el chico cuando la última de aquellas mujeres se había ido—. ¿Qué le pongo?

Aunque le hubiera encantado probar alguna variedad de las típicas cocas de Castellón que se exhibían en el mostrador, Monfort no iba a comprar nada, por lo que le mostró la acreditación y se presentó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a continuación.

—Raúl Ortells —contestó.

—¿Dónde está la chica que encontró el

cadáver?

—En casa. Es mi hermana, pero ya habló con la Policía el mismo sábado. Ella no vio nada más que lo que ya dijo. El hombre estaba en el suelo —continuó—, con un corte en el cuello y cubierto de sangre.

—Lo sé, tranquilo, no te preocupes. ¿Quién trabaja aquí normalmente?

—Ella y mi madre, pero el sábado, en aquel preciso momento, mi madre había ido a llevar pan a un bar de la plaza.

—Entiendo. Entonces, tu hermana estaba sola.

—Así es.

—¿Y dónde estabas tú?

—Con mi padre, haciendo pan, que es

donde suelo estar.

Salió del mostrador y se bajó de la tarima que lo alzaba casi dos palmos del suelo. No era alto, lucía bastantes kilos de más y su cara de bonachón estaba marcada por los granos.

—Mi hermana está jodida, ¿sabe? Esto va a ser un palo grande para ella. Es un poco aprensiva ya de por sí. Le ha afectado bastante este rollo. Veremos cómo lo supera.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Monfort.

—Dieciocho. Es la pequeña.

—¿Y tú?

—Veinte.

—¿El negocio es familiar?

—Sí. Mi padre es panadero de toda la vida. Somos de un pueblo muy pequeño cerca de Morella. Tuvo una enfermedad que le afectó a los pulmones y los médicos le dijeron que los inviernos eran demasiados duros para él allí arriba. Así que nos trasladamos. A mi hermana y a mí nos vino bien porque preferíamos vivir en la ciudad. A mi madre le costó dejar el pueblo.

—Estarán contentos vuestros padres. Los dos trabajando en el negocio familiar —dijo Monfort, dando por sentado que el joven era como un libro abierto.

—Trabajamos muchas horas, de noche y de día, pero no está mal, no nos

podemos quejar. Hacemos el pan en un horno pequeño que compraron mis padres cuatro calles más allá. –Señaló hacia un punto inexacto—. Era de una panadería que cerró. Tenemos este puesto en el mercado y servimos a unos cuantos bares y restaurantes del centro. Vivimos de esto los cuatro, que ya es mucho.

–Me gustaría hablar con tu hermana.

–No sé, ya le he dicho que está mal. Espere un momento –dijo el joven, a la vez que miraba con asombro el pasillo del mercado—. Mire, va a tener suerte, por ahí viene.

Era una chica muy delgada, embutida en unos estrechos pantalones de cuero

negro y botas militares. Llevaba una camiseta y una pesada chaqueta de cuero también de color negro. Era extremadamente pálida; llevaba una gruesa línea de rímel en los ojos y los labios pintados de negro. Lucía una ristra de pendientes en cada oreja y un *piercing* brillante en una aleta de la nariz.

Su hermano dio varios pasos hacia la chica antes de que esta llegara al puesto de pan.

–Judith, ¿qué haces aquí? ¿No te han dicho que te quedes en casa?

–Paso, no puedo más, estoy agobiada.

La joven parecía el contrapunto de su hermano. Físicamente eran muy

diferentes. Si se quería encontrar, tenían un aire parecido en el rostro, pero a simple vista nadie hubiera dicho que eran hermanos. Hablaban de forma muy distinta y el carácter de ella distaba mucho del de él.

—Este es el inspector Monfort —el hermano inició la presentación—. Ella es mi hermana, Judith.

Monfort tendió la mano y la joven dudó varios segundos en secundarle.

—A mí hubo una temporada que me gustaban los Cure y grupos por el estilo, lo digo por la estética que llevas, aunque yo ya soy un carroza.

Judith lo miró con cara de pocos amigos.

–Me gustaría hablar contigo –continuó Monfort–. Sí, ya sé que el sábado te debieron de freír a preguntas y que debes de estar hasta las narices.

–Pues entonces ya está todo dicho –intentó concluir la joven.

Dos mujeres se acercaron al mostrador y antes de pedir al hermano de Judith, miraron de arriba abajo a la joven y cuchichearon un par de frases que los demás no pudieron oír.

–No te molestaré mucho –insistió Monfort–. Solo un café y cuatro preguntas.

–Vamos –dijo la chica ante la atenta mirada de su hermano que los vio

desaparecer entre la clientela que deambulaba por el mercado.

—A veces salgo con un chico que trabaja en una pescadería de aquí, del mercado.

Judith rechazó el café que Monfort le había ofrecido en la terraza de una cafetería. Sin embargo, aceptó fumar un cigarrillo del paquete que el inspector había dejado a posta sobre la mesa.

Monfort no dijo nada, dejó que ella siguiera hablando. Estaba claro que quería decir algo, si no, a santo de qué le iba a contar aquello de que tenía novio.

—Se llama Álex, no es nada serio, tampoco es un rollo de aquí te pillo y

aquí te mato, entiéndame, de momento estamos bien así. Vamos cada uno a nuestra bola.

La mirada de Judith se perdió en el escaparate de ZARA, pero no miraba los vestiditos. Monfort esperó pacientemente.

—Él vio a un hombre —dijo por fin—. Tropezó con un tipo en la puerta de los aseos del mercado. No le moló nada la pinta que tenía.

—¿Por qué no mencionaste nada a la Policía? ¿Por qué no lo contó él?

Judith se encogió de hombros y jugueteó con el *piercing* de la nariz, dándole vueltas con las yemas de sus dedos.

—Dice que tenemos que pasar de todo, que no tiene importancia, que debió de ser una casualidad. Cree que si dice algo, lo van a machacar a preguntas.

—Pero a ti no te lo parece, ¿verdad? —preguntó Monfort al tiempo que memorizaba el nombre del novio de Judith.

Ella se limitó a bajar la vista y mirarse las botas.

—¿Te ha dicho que no digas nada?

Judith se levantó de la silla como accionada por un resorte imaginario.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

Monfort no quiso salir corriendo en busca del novio, o lo que fuera de Judith. Cabía la posibilidad de que ella se lo dijera. No obstante, se dio un paseo entre las exclusivas pescaderías del local. Creyó reconocerlo enseguida. Un chaval vivaracho, con el pelo peinado en una cresta engominada y un tatuaje en el brazo. Delgado y con los ojos perfilados con rímel negro. No estaba seguro de lo que pensarían sus padres de aquel aspecto, pero él no era nadie para juzgar la estética de los jóvenes. Lo observó de lejos durante un buen rato. En menos de media hora, Álex visitó el baño en dos ocasiones, y

cuando salía lo hacía de manera muy distinta a como entraba. Monfort salió a la calle a fumar, harto del olor a pescado. Llamó al doctor Senent, pero tenía el teléfono desconectado. No creía probable que su amigo contestara a las llamadas mientras estaba operando. Debía tener paciencia. Decidió que hablaría con el novio de Judith al final de la mañana, cuando los clientes ya empezaran a escasear en el mercado.

Caminó sin rumbo fijo por las calles del centro. Entró en una tienda de discos de las que ya quedaban pocas. Discos de vinilo de todas las épocas, álbumes especiales, recopilaciones, rarezas discográficas. Reconoció la canción que

sonaba en el interior. Elvis Costello: *She*. Le recordaba tiempos mejores. Salió de la tienda embriagado por el sonido del británico, no sin antes levantar el pulgar al encargado de la tienda para mostrarle su aprobación.

Silvia fue a ver al que años atrás fuera el encargado de la empresa de Pedro Casas. Justo antes había llamado a los agentes Terreros y García, que estaban recopilando información sobre las cuentas bancarias de la víctima. El director de la sucursal de un banco de la avenida Rey don Jaime les había dicho que quizá Manuel Solís podría darles

información sobre Casas. Localizar el domicilio fue sencillo.

El portal de la finca de pisos de la calle San Roque estaba abierto. Subió hasta la cuarta planta en un desconchado ascensor. Llamó al timbre y le abrió la puerta un hombre mayor. La agente se presentó y le indicó que no ocurría nada grave, que únicamente necesitaba recopilar cierta información. Manuel Solís parecía encantado, se comportaba como si le estuviera pidiendo una entrevista para la televisión. La hizo pasar al salón y la invitó a tomar asiento. Hablaron un poco para romper el hielo. Estaba jubilado, le dijo. Por su aspecto, Silvia ya lo había imaginado.

Su esposa había fallecido mucho tiempo atrás sin que llegaran a tener descendencia, explicó el hombre.

El comedor estaba repleto de recuerdos y fotografías de otras épocas que, a juzgar por las imágenes, fueron más felices. Silvia se fijó en los libros y las revistas que ocupaban la estantería. Un televisor, pesado y voluminoso, presidía la sala. El sofá tenía mantelitos bordados a mano en los reposabrazos, vestigios de su esposa, con toda seguridad. Le ofreció café. Silvia hubiera preferido un vaso de agua y una aspirina, pero se abstuvo de pedirlo. Le dio las gracias de todos modos y declinó la invitación.

—¿A qué se debe la visita? —preguntó él.

—¿Sabe algo de Pedro Casas?

—No —contestó Manuel Solís intentando esbozar una sonrisilla interesante—. Hace mucho tiempo que no sé nada. Trabajé para él cuando las cosas iban bien en este país, pero de eso hace mucho tiempo ya—. Lucía una dentadura cuidada, quizá fuera postiza.

—El sábado lo encontraron muerto en el Mercado Central.

—¡Dios mío! —El hombre dio tal brinco que se puso de pie.

—No se altere —le advirtió para calmarlo—. Siéntese, por favor.

—¿Es el que mataron en el mercado? —

Volvió a sentarse.

—Así es, y le ruego que no diga nada al respecto. De momento preferimos que no transciendan los detalles para no alertar al asesino. ¿Lo ha entendido? —dijo mirándolo a los ojos.

—Sí, sí, claro —contestó un tanto azorado.

—Pues eso —convino Silvia—. Ahora, me gustaría que me escuchara con atención y contestara a mis preguntas sin dejarse nada de nada, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —contestó.

Silvia dejó escapar un suspiro. Dudó si el hombre se había percatado de ello, pero en el fondo le daba igual. Manuel Solís estaba más dispuesto a oírse a sí

mismo que otra cosa. En aquella soledad que le rodeaba, debió de sentirse protagonista por una vez.

El agente Terreros estaba hasta las narices de escuchar las explicaciones del director de la sucursal bancaria acerca de los negocios de Pedro Casas, de sus viajes de negocios a China y otras aventuras del empresario de baratijas de todo a cien. Su compañero, el agente García, lo estaba viendo y temía que en cualquier momento estallara.

—Es una suma que no está nada mal —
puntualizó el director del banco,

mientras removía un montón de papeles en su desordenada mesa de despacho—. Tenía una cuenta a plazo fijo, con una cantidad que no había tocado desde que la abrió. Pero eso no quiere decir nada, obviamente.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó el agente García viendo que su compañero tenía los nervios a flor de piel—. Llevamos aquí una hora y sabemos vida y milagros de su cliente, ahora muerto, pero no el dinero que tenía en esas cuentas.

—Tuvo varias cuentas de ahorro: una solo a su nombre, otra a nombre de él y de su exmujer, otra con su hija, una cuenta corriente para la empresa y

varios tipos de inversiones en acciones de empresas nacionales, así como...

—¡Basta! —gritó por fin el agente Terreros, y se puso de pie. Miró su reloj de pulsera y dándole golpecitos con el dedo índice dijo—: En diez minutos quiero las cuentas bien claritas encima de la mesa.

—Pero...

—¡Ni pero, ni pera! —bramó ahora el agente García—. ¡Coja una hoja de papel y un puto lápiz y apunte lo que tenía Pedro Casas en el banco!

—De acuerdo —admitió el director visiblemente molesto—. ¿Tienen que hacer algún recado por aquí cerca? —Al ver el rostro del agente Terreros se

arrepintió de haber formulado la pregunta.

A penas quedaban clientes en el Mercado Central. Los dependientes limpiaban con ahínco los puestos y guardaban en las cámaras frigoríficas el género que no habían vendido. Monfort se apoyaba en una de las paredes exteriores del mercado, fumando un cigarrillo. Lo vio salir deprisa, con el gesto enfurruñado. Aplastó la colilla con la suela del zapato y en cuatro zancadas se puso a su altura.

—¿Álex? —preguntó.

El joven llevaba un pantalón vaquero

y una cazadora de cuero sintético. Calzaba unas botas Dr. Martens de media caña, con los cordones de color rojo. Un atuendo atrevido pese al tufo a pescado que desprendía.

—¿Qué pasa? —contestó con un gruñido sin dejar de caminar.

—Soy el inspector Monfort, de la Policía Nacional. Quiero hablar contigo.

—Tengo prisa —contestó Álex, que aminoró el paso.

—Pues que espere la prisa —repuso Monfort—. Para un momento.

Álex se detuvo y miró al inspector de arriba abajo.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Monfort, y señaló una de aquellas

terrazas en las que los clientes burlaban al frío a base de cafés y cigarrillos.

–No he comido –respondió el joven.

–Yo tampoco, y no pienso invitarte a comer.

Algo parecido a una sonrisa apareció en el rostro del supuesto novio de Judith.

Se sentaron en una terraza. Un camarero depositó un par de cervezas y un pequeño cuenco con cacahuets encima de la mesa metálica. Bebieron los dos a la vez, Álex dio un trago más largo que Monfort.

–Explícame qué pasó el sábado cuando te tropezaste con ese tipo a la salida de los lavabos del mercado.

—¿Qué tipo?

—Me han dicho que tropezaste con alguien.

—No me *tropecé* con nadie, no sé de qué me habla.

—Sí lo sabes. Mira —Monfort le tendió el paquete de cigarrillos para que cogiera uno—, no vamos a estar aquí haciendo el tonto a esta hora y sin comer. Sé que te tropezaste con un tipo que no te dio buena espina y que instantes después tu novia encontró un cadáver por casualidad.

—¿Ella le ha dicho eso?

—No te hagas el sorprendido, que no se te da nada bien, se te nota a la legua. Sé que Judith te ha llamado esta mañana

para decirte que me lo había dicho. Si no has hecho nada, no tienes de qué preocuparte ni culparla a ella de nada. Solo quiero que me cuentes cómo era ese hombre, cómo vestía, qué aspecto tenía..., todo lo que puedas recordar será de gran ayuda.

—Judith está acojonada. Se encontró el muerto y lo lleva mal. Ustedes no paran de hacerle preguntas. Le dije que había visto a un tipo raro, nada más, veo gente rara todos los días. —Miró de soslayo a Monfort—. Yo creo que empieza a ver fantasmas.

—Pero se lo dijiste, le dijiste que aquel hombre te había parecido extraño.

—Ya le digo, creo que Judith empieza

a ver fantasmas.

–No entiendo por qué no quieres colaborar. –Monfort entró a las buenas.

–Porque es una tontería. No sé para qué demonios le dije nada.

–Pero se lo dijiste.

–Me voy. Usted paga –apuró la cerveza y se levantó.

–¡Siéntate! –le ordenó Monfort.

–¿Y si no quiero?

–Mira, Álex, yo creo que te conviene hablar. Te he observado con detalle esta mañana mientras trabajabas en la pescadería, reconozco la reacción de las pupilas antes y después de los viajes al baño.

Se sentó inmediatamente. La nuez de

su garganta subió y bajó varias veces seguidas. Luego tosió pese a que no tenía tos. Cogió el cigarrillo que asomaba del paquete que Monfort tenía sobre la mesa y lo encendió con su propio mechero. Empezó a contarle lo que había visto aquella mañana del sábado. Monfort pidió dos cervezas más.

—¿Dónde estás? —preguntó con el móvil pegado a la oreja, tapando con el dedo índice de la otra mano el oído contrario, para poder oír algo a pesar del ruido que una máquina limpiadora

hacía al pasar junto a él en una calle del barrio marítimo de la ciudad.

—Si te digo la verdad, no lo sé —contestó Silvia.

—Pues sí que empezamos bien —repuso Monfort.

—Eso digo yo. Me he hecho un lío intentando llegar al piso de Ana Forcada, pero me he metido por unas callejuelas que no me suenan de nada. Está aquí al lado, eso lo tengo claro, pero no lo encuentro.

—Y eso que tú eres la experta en tecnología punta, GPS y demás artilugios sofisticados.

—Muy gracioso. Llevo uno de los *modernísimos* coches de la comisaría,

con la tecnología más avanzada que se pueda una imaginar.

—Eso es lo que os pasa a los jóvenes de hoy en día: sin ponerle la dirección al cacharrito, no sabéis llegar a ningún lugar. Os habéis olvidado de la costumbre de preguntar.

—En fin... —resopló Silvia.

—¿Has comido?

—No, a eso iba, a ver si Forcada ha dejado algo en su nevera.

—¿Sabrías llegar hasta el Grao? —preguntó Monfort.

—Supongo que sí —contestó Silvia deteniendo el coche junto a la acera—. Según tú, siempre puedo preguntar.

—Te espero en el restaurante Rafael en

veinte minutos.

—¿Con qué sorpresa culinaria me piensas sorprender esta vez, jefe? —preguntó ella haciéndose la graciosa, pero Monfort ya había cortado la comunicación y abría la puerta del conocido restaurante.

—Estaba realmente delicioso —indicó Monfort al camarero cuando retiraba los platos.

—Lo celebro —contestó cortés tendiéndoles la carta de postres.

—Tomaremos café —dijo Silvia, que sabía que su jefe obviaría el postre.

El arroz negro estaba en su punto.

Elaborado a base de un buen sofrito, con sepia, calamar, el toque justo de vino blanco y un delicioso caldo de pescado. El vino sugerido por el camarero también fue un acierto.

Silvia le relató su conversación con el que fue el encargado del negocio de la víctima, pero no había nada en aquel hombre que le hubiera suscitado especial interés. Había trabajado para Casas en los buenos tiempos y después habían perdido el contacto. Dijo que no lo había vuelto a ver más desde que dejó la empresa.

Los agentes Terreros y García habían telefoneado a Monfort antes de la comida. Estaban investigando las

cuentas bancarias de Pedro Casas y las transacciones a una empresa china en la que la víctima compraba los artículos. Ahora faltaba constatar que las transferencias y los viajes de los que había hablado el director del banco eran únicamente de trabajo o si había algo más. Le confirmaron también que las cuentas de Casas estaban bien provistas.

Por su parte, Monfort le contó a Silvia la descripción que Álex, el novio o lo que fuera de la joven que halló el cadáver, hizo del personaje con el que se tropezó a las puertas del baño. Claro que Álex no había ido allí únicamente a hacer sus necesidades, por lo que quizá la descripción no era del todo fiable.

Pero algo era algo. Silvia no se perdió ni un detalle de lo que el pescadero le había dicho a Monfort.

En el restaurante se habían quedado solos. Las luces del fondo del comedor se apagaron. Monfort miró al camarero para llamar su atención.

—¿Quiere que nos vayamos? —preguntó cuando el hombre se acercaba a la mesa.

—No, por favor, no hay problema, pueden quedarse el tiempo que gusten, faltaría más.

Monfort pidió entonces dos dedos de whisky de malta sin hielo y medio gin tonic para Silvia.

El propietario apareció discretamente

para saludar a Monfort, a quien ya había visto por allí en alguna otra ocasión.

—¡Qué fama tienes en estos lugares! — exclamó ella con una sonrisa cuando el propietario se retiró.

—Más vale que te conozcan aquí que en el cementerio —contestó llevándose el ancho vaso a la boca.

Llegaron al domicilio de la víctima alrededor de las seis de la tarde. Un agente uniformado custodiaba la entrada de la finca. Otro lo hacía junto a la puerta del tercer piso. Tras enseñar sus credenciales a los agentes, pasaron al interior de la vivienda. Silvia echó un

vistazo a la cocina, al salón y a la única habitación en la que había una cama. En las estancias restantes solo había cacharros inservibles, muebles viejos, una bicicleta estática, libros, periódicos y revistas.

—No parece un hogar, es como si fuera un almacén que utilizaba para dormir —apuntó Silvia.

—Pero está más o menos limpio —observó Monfort.

—Seguro que tenía a alguien que le hacía la limpieza. Habrá que encontrar a esa persona por si sabe algo que valga la pena.

—Buena observación —indicó mientras rebuscaba en los cajones de la mesita de

noche de la habitación—. ¿Los agentes no han encontrado nada?

—Nada —confirmó ella—. Nada de interés. Pero lo dejaremos todo así por si tenemos que seguir buscando. De hecho Romerales habló de desmontar algunos de los muebles.

—Sí, y tirar las paredes abajo —terció con sorna Monfort—. ¿Y los vecinos? ¿Qué dicen los vecinos?

—Que era un hombre normal, que venía poco por aquí, que no acudía a las reuniones de escalera, que pagaba religiosamente lo que le pedían y que no causó nunca ningún problema. Ninguno de los vecinos a los que hemos preguntado tiene nada que decir en su

contra. No hacía ruido, no llegaba a deshoras, no provocaba escándalos. Nada.

—Un vecino modélico. Cuando se enteren de que le han rebanado el pescuezo, ya veremos qué opinan de él.

—¿Te has fijado en los cacharros que tiene como decoración? ¿Y los cuadros?

—preguntó Silvia alzando la voz.

—Sí, todo tiene un rollo oriental con regusto rancio. Y no precisamente a jamón de Guijuelo, que es lo que se corresponde con la abultada cuenta corriente del muerto.

—Pues tendría dinero, pero este piso está un poco cascado y decorado con pésimo gusto.

—Es lo que tenemos los hombres maduros y solitarios.

—¿Tacañería?

—¿Crees que soy un avaro?

—No creo que en tu casa tengas colgado ninguno de estos —replicó ella, mirando fijamente un cuadro en el que dos cachorros de oso panda roían bambú.

—Pues no —convino él—. De esos no tengo ninguno todavía. Tengo de otros.

—Aquí no hay nada que valga la pena —concluyó Silvia después de mirar en todos los cajones y armarios—. Si tenía algo que ocultar, lo debía de tener en otro lugar. Puede que en su oficina, en la empresa.

—Terreros y García han vuelto allí después de esclarecer el tema de las cuentas bancarias. Espero que tengan algo que decirnos. Recuérdame que mañana por la mañana vuelvan aquí y hablen de nuevo con todos los vecinos. Sin dejarse a ninguno.

El comisario Romerales los había convocado a las ocho de la tarde, pero Silvia y Monfort llegaron con antelación. Ambos estaban en el despacho que Silvia se había adjudicado, después de retirar una montaña de archivadores que olían a papel mojado, sillas viejas, percheros

rotos, mesas cojas y otros enseres desvencijados que no darían ninguna alegría a un marchante de antigüedades.

Monfort dejó pasear la vista a través de la ventana mientras Silvia intentaba escribir con tiza los nombres de los que habían pululado alrededor de la vida de la víctima en una pizarra. Soplaban un viento intenso y había oscurecido deprisa. La iluminación amarillenta de las farolas de la ronda de la Magdalena ofrecía un aspecto mortecino a los pocos viandantes que iban y venían de sus casas a los colmados cercanos. Monfort pensó en una sopa caliente, una mantita y un sillón, pero sabía perfectamente que era solo una ilusión, apenas recordaba

el tiempo que hacía que no gozaba de aquellos tres privilegios juntos.

—No me escuchas —advirtió Silvia; sopló los restos de tiza que habían caído en forma de polvillo sobre la manga de su jersey.

—No, tienes razón —trató de disculparse, volviéndose hacia ella.

—Bueno, por lo menos no mientes.

El comisario Romerales y los agentes Terreros y García llegaron a la vez. Se saludaron e intercambiaron unas palabras sobre la desagradable climatología y otras banalidades. Luego, tomaron asiento en las sillas que Silvia había dispuesto frente al encerado.

En la pizarra había escrito un puñado

de nombres. No es que fuera gran cosa, pero por algún sitio había que empezar.

—Pedro Casas, la víctima, de la que poco a poco vamos recabando información —comenzó Silvia cuando todos estuvieron atentos—. Los carniceros del mercado, padre e hijo, a los que el asesino robó el cuchillo como a dos tontainas. La familia de la panadería, cuya hija, Judith, encontró el cadáver. Su..., digamos, novio, Álex, trabajador de uno de los puestos de pescadería. Instantes antes de que se hallara el cuerpo, tropezó a la salida del baño con un tipo que le pareció extraño, y del que nos ha dado una descripción

que no es gran cosa, pero que es lo único que tenemos de momento.

»Manuel Solís, el encargado que trabajó en la empresa de la víctima, que no sabe nada de él desde hace años. La exmujer y la hija, con las que de momento solo se ha hablado para comunicarles el fatídico desenlace. Ahora las dos mujeres se han trasladado temporalmente a casa de la hermana de la ex de Casas. Y por último –Silvia hizo un círculo con la tiza para englobar dos palabras–, están estos dos componentes que no debemos pasar por alto: China y Dinero.

A los diecisiete años, Carmen ya estaba cansada de casi todo. Esperaba con ansiedad cumplir la mayoría de edad para largarse de la casa de sus padres y probar fortuna lejos de aquella ciudad que le apretaba como una soga en el cuello. Su madre, que no conseguía levantar cabeza tras seis largos años de profunda depresión, había dejado de preocuparse por ella. Aquella enfermedad la mantenía enclaustrada en un sillón frente al televisor, sin soltar palabra. Solo lágrimas y pucheros, miradas lánguidas, desespero, desolación y

miseria emocional. Era como si no tuviera madre.

Su padre regentaba un bar. Un próspero negocio de carajillos, cervezas y tapas de caracoles picantes, que no le dejaba un minuto libre en todo el día y gran parte de la noche. Carmen nunca supo a ciencia cierta si su padre se daba cuenta de que en su casa –aquella casa que apenas pisaba más que para dormir– había dos personas que se estaban muriendo despacio: la una de la enfermedad de la tristeza y la otra del mal de la transparencia. Porque así se sentía Carmen, transparente, como si nadie se fijara en su existencia. La figura de un

padre de familia no aparecía por ningún sitio. Ella pensaba que llegaría el día en que se cruzaría con él por la calle y no la reconocería.

Su cuerpo se desarrolló deprisa, explotó demasiado pronto, provocando los pavoneos habituales en los muchachos de hormonas dislocadas. Para colmo, era una enamoradiza idiota que tropezaba una y otra vez con la misma piedra, o mejor dicho, con el mismo tipo de inmaduro que la llevaba por un camino de rosas efímero con la única perspectiva de acariciar su joven y voluptuoso cuerpo.

Tuvo un novio al que le costó Dios y ayuda dejar. En un bar de mala muerte

que olía a cerveza rancia, le dijo que no lo podía aguantar ni un minuto más. A decir verdad, no se lo dijo de aquella manera, sino que dio mil rodeos. Escogió las palabras una a una como si deshojara un margarita para decirle finalmente que quería darse un tiempo para pensar en su futuro. Un futuro que a todas luces pasaba por estar muy lejos de él.

Tiempo atrás, en el colegio, hubo un chico del que todos se burlaban. Demasiado alto y algo deforme, con la espalda encorvada, los brazos descompensados respecto al resto del cuerpo, las piernas exageradamente largas y la cabeza alargada como un

pepino. Le pegó una paliza a un maestro burlón. Carmen sabía que había sido culpa suya, y a partir de aquel momento germinó dentro ella la semilla del remordimiento. Él le pidió que se sentara a su lado, y ella lo insultó. Tras la paliza lo expulsaron de la escuela. Pero siguió espiándola todos los días, a la llegada y a la salida de las clases, intentando pasar desapercibido, tarea imposible con semejantes hechuras.

Varios días después de dejar al que fuera su novio, él la estaba esperando cerca de su casa, sentado en una vieja motocicleta. La llamó y ella se le acercó despacio. Pensó que la iba a

matar por lo que le había dicho tiempo atrás. Se fijó en su cuerpo. Había cambiado, sus piernas seguían siendo largas, pero se habían adecuando a un cuerpo grande, más compensado de lo que recordaba. Él le tendió un casco. Carmen apenas le llegaba a la altura del pecho. Su cuerpo se había transformado. Aquel torso, los hombros, los brazos, nada tenían que ver con lo que ella recordaba. Todavía se hablaba de la tremenda paliza que le había dado al maestro que se reía de él. A decir verdad, nadie en aquella clase estaba libre de culpa. Todos se mofaban de su aspecto. Pensó de nuevo que ella fue la culpable de la paliza.

Sabía que él descargó su ira en el maestro por no hacerlo en ella.

Seguía tendiéndole el casco en silencio. Carmen reparó por primera vez en sus ojos, pequeños, tristes, pero bellos. Sin decir palabra se puso el casco que le ofrecía, y con algo parecido a una sonrisa lo invitó a que la llevara hasta su casa. Ya en marcha se agarró a su cintura, ancha, tensa, dura, y apoyó la cabeza en aquella espalda en la que tan segura se sentiría a partir de entonces, aunque en ocasiones le asaltara un temor desangelado.

Pese a que por la noche le costó conciliar el sueño, a las seis menos cuarto de la mañana estaba tan despierto como si hubiera dormido catorce horas seguidas. Los sonidos del hotel desperezándose llegaron hasta sus oídos con nitidez. Un reconfortante olor a café recién hecho le dio los buenos días. Fuera todavía reinaba la oscuridad. Miró por la ventana pegando la nariz al

cristal empañado de vaho. Un hombre caminaba deprisa por la calle Herrero, embutido y encorvado, intentando burlar al frío de la madrugada. Un camión de la basura resopló con furia al ponerse en verde el semáforo en el que se había detenido. La luz anaranjada y oscilante de la silenciosa sirena invadió los oscuros recovecos de la habitación que ocupaba Monfort en el Hotel Mindoro.

—Somos pocos para este caso —indicó Monfort a Romerales mientras tomaban café en una cafetería cercana a la comisaría—. Cuatro personas, cinco si te

contamos a ti. Muy pocos.
Necesitaremos más personal.

—No lo tengo. No puedo dejar de lado otros casos y no me da la gana pedir refuerzos. —Romerales sacó su billetera para pagar.

—Silvia y yo no pertenecemos a esta comisaría. Solo somos un refuerzo. Podrías pedir efectivos. No puedes trabajar en un caso de estas características solo con Terreros y García. ¿Qué pasaría si Silvia o yo tuviéramos que marcharnos?

—Silvia se quedará en Castellón —afirmó Romerales de repente—. He solicitado su traslado y está prácticamente hecho.

—¿Lo sabe ella?

—No, se lo diré un día de estos.

—Ah, bien, qué generoso eres. «Un día de estos.» ¿Y cómo crees que se lo tomará?

—No lo sé, dímelo tú que lo sabes todo.

Monfort no contestó y se limitó a rebañar con la cucharilla la crema del café adherida a las paredes de la taza.

—Tengo pensado solicitar que te trasladen a Castellón a ti también — anunció Romerales sin mirarlo directamente a los ojos.

—¿A mí? —levantó la voz y varios clientes se volvieron hacia donde estaban—. Ni se te ocurra. A mí déjame

en paz –concluyó, poniéndose de pie, y salió a la calle con el paquete de cigarrillos en la mano.

Romerales repartió las tareas para el segundo día. La prensa no ofrecía nuevos datos acerca del suceso, pero todos sabían que aquello podría estallar en cualquier momento. Los informativos nacionales difundieron la misma noticia que los medios locales. Todos coincidían en decir que un empresario llamado Pedro Casas había sido asesinado en el Mercado Central de Castellón de la Plana y poco más.

Al comisario se le estaban acabando

los argumentos. Lo único sólido y verdadero era que no tenían ni idea de por dónde empezar. Aunque no pensaba confesarlo bajo ningún concepto.

Los agentes Terreros y García regresaron al domicilio de la víctima para entrevistarse de forma exhaustiva con los vecinos y los comerciantes de la zona. Harían lo mismo en el lugar donde se encontraba el almacén de la empresa. Se encargarían también de dar con la mujer que limpiaba el piso de Casas. Silvia, por su parte, averiguó el nombre de la asesoría que llevaba la contabilidad de su empresa.

La hermana de la exmujer de Pedro Casas vivía en un chalé adosado en las afueras de Almassora, a tres kilómetros escasos de la ciudad. Era una población que había crecido como la espuma y sus barrios periféricos llegaban casi hasta la capital de La Plana.

—Está más cerca el centro de Castellón que el otro extremo del pueblo —observó Silvia.

Monfort había aparcado en una calle sin salida, detrás de una interminable fila de viviendas adosadas de reciente construcción. Llamaron al timbre. Una mujer que sobrepasaría la cincuentena les abrió la puerta.

—Soy Juana, la hermana de Leo. Ustedes deben de ser de la Policía, ¿verdad?

A Monfort le irritaba un poco que todo el mundo supiera su profesión antes de abrir la boca.

—Así es —contestó Silvia haciendo las presentaciones.

Ni siquiera se molestaron en mostrar sus placas. Monfort pensó que era como si la llevara tatuada en la frente.

—Mi hermana no se encuentra bien. Está arriba, en una habitación. Su hija está ahora con ella. Desde que llegó no se ha movido de su lado. Pero, pasen, pasen, no se queden ahí, que hay mucha humedad.

–¿Es posible que haga más frío aquí que en Castellón? –preguntó Monfort intentando hacerse el simpático.

–Es por la humedad –contestó la mujer–, por la cercanía del mar. Aunque estamos cerca de Castellón, nos encontramos a un nivel inferior y más cerca de la costa que la capital.

Entraron hasta un salón en el que había una estufa de leña encendida.

–Esperen aquí, por favor, siéntense, voy a ver si puede bajar.

Tomaron asiento en un sofá cubierto con una colcha de colores chillones. A través de la ventana se veía una construcción anodina de color gris que bien podría ser una escuela o cualquier

tipo de edificio oficial. Ambos clavaron la vista en el fuego que crepitaba en el interior de la estufa, cerrada por una puerta de hierro con un pequeño cristal. La decoración del salón era bastante vulgar. Una mesa de comedor con media docena de sillas alrededor, un mueble donde se encontraba una televisión plana de muchas pulgadas, una colección de libros que daban la impresión de haber permanecido intactos allí desde que los colocaron y algunos marcos con fotografías familiares. Un perro pequeño pasó junto a ellos como una exhalación para tumbarse en un cojín con dibujos de huesos y perritos peludos.

–Buenos días –anunció una mujer que bajaba por la escalera de la mano de una joven.

–Soy Leo –dijo la mujer; le tendió la mano primero a Monfort y después a Silvia.

Se parecía a su hermana. Tenía el rostro marcado por el dolor.

–Esta es mi hija, Alba, ha venido para estar conmigo en estos momentos –anunció de forma sosegada.

–¿Quieren tomar algo? –ofreció Juana.

–Haz café, por favor –dijo Leo. Acto seguido, su hermana se fue a la cocina.

La hija de Leo hizo ademán de seguirla, pero Silvia la detuvo.

–Por favor, preferiríamos que nos acompañase mientras hablamos con su madre.

La hija de Leo y de Pedro Casas tendría como máximo treinta y cinco años, era atractiva, morena, esbelta, alta y delgada; con el pelo largo y los pómulos y el mentón muy marcados. Tenía unos grandes ojos negros, y las huellas del rímel corrido delataban que había llorado recientemente. Vestía unos pantalones negros ajustados, botas y un jersey de cuello alto de color rojo que resaltaba su figura.

Madre e hija se acomodaron en dos sillones individuales frente al sofá en el que estaban sentados Silvia y Monfort.

Desde allí se oía a la hermana afanarse en la cocina mientras preparaba el café.

Leo sobrepasaba los sesenta años. Aprisionaba en su puño derecho un pañuelo arrugado. Le sobraban unos cuantos kilos, pero era una mujer elegante. Su hija tenía mucho de ella, no había ninguna duda. Era una mujer bella pese a los años y al dolor que expresaba su rostro.

—Entendemos que están pasando por un momento verdaderamente complicado —empezó Monfort, con la vista fija en la ex de Casas—, pero comprenderán que tenemos que trabajar para encontrar la razón de este desgraciado suceso.

Madre e hija intercambiaron una

mirada. La de la hija era más dura que la de la madre, pero fue esta última quien tomó la palabra.

—Mi marido decidió que se había cansado de nosotras. Sin ninguna explicación ni motivo aparente, sin nada que hiciera sospechar nada, hizo las maletas y se largó para siempre.

—Comprendo —medió Silvia—. ¿Siguieron manteniendo el contacto?

—Sí —contestó ahora la hija—. Se hacía cargo de todos los gastos.

—Pero solo eso —intervino la madre con la voz tensa—. Pagaba, sí, hacía los ingresos religiosamente, pero nada más, ni una visita de cortesía, ni una palabra de cariño, nada. Regalos caros por

Navidad enviados a través de agencias de transporte, transferencias y poca cosa más.

La madre hundió la cabeza entre sus manos.

—¿A qué se dedica en Barcelona? —preguntó Monfort a la hija.

—Soy traductora. Trabajo en una pequeña editorial especializada en rarezas literarias.

—Qué interesante —observó Monfort—. ¿Literatura clásica?

—No exactamente —indicó Alba—. Autores poco conocidos, diría yo.

Silvia no perdía de vista los gestos de Leo. Compungida, con el rostro desencajado, no dejaba de mirarse los

pies sin que allí hubiera nada en lo que fijarse. Solo levantó la cabeza en un par de ocasiones para mirar a su hija con verdadera devoción.

Monfort dejó de interesarse por su trabajo y, sin que ella lo esperara, le dio un giro a la conversación.

—¿Dónde estaba el sábado por la mañana?

—¿Cómo? —preguntó atónita.

Silvia clavó la vista en la madre de Alba para observar la más mínima reacción. Fue como cuando alguien se pincha ligeramente con una aguja. Un segundo, o menos, una pequeña descarga eléctrica, un movimiento minúsculo, pero Silvia se percató de ello.

—Ya me ha oído —dijo Monfort sin más.

—En Barcelona, ¿dónde quiere que estuviera?

—¿Lo podría confirmar alguien? ¿Los compañeros del trabajo, alguna amiga, algún amigo especial?

—¡Oiga! No sé adónde quiere llegar, yo no sé más que lo que me han contado mi madre y mi tía. ¿A qué viene esto?

Monfort miró a Silvia de soslayo.

—Queremos llegar pronto a la resolución de este caso y, respondiendo a su pregunta, esto viene a que han matado a un hombre que resulta que es su padre y, según veo, su madre no guarda un especial recuerdo de él.

Leo rompió a llorar. Juana apareció en el salón portando una bandeja con varias tazas de café. Al ver a su hermana de aquella manera, se apresuró y dejó la bandeja sobre la mesita central de tal manera que el café se derramó sobre los platitos.

Mientras Juana consolaba a Leo con caricias y buenas palabras, Alba se levantó del sillón, abrió la puerta de la terraza, salió fuera y encendió un cigarrillo. Monfort le hizo un gesto a Silvia con la cabeza y esta fue a su encuentro.

—No se enfade —le dijo Silvia cuando estuvo a su lado—, el inspector solo

quiere lo mejor para ustedes y que se solucione todo lo antes posible.

Alba expulsó una bocanada de humo, pero el viento le devolvió a la cara parte del mismo.

—¡Me ha hablado como si fuera sospechosa! —le espetó tirando la ceniza en un cenicero que había sobre una mesa de mármol.

—Debe tener paciencia —aconsejó Silvia—. A su padre lo ha matado alguien sin escrúpulos, solamente un ser despreciable sería capaz de semejante atrocidad. Tenemos que dar con el o la responsable.

—¿La? ¿La responsable? Pero ¿de qué narices va esta historia?

–No levante la voz, su madre está muy afectada y esto le ayuda muy poco. No he dicho «la responsable», he dicho «el o la responsable», de momento no podemos descartar nada.

–No me gusta cómo me ha hablado su jefe, parece que tiene algo contra mí.

–No tiene nada contra usted, se lo aseguro, pero tenemos que hablar con todas las personas que tenían algún vínculo con su padre.

Alba intentó esbozar una sonrisa sin conseguirlo del todo.

–Mi madre apenas tenía relación con él. Ya se lo ha dicho antes, solo pagaba y punto. No tenían otro vínculo más que

una cuenta corriente en la que mi padre ingresaba el dinero todos los meses.

—Eso ya es mucho —dijo Silvia—. Desgraciadamente, un gran número de hombres separados con hijos no sueltan ni un céntimo, y las familias las pasan canutas para llegar a fin de mes.

Leo había dejado de llorar, su hermana estaba de pie, a su lado, le acariciaba el pelo con cariño. Monfort hablaba con ellas de cosas banales, sin importancia para el caso. En aquel estado poco podría sonsacarles.

Silvia señaló hacia el interior.

—Para no tener mucha relación, se ve que su madre está realmente dolida.

—Mi madre es un santa —afirmó Alba

dirigiendo la vista hacia ella—. No sé por qué llora si él no la quería.

»En fin —suspiró—. Ahora ya no hay nada qué hacer, ¿verdad? Menos mal que tiene cerca a mi tía. Yo cada vez vengo menos por aquí, me duele que sea así, pero es lo que hay. Mi tía se encarga de mi madre. Acabarán viviendo las dos juntas. —Silvia vio que echaba mano de nuevo al paquete de cigarrillos, pero no llegó a sacar ninguno—. Aunque no lo crea, mi padre se portó siempre muy bien conmigo. Me quería con locura.

—Es posible que su padre poseyera algunas cuentas bancarias con bastante dinero. ¿Lo sabía? —preguntó Silvia con tacto.

–Dinero, dinero, siempre el dinero. Le estaba hablando de que me quería. – Abrió la puerta de la terraza para dirigirse de nuevo al salón, se acercó a su madre y la abrazó.

Silvia no había dormido bien y le dolía la cabeza. Entró en el salón, le hizo un gesto a Monfort y este se levantó aliviado.

–Nos marchamos. Las dejamos descansar –anunció–. Seguramente tendremos que volver a vernos; espero que la próxima vez se encuentre mejor y pueda contestar a nuestras preguntas. Entiéndalo –dijo mirando a la ex de Casas–, es muy importante para nosotros conocer todos los detalles posibles.

Pero las tres mujeres ya no lo escuchaban. La madre volvía a llorar, la hija la consolaba, y la tía iba de aquí para allá hecha un manojo de nervios.

—¿Cuándo podremos enterrarlo como Dios manda? —alcanzó a preguntar Juana mientras recogía torpemente la bandeja con el café intacto.

—Cuando el Instituto de Medicina Legal de Castellón haya terminado su trabajo, esperamos que sea pronto —contestó Silvia.

Monfort recordó que no podía dilatar más la visita al doctor Morata. Lo haría enseguida, sin falta. Les tendió una tarjeta de visita con su nombre y su número de teléfono, pero las tres

mujeres no le prestaron atención. Finalmente la dejó encima de la mesa y las emplazó a que lo llamaran si creían recordar algo, por banal que pudiera parecerles. Entonces pensó en que no les había preguntado si Pedro Casas tenía algún enemigo, pero estaba seguro que tampoco le hubieran dado ninguna explicación. Sin embargo, antes de salir, le preguntó a Alba algo que parecía no tener mucho que ver con el caso.

—¿En qué editorial ha dicho que trabaja?

—No lo he dicho. No sé qué tiene que ver eso.

—Nada —repuso cordialmente Monfort—. Es simple curiosidad, soy un

amante de los libros, me encanta el trabajo de las editoriales: las traducciones, los originales y las ediciones especiales, me pasa igual con los discos. Manías que adquiere uno a medida que se va haciendo mayor – ironizó.

–Se llama Libros del Crepúsculo – contestó Alba cuando Monfort creyó que ya no iba a hacerlo.

–Tomo nota –esbozó algo parecido a una sonrisa de agradecimiento; nunca sabía muy bien cómo debía hacerlo para no parecer falso–. Si leo alguno de sus libros, se lo haré saber.

Ya en la calle, en busca del coche, Silvia se acercó un poco a Monfort.

–No te gires, pero la hija está mirando por la ventana.

–Es que soy irresistible –contestó él a la vez que sacaba las llaves del bolsillo. Silvia puso los ojos en blanco.



El mismo día en que cumplió dieciocho años dieron sepultura a su madre bajo una lluvia inmisericorde que puso de mala leche a los asistentes, incluido al párroco que miraba más de lo necesario a las féminas que acudieron al sepelio.

A la semana siguiente recogió sus

cosas y se marchó de casa. De nada sirvieron las súplicas de un padre hundido en el dolor porque la muerte de su esposa, y la partida de su hija, eran una misma cosa para él: un castigo por no haberlas atendido como era debido. En el fondo quizá tenía razón. Algunos familiares intentaron hacerla desistir de la idea. Ahora vestían de negro y lloraban amargamente, pero durante su infancia, cuando más los necesitaba, habían estado ausentes.

Luis tenía la moto aparcada en la puerta del gimnasio al que acudía todos los días. Trabajaba por horas en un almacén durante la temporada de

recolección de la naranja. El resto del año lo dedicaba a entrenarse, seguramente desde que algún estúpido le dijera que tenía madera de boxeador.

Su padre era agricultor. Todavía se acordaba de la tunda que le dio cuando le hicieron personarse en la escuela para explicarle el motivo de la expulsión. Su madre no hacía otra cosa que intentar que su marido no se gastara todo el dinero en la taberna jugando a las cartas y bebiendo vino. Aun así, su padre le consiguió trabajo en el almacén durante unos meses al año, aunque le obligaba a entregarle lo poco que ganaba. Algunos meses él aportaba más que su padre, que

continuaba dejándose todo en aquel local infecto que olía a tabaco y a vino rancio.

A Carmen le daba asco aquel tipo de vida. No pisaba la casa de los padres de Luis bajo ningún concepto, y si tenía que ir hasta allí no pasaba del umbral de la puerta.

El día en que cumplió dieciocho años –el mismo día en que metieron a su madre en aquel nicho– hicieron el amor en una barraca abandonada en los campos de las afueras de la ciudad. Él le llevó un ramo de flores marchitas y un collar barato que le había comprado a un gitano. Ella se desvistió, se puso el collar y dejó las

flores encima de una mesa polvorienta. Cuando a él ya no le quedaban fuerzas ni para mover las pestañas, ella lio un porro de marihuana sentada en el sucio colchón al que habían puesto una manta por encima. Fumaron dejándose llevar por los efectos de la droga. Antes de apagarlo, cuando solo quedaba la colilla, ella buscó con su mano el miembro de él y en poco tiempo estuvo preparado para una nueva acometida. Luis la puso de rodillas, con las manos apoyadas en el colchón, entonces ella se volvió y le dijo:

—Nos vamos de aquí para siempre.

Silvia le comentó a Monfort que prefería ir al piso a comer, más que nada para poder echarse un rato en el sofá. Le seguía doliendo la cabeza y ahora sentía náuseas. Los problemas de insomnio persistían y no les encontraba remedio. Un agudo dolor de cervicales se le había instalado en las vértebras del cuello como si alguien la agarrara con fuerza con unas tenazas. Abrió la nevera y la

mantuvo así unos instantes mirando lo que había dentro, pero sin ver nada en realidad. Tenía la cabeza en otro sitio. Cerró la nevera de golpe y corrió al baño. Vomitó el desayuno y lo poco que tenía en el estómago. Buscó en los armarios algún medicamento, pero no encontró ninguno. En la cocina había una caja de paracetamol. Tragó un comprimido con un vaso de agua y se tumbó en el sofá, tapándose el cuerpo con una manta de cuadros. En vez de dormir, empezó a darle vueltas a la cabeza. La conversación con la familia de la víctima no había servido de gran cosa, pero había notado algún detalle extraño. La mujer parecía la típica

viuda, pese a que estaban separados hacía años y apenas tuvieran relación. Vivía esperando que Pedro Casas volviera algún día, pero ese día nunca llegó y ahora se lo habían cargado. Debió de ser una mujer bella en otra época. Se la veía descuidada y los kilos de más no le favorecían en absoluto. Pero aún así era una mujer guapa, tenía los ojos grandes y unas facciones delicadas. La hija había heredado aquella belleza. Monfort no había hecho ningún comentario al respecto en el camino de vuelta, pero seguro que había reparado en ello. Vaya, claro, ni que estuviera ciego, pensó.

Miró a su alrededor y observó con

detalle la decoración del ático de su compañera. Tenía un hogar bonito y acogedor, amueblado con buen gusto y con detalles que le daban calidez. Los colores de las paredes eran suaves y confortables, pensó a la vez que notaba que la rigidez de sus cervicales cedía poco a poco.

Alba Casas era una mujer interesante. Guapa y lista. Desde luego su oficio no parecía sencillo. Había fijado su residencia en Barcelona. No debía de ser fácil desarrollar un trabajo así en una gran ciudad y tampoco renunciar al confort del hogar familiar para irse a buscar la vida lejos de casa. No le había preguntado si tenía pareja, si vivía sola

o con alguien. Pensó que debería indagar más. Seguro que Monfort contaba con ello. Recordó la reacción de Leo cuando él le preguntó a su hija dónde había estado el sábado por la mañana. Fue solo una leve mutación del rostro al oír la pregunta, pero fue algo, algo que debía escudriñar. A veces, aquellos pequeños detalles eran primordiales en casos como ese. «Todo el mundo miente o tiene algo que esconder.» Era una de las frases preferidas de Monfort. Cerró los ojos e intentó descansar. Dormir sería tarea imposible, pero con los ojos levemente cerrados y las manos entrelazadas por debajo del pecho se sentía mejor. El

sonido de la entrada de un mensaje en su móvil la hizo volver a la realidad mucho antes de lo que hubiera querido. Se dijo que no lo miraría, pero lo hizo. Era un mensaje de texto de Jaume Ribes en el que se podía leer: «Hola! Estás bien?». Con el dispositivo en la mano y la mirada clavada en la pantalla, pensó que no estaba bien, que no podía dormir y que toda ella era un mar de dudas, como siempre. Pero se repitió que aquella ruptura era lo mejor para los dos. Le aterraba profundamente la idea de que el amor llega despacio, que hay que tener paciencia. Y cuando la frase «el roce hace el cariño» le vino a la cabeza, se

levantó de golpe del sofá y salió corriendo de nuevo hacia el inodoro.

Un poco más tarde, otra vez con dolor de cabeza y con la presión de las cervicales en aumento, se dio una ducha de agua caliente. Mientras el agua le masajeaba la parte posterior del cuello, a través de la ventana vio como la lluvia caía con ganas sobre la ciudad. Al fondo, a lo lejos, después del interminable mar de naranjos, el color gris del Mediterráneo se confundía con el gris de un cielo plumizo que unía cielo y tierra.

De repente recordó una frase de Alba Casas tal y como la había pronunciado: «Aunque no lo crea, mi padre se portó

siempre muy bien conmigo. Me quería con locura».

¿Y por qué no iba a creerla?

Monfort se había citado con el forense Pablo Morata en uno de sus restaurantes preferidos del centro de la ciudad. En la recoleta plaza del Real, las puertas del China I habían abierto antes de la hora estipulada para que los clientes no se mojaran. En aquel momento ya llovía menos, pero era incómodo esperar a pie de calle. Monfort se encontraba junto a la puerta del restaurante, parapetado bajo el saliente de un balcón. Encendió un cigarrillo. Se había propuesto no

fumar más de cuatro o cinco al día. Lo pensó, pero no apagó el cigarro. Vio al doctor Morata llegar en su coche, un modelo antiguo de la marca Mercedes, en perfecto estado, de color verde botella. Estiraba el cuello con la ilusión de vislumbrar un aparcamiento libre que, como por arte de magia, encontró enseguida. Monfort no tenía paciencia para buscar y había dejado el coche en el aparcamiento subterráneo de la avenida Rey don Jaime. El doctor Morata era un tipo elegante. Lo observó mientras introducía algunas monedas en el parquímetro más cercano. Era amigo del comisario Romerales y se parecían físicamente. Vestía un chaquetón de la

marca Barbour, de los que utilizan los ingleses para ir al campo, o en la ciudad para parecer de campo. Guardó la billetera en uno de los bolsillos y cruzó rápidamente la calle para llegar hasta donde estaba Monfort. No llevaba paraguas, claro, en aquella ciudad nadie llevaba paraguas. Estrecharon sus manos. Accedieron al local. Olía maravillosamente.

—¿Tienes hambre? —preguntó Monfort.

—Como un oso —contestó el forense, y sonó gracioso dada su poca estatura. Un oso pequeñito, pensó Monfort.

Los propietarios del restaurante salieron a saludar a Monfort que ya se había convertido en un asiduo del local

en sus cada vez más frecuentes visitas a Castellón.

Monfort y Morata se sentaron en un pequeño comedor situado en la planta baja del restaurante. Allí estarían más tranquilos y posiblemente a solas para poder hablar de lo que hiciera falta sin ser escuchados.

—Pide tú, que veo que conoces bien la casa —dijo Morata al ver que Monfort ni siquiera había abierto la carta.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero libreta en mano.

—No se hable más —contestó Monfort.

Arroz tres delicias recién hecho, con ingredientes frescos y naturales, sin congelar; rollitos de primavera,

crujientes, rellenos de exquisitas verduras y sin exceso de aceite; muslitos de pollo, dorados y en su punto. Y como plato principal, pato cantonés, cocinado de forma magistral, dorado por fuera y al dente por dentro, acompañado de verduras y tortillas de maíz. Una delicia que Monfort solo había probado en los más exclusivos restaurantes orientales del centro de Londres.

—¿Cerveza? —preguntó Monfort.

—¡Claro! —exclamó Morata—, para algo soy el jefe, nadie me lo va a reprochar.

Cuando apenas quedaba comida en los platos, Monfort pensó que era el momento de empezar a hablar del

cadáver de Pedro Casas. Morata se limpió con la servilleta de tela, dando por finalizada la exquisita comida.

—En todos los años que llevo en esta ciudad, no había venido a comer nunca a este lugar.

—A partir de ahora lo harás —le indicó Monfort, satisfecho de que le hubiera gustado.

—Confieso que cuando me has citado en un restaurante chino he dudado, pero lo he comentado en el instituto y me han tratado como a un bicho raro por no haber venido nunca. Ahora lo comprendo.

—¿Te lo ha dicho la doctora Trencó?

Sonia Trencó era la ayudante del

doctor Morata en el último caso que llevó a Monfort de nuevo a Castellón. Guardaba un gran recuerdo de ella. A veces le volvía a la cabeza. Era una mujer muy especial, tanto que le pareció notar un ligero temblor en la voz de Morata.

—Sonia ya no trabaja en el instituto. — No era lo que Monfort esperaba oír—. Regresó a Lyon —prosiguió Morata—. Después de lo que pasó estaba hecha un lío. Volvió al trabajo, pero se sentía incómoda. Le recomendé que se tomara unas vacaciones. Pero no sabe desconectar, es su asignatura pendiente. Dijo que iba a visitar a sus antiguos compañeros en Lyon. Desde allí me

llamó para decirme que se quedaba una temporada a trabajar con ellos. Ya lo sabía. Tenía claro que si iba se quedaría.

Monfort se la imaginó paseando por el centro de la hermosa ciudad de Lyon, tal vez buscándose a sí misma. Quizá fuera mejor así. No lo sabía, ¿cómo podía saberlo?

Con sendas tazas de café sobre la mesa, Morata entró en materia.

—No hay mucho que comentar al respecto. Le cortaron el cuello con ese cuchillo de carnicero y poca cosa más, salvo que hay que ser muy valiente para infringir semejante corte. La herida era muy profunda y la víctima se desangró

en poco tiempo. La hora de la muerte es correcta, casi sin margen de error. He enviado algunas muestras a los laboratorios de Zaragoza para contrastar detalles, pero no tengo duda de que todo es tal como te digo.

Monfort apuró el café sin despegar la vista de la taza.

—Quieres verlo, ¿verdad? —le preguntó Morata.

No hizo falta que Monfort contestara. Pidieron la cuenta.

Observar con detalle un cuerpo que había perdido la vida de forma violenta era extraño y antinatural. Monfort lo

sabía. Sabía que era raro el interés que mostraba por ver el rostro del muerto. Para él era como si el caso no tuviera sentido si no veía a la víctima de cerca. Ver el cadáver lo situaba en su mundo; de una forma extraña, sin duda, un tanto macabra quizá; pero de la misma manera que necesitaba conocer el nombre y sus apellidos, su estilo de vida, o quiénes eran sus familiares y amigos, necesitaba ponerle un rostro a la víctima después de su muerte. El rostro del perdedor. Ahora lo tenía delante. La herida del cuello era espantosa. El agresor había hundido el cuchillo y le había seccionado tanto la arteria carótida como la vena yugular, pero también la

tráquea, de manera que, aunque hubiera intentado luchar por su vida, la muerte le llegó muy pronto.

El doctor Morata hizo bien en ocultar el cuello sesgado inmediatamente después de mostrárselo a Monfort, dejando a la vista únicamente la cara de la víctima. El resto del cuerpo estaba abierto en canal para las pertinentes pruebas forenses, pero el inspector ya no quiso verlo.

Los agentes Terreros y García informaron a Monfort y al comisario Romerales acerca de su visita al asesor

de Pedro Casas. Estaban en el despacho del jefe de la Policía de Castellón.

—El negocio de Pedro Casas hace mucho tiempo que dejó de ser rentable —expuso el agente Terreros.

—Pero seguía pagando los impuestos pertinentes, aunque no entraba ni un solo euro que proviniera de la actividad —continuó García.

Romerales tomaba notas en una libreta de espiral con una letra que seguramente ni él mismo podría descifrar pasadas unas horas.

—¿Pagaba a Hacienda y no trabajaba? —preguntó Monfort mirando a los agentes.

—Exacto —afirmó Terreros—. La

actividad de la empresa era prácticamente nula.

—¿Y eso no le extrañaba al asesor? — preguntó Monfort.

Romerales asintió con la cabeza, tamborileando impaciente con los dedos sobre la mesa.

—Dice que Pedro Casas ganó mucho dinero, y que en la actualidad mantenía el almacén y la empresa como algo que le hacía sentirse vivo —contestó García.

—¡Joder! —masculló el comisario—. Una de dos, o era tonto perdido o le daba igual el dinero.

—Creo que lo segundo —apuntó Terreros—. El asesor no ha sido muy

explícito, pero ha dejado bastante claro que a Casas el dinero le sobraba.

—¿Sabía algo del trasiego asiático? — preguntó Monfort con ironía.

—Según él, la asesoría no le llevaba la contabilidad en aquella época.

—¿Os ha parecido que miente? — preguntó Monfort poniéndose en pie.

—No lo sé —contestó García, y miró a su compañero—. Si nos ha mentado lo ha hecho muy bien. Dice no saber nada en absoluto de la vida personal de Casas. No cree que fuera una persona de las que se buscan enemigos. Pagaba religiosamente sus facturas y no daba problemas. En la asesoría no se encargaban de los pagos a su ex, lo

hacía Casas directamente a través de transferencias desde su propio banco. El asesor se ha brindado a enseñarnos los extractos, cuentas y demás papeleo relacionado con la empresa del muerto.

—¿Y? —Romerales levantó la vista de la libreta.

—Hemos traído algunas carpetas y dosieres con documentación, ahí está —dijo García, que señaló con la barbilla un fardo de carpetas y libretas que había encima de una mesa, en una esquina del despacho de Romerales.

El comisario dio un golpe con la palma de la mano encima de la mesa.

—¿Y entonces por qué lo mataron?

—No te exaltes —pidió Monfort de

forma paternal—. Habrá un motivo y lo encontraremos.

Romerales despidió a los agentes agradeciendo su trabajo. Cerró la puerta de su despacho y se quedó a solas con Monfort.

—¿Dónde está Silvia? —preguntó antes de tomar asiento de nuevo. Se frotaba la frente con la palma de la mano, síntoma inequívoco de que el caso se estaba complicando y no sabía por dónde tirar.

—En el piso de Ana Forcada. Le dolía mucho la cabeza, pero conociéndola es posible que esté trabajando desde allí. ¿Cuándo le vas a decir que estás negociando su traslado a Castellón?

El comisario exhaló ruidosamente y

empezó a ordenar la mesa del despacho.

—Cuando me lo confirmen.

—¿Y su opinión no importa?

—La necesito aquí —afirmó Romerales a la vez que señalaba el suelo con su dedo índice— ¿O prefieres que se la lleven a saber dónde?

—¿Qué quieres decir?

—No tiene plaza fija. Teóricamente su puesto está en Valencia, en la comisaría a la que pertenecían su padre y su hermano antes de fallecer, pero —ahora señaló el techo—, siempre la han utilizado como un comodín. Desde que se incorporó no ha parado de dar tumbos de aquí para allá. Los de arriba no se

atreven a dejarla en un lugar concreto dado su trágico pasado familiar.

—¿Y?

—Quiero que sea la responsable del nuevo departamento de Policía Científica de Castellón cuando nos traslademos a la nueva comisaría. — Romerales miró las paredes de su despacho—. Esto se cae a pedazos, y lo mismo pasará con nosotros si no nos ponemos las pilas. Estamos viejos ya.

—¡Viva el optimismo! —bromeó Monfort.

—¡Vaya! —exclamó Romerales—. Habló la alegría de la huerta.

Romerales tenía razón. Silvia Redó sería un baluarte magnífico para el

nuevo departamento de Policía Científica.

Lo que seguía sin entender, aunque a veces lo intuía, era qué pintaba él en Castellón. En ocasiones pensaba que todo se debía a que en Barcelona se lo querían quitar de en medio y que de aquella manera, dejando pasar el tiempo, le llegaría la hora de la jubilación. Eran todos unos cabrones. Pero se alegraba de que Romerales pensara de forma positiva de cara al futuro inmediato de Silvia. Se lo merecía.

Cuando ya había salido del despacho, sonó su móvil. Era ella.

En la sala común de la comisaría más

de media docena de agentes trabajaban en el caso del asesinato. Estaban revisando las declaraciones de los trabajadores del Mercado Central con los que hablaron el día de los hechos. Los agentes tenían las cabezas hundidas en los papeles y algunos hablaban por teléfono tapando el auricular para que no se colara el sonido del resto de la comisaría a través del aparato. Un policía joven entró con una bandeja cargada de vasos con café y pastas.

–Hola, Silvia –contestó, y miró la bandeja–. Hablábamos de ti hace un momento.

–Espero que bien –dijo Silvia.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó.

–Bien, mejor vaya, un poco mejor. –
Sintió una punzada, como un clavo
ardiendo en las cervicales.

–¿Hay algo que quieras comentarme?

–¿Te diste cuenta?

–¿Cuándo le pregunté a la hija de
Casas dónde estaba el sábado?

–Exacto.

–Fue solo un segundo, pero pareció
como si a la madre la pincharan con un
tenedor.

–¿Alguna conclusión?

–Que a esas dos hay que vigilarlas de
cerca.

Silvia carraspeó ligeramente.

–Yo tampoco me olvidaría de su
hermana –apuntó.

Aquello era lo que le gustaba de Silvia. No dejaba nada al azar, ningún cabo sin atar, miraba a través de todas las rendijas y nada era ni por casualidad ni ninguna tontería. Romerales daría un gran paso hacia adelante en aquella comisaría si conseguía quedarse con ella.

—¿Qué más? —Sabía que había más.

Silvia se agarró las cervicales con la mano que le quedaba libre.

—Hay algo más, ¿verdad? —insistió él.

—Cuando le dije a Alba Casas que su padre tenía dinero en distintas cuentas bancarias, me pareció que se hacía la despistada.

—¿Y?

–No sé. Y luego dijo que su padre la quería con locura.

–Crees que la relación de Casas con su mujer y con su hija eran muy distintas.

–Sí, puede que sea eso.

–Gracias, Silvia. Quédate en casa, descansa. Nos veremos mañana temprano en la comisaría. Déjalo todo por hoy.

–Gracias, jefe –dijo ella, pero Monfort ya había pulsado el botón para finalizar la llamada.

Buscó el mensaje que le había enviado Jaume Ribes y, pese a que era corto y simple, lo leyó de nuevo. Se quedó mirando la pantalla, con las

yemas de los pulgares apoyadas en las teclas.



Reunieron todo lo que tenían en un par de maletas y se marcharon. Consiguieron convencer al propietario de un bar para que les alquilara un piso amueblado que no utilizaba.

Carmen había soñado con marcharse a una ciudad como Madrid o Barcelona, pero Luis no sabía nada del mundo y tampoco mostraba interés por nada que estuviera más allá de sus

narices. Tuvieron que conformarse con aquello.

Carmen pensaba que triunfaría fuera donde fuera. Pero con Luis le resultaba imposible. No sentía rencor hacia él, era bueno y en la cama la satisfacía sobradamente, pero ya no estaba tan enamorada como al principio. Apreciaba el sexo, lo necesitaba, era una de sus drogas preferidas. Se aferraba a eso que él le daba y le era suficiente. Luis conseguía marihuana o hachís y ella se mantenía anestesiada todo el tiempo posible. No necesitaba mucho más, ni siquiera tenía ganas de probar otro tipo vida, sabía a ciencia cierta que si se iba, acabaría

arrastrándose, buscando sexo y drogas a cualquier precio. Aquello le daba miedo y era la excusa perfecta para no moverse de allí.

Consiguió un trabajo por las mañanas en una zapatería cerca del piso en el que vivían. Ganaba poco, pero no le iba mal. Luis encontró trabajo en una fábrica en la que ganaba un sueldo mísero para el esfuerzo que debía hacer todos los días, pero el encargado le decía que en poco tiempo ascendería y le subirían el jornal.

Se libró del servicio militar por casualidad. Recibió una carta del Ministerio de Defensa en la que le

informaban de que había sido considerado no apto a causa de una enfermedad de nombre extraño que, según decía allí, podía afectar gravemente al corazón. Con toda seguridad se trataba de una confusión, un error, pero Carmen lo convenció de que no dijera nada y así se cerró el asunto. El día en que lo citaron se presentó en el edificio de Capitanía General y firmó algunos documentos. Le dijeron que volverían a llamarle para pasar un reconocimiento médico en el hospital militar, pero nunca llamaron, ni le llegó ninguna otra carta. Y pese a verse librado del servicio militar, aquel «no apto»

sembró en su interior la semilla de la decepción porque le sonaba igual de mal que los insultos que tantas veces había oído en boca de su familia, de sus compañeros y del maestro.

El viento siempre lo fastidiaba todo. Tenía esa terrible convicción. En invierno producía una sensación gélida. El viento propiciaba que las personas se acurrucaran en sus abrigo y apretaran el paso para llegar a su destino lo antes posible. Provocaba caídas de objetos de los balcones y las cornisas. Él siempre caminaba por el centro de la calle cuando hacía viento. El viento lo ponía

de mal humor. Le producía un dolor de cabeza que no desaparecía hasta que cesaba de soplar. El viento era un incordio, pensó, y le vinieron a la cabeza los aerogeneradores instalados en las montañas cercanas a Vilafranca del Cid, y las conversaciones que los parroquianos del bar mantenían acerca de los pros y los contras de aquellos gigantes con aspas. Seguro que el viento tenía sus cosas buenas, como el aprovechamiento para producir energía, también en los desplazamientos migratorios de las aves, en los vuelos de los aviones, para aprovechar corrientes y ahorrar combustible. Tendría sus cosas

buenas, claro, pero a Monfort lo ponía de muy mala leche.

Dejó el coche en el aparcamiento y subió a la habitación del hotel.

Llamó al doctor Senent para preguntar por su madre.

–Soy Monfort.

–Hola, ¿cómo te va? Aunque si hay víctimas prefiero que no me des muchos detalles.

–Sí las hay, desgraciadamente siempre las hay.

–Tu madre sigue igual.

–¿Eso es bueno o es malo?

–Según se mire. Míralo como un «sigue luchando por sobrevivir».

–Pues entonces es bueno.

—Ha preguntado por ti, también por tu padre. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—El pobre no rige demasiado bien. La enfermedad avanza deprisa. Se olvida de todo. A veces parece estar bien y otras da la impresión de que su cerebro se ha ido muy lejos.

—¿Crees que podría venir a verla? Sería beneficioso para ella.

—Pero es probable que ni siquiera la reconozca.

—Pienso que vale la pena correr ese riesgo.

Monfort se quedó pensativo mirando el minibar. Sentía una presión en el pecho.

—¿Qué me dices? —preguntó Senent

para romper el silencio.

—No lo sé, de verdad, no lo sé.

—¿No será que temes enfrentarte a las respectivas enfermedades de tus padres y a sus inevitables consecuencias?

—Yo no lo hubiera descrito mejor. No hace falta que lo preguntes.

El doctor Senent se rio al otro lado del aparato. Monfort escuchó que daba una fuerte calada al cigarrillo.

—Me voy —dijo el doctor al cabo—. Tengo trabajo y aquí fuera hace un frío que pela.

—Claro, los médicos vais siempre vestidos con las batas esas.

—Es por el calor que hace dentro —puntualizó el doctor, y apagó la colilla

en un cenicero instalado al lado de la puerta.

–Ya –sonrió Monfort.

–Busca un hueco y consigue que tu padre venga al hospital. Yo te echaré una mano.

–Lo intentaré –dijo con un hilo de voz mientras se quitaba los zapatos sentado al borde de la cama.

–Avísame cuando vayas a venir para que no me pille fuera de turno. Y cuídate.

Su amigo había cortado la comunicación. Monfort seguía sentado en la cama, ahora con los calcetines sobre el suelo de parqué.

–Cuídate, cuídate, cuídate... Qué

manía tiene todo el mundo en desearte que te cuides. ¿Y si no quieres hacerlo? ¿Qué pasa?

Obviamente nadie le respondió. Tras lavarse la cara se puso los zapatos de nuevo y salió de la habitación. Bajó por la escalera y hojeó un par de periódicos locales en la cafetería del hotel en busca de alguna noticia sobre el caso de Pedro Casas. Nada nuevo. Desde el domingo no había habido ninguna novedad. Tan solo alguna especulación, argumentos poco creíbles y sin fundamento.

Salió a la calle y encendió un cigarrillo. No pudo evitar contar los que ya había fumado. Una condena, sin duda.

En el bar del cercano Casino Antiguo de Castellón pidió una cerveza negra que saboreó despacio, recreándose con la espuma que se había formado en la parte superior. Declinó la oferta del camarero de comer algo. Más tarde iría a cenar, si es que todavía tenía hambre. El Casino Antiguo era un espacio con clase, al estilo de los viejos cafés literarios de las grandes ciudades europeas. Varios señores vestidos de forma elegante, mayores todos, leían periódicos sentados en sillones de piel junto a los grandes ventanales que daban a la transitada Puerta del Sol. Monfort se los imaginó en otra época, fumando

puros habanos e impregnando de aquel olor característico las elegantes paredes del establecimiento.

El Casino Antiguo se encontraba en el corazón de la ciudad, en un edificio singular reformado con buen gusto a principios del siglo XX. Lo que antiguamente fuera el palacio de Francisco Tirado, una mansión al estilo de las grandes casas de campo centroeuropeas, se había convertido en el lugar de encuentro de los personajes más ilustres de la ciudad. La decoración daba fe de aquellos tiempos pasados con salones abigarrados, suelos de madera, alfombras mullidas, lámparas majestuosas que colgaban de los altos

techos, chimeneas otrora encendidas durante todo el invierno, y el delicioso jardín, ahora convertido en una concurrida terraza. El Casino Antiguo representaba todo aquello que era la burguesía y la clase alta de una acomodada capital de provincia como Castellón.

A Monfort le gustaba aquel ambiente. No había estado allí en sus anteriores visitas a la ciudad, pero le era familiar. Era como si ya hubiera estado en aquel lugar, quizá su padre lo había llevado allí cuando lo acompañaba en alguno de sus viajes de negocios. Junto a la gran escalinata que llevaba al piso superior, observó un cuadro colgado en el

vestíbulo, debajo de él leyó los nombres de las personalidades de la provincia que habían contribuido a la remodelación del edificio. Entonces, para su asombro, vio el nombre de alguien que podía ser su abuelo. Quizá fuera solo una coincidencia, pero allí, escrito con la caligrafía de la época, se podía leer el nombre de don Agustín Monfort. En efecto, podía tratarse de su abuelo, un importante comerciante de lana de Vilafranca del Cid. Monfort apenas lo recordaba más que por alguna fotografía que había visto, y se lo imaginó, con su gran bigote de color gris y su rechoncha barriga, sentado en uno de aquellos salones, debatiendo con

ingenio el precio de la lana de las ovejas de la comarca de Els Ports.

Entonces leyó otro apellido y se le ocurrió algo. Se sentó en uno de aquellos cómodos y gastados sillones de piel junto a otro que estaba ocupado. Saludó cortésmente al sentarse. Miró distraído la portada del *ABC* que estaba sobre la mesa baja de mármol blanco y lo cogió. Buscó entre las páginas hasta llegar al suplemento dedicado a la Comunidad Valenciana e hizo ver que leía con interés una noticia que ocupaba un cuarto de página. El truco no tardó en surtir efecto.

—Vaya barbaridad lo del hombre que

mataron en el mercado –dijo un hombre de edad muy avanzada.

Vestía traje de color gris, camisa blanca y corbata azul marino. Sus zapatos estaban bastante ajados, pero alguien se había encargado de darles lustre para que parecieran, al menos, elegantes.

–Desde luego, ya lo puede usted decir –convino Monfort; levantó la vista del periódico para regalar media sonrisa al hombre.

–Quizá fuera familia de don Santiago Casas, un hombre importante en su tiempo.

–¿Santiago Casas? –preguntó Monfort, buscando más información.

—El mismo —asintió el hombre, y entornó los ojillos—. Fue uno de los que aportó capital para que este lugar fuera lo que es hoy en día.

—¿Lo conocía?

—No —negó con una sonrisa—. Yo no, pero mi padre seguro que sí. Me trajo aquí cuando creyó que ya me había hecho un hombre. En aquella época, Castellón era una ciudad importante. Tenía mucha vida social, tertulias, reuniones y también se hacían muchas fiestas privadas. Los hombres que aparecen en el cuadro que estaba mirando antes fueron los que contribuyeron a la gran reforma de este palacio, pero sobre todo los que sacaron

a la luz a la clase alta de esta ciudad, que hasta entonces vivía bastante a la sombra.

—¿Y dice usted que ese Casas podría ser un familiar del que asesinaron?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y se acomodó dificultosamente en el sillón—. Podría ser. Entonces el apellido Casas no era muy habitual en Castellón. Don Santiago fue una persona influyente, pero también un crápula. Por lo que tengo entendido siempre fue un poco calavera. Creo que incluso llegaron a prohibirle la entrada aquí por algún escándalo extramatrimonial con la esposa de uno de los socios. Pero no me haga caso, son cosas que se decían y es

mejor no darles demasiado crédito. ¿Quién sabe si es verdad? El tiempo lo borra todo y, de eso, hace ya mucho.

—Qué interesante —apostilló Monfort—. ¿A qué se dedicaba don Santiago Casas?

—Era comerciante, compraba y vendía aquí y allá, desconozco con exactitud qué compraba y qué vendía, pero eso era lo que se contaba de él.

—El hombre que encontraron muerto en el mercado también era comerciante. —Señaló el artículo con el dedo índice.

—De ese hombre no sé nada, salvo la barbaridad de la que habla todo el mundo. En Castellón no suelen ocurrir cosas de estas. Parece sacado de una

película americana; ajustes de cuentas, venganzas y cosas por el estilo.

Ajustes de cuentas, venganzas y cosas por el estilo. No estaban nada mal sus posibles conclusiones. Monfort miró de reojo la taza vacía de la que todavía colgaba la etiqueta de la infusión que había consumido. De haberse tratado de algo más fuerte se hubiera ofrecido a invitarle, pero a manzanilla...

Al salir del Casino Antiguo caminó sin rumbo fijo imbuido en sus pensamientos. Hacía frío y el viento no cesaba, aunque en aquellas calles del centro, parapetadas por los altos edificios, se hacía más llevadero. Entró en una librería. El local era agradable y

estaba bien acondicionado. Una de las dependientas lo saludó con una sonrisa. Observó sin prisa las estanterías dedicadas a las publicaciones de gastronomía. Cada vez era más difícil encontrar buenos libros de recetas, los textos gastronómicos habían sido sustituidos por fotografías. Fotos profesionales, retocadas, coloreadas especialmente para realzar los platos y convertirlos en magia culinaria. Pura trampa, pensó. Recordó con añoranza los libros antiguos de cocina y los recetarios al uso, libros con los que las papilas gustativas se ponían en marcha con solo empezar a leerlos. Ahora, todo aquello había sido sustituido por

fabulosas fotografías que hacían las delicias de los entusiastas de la gastronomía moderna, pero a ver quién era capaz de elaborar con éxito aquellos platos en una cocina doméstica.

Recorrió otras secciones de la librería, hojeando, toqueteando los libros, pasando páginas. Le encantaba aquel ambiente, el olor a papel. El silencio.

Mientras curioseaba en aquel mundo que tanto le reconfortaba, llamó el comisario.

—Soy Romerales —anunció, y a continuación preguntó—: ¿Dónde estás?

—En una librería del centro.

Romerales guardó silencio. Algunas

veces sus respuestas le despistaban y no sabía cómo interpretarlas.

—¿Y Silvia? ¿Está contigo? —preguntó al fin.

—No —respondió Monfort.

—¿Dónde se ha metido?

Monfort dejó escapar el aire que retenía en su interior. Sostenía en las manos una edición especial de *La montaña mágica*, de Tho-Thomas Mann. Apoyó el móvil entre el hombro y la oreja, arriesgándose a que el aparato, o el libro, o ambos, se precipitaran al suelo.

—No preguntes tanto, llámala y saldrás de dudas. Tienes su número, ¿verdad?

Romerales dijo algunas cosas que

Monfort no pudo oír ya, pues había apartado el auricular. Observaba la lujosa edición del libro por simple curiosidad, pero aquel clásico de la literatura alemana le había hecho recordar algo.

—Disculpe —advirtió a un dependiente que pasaba por allí—. Estoy buscando algún ejemplar de una editorial que se llama Libros del Crepúsculo.



Le aterraba la posibilidad de quedarse embarazada. Debía mantenerse alerta para que no

ocurriera bajo ningún concepto. Se había convertido en su obsesión y su mayor temor. Intentaba no pensar que la verdadera razón de no querer concebir un hijo fuera que en el fondo no amaba a Luis lo suficiente. En ocasiones se preguntaba si realmente había estado enamorada alguna vez, o si su atracción por él se remontaba a aquel día en que temió que después de la paliza al maestro la matara a ella.

Su adicción a fumar hachís le ablandaba el cerebro y le destruía parte de las neuronas, al menos las buenas, pensaba ella. Pero fumar la evadía de todo, le hacía olvidar la razón por la que vivían en aquel lugar,

la precariedad y la triste vida que llevaban.

Por las mañanas se levantaba de la cama y lo primero que hacía era dirigirse temblorosa hasta la mesita baja que había delante del televisor, para liarse un porro y fumarlo con avidez antes de desayunar. Después fumaba otro tumbada en el sofá. El fregadero estaba atestado de platos sucios y la cama sin hacer. Antes de salir a la calle vertía dos gotas de colirio en cada uno de sus ojos para que dejaran de parecer dos estrechas ranuras. Ya no sentía el apetito que experimentaba tiempo atrás después de fumar hachís. Ahora le quitaba el

hambre. Perdía peso. Cada día estaba más delgada. Sus ojeras iban en aumento, una mancha oscura, imposible de disimular, se había instalado bajo sus ojos. Pero le daba igual. Creía que los porros la mantenían viva y la hacían soportar todo aquello que no quería vivir. No quería ni imaginar lo que podría ocurrirle si tuviera acceso a otro tipo de estupefacientes. Lo sabía, sí, pero prefería no pensarlo.

Aunque había sido generosa dándole el trabajo, empezó a odiar a la dueña de la zapatería. Le parecía que la observaba más de lo necesario, que la espiaba, que creía que le robaba el

género o el poco dinero que hacían de caja. ¿Quién iba a comprar zapatos allí? ¿Quién? Cuando estaba despejada y serena atribuía aquellos pensamientos a las paranoias que le provocaban los porros, pero no lo podía evitar y, en vez de poner remedio, aprovechaba cualquier descuido en la tienda para correr al piso a fumar de forma desesperada. Luego creía volver al trabajo más reconfortada, pero era todo lo contrario, al momento volvía a sentirse enojada y culpaba a Luis de su miserable vida.

Él seguía deseándola. Algunos días, en la cocina, sin llegar a desnudarla del todo, la poseía sobre la mesa, de

aquella forma que antes tanto le gustaba a ella y que ahora empezaba a producirle unas sensaciones totalmente opuestas al deseo.

A principios de otoño reformaron un viejo almacén para destinarlo a gimnasio municipal y Luis empezó a entrenar al salir del trabajo. Tras muchas horas de esfuerzo fue adquiriendo músculo. Allí no había nadie capaz de entrenarle como era debido, pero a él no le importaba, seguía las lecciones de un libro de ejercicios. Compró el equipamiento necesario pese a que no estaban sobrados de dinero. Guantes, botas, pantalones... El día en que una empresa

de transporte llegó a la zapatería con el pedido que había hecho y Carmen tuvo que pagarlo de su bolsillo, cargó contra él con ira desbocada. Luis aguantó los gritos estoicamente, con la mirada fija en un punto más allá del cristal de la ventana. En un momento dado, ella vio de nuevo a aquel muchacho deforme que agredió brutalmente al maestro, y sintió miedo. Luis desvió la mirada de la ventana y gritó como nunca antes lo había hecho. Le dijo que no hacía otra cosa más que trabajar como un esclavo, acarreando cajas, cargando camiones, tragando el polvo que castigaba sus pulmones. Le reprochó que llevaran tanto tiempo

intentando tener hijos sin resultado y que a ella le diera exactamente igual. Carmen se encogió pensando que quizá había descubierto las píldoras anticonceptivas que escondía con sumo cuidado en un armario de la cocina y que tomaba sin falta cada noche. Intentó contestarle, sabía que no tenía nada que hacer, pero le recordó que le había dado una vida miserable. Luis pareció arrugarse por un instante, mientras ella despotricaba sobre todo lo que él creía que era parte de su felicidad, hasta que agarró con fuerza el pomo de la puerta para girarlo con decisión. Al salir, con la mirada inyectada de odio le dijo:

–Solo piensas en fumar esa mierda y en hacer el amor como si fuera un desconocido.

6

Leyó el mensaje de texto una vez más: «Hola! Estás bien?». Silvia mantuvo los pulgares acariciando el teclado del móvil. Había dejado de hacer viajes al váter para vomitar. Tampoco le quedaba nada ya en su interior. Miró la pantalla de nuevo. Pasados treinta segundos se apagaba y volvía a la oscuridad.

—No, no estoy bien —dijo—, pero hoy no te lo voy a contar.

Lanzó el teléfono al otro lado del sofá, como queriendo huir de él y de quien había enviado el mensaje.

En la nevera había yogures y algunas frutas. Peló un plátano y una manzana y los cortó a trocitos para introducirlos en un bol; vació el contenido de un yogur con una cucharilla y vertió una cucharada de azúcar por encima. Lo mezcló todo y volvió al sofá. Puso en marcha el televisor. Mando a distancia: las noticias, un documental, *Pasapalabra*, *Gran Hermano*, fútbol, y vuelta a empezar. Mientras comía puso un documental de viajes que daban en La 2 sobre los artesanos madereros de la Baja Sajonia. Era un tostón, pero los

paisajes eran preciosos. Rebañó con fruición los restos del yogur. Le estaba sentando bien. Se incorporó para dejar el bol vacío en la cocina cuando el móvil empezó a sonar. Jaume Ribes, pensó.

—Por Dios ahora no, no lo podré soportar, estoy baja de defensas, necesito mimos, no puede ser... —se dijo a sí misma. Sin embargo pulsó el botón verde sin mirar siquiera de quien se trataba.

—He encontrado un libro interesante de su editorial.

—¿Quién es? —preguntó, aunque ya había reconocido su voz.

—¿Me has borrado de los contactos de

tu teléfono?

Era Monfort, siempre aparecía de repente. No estaba pensando en él precisamente, pero por alguna extraña razón siempre aparecía en los momentos delicados.

—Perdona, ¿te molesto?

—Podrías haber empezado así la llamada, hubiera sido más lógico —opinó ella.

Monfort dejó escapar un suspiro.

—¿Lógico?

—Nada, nada —contestó Silvia negando con la cabeza, y luego añadió—: ¿Qué me decías de un libro interesante?

—¡Ah, sí!, perdona. Hablaba de Libros

del Crepúsculo, ya sabes, la editorial donde trabaja la guapa de ojos grandes.

Efectivamente a Monfort no se le había pasado por alto su belleza y, sin saber por qué, Silvia se molestó un poco.

—¿Y?

—Disculpa, ya veo que te he pillado en un mal momento. ¿Te encuentras mejor?

—Como una rosa —contestó en un tono inclasificable.

—Ya veo que no es el momento más oportuno.

—Esto parece una conversación para besugos.

—Precisamente te llamaba para eso. ¿Has cenado?

Silvia pensó que a Monfort le estaba empezando a cansar el extraño hábito de sentarse solo a la mesa. Aquel hombre huraño al que no le gustaba que nadie lo mirara ni le dirigiera la palabra a la hora de comer, estaba mutando poco a poco hacia un ser más amable.

—Solo un yogur y fruta.

—Lástima, iba a invitarte a pescado y a una copa de vino blanco. Comida sana también, ¿eh? Nada de excesos — bromeó.

Pese a todo, aceptó la invitación y, tras colgar el teléfono, se maquilló frente al espejo para disimular las ojeras.

Compartieron una estupenda dorada a la sal y una ensalada de canónigos aliñada con vinagreta francesa. El vino estaba en su punto. Ligero, fresco, con toques cítricos y un agradable final en la boca. Belondrade y Lurton, una buena elección, cien por cien verdejo.

—¿Te ha sentado bien? —preguntó Monfort al acabar, mientras servía un poco más de vino en las copas.

—Muy bien, jefe, me ha sentado muy bien, gracias —y añadió sin mirarlo directamente a los ojos—: sobre todo por sacarme de delante del televisor y de la manta de cuadros.

–Ya ves que me estoy volviendo un tipo sociable.

–Sí, noto un cambio –ironizó ella.

–Espero que sea para bien.

–Para bien es, si no, no te lo diría.

Por cierto, ¿qué tipo de libros traduce Alba Casas en esa editorial?

–No lo sé, solo he encontrado un título –contestó, mirando la copa de vino que sujetaba en la mano.

–No he podido localizar su página web –apuntó Silvia–. Quizá ni siquiera tenga una. Lo investigaré más a fondo.

–Creía que te habías quedado en casa para descansar.

–No es muy cansado sentarse en el sofá con el portátil sobre las piernas.

–Ya. –Monfort arqueó una sola ceja.

–Alba Casas aparece en la red como traductora, pero no se habla de sus trabajos y ni una palabra de la editorial. En las entradas que salen en el motor de búsqueda, al poner su nombre, no dicen nada que no sepamos ya –puntualizó.

–Eso tampoco es tan extraño –aclaró Monfort–. Los traductores a menudo pasan inadvertidos. De un tiempo a esta parte se les está empezando a tratar como realmente se merecen, pero antes ni siquiera aparecían sus nombres en los libros.

–Debe de ser un trabajo complicado.

–Imagínate, además de conocer el idioma original a la perfección, tienen

que ponerse en la piel de los autores que traducen. Se quedó pensando un momento en lo que acababa de decir: ponerse en la piel de otras personas, suplantarlas. Justo lo que hacían ellos para intentar desenmascarar a los culpables.

—Es un poco..., no sé cómo decirlo.

—¿Un poco sospechosa? ¿Un mucho atractiva?

—Las cosas que dijo y las que seguramente calló. —Silvia hablaba con la mirada puesta en un punto lejano e inexistente dentro del restaurante—. La rabia contenida de su madre porque el padre las hubiera abandonado. Me parece un poco extraño. Hace años que

el padre se había marchado del hogar familiar. Ella hace su vida en Barcelona, un detalle que, por cierto, todavía no hemos investigado a fondo. –Guardó silencio varios segundos. Monfort lo respetó—. Y esos ojos negros, tan profundos que no se les ve el final. Me costaba mirarla. Ni siquiera pestañeaba. Y me saca casi un palmo de altura. Todo influye –intentó bromear finalmente.

Monfort levantó el brazo para captar la atención del camarero y pedir la cuenta. Silvia continuó hablando y él no quiso interrumpirla.

–La que más me asombra es la madre. Tanto llorar, tanto llorar. Si se había largado y no quería saber nada de ellas,

pero seguía pagando religiosamente, para qué tanta lágrima. ¡Que le den morcilla! —exclamó—. Eso es lo que hubiera pensado yo. No entiendo a qué viene tanta pena.

Monfort sonrió al oír hablar a Silvia de aquella manera. Ella misma sorteaba las pistas, buscaba los caminos necesarios para continuar con la investigación y llevarla a buen puerto.

—No te olvides de la hermana —apuntó él de forma fingidamente distraída mientras firmaba el recibo de la tarjeta de crédito—. Yo creo que las mata callando.

Aparcó el coche en doble fila junto al portal del piso de Ana Forcada, donde

se alojaba temporalmente Silvia. Ambos estaban en silencio, escuchaban una canción de John Denver, *Annie's Song*, que sonaba en la radio del coche. Monfort no supo si debía bajar el volumen o pulsar el botón de apagado mientras traducía mentalmente la letra.

—Bueno, gracias. He cenado muy bien —le agradeció Silvia, y se giró hacia los asientos de detrás para coger su abrigo—. ¿Es ese el libro? —preguntó al ver una bolsa con el logotipo de una librería de la ciudad.

Monfort echó mano de la bolsa y lo sacó.

—*Toro salvaje* —dijo a la vez que acariciaba la cubierta—. El título original

es *Raging Bull: My Story*. Lo escribió Jake La Motta, un boxeador conflictivo. Famoso por su mala leche, para abreviar, vaya. El original es difícil de encontrar. Creo que no lo había visto nunca traducido al castellano.

—¿No hicieron una película con ese título? —preguntó Silvia, que hacía esfuerzos para ponerse el abrigo en el reducido espacio del asiento del coche.

—Bravo —observó Monfort—. Una de las mejores películas de la historia, según los críticos.

—¡Claro! —exclamó Silvia, y notó que se le volvían a tensar las cervicales—. Robert de Niro tuvo que engordar como un globo para hacer el papel

protagonista, ¿no? Creo que incluso le dieron un Oscar. Y el director..., ¿cómo se llamaba el director?

—Martin Scorsese —respondió Monfort guardando el libro en la bolsa.

Hubiera permanecido allí toda la noche, aparcado en doble fila, hablando con Silvia. Pero ella tenía que descansar. Y a él le quedaban tres horas de camino hasta llegar adonde tenía que ir.

La canción de John Denver se repetía en su subconsciente.

Llenas mis sentidos,
como la noche en el bosque,
como los montes floridos,
como la lluvia al caer,

como el trueno en el desierto,
como el mar azul dormido.

Llenas mis sentidos,
ven, vuelve otra vez...

Debería haber ido primero a otro sitio en vez de estar allí, pero quería zanjar un asunto lo antes posible.

—Me alegro de verlo, Monfort.

El saludo parecía sincero. Vinyals, el comisario principal, estaba sentado tras una mesa en su despacho de la Jefatura de Policía en la Via Laietana de Barcelona. Las paredes estaban forradas de madera oscura y había lámparas de pie encendidas por aquí y por allá, que

imprimían un ambiente confortable a la estancia. Dos secretarias, una muy joven y la otra bastante mayor, tecleaban diligentes en sus ordenadores. El despacho de Vinyals era tan amplio que las dos secretarias trabajaban allí mismo sin molestarse lo más mínimo. Había una mesa para reuniones de forma ovalada, con diez o doce sillas alrededor y una inmensa librería, tan grande que incluso tenía una escalera de mano para alcanzar los estantes más altos. Alfombras persas de abigarrados colores cubrían parcialmente el suelo de anchas lamas de madera. Monfort contó cuatro ventanas, altas y rectangulares. Los sonidos del tráfico de aquella

concurrida calle del centro llegaban amortiguados hasta allí. Pensó que se debían de haber gastado un buen pico en insonorizar debidamente el despacho del comisario principal. Via Laietana unía el puerto y el Ensanche, y además de ser una calle con tráfico intenso, estaba llena de turistas que, cámara y mapa en mano, deambulaban desde la catedral hasta el museo de Picasso, o desde la Barceloneta hasta la plaza Urquinaona. Monfort le echó un vistazo rápido al mueble bar instalado en una de las esquinas del despacho. No le faltaba de nada. Vinyals le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento frente a él.

—Creía que estaba en Castellón, con Romerales. Me informó que estaban trabajando en un caso raro.

—Así es, señor —contestó Monfort—, estoy trabajando en ese caso *raro*. Si es que hay alguno que no lo sea.

El comisario principal mostró su blanca y cuidada dentadura. A Monfort siempre le daba la impresión de que su jefe tenía más dientes que el resto de los humanos.

—Hace días que no hablo con Romerales. Me suele tener al corriente.

—¿Al corriente de mí? —preguntó Monfort, lo que hizo que Vinyals levantara por fin la vista de los papeles.

—De usted, claro, y también de otros

temas relacionados con el trabajo. Romerales y yo somos amigos desde hace Dios sabe cuándo. Por eso le envié a usted a Castellón cuando él me lo pidió.

—Ya, y se lo agradezco, pero aquí también pasan cosas. Más que allí diría yo.

—Romerales necesita alguien como usted. Alguien con sobrada experiencia. Actualmente la comisaría de Castellón es un pequeño desastre, y el Ministerio no parece estar por la labor de enviar personal debidamente cualificado. — Vinyals se levantó de la silla para dirigirse al mueble bar—. ¿Le apetece un café?

–No, gracias –contestó Monfort. Era temprano, pero en aquel momento le hubiera apetecido más una copa.

Vinyals regresó con una taza de cerámica en la que había una imagen de Copito de Nieve, el gorila blanco que adoptó el zoo de Barcelona y que se convirtió en uno de los iconos de la ciudad. No sabía si el comisario era consciente de su gran parecido con el gorila albino, pero no sería él quien se lo dijera. Cuando se dispuso a dar un sorbo al café y la cara del curioso primate quedó junto a la suya, Monfort no pudo evitar sonreír.

–¿De qué se ríe? –preguntó Vinyals, haciendo una mueca que denotaba que el

café estaba demasiado caliente—. ¡Ah, claro! Es por la taza, ya comprendo. Es un regalo de las chicas —dijo, y señaló con la cabeza a sus secretarias, que se escondieron rápidamente tras la pantalla de su ordenador—. Me la regalaron por mi cumpleaños. Será por las canas —añadió, riendo, y se pasó una mano por la sien.

—Dígame —intervino Monfort sin rodeos—. ¿A qué comisaría pertenezco en realidad? ¿Quién es mi jefe?

No era costumbre en Vinyals dudar cuando hablaba. Fue al grano.

—Usted pertenece a esta Jefatura y yo sigo siendo su jefe, mientras no le notifique otra cosa.

—¿Y entonces por qué me envía a Castellón? ¿Acaso quiere quitarme de en medio, que desaparezca de su vista? ¿Empiezo a ser una molestia aquí?

Vinyals se puso otra vez en pie con la taza todavía en la mano. Hizo un gesto con la cabeza a sus dos secretarias para que salieran del despacho, cosa que hicieron al momento sin pronunciar palabra. Cuando la puerta se hubo cerrado, Vinyals empezó a hablar. Monfort notó que apretaba los dientes.

—Ha habido quejas —dijo—. Parece que su forma de actuar no gusta a los nuevos supervisores territoriales. En la última reunión hubo discusiones sobre nuestra manera de trabajar, de cómo

conseguimos que los testigos hablen, de qué fuentes nos surtimos; en definitiva, hay voces que llegan desde arriba que dicen que están cansados de que seamos tan expeditivos.

—¿Expeditivos? —preguntó Monfort echándose hacia atrás en el respaldo—. ¿Quiere decir que soy demasiado tajante? ¿Qué soy rápido y decisivo en tomar resoluciones?

—Monfort...

—Creía que era eso precisamente lo que le gustaba de mi forma de trabajar —le interrumpió—. Recuerdo habérselo oído decir en alguna ocasión.

Vinyals lanzó un bufido y bebió de un trago el café que quedaba en la taza. La

dejó encima de la mesa, se dio la vuelta y acercó el rostro al cristal de una de las ventanas. Se llevó las manos a la espalda.

—En Madrid están tomando decisiones que afectan a todas las jefaturas del país. Las cosas están cambiando. El gobierno y los sindicatos abogan para que actuemos con una transparencia difícil de compaginar con este trabajo. Hace unos días detuvieron al inspector Torralba, ¿se acuerda de él?

Monfort hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero Vinyals seguía de espaldas y no pudo verlo. Aun así sabía la respuesta y continuó hablando.

—Le dio un empujón a un detenido en

el transcurso de un interrogatorio. Un súbdito ruso, traficaba cocaína a gran escala a través del puerto. Contenedores cargados de droga. Lo detuvimos gracias a un confidente. Se encontraba en una vivienda del extrarradio. Retenía a dos mujeres. Las había atado con ayuda de uno de sus esbirros y les golpeaba de forma brutal por el puro placer de verlas sufrir. Un cerdo asqueroso, vaya. —Vinyals dejó escapar el aire que retenía antes de continuar—: Cuando los agentes entraron en el domicilio, uno de sus hombres, que aguardaba en la calle, alertó a su jefe. Intentó huir. Los agentes pidieron refuerzos y cuando el capo huía en su

automóvil de lujo, otra patrulla le cortó el paso. Hubo un tiroteo del que resultó herido uno de nuestros hombres, pero finalmente pudieron reducir al traficante y detenerlo. El inspector Torralba se encargó del primer interrogatorio, y en un momento dado, cuando ya no podía más, le dio un empujón al ruso con la mala fortuna de que cayó al suelo y se dio un golpe en la cabeza. Las cámaras grabaron la acción y a Torralba lo han suspendido hasta nueva orden. Es posible que me abran un expediente y se me caiga el pelo también a mí. Torralba estaba bajo mis órdenes.

—En definitiva —dijo Monfort cuando Vinyals por fin se había dado la vuelta—,

que teme que yo continúe tan *expeditivo* como siempre, y que ese pelo que se le puede caer se le caiga del todo.

—Le he dicho que lo mandé a Castellón porque Romerales le necesita allí —argumentó Vinyals en un tono casi inaudible.

—Sí, ya —repuso Monfort.

—Me pidió ayuda, ¿qué podía hacer? Salimos todos beneficiados.

—¿Todos?

—Todos —afirmó Vinyals.

—También podría prejubilarme, ¿no se dice así?

—¡Vamos, Monfort, no diga tonterías! Usted no tiene ganas de jubilarse.

Tampoco está aquí por el dinero que gana, que ya nos conocemos.

Monfort se puso de pie y tendió la mano a su jefe. No se había desprendido del abrigo pese a que en el despacho hacía calor. Vinyals la estrechó con fuerza mirándole a los ojos, como siempre había hecho. Con la mano ya en el pomo de la puerta para salir del despacho, Monfort no quiso marcharse sin antes decir algo.

—Trato de hacer las cosas de forma legal, como dictan las normas, pero soy consciente de que acabo trabajando a mi manera. Me resulta más fácil y me lleva directamente al asunto. No sería el mismo si no fuera capaz de tomar

algunos atajos por mi cuenta. Además, estoy convencido de que cuando se haga de otra forma, los índices delictivos serán mucho peores.

Las dos secretarias estaban sentadas en la sala de espera cuchicheando. Le sonrieron, él les guiñó un ojo y, por toda respuesta, ambas se ruborizaron al mismo tiempo.



Tuvo que emplearse a fondo para que Luis la perdonara y le permitiera seguir viviendo bajo el mismo techo.

Pero no volvió a ser el mismo después de aquello.

Trabajaba más horas en la fábrica, entrenaba más duro que nunca, y no quería salir a pasear cuando hacía buen tiempo como hacían antes. Se encerró en sí mismo, en sus cosas; entrenar y trabajar; pelear a puñetazos contra aquel saco de arena colgado del techo del gimnasio, y acarrear pesadas cajas en el trabajo, que le servía como parte del entrenamiento. Su cuerpo se fue esculpiendo como si se tratara de un profesional. Leía libros de boxeo, biografías de sus ídolos. Veía películas en vídeo de los míticos combates de sus boxeadores preferidos: Rocky

Marciano, Muhammad Ali o Joe Frazier.

La vida en pareja se había vuelto cada vez más distante y complicada. A veces no entendía cómo podían seguir juntos. Él la quería, de eso Carmen estaba segura, pero se había vuelto desconfiado. Se daba cuenta de que él podría vivir tranquilamente sin ella. Dormían juntos, hablaban lo justo y poco más. Hacer el amor se había convertido en una rutina monótona y la pasión desaparecía cada vez más rápido. Se acabaron las prisas desnudándose en la cocina cuando él llegaba, empapado de sudor y con el

polvo de las cajas metido por todas partes.

Carmen seguía fumando el hachís que Luis le conseguía a través de un compañero del trabajo. Él dejó de acompañarla en aquel vicio. Sus vidas se estaban volviendo irremediablemente tristes y oscuras. Intentaban no enzarzarse en ninguna discusión por nimia que fuera, para no caer en una nueva trifulca de la que ambos sabían que no se recuperarían.

Una mañana, Carmen llegó a la zapatería visiblemente fumada, algo que normalmente había aprendido a disimular. La propietaria de la tienda sospechaba de su adicción desde que

una tarde, al cerrar y hacer caja, encontró en un cajón una pequeña bolsa de cuero con un puñado de marihuana y papel de fumar. Aquel día se enzarzaron en una discusión porque trató de malas maneras a una anciana que pretendía cambiar unas zapatillas que le iban pequeñas. Carmen cometió el error de gritarle y la respuesta de la dueña no se hizo esperar, la despidió aquella misma mañana.

Silvia se levantó temprano. Apenas había conseguido conciliar el sueño en toda la noche. Decidió que levantarse era lo mejor que podía hacer. Se dio una ducha larga y reconfortante, desayunó una taza de café instantáneo y una tostada con aceite de oliva. Decidió ir a pie hasta la comisaría de la ronda de la Magdalena. No estaba cerca, pero pensó que debía mantenerse en forma. El dolor

de las cervicales casi había desaparecido, le quedaba algo parecido a una resaca. Pese a todo se sentía ufana y con ganas de ponerse en marcha.

La intensidad del viento no había cesado del todo, pero no era tan molesto como en días anteriores. Quizá la temperatura fuera inferior, pero sin viento se soportaba mejor. El cielo ofrecía bellos tonos rojizos que desaparecerían en pocos minutos, cuando la luz de la mañana lo invadiera todo. Estaba despejado, solo alguna nube alta se dibujaba en el cielo de Castellón. Apenas había gente por las calles y el tráfico era fluido. Caminó abstraída, pensando en cómo iba a

abordar el trabajo del día, y se olvidó de su problema de insomnio.

Sentada al volante de un vehículo de la comisaría, esperaba cerca de la vivienda de la hermana de Leo. No quería presentarse demasiado temprano en el domicilio. Esperaría. Sentía frío en los pies. Puso en marcha el automóvil y dirigió las salidas de aire caliente a los pies. Cinco minutos más tarde comprobó que con aquello no había solucionado nada y en cambio el habitáculo se había impregnado de un tufo difícil de describir e imposible de respirar. Detuvo el motor y bajó el cristal de la ventanilla hasta la mitad. Se aplicó un poco de barra de labios observándose

en el retrovisor. Iba a apearse del coche cuando notó movimiento en la puerta del garaje de la vivienda que estaba vigilando. Juana, la hermana de Leo, despedía a alguien que salía despacio del garaje en un coche de color rojo. Silvia esperó para ver quién ocupaba su interior. Se trataba de Leo y de Alba Casas. Conducía la hija. Su madre ocupaba el asiento del acompañante con gesto serio. Tampoco es que la hija sonriera.

Juana abrió la puerta con decisión, pero torció el gesto cuando vio que era la agente de policía quien pisaba el felpudo de la entrada.

—Buenos días. Disculpe que la

moleste –saludó Silvia con la mejor cara que pudo.

A la hermana de Leo le asomaban las perneras del pantalón del pijama por debajo del batín que llevaba puesto. Tenía el pelo alborotado, y sin maquillaje parecía bastante mayor que el día anterior.

–No la esperaba –dijo–. Creía que era mi sobrina que se había olvidado de algo.

–¿No están? –preguntó Silvia haciéndose la despistada.

–Se han ido hace un momento. Debe de habérselas cruzado. Han ido al médico, mi hermana está muy decaída.

Silvia miró por encima del hombro de

ella hacia el interior de la casa, para ver si la dejaba pasar.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Me hubiera gustado hablar con ellas —contestó Silvia en tono conciliador—. Pero si no le importa...

Juana se apartó del umbral de la puerta y con un gesto de cabeza la invitó a pasar al interior.

Olía a café recién hecho, también a perfume y a tostadas, y a alguna otra cosa de comer que no pudo discernir. Esta vez se sentaron a una mesa que había en la cocina. Una olla estaba en el fuego y de ella salía un hilillo de vapor. Sobre la encimera de mármol había una cafetera automática, una caja de galletas,

media barra de pan, un tostador y un microondas.

–¿Le apetece un café? –ofreció Juana.

–Gracias –asintió Silvia.

–No sé lo que van a tardar. Cuando se va al médico nunca se sabe.

Juana sirvió dos tazas de café. A continuación dejó un azucarero y un tetrabrik de leche sobre la mesa.

–¿Usted fuma? –preguntó Juana.

–No, pero por mí no se preocupe, estoy acostumbrada.

Juana encendió un cigarrillo y tras darle una profunda calada empezó a hablar a la vez que el humo iba saliendo despacio por la comisura de sus labios.

–Mi hermana está hecha polvo. Ya

veremos cómo sale de esta. Es muy aprensiva y también hipocondríaca.

—Es curioso —terció Silvia—. Según lo que dijo, apenas tenía relación con su ex. Y sin embargo, está realmente afectada de su pérdida.

—Mi hermana estaba enamorada como una colegiala —expuso Juana—. Es masoquista, ya se lo digo yo. Mire que le decía siempre: pasa de todo, búscate otro o vive la vida tú sola sin esperar que vuelva. Ahora ya no volverá.

«Sola», había dicho, y a Silvia le vino al dedillo.

—Y usted, ¿tiene pareja?

—¿Yo? —Juana dio una calada al cigarrillo y al expulsar el humo se le

escapó una risilla sin mucha gracia—. Yo no. Ya ve cómo les va a las demás. Los hombres las hacen sufrir. No tengo yo el cuerpo para eso.

Silvia la observó detalladamente, quería que la conversación siguiera por aquellos derroteros y la dejó hablar.

—Yo nunca estoy sola —dijo como si le hubiera leído el pensamiento—. Mi hermana vive muy cerca, aunque pasa más tiempo aquí que en su propia casa. Compré el adosado con el dinero que me dieron de un piso que tenía en el centro del pueblo. Con el *boom* urbanístico se revalorizó, y aproveché la oportunidad para venderlo entonces. Me compré esto. —Hizo un gesto abriendo

los brazos—. Y me sobró algo de dinero que tengo guardado por si lo necesito.

Silvia sonrió dando por bueno lo que ella decía.

—¿Trabaja?

—Ahora no.

—¿Y antes?

—Antes trabajaba en la empresa de mi cuñado. Vendíamos baratijas a las tiendas de todo a cien, en aquella época florecieron como champiñones.

—¿Su hermana también trabajaba con ustedes?

—Ella nunca ha trabajado.

—¿Trabajó usted con su cuñado después de que ellos se separaran?

—Sí.

—¿Y a su hermana no le importaba?

—Hay que comer todos los días, ¿sabe?, y pagar las facturas.

—Ya, entiendo —repuso Silvia—. ¿Por qué se separaron?

—Pedro viajaba mucho y ella era demasiado celosa.

Por primera vez oyó el nombre de la víctima en boca de su cuñada. «Pedro.» No sabía por qué, pero le sonó chocante.

—¿Quiere decir que los viajes de trabajo fueron el detonante de la separación?

—Entre otras cosas. —Juana se puso en pie para dejar la taza en el fregadero.

—¿Hubo algo más? —se aventuró Silvia.

–Leo veía fantasmas por todos lados –contestó haciendo ver que ordenaba la vajilla apilada sin fregar–. Se convirtió en una mujer muy celosa, enfermiza, compulsivamente desconfiada. Lo acribillaba a preguntas, espiaba sus movimientos, su correo, todo lo que estaba al alcance de su mano para pillarlo infraganti. Creía que tenía amantes en todos los lugares a los que iba. Llegó un momento en que se le metió en la cabeza que los viajes eran una tapadera, una mentira que utilizaba para estar con otra mujer.

–¿Y usted a cuál de los dos creía?

Se le escurrió un plato de las manos

que hizo un ruido estrepitoso al golpear contra algo.

—¡Maldita sea! —exclamó Juana. Yo no creía a ninguno de los dos. Él sería lo que fuera, pero la quería. Mi hermana confundió el amor y el matrimonio con la posesión. La casa se volvió un infierno en el que ya no podían vivir en paz. Alba se fue a Barcelona. Huyó de todo, estaba harta de verlos discutir. Leo reprochaba a Pedro todo lo que hacía, y él pegaba un portazo y desaparecía de nuevo.

—¿Aconsejó usted a Alba que se marchara?

—¡Claro! —exclamó, levantando la cabeza—. Ella no tenía la culpa.

Necesitaba volar, ver mundo, desarrollar sus cualidades.

—Y ahora él está muerto y su hermana la necesita a usted.

—No tiene a nadie más, Alba regresará a su trabajo y a su vida más pronto que tarde —contestó Juana.

Silvia se puso en pie y llevó su taza de café hasta el fregadero, en el que seguía Juana con los platos, cambiándolos de sitio, enjabonándolos pero sin acabar de enjuagarlos, como si no supiera qué hacer.

El Boadas se encontraba en el número uno de la estrecha calle Tallers, casi

haciendo esquina con Las Ramblas. Fundada en el año 1933, era la coctelería más antigua de Barcelona. ¿Cuántos cocteles habrían servido desde entonces? Miguel Boadas, el fundador, lo definía como «el pequeño y triangular mundo físico del Boadas». Nadie hubiera hecho jamás una descripción más acertada de aquel lugar. Un reducido espacio de planta triangular, más confortable que elegante y selecto. Un lugar donde los bebedores se sentían a gusto. Aquello era lo que gustaba a Monfort. Nada de preguntas, nada de chismes, cada uno a lo suyo. Penumbra, lámparas de luz tenue: un mundo físico, tal como decía su fundador. Pasados los

años seguía siendo así, no había perdido ni un ápice de su *glamour* característico. En aquella barra se habían apoyado personajes ilustres de la talla de Dalí, Picasso o Hemingway, pero lo que le gustaba saber a Monfort era que el escritor Manuel Vázquez Montalbán había compartido los mismos brebajes que él solía degustar.

Pidió un clásico dry martini. No sabía si le gustaba más el sabor del cóctel o la preparación magistral del experimentado barman. Tomó un sorbo: inigualable. Brindó imaginariamente por su jefe, el comisario Vinyals. Lo había apartado de su designación para no tener problemas con las nuevas directrices del

Cuerpo Nacional de Policía. A partir de ahora, a los asesinos, violadores, pederastas y demás ratas del infierno, habría que preguntarles la razón por la que habían delinquido con mucho tacto y delicadeza.

—¡Vamos, hombre! —exclamó en voz alta sin darse cuenta. El sambenito de «poli como los de antes» le molestaba, pero las tonterías también. Así que, en definitiva, ahora era un policía perteneciente a la Jefatura de Via Laietana de Barcelona, a las órdenes de Vinyals, pero que operaba en Castellón al mando del comisario Romerales. Por lo tanto, si actuaba a su manera y a los de arriba no les gustaba, ¿quién sería el

responsable, el jefe de Castellón o el de Barcelona? ¿Vinyals o Romerales? Con total seguridad se la cargaría él mismo y luego ya se vería quién asumiría las responsabilidades sobre sus actos.

Dejó el Boadas con la tentación de un segundo cóctel rondando en su cabeza, pero en la misma calle, unos doscientos metros más allá en dirección a la plaza Universidad, justo en la esquina de la calle Ramelleres, se encontraba la editorial Libros del Crepúsculo. El número que llevaba anotado correspondía con un inmueble viejo y cascado. En la puerta había cuatro timbres, uno para cada planta del edificio. No eran interfonos, eran solo

timbres, y en ellos no había anotación alguna. La puerta de madera crujió cuando Monfort la empujó. La entrada era pequeña y oscura, y algunas de las baldosas del suelo estaban resquebrajadas por el paso del tiempo y el poco cuidado. Una escalera estrecha trepaba hacia los pisos. Ni rastro de ascensor. Cuatro contadores de luz como los de antes. Cuatro buzones oxidados de color marrón, uno de ellos con la puerta caída, otro al que ya no le cabían más cartas, era evidente que nadie las recogía. Observó los nombres. En el buzón del tercer piso se podía leer Libros del Crepúsculo, escrito a mano con bolígrafo sobre un cartoncillo.

Subió al tercer piso por una escalera estrecha y cochambrosa. Resopló al llegar al último tramo. En la puerta había una placa metálica sin brillo con el nombre de la editorial. Llamó al timbre y no obtuvo respuesta. Llamó una segunda vez. A continuación golpeó con los nudillos por si los que estaban trabajando no habían oído el timbre. Miró su reloj. Las once. Vaya horas para que no hubiera nadie en una editorial, pensó. Bajó los escalones que antes había subido. Al llegar al segundo piso intuyó que alguien se asomaba por una puerta entreabierta. Monfort se detuvo al oír una voz.

—¿A quién busca?

Era una mujer entrada en años, vestida únicamente con algo parecido a un camisón de color rojo, muy corto y transparente. Iba maquillada de manera tan excesiva que parecía un retrato cubista. El cabello, teñido miles de veces de rubio platino, estaba ajado y falto de un buen cepillado.

—¿Me buscas a mí, guapo? —preguntó con un tono de voz que pretendía ser provocativo.

Desagradecidamente, la prostitución de mujeres de edad avanzada todavía formaba parte de la idiosincrasia del barrio.

—Estoy trabajando —atinó a decir Monfort para no parecer descortés.

–Y yo también. –La mujer estiró un brazo hacia arriba para apoyarlo en el quicio de la puerta, en un intento de buscar una postura sensual. A continuación se atusó el pelo con un gesto estudiado que habría hecho en muchas ocasiones a lo largo de su vida.

–He venido para hablar con los de la editorial. –Señaló con el dedo hacia arriba—. Pero no están, así que debo marcharme.

–Puedes esperarla aquí..., en mi casa. –La mujer hizo un gesto con la cabeza. Monfort calculó que tendría más de sesenta años, y posiblemente se quedara corto.

Pero con lo que se había quedado

Monfort era con lo de «esperarla». No había dicho «esperarlos» ni «esperarlas». Femenino singular. Una persona sola. Mujer.

—¿Son amigas? —se aventuró a preguntar.

—¿Quién? ¿La de los libros y yo? —La mujer dejó salir una risa que pretendía estar cargada de erotismo. Hizo un gesto fingidamente distraído para que el salto de cama subiera medio palmo hacia arriba. Parecía orgullosa de sus piernas. No estaban mal para su edad, fuera la que fuese, pero no se lo iba a decir bajo ningún concepto.

—Va y viene, siempre cargada de libros —dijo—. A veces pasan varios días

sin que la vea por aquí. En otras ocasiones, la oigo que está encerrada día y noche sin salir más que para comprar comida. Cuando vuelve de hacer la compra me deja algo en la puerta: una barra de pan o una botella de leche. Es un encanto de niña, a veces me da un poco de pena. Con lo guapa y alta que es podría forrarse, ya me entiende. — Guiñó un ojo a Monfort segura de que sabía a qué se refería—. Yo se lo digo, pero ella se ríe y sigue a lo suyo. Podríamos trabajar juntas si ella quisiera, yo conozco bien el negocio, hace más de treinta años que *alivio* a los señores —añadió en tono zalamero—. Y el

que prueba repite. ¡Vamos, venga! Entre, no se arrepentirá.

—No, gracias, no puede ser. —Se sintió apurado.

—No será usted de los del otro bando, ¿eh? Últimamente, el barrio está lleno. — Levantó las cejas e hizo un gesto con los dedos de la mano derecha juntando las yemas hacia arriba.

—No, no es eso —dijo Monfort esbozando algo parecido a una sonrisa—. Soy un amigo de la familia. He venido para decirle algo. ¿Sabe a qué hora vienen los compañeros de la editorial?

—¿Compañeros? —inquirió la mujer frunciendo el ceño—. No hay compañeros. Esta es su casa, ella vive

aquí, trabaja aquí. Sola. Está sola en la ciudad, sola con sus libros. Con lo guapa que es podría ser mi relevo. Triunfaría. Yo le enseñaría bien lo que les gusta a los hombres –concluyó, y le guiñó un ojo.

En la vivienda de sus padres, en uno de los edificios históricos del elegante paseo de Gracia de Barcelona, el padre de Monfort discutía con la asistenta. Entre los dos lograron convencerlo para que entrara en el ascensor. Al final casi tuvieron que empujarle a su interior.

–¡No pienso ir a ningún lado! –

exclamó visiblemente enojado cuando ya estaba en el ascensor.

Monfort pulsó el botón para bajar al vestíbulo. El portero le ayudó a sentar a su padre en un taxi. Había aparcado su coche en la plaza de aparcamiento de la familia, solo le faltaba que su padre hiciese alguna locura mientras él conducía.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó al portero cuando este lo tomó del brazo para acompañarlo hasta el taxi que aguardaba en la calle.

Monfort puso los ojos en blanco. Tenía poca paciencia, era evidente. Su padre también. Había heredado todas aquellas malas costumbres. Sin duda, él

también sería un viejo malhumorado, si es que llegaba a viejo.

Durante el trayecto por la ciudad, de camino al hospital donde estaba ingresada su esposa, el padre de Monfort se mostró cordial con su hijo. Su cabeza iba y venía, pero los buenos momentos había que aprovecharlos. Pronto no quedaría nada de aquello.

—Vamos a ver a mamá —anunció Monfort por décima vez en la última hora.

—Siempre está por ahí de compras, o tomando cafés con las amigas —comentó el padre sin acritud.

—Está enferma, papá, en el hospital, ya lo sabes, no te hagas el sueco.

Su padre se giró y lo miró por encima de las gafas apoyadas en la punta de su nariz. Posó su huesuda mano en el brazo de su hijo y apretó todo lo que pudo.

—Tengo ganas de verla —dijo cuando el taxi entraba en el majestuoso edificio modernista que albergaba el Hospital de Sant Pau.

El doctor Senent los esperaba en la puerta del pabellón donde estaba ingresada la madre de Monfort. Saludó de forma cortés al padre y después tendió la mano a su amigo. Cogieron del brazo al anciano, cada uno por un lado, y caminaron despacio por el pasillo hasta llegar a la unidad de cuidados intensivos. Ignacio Monfort estaba

delgado, caminaba encorvado y arrastraba un poco los pies. Sin embargo, no ofrecía mal aspecto. Su considerable altura había menguado, pero seguía siendo un hombre alto y apuesto.

—¿Ya come bien usted? —preguntó el doctor.

—No tengo más remedio que comerme todo lo que me ponen en el plato —contestó con cierta picardía—. Usted no conoce a la asistente que tenemos en casa. Es fuerte como una roca. Tiene unos muslos tan grandes como todo mi tronco y los brazos fornidos como los de Urtain, ¿se acuerda usted de Urtain?

¡Qué se va a acordar! Ya nadie se acuerda de los grandes.

El doctor Senent sonrió. Monfort arqueó las cejas.

—Me vais a dejar aquí, ¿verdad? ¿Para eso me has traído, hijo?

—Que no, papá, ya te he dicho que hemos venido a visitar a mamá. Procura ser amable con ella.

—¿Amable? ¿Qué sabrás tú de ser amable? ¿Sabes cuántos años llevamos casados? Para eso sí hay que ser amable.

Senent estaba divirtiéndose. Por fin llegaron a la entrada. Una enfermera ayudó al anciano a vestir la ropa adecuada para poder entrar donde

estaba su esposa. Monfort acompañó a su padre hasta la cama de su madre. Tenía el cuerpo lleno de cables y de tubos, pero al besar su mejilla notó su fragancia, como cuando era un niño. Le pareció que sonreía. Era una mujer valiente, siempre lo había sido. Una enfermera acercó una silla a la cama para que Ignacio Monfort se sentara junto a su esposa. No había dicho ni una sola palabra desde que se puso la bata verde y el ridículo gorrito.

La tomó de la mano. A ambos se les cayeron las lágrimas a la vez, como si estuvieran conectados por el mismo cable. Acarició con el dedo pulgar los nudillos de su esposa mientras sostenía

su mano. No dijo nada, no tenía nada que decir en aquel momento.

El doctor Senent regresó y le hizo un gesto a Monfort para que lo acompañase.

—Parece que está un poco mejor. No sabemos cómo evolucionará en los próximos días, pero hoy está mejor y eso es algo que debemos celebrar. Cada día que pasa es un éxito. Esto le irá muy bien.

—¿Lo de mi padre? —preguntó Monfort con un nudo en la garganta.

—Sí, es lo mejor que podemos hacer por ella. Te propongo que venga a verla todos los días que le sea posible.

—Pero...

–No es necesario que lo haga si no se encuentra bien –puntualizó–, pero cuando le apetezca puede venir. Se sentirán mejor los dos.

Monfort miró a sus padres. Era duro verlos de aquella manera, pero también era lo mejor que podía ocurrir en aquel trance. En los últimos años, su vida se había llenado de violencia, de criminales, de asesinatos, de maldad. Lo que veía en sus padres era todo lo contrario, el paradigma de la compenetración entre dos seres humanos, pese a que fueran unos ancianos con más posibilidades de reunirse en el otro mundo que en este.

El doctor Senent lo devolvió al

presente.

—Venir a verla es altamente recomendable para disminuir la ansiedad y el estrés, tanto para ella como para él. También a ti te irá bien. — Monfort arqueó una ceja—. Aunque no estés aquí con ellos te sentirás mejor sabiendo que están juntos. ¿Qué me dices?

—No hay nada que decir salvo darte las gracias, amigo. Siempre tienes razón.

Sonó el móvil. Bajó el volumen de la música para que el manos libres se pudiera oír con cierta claridad.

—¿Dónde estás? —el comisario

Romerales hablaba en tono cortante.

—Yo también me alegro de oírte — contestó Monfort con una mano al volante mientras que con la otra acariciaba la palanca del cambio de marchas. Estuvo tentado de subir el volumen de la música y olvidarse del jefe de Castellón. Ahora tenía dos jefes, estaba claro, y debía buscar la manera de que aquello lo beneficiara en vez de perjudicarlo.

—Llevo todo el día preguntando dónde te has metido.

—A mí no me lo has preguntado. No me has llamado. Ha sido casi como un día festivo. —Pisó un poco más el acelerador.

—¿Estás conduciendo?

—Sí, en este preciso momento estoy cruzando el río Ebro, a la altura de Amposta, en la provincia de Tarragona.

—¿Has ido a Barcelona?

—Sí.

—Gracias por avisar —dijo, pero ya había suavizado el tono—. ¿Es por tu madre?

—Era el motivo principal de la escapada. Pero he descubierto algo que puede ser importante para el caso. También he averiguado otra cosa que te incumbe.

—Sí que te ha cundido el día.

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué otra cosa dices que has

averiguado? –Romerales estaba intrigado.

–Que tengo dos jefes: uno de ellos teme que mi forma de trabajar le pueda complicar la vida y para el otro soy su única tabla de salvación para que los de arriba no lo despidan por no poder solucionar los casos que suceden en su pequeña ciudad. Adivina cuál de ellos eres tú.

Romerales emitió extraños sonidos, algo parecido a una tos repentina, como si se atragantara.

–¿Viajas solo? –preguntó intentando desviar la conversación.

–No. Me acompaña J. J. Cale.

Monfort cortó la comunicación y

subió el volumen de la música. *Down to Memphis* comenzó a sonar en aquel momento. Llevaba el ritmo con el pie izquierdo; el derecho, en el acelerador. Miró a través del retrovisor. Atrás quedaban ya las llanuras del delta del Ebro. Un mar del color de la plata brillaba en el horizonte. Asfalto y salitre. Rumbo al sur.

Silvia anotaba en su libreta lo sucedido durante el día. Sentada en la terraza del ático, tapada con una manta, se sentía bien. Había oscurecido y la lámpara que colgaba del techo arrojaba una luz tenue, la justa para ver lo que

escribía. El viento era frío y cortante, pero a ella le gustaba, le despejaba la mente y las ideas acumuladas en su cerebro fluían rápidas a través del bolígrafo. No había tenido noticia alguna de Monfort en toda la jornada. Ella tampoco le había llamado. Había aprendido que a veces era mejor no importunarlo. Si la necesitaba la llamaría, si no, era mejor trabajar por su cuenta.

Aunque no lo hubieran hablado, estaba segura de que a Monfort le gustaba que ella también trabajara por su cuenta. A veces pensaba que trataba de inculcarle su forma de proceder en los casos que llevaban. Quizá fueran

imaginaciones suyas, pero le daba esa sensación. ¿Su relevo? Tampoco era tan mayor, bueno, ni tampoco tan joven. Qué sabía ella de lo que rondaba en la cabezota de Monfort. Dejó la libreta encima de la mesa, el viento pasó algunas páginas como si se tratara de una mano invisible. Asió la taza con las dos manos y se la acercó a los labios. La infusión estaba caliente y le reconfortaba.

Juana escondía alguna cosa. No le cabía la menor duda. Sospechaba que podía tratarse de algún asunto sentimental. Tenía la certeza de que si pudiera hablar a solas con su hermana quizá lo descubriría. Pero de momento

aquello no había sido posible, Leo siempre estaba o con su hija o con Juana, y su estado de aflicción no le dejaba mucho margen de maniobra. Simplemente no había podido acercarse a ella sin que se echara a llorar desconsolada. Lo intentaría mañana de nuevo.

Dejó la taza sobre la mesa y volvió a la libreta. Escribió los nombres de las tres mujeres y sus lazos de unión:

–Leo (ex de Pedro Casas, madre de Alba y hermana de Juana)

–Juana (hermana de Leo, cuñada de Pedro Casas, tía de Alba)

–Alba (hija de Pedro Casas y de Leo, sobrina de Juana)

Leyó varias veces lo que había escrito. Pensaba deprisa y se le amontonaban las ideas sobre lo que habían dicho las tres mujeres.

Juana continuó trabajando en la empresa de Pedro Casas pese a que su hermana se había separado de él. El tono que había utilizado para decir que siguió trabajando «porque había que comer» no le convenció.

Cerró la libreta, apuró la infusión y entró en el agradable calor del salón. Mañana será otro día, se dijo, consciente de que dormir se iba convertir en un drama difícil de superar. Y ya eran tantas noches...

Sin trabajo, todo el día en el sofá sin hacer nada, el futuro no le auguraba nada bueno.

A veces Carmen le oía maldecir su suerte en voz baja, y se estremeció cuando le dijo por enésima vez que le gustaría que tuvieran un hijo. Ella seguía procurando por todos los medios que aquello no pasara.

Luis ya no le conseguía hachís. Había decidido por su cuenta que aquel vicio se había terminado. A Carmen el techo se le caía encima, se mordía las uñas de forma compulsiva,

casi nunca preparaba la comida y tampoco se arreglaba para él.

Antes, tampoco tenía el dinero suficiente para comprar la ropa que le gustaba, pero sabía cómo ponerse guapa. Conservaba una espléndida figura, su cuerpo no acusaba las calamidades. Pero dejó de preocuparse por ella y por todo lo que había sido. Echó de menos el tiempo en que los hombres se volvían al verla pasar. Añoró el deseo que despertaba en el sexo masculino, y también en el femenino. Solo le preocupaba que la cajita donde guardaba el hachís o la marihuana estuviera repleta y

dispuesta. Y ahora estaba siempre vacía. Siempre vacía.

Apenas salía más que para ir a la tienda a comprar lo necesario para poder subsistir. En las estanterías de la tienda descubrió algo en lo que no había reparado: un vaso de vodka por la mañana podía suplir a un par de canutos bien cargados.

Una mañana, al salir de la tienda, vio a un hombre que pegaba un cartel en la luna del escaparate.

SÁBADO

22.00 HORAS

POLIDEPORTIVO MUNICIPAL

BOXEO

COMBATE DE EXHIBICIÓN

Cuando el hombre se marchó para seguir pegando carteles, arrancó el que estaba leyendo y se lo guardó en el bolsillo con disimulo. Lo dejó encima de la mesa del comedor de forma intencionada para que Luis lo viera a la vuelta del gimnasio. Ya no venía a comer, lo hacía en el trabajo. Se llevaba un bocadillo que preparaba él mismo al levantarse, pues ella no era capaz de moverse a la temprana hora a la que se marchaba.

Aquel día sustituyó la comida por dos vasos de vodka y tres cigarrillos.

Le entraron náuseas, pero las combatió con otro cigarrillo y un nuevo trago. Durmió toda la tarde en el sofá hasta que oyó la llave en la cerradura. Se precipitó al cuarto de baño para lavarse la cara y que él no la viera con aquel aspecto. Desde allí oyó un saludo esperanzador y luego un silencio lacónico. Cuando se recompuso salió del aseo y lo vio con el cartel en las manos. La mirada clavada en el papel, los ojos brillantes, inundados de algo parecido a la promesa de la aventura o quizá a la envidia. Luis se dio la vuelta. Carmen estaba apoyada en el marco de la puerta del comedor. El pelo negro y brillante, la sombra de

ojos que a él tanto le gustaba, los labios rojos como cerezas maduras.

Estaba convencida de que el minúsculo y provocativo conjunto de lencería no podía fallar.

«¿No será que temes enfrentarte a las respectivas enfermedades de tus padres y a sus inevitables consecuencias? ¿No será que temes enfrentarte a las respectivas enfermedades de tus padres y a sus inevitables consecuencias? ¿No será que temes enfrentarte...»

La frase que había pronunciado el doctor Senent se repetía como un mantra cansino en su subconsciente. Monfort se

despertó empapado en sudor. Soñar con su amigo el doctor era una pesadilla. Quizá si la frase repetitiva la hubiera pronunciado una voz femenina hubiera sido distinto, pero Senent no, por favor.

Se sentó en el borde de la cama y observó las botellitas vacías encima del minibar. El libro traducido por Alba Casas permanecía abierto con las páginas contra el suelo. Eran las siete de la mañana. En el mantra en forma de pregunta que le había formulado Senent podía cambiar los interrogantes por signos de exclamación. ¡Por supuesto que le daba miedo enfrentarse a las respectivas enfermedades de sus padres!, pero ¿qué podía hacer?

No tenía mucho tiempo ni demasiadas ganas de estrujarse el cerebro, tampoco podía, la mitad de las neuronas se habían quedado entre Barcelona y Castellón, quizá en aquella área de servicio en la que cenó un triste bocadillo de atún. No sabía qué le había sentado peor: si el pan convertido en goma elástica por las horas que llevaba expuesto en la vitrina o el atún reseco y escandalosamente escaso de su interior.

La ducha le reanimó. Un buen afeitado, ropa limpia y un café solo acompañado de una tostada le devolvieron al mundo real. Ya en la calle encendió un pitillo que le supo a rayos, pero siguió fumando. Cuenta

atrás, se dijo, el primero. A ver si hoy lo consigo, pensó sin llegar a precisar la cantidad de cigarrillos que debía fumar para tener éxito.

Cuando el reloj marcó las ocho en punto, llamó a Silvia.

—Buenos días —contestó animadamente.

—A ver si conseguimos que lo sean —dijo él todavía con la voz pastosa.

—Eso, alegría de buena mañana.

—¿Dónde estás?

—De camino a la comisaría. Voy andando deprisa. Un poco de ejercicio antes de empezar la jornada.

—Ah, bien —contestó sin comprenderla

del todo mientras se dirigía al aparcamiento del hotel.

–Por cierto...

–Estuve en Barcelona –la interrumpió Monfort porque ya sabía lo que iba a preguntar.

–¿Cómo está tu madre? –terminó la frase.

–Bien, bueno no, mal, como antes, no sé, como antes tampoco, quizá un poco mejor, dice el doctor, pero mal, bueno, en fin, la pobre está en un momento complicado. Oye, para de caminar, dime dónde estás y paso a recogerte. Quizá sea más agradable hablar fuera de la comisaría.

Monfort se acercó a la acera con el

coche cuando la vio junto a una parada de autobús.

—¿Un café? —preguntó él.

—Claro, jefe.

La terraza de la cafetería en la que se habían sentado estaba situada en una avenida que Monfort no conocía. Se llamaba bulevar Vicente Blasco Ibáñez y estaba cerca de los nuevos juzgados. Era un espléndido paseo propiciado por la proliferación de bloques de pisos que se habían construido unos años atrás, cuando el ladrillo era lo que movía aquella ciudad. Situado en lo que poco antes había sido la periferia, junto a las nuevas rondas de circunvalación, era un barrio de clase media. La zona central

del bulevar era ideal para aquel tipo de bares con terraza, tan en boga tras la prohibición de fumar en el interior de los locales.

Monfort quería contarle lo que había averiguado en Barcelona acerca de la hija de la víctima, pero ella se anticipó y empezó a hablarle de su encuentro con Juana.

—¿Y a qué conclusión has llegado? — preguntó cuando Silvia acabó.

—Es obvio, ¿no? Quizá sea demasiado sencillo. Pero podemos empezar a tirar por ahí. Yo, por lo menos, considero que sí. Tampoco hay mucho más.

—¿Qué es lo que ves tan obvio? —

preguntó Monfort apurando el café—. Disculpa mi torpeza.

—¡Está claro! —exclamó ella bebiendo las últimas gotas del zumo de naranja—. Juana tenía un lío con Pedro Casas. Fueron amantes. ¿Te das cuenta?

—Sí, sí, me doy cuenta —dijo poco convencido.

—Tengo la corazonada de que esas tres esconden algo —apostilló Silvia.

—Mira, en eso sí que te doy la razón —concluyó Monfort. La conversación era muy interesante, pero era hora de irse.

—**T**enemos una reunión con el juez a las diez y media —anunció el comisario

Romerales—. Os quiero a los dos conmigo.

—¿Tenemos que ir a los juzgados? — preguntó Silvia—. Estábamos allí al lado.

—No. La reunión es en el ayuntamiento. Han convocado una rueda de prensa a las once sobre no sé qué asunto de seguridad ciudadana. Hemos quedado media hora antes para hablar del caso.

Monfort dejó escapar el aire que retenía antes de hablar.

—Seguro que hay cámaras, saldrás en los periódicos. ¿Vas a ir vestido así? — La mofa surtió efecto en el comisario, que enrojeció ligeramente—. Por cierto, cuando puedas deberíamos hablar de lo

mío. Y de lo de ella también –dijo mirando a Silvia que salía ya del despacho del jefe.

El Ayuntamiento de Castellón era un edificio de estilo barroco construido entre los siglos XVI y XVII, situado en la céntrica Plaza Mayor junto al Mercado Central. Se trataba de un bello edificio de tres plantas cuyo rasgo característico era el pórtico de entrada con cinco arcos de medio punto. Frente al ayuntamiento, en el extremo opuesto de la plaza, se encontraba la concatedral de Santa María, también conocida como la iglesia de Santa María la Mayor, construida en

estilo gótico valenciano. A Monfort le pareció que tenía cierto aire siniestro, ya fuera por el color de la piedra o por un estilo que le resultó singular. Pensó que, dándole algún retoque fotográfico, podría ser una imagen perfecta para la portada de una novela de intriga. Lo más curioso era que el campanario estaba separado de la iglesia, peculiaridad que no había visto en ningún otro lugar. Se trataba de un campanario de 58 metros de altura y planta octogonal, a la que los castellonenses habían bautizado popularmente con el nombre de El Fadri. Su nombre le había sido otorgado porque se encontraba separado de su iglesia; no en vano *fadri* era la

traducción valenciana de *soltero*. En todo caso, El Fadrí se había convertido en el símbolo de la ciudad y, observándolo de cerca, no le extrañó en absoluto.

A las diez y media entraron en el ayuntamiento cruzando el pórtico. Un único ascensor, bastante arcaico, no cesaba de subir y bajar. Monfort y Silvia decidieron ir a pie hasta la segunda planta, en la que se encontraba el antiguo salón de plenos, todavía en funcionamiento. Al fondo, tras una pequeña portezuela escondida detrás de la tribuna donde se situaban los gobernantes de la ciudad, se hallaba la

sala de comunicación y prensa del consistorio.

El juez resultó ser la jueza. Una mujer que rondaba los cincuenta años, elegante, con el pelo de un intenso color negro que bajo la luz artificial de la sala parecía casi azulado.

Romerales se encargó de las presentaciones. Le encantaba hacerlo cuando se trataba de personalidades.

—Les presento a la jueza Elvira Figueroa. Ellos son el inspector Monfort y la agente Silvia Redó.

—Encantada —saludó la jueza a la vez que les tendía la mano. Tenía una mano delgada y suave, pero apretó con energía

al saludar, demostrando seguridad—. Y bien, ¿cómo ven el asunto?

—De momento estamos centrados en el entorno más cercano de la víctima —informó Monfort—: la familia, los amigos, los vecinos, los trabajadores de su empresa.

—La prensa está tranquila —comentó la jueza.

Romerales intervino. No pensaba quedarse al margen.

—De momento, pero no tardarán en necesitar rellenar las páginas de los periódicos. No pueden decir lo mismo todos los días.

—No estaría de más que siguieran así por el momento —terció la jueza

Figueroa—. Encárguese, Romerales, hágame el favor. Mantenga a los periodistas a cierta distancia, al menos de los detalles importantes. De esa manera jugaremos con algo de ventaja. Los responsables pueden relajarse, cometer un desliz, y que les veamos el plumero.

Silvia pensó que hablaba como Monfort. Tenían un vocabulario parecido.

—Y, dígame, inspector, ¿cómo es que está usted aquí y no en su demarcación habitual? Si no me equivoco, su lugar de trabajo está en Barcelona.

Monfort se encogió de hombros. La jueza lo interpretó a su manera.

–«Lo mismo te echo de menos, que antes te echaba de más», que cantaba Kiko Veneno, ¿no es así?

–Digamos que mantienen una peculiar relación conmigo y mi trabajo –ironizó Monfort, sorprendido de que la jueza hubiera dado en el clavo tan deprisa–, pero a mí no me preguntan, me dicen dónde debo ir y yo acudo.

–Algo parecido a un comodín –apuntó Silvia, y vio la cara de estupor del comisario.

A la jueza Figueroa le hizo gracia el comentario de Silvia y se puso a reír sin complejos.

–Creo que usted tampoco se salva, agente. Según tengo entendido le ocurre

algo similar, solo que usted pertenece a Valencia.

—Así es —Silvia le siguió el juego—. El comisario los prefiere de fuera.

—En fin, usted sabrá, comisario —concluyó; miró a Romerales y por fin tomó asiento. Los demás la secundaron—. Tengo solo veinte minutos, ya me perdonarán. Revisemos el caso para que esté al corriente y no tiren balones fuera —bromeó y abrió una carpeta de color verde en la que había un buen puñado de hojas escritas con el resumen de lo ocurrido a Pedro Casas.

Mientras la jueza hablaba, Monfort observó que fuera empezaba a llover. Desde allí podía ver la catedral, cuyas

paredes se teñían con el agua de la lluvia. Los peatones que cruzaban la plaza corrían en busca de cobijo. ¿Por qué nadie llevaba paraguas en aquella ciudad?

Romerales se quedó en el ayuntamiento para participar en la rueda de prensa sobre seguridad ciudadana. Antes de despedirse, y según las instrucciones de la jueza, le indicó a Silvia que se reuniera en la comisaría con Terreros y García para repasar y poner en orden todas las declaraciones de las personas a las que se les había preguntado sobre Pedro Casas y su entorno directo. Silvia no mostró gran entusiasmo. Miró al comisario y luego a

Monfort, que levantó los brazos en señal de que él no tenía la culpa de nada. No tuvo más remedio que hacer lo que le habían encomendado. Silvia y Monfort se despidieron bajo el pórtico del ayuntamiento.

Había dejado de llover, pero las nubes amenazaban con soltar un buen aguacero en cualquier momento. Monfort paseó por el centro de la ciudad sin rumbo fijo hasta que se hizo la hora de comer. No le interesó ningún restaurante de los que se encontró mientras caminaba y de regreso al hotel encargó un bocadillo en el bar para que se lo subieran a la habitación. No tenía hambre, aun así dio buena cuenta del

bocadillo de jamón. Pensó en el pan crujiente, posiblemente lo habían hecho los de la panadería del mercado.

En la televisión autonómica informaron acerca de la rueda de prensa que había ofrecido la jueza Figueroa sobre la campaña financiada por el Ayuntamiento de Castellón. Romerales intervino tras ella y habló con claridad meridiana. Ahora faltaba que actuaran con contundencia cuando fuera necesario. Pero cuidado, pensó Monfort con cierta amargura, si los agentes se pasaban de la raya los mandarían a alguna ciudad de provincias todavía más pequeña que Castellón.

Llamó a Silvia.

–¿Cómo va? –le preguntó cuando se puso al aparato.

–Un mar de papeles con declaraciones que estoy segura de que no nos van a llevar a ninguna parte.

–Lo de siempre. ¿Habéis comido ahí?

–Si a esto se le puede llamar comer, sí. Nos han traído unos bocadillos de tortilla francesa que estaba más fría que la Sierra Calderona en invierno.

La Sierra Calderona era uno de los tres macizos montañosos más importantes de la Comunidad Valenciana, junto al Penyagolosa y el Montgó, que formaban lo que algunos denominaban las «tres montañas mágicas valencianas».

–¿Estás ahí? –preguntó Silvia.

–Sí, claro, ¿dónde quieres que esté?

Silvia hizo un chasquido con la lengua.

–Estamos revisando todo lo que se ha hecho hasta ahora.

–¿Y?

–Pedro Casas tenía bastante dinero para ser un comerciante de baratijas. Lo tenía repartido aquí y allá en diferentes cuentas.

–¿Había hecho testamento?

–No tenemos ningún dato sobre eso, pero según el director del banco no era hombre que hiciera esas cosas. No mostró interés cuando le plantearon la

posibilidad de arreglar los papeles por si le ocurría algo.

—Y le pasó.

—Vaya que sí.

—Bueno, ¿tenéis para mucho?

—Sí, para lo que queda de día, la verdad. Los informes recogidos por los agentes que hablaron con las personas de su entorno son complicados, hay que descifrarlos como jeroglíficos. Al final no dicen nada que valga la pena, pero hay que revisarlos bien para no dejar ningún cabo suelto.

—Estaré localizable si me necesitas. Llámame cuando quieras.

—Así lo haré —dijo, y se despidió Silvia. De fondo se oía el rumor de los

agentes trabajando a destajo para encontrar alguna posible pista a la que agarrarse.

Monfort abrió la ventana tres dedos y encendió un cigarrillo. Se acomodó en la butaca y retomó la lectura del libro traducido por Alba Casas. Muy bien traducido, por cierto.

En *Toro salvaje*, Jake La Motta narra su propia historia, la de un boxeador de peso mediano a quien la rabia, los celos y un descomunal apetito le hicieron exceder los límites del cuadrilátero y destruyeron la relación con su esposa y su familia.

Giacobbe La Motta, estadounidense de ascendencia italiana, peleaba con los

chicos de su misma edad en su barrio natal, el Bronx. Decía que pelear era lo normal para él. En la adolescencia empezó a robar con su pandilla del barrio, pero a los dieciséis años fue detenido e internado en un reformatorio, donde empezó a entrenarse para boxear. Al salir de su internamiento inició su carrera como boxeador profesional. La Motta tenía un estilo diferente y muy agresivo. Los expertos dijeron de él que peleaba como si no le importara vivir. Una de sus principales características era que, aunque recibiera tremendas palizas, siempre iba en busca de sus contrincantes, jamás retrocedía. Destacó por su terrible gancho de izquierda, al

que los rivales temían públicamente. Desgastaba y castigaba a sus rivales hasta que los vencía por KO. A pesar de su corta estatura, era un peso medio, una categoría que parecía no corresponderle. Tenía un apetito voraz que era incapaz de controlar, al igual que sus kilos. Todo en su vida estaba marcado por el exceso.

Dejó el libro encima del sillón y se lavó la cara. Estaba cansado de leer. Alba Casas traducía muy bien, casi como si lo hubiera vivido en primera persona.

Una hora más tarde detuvo el coche cuatro casas más allá de la vivienda de Juana. Paró el motor y puso la radio.

Desde allí veía perfectamente la casa. El Audi de Alba Casas estaba aparcado en la puerta, así vería algún posible movimiento y tendría tiempo de reaccionar. Cambiaba de emisora buscando algo que le interesara. Lo mejor era la música clásica, el resto eran tertulias políticas, programas de chismorreos y música de radio fórmula, chillona e insufrible. La clásica le relajaba, bueno, toda no, habían algunas piezas que tampoco soportaba e incluso le alteraban los nervios. Echó un vistazo al teléfono por si había recibido algún mensaje durante el trayecto de Castellón a Almassora. Nada. Silvia y el resto de los agentes debían de seguir trabajando

en aquel montón de declaraciones. Silvia sospechaba de las tres mujeres. Era normal. Se sentía mal por no haberle prestado atención por la mañana, mientras le contaba su visita a la hermana de Leo, pero él estaba en otra cosa, tenía la cabeza más en el hospital, junto a su madre. Salió fuera del coche y encendió un cigarrillo con especial cuidado de no ser visto desde las ventanas del adosado. Pasó una hora larga entre cigarrillos y música clásica. Lo bueno de aquella emisora era que el locutor tardaba lo suyo en volver a hablar entre pieza y pieza, y cuando lo hacía utilizaba un tono neutro, sin aspavientos, sin exclamaciones

innecesarias, para anunciar un nuevo movimiento de Beethoven.

Toda espera tenía su triunfo. La vio salir y cerrar la puerta. Sola. Bingo, pensó. Vestía un abrigo largo de color negro. Se subió al coche aparcado junto a la casa. Se tomó su tiempo para ponerlo en marcha y salir del aparcamiento. Monfort se situó tras ella a una distancia prudencial. Esperaba que no tuviera prisa ni se internara por calles estrechas o demasiado concurridas. Seguir a alguien en coche en la vida real no era como en las películas, fácilmente podías sufrir un accidente, atropellar a alguien o, simplemente, ser descubierto.

Alba se detuvo en doble fila frente a una farmacia. Se apeó del vehículo y entró en el establecimiento. Monfort pasó de largo y paró en la siguiente esquina, de manera que pudiera verla por el retrovisor. Tardó más de diez minutos en salir. Llevaba una bolsa de plástico en la mano que seguramente contenía medicamentos. Continuó hacia adelante con el coche y pasó por donde estaba él. Monfort aguardó varios segundos antes de incorporarse a la vía y seguirla. El coche de Alba Casas era fácil de distinguir pese a que estaba oscureciendo. Iba bastante deprisa, pero conducía con seguridad. En el límite de la población tomó una rotonda y enfiló

en dirección a Valencia. Instantes después, en la siguiente rotonda, se desvió en la entrada a Vila-real. Condujo por Francisco Tárrega, una larga avenida de sentido único con muchos semáforos. Monfort tuvo que tener especial cuidado para no perderla de vista. Había bastante tráfico, y en todos los pasos de peatones se tuvo que detener. Badenes cada doscientos metros dificultaban la conducción. A la altura de lo que debía ser un teatro dobló a la izquierda y luego a la derecha, y seguidamente de nuevo a la izquierda. Monfort creyó que, a poco que Alba Casas mirara por el retrovisor y se fijara, le escamaría el viejo Volvo de

color verde que iba detrás. Se detuvo cuando encontró un aparcamiento libre, Monfort volvió a pasar de largo y paró en la esquina detrás de un camión que descargaba en una frutería sin dejarle espacio para trabajar. El camionero soltó algún improperio que no podía oír. Alba llamaba a un timbre de una finca de pisos junto al aparcamiento que milagrosamente había encontrado. El camionero se acercó en dos zancadas. Monfort no bajó la ventanilla pese a sus indicaciones de que lo hiciera. Vio cómo movía los labios y el bigote, y estaría en lo cierto si pensara que no decía nada bueno. Empezó a pegar manotazos en el cristal con la palma de

la mano. Monfort estuvo a punto de abrir la puerta de golpe y propinarle un portazo en la cabeza a aquel energúmeno que amenazaba con romper el cristal. Contó solo hasta seis por miedo a tener que tragarse los cachitos del cristal roto. Bajó cuatro dedos la ventanilla.

—¡Métete el coche en el culo, pedazo de cabrón, no ves que estoy trabajando!

Monfort tuvo que sacar la fuerza de voluntad que, según su jefe de Barcelona, no tenía y aguantarse las ganas de sacudir al camionero. Le mostró su placa identificativa sin salir del coche.

—Esto es lo que te voy a meter por

donde dices como no dejes de chillar como una rata.

—¡Hostia! —exclamó el del camión dando un paso atrás.

—Cállate y llévate el camión de aquí, y de paso te pierdes tú también para que no te vea en un buen rato.

Aquello no le hubiera gustado al jefe, pero ya estaba dicho. ¿Era una conducta demasiado expeditiva, o tenía que haberle dado diez euros para que fuera a tomarse una cerveza a su salud? ¿Qué hubiera hecho un policía políticamente correcto en su situación? Quizá tenían razón y debería reciclarse, pero se había contenido; si se descuida le hubiera arrancado la cabeza sin darle tiempo a

identificarse. Pensó en la canción *Malos tiempos para la lírica*, del grupo gallego Golpes Bajos.

El camión se puso en marcha y se fue de prisa de allí. Por la puerta de la frutería dos mujeres asomaron la cabeza, pero cuando vieron a Monfort la metieron dentro otra vez y no la volvieron a sacar.

Con el altercado había perdido de vista a Alba. El coche seguía aparcado en el mismo lugar, lo más normal era que estuviera en uno de aquellos pisos. Se acercó a la puerta del inmueble; en los timbres no había nombres y la puerta estaba cerrada. No quiso llamar a un timbre cualquiera y preguntar, para no

buscarse más problemas. Cambió de acera para ver las ventanas por si veía algo, pero era imposible. Sonó el móvil. Era el doctor Senent. Fue de prisa hasta el coche para atender allí la llamada.

–Hola, doctor –dijo casi sin resuello.

–¿Molesto? –Senent y sus buenos modales.

–No, tranquilo, bueno, sería largo de explicar, no te preocupes. Si oyes que cuelgo es por trabajo.

–De acuerdo, seré breve: tu madre nos ha dicho algo que deberías saber.

Monfort se pasó la mano por la frente en un gesto nervioso y miró de nuevo por el retrovisor la puerta de la finca que vigilaba.

–Adelante –lo invitó a seguir hablando.

–Ha dicho que ya que estás en Castellón le gustaría que fueras al pueblo. ¿Vilafranca del Cid, puede ser?

–Es.

–Pues eso, que si estás por ahí, que lo estás, le gustaría que fueras al pueblo y buscaras a una tal... –Monfort oyó un ruido como si desdoblara una hoja de papel– ... Encarna Querol. Ha dicho que fue su mejor amiga y que hace muchísimos años que no la ve, pero que le gustaría saber qué ha sido de ella, si vive y si la vida la ha tratado bien. Dice que se lo debe, que cuando eran jóvenes

le hizo un gran favor y nunca se lo agradeció.

Monfort guardó silencio. Era lo que le faltaba. Encendió el cigarrillo que le hubiera gustado evitar. Bajó la ventanilla para que se fuera el humo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Senent rompiendo el silencio.

—Puede que se le haya ido la cabeza, ¿verdad?

—Puede, pero creo que habla en serio. Tendrías que verla. Hoy ha charlado un ratito con las enfermeras, hasta sonrío.

—¿Ha ido mi padre a verla?

—Como un clavo —el tono de Senent era de satisfacción—. Aquí estaban él y la asistenta cuando yo llegué. Ya te lo

dije, a veces estas pequeñas cosas hacen milagros.

—O sea, que he de ir a buscar a la tal Encarna Querol.

—¿La conoces?

—¡Qué va! No había oído nunca ese nombre.

—Pues ya sabes, a preguntar. —Senent soltó una risita que a Monfort no le hizo ni pizca de gracia.

—De acuerdo —dijo algo aturdido—. Lo haré, dile que lo haré.

—Esta vez soy yo el que te da las gracias en su nombre. Llámame, dime algo, haré de interlocutor entre vosotros por un módico precio. Conozco un restaurante con dos estrellas Michelin.

Monfort pulsó el botón rojo del teléfono y quedó sumido en sus pensamientos. Era uno de los encargos más extraños que jamás le habían hecho. Desde luego que sus padres no le pedían cosas de aquel tipo. Puede que su madre empezara a desvariar, aunque también podría ser cierto que existiera aquella mujer y que hubieran sido amigas. Lo que parecía claro es que su madre tenía una cuenta pendiente con ella. A saber qué había hecho por su madre la tal Encarna Querol, pensó. Lo más importante era su mejoría, al menos en su estado de ánimo, y eso ya era mucho. «Sonríe», le había dicho Senent. Aquello era suficiente.

Echó un vistazo por el retrovisor. Maldijo en voz alta. El Audi de Alba Casas ya no estaba allí, se había marchado. No la había visto pasar. La calle era de una sola dirección, tenía que haber pasado por delante de él y no la había visto. Había discutido con el camionero para nada.

—**S**e me ha escapado. No la he visto marcharse —se lamentó sin contarle que había sido a causa de la llamada de Senent.

—Quizá deberíamos buscar la manera de hacerla venir a la comisaría para hablar en serio —propuso Silvia—. En

realidad solo pudimos hacerlo unos instantes el primer día que la vimos. Creo que habría que investigarla más a fondo. No me tomaste en serio cuando te lo dije, pero hay algo.

–Tienes razón, disculpa, estaba en otro lugar –admitió Monfort.

No le había prestado la suficiente atención cuando le explicó sus sospechas, ahora faltaba ver si eran relevantes. La crema estaba caliente, pero se podía tomar sin aspavientos. A Silvia le gustaron los tropezones, Monfort había insistido en ponerle unos picatostes que había encontrado en la cocina de Ana Forcada. Era una sopa de lata de la marca Campbell's, la de

langosta. Quizá tuviera un pequeño exceso de sal, pero también le gustaba, para qué engañarse. Las sopas Campbell's siempre le habían gustado, en todas sus variantes. Para Monfort eran un clásico, como los discos de vinilo, el salpicadero de madera de los coches antiguos o los vasos de pinta de cerveza inglesa. No por nada el polifacético artista Andy Warhol las convirtió en un icono pop.

Tras perder la pista de Alba Casas en Vila-real, había llamado a Silvia para ir a cenar, pero ella rechazó la invitación argumentando que solo quería zapatillas y sofá. Él se ofreció a comprar la cena y ella no supo ni quiso negarse. Nada

mejor que un hombre te prepare la cena después de un día agotador, pensó.

En la tienda El Pilar, de la calle Colón, compró la lata de crema de langosta, dos muslos de pato confitado, una barra de pan crujiente y una botella de tinto Clotàs, un excelente vino de Castellón.

Se sentaron a la mesa de la moderna cocina del ático. Monfort había descorchado la botella de vino instantes antes para que se oxigenara. Los muslos de pato se estaban dorando en el horno y el piso empezaba a oler a las mil maravillas. Silvia quiso acompañar el crujiente *confit* con una sencilla ensalada, aliñada con un poco de sal, un

suspiro de vinagre de Módena y un generoso tiento de aceite de oliva virgen extra. Brindaron antes de empezar.

—No he comprado nada de postre —observó Monfort cuando en los platos solo quedaban los restos de los huesos del pato que habían apurado sin complejos.

—He sacado un poco de queso de la nevera —dijo ella.

—Para acabarnos el vino —afirmó Monfort aprobando la decisión—. Una de las cosas que más me gustan de las costumbres gastronómicas de los franceses es que suelen dejarse para el final un poco de pan, otro poco de ensalada y dos dedos de vino en la copa,

para rematar la comida con un pedazo de queso rico. Es una delicia. Deberíamos tomar nota aquí.

Silvia se levantó y empezó a recoger los platos.

—¡Como una reina! —exclamó sin que él le hubiera hecho ningún comentario.

Monfort hubiera salido a la terraza a fumar un cigarrillo, pero se contuvo. Silvia se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y su libreta de trabajo abierta y Monfort se sentó a su lado.

—¿Trabajo? —preguntó señalando la libreta con el dedo.

Silvia guardó silencio. De fondo sonaba una música que él no conocía. Tampoco tenía por qué conocerlo todo.

—Mañana tengo que ir a Vilafranca del Cid —dijo de repente—. Tengo algo que hacer.

—¿Acerca del caso? —preguntó Silvia.

—No. Es sobre mi madre.

Monfort le explicó la razón por la que Alba Casas se le había escapado. Le habló de la llamada del doctor Senent y de la extraña petición de su madre. Pasaron unos instantes hablando de todo aquello, de las sensaciones contradictorias que sentía acerca de la relación con sus padres y de lo difícil que debía de ser vivir como lo hacían ellos, enfermos, cansados, en el ocaso de la vida. Monfort vio que Silvia consultaba el reloj. Quizá fue solamente

un tic, una costumbre, pero él se puso en pie y recogió su abrigo.

—Espero que te haya gustado mi sencilla elección de cena envasada.

—Gracias —dijo ella torpemente. ¿Por qué se había levantado de golpe del sofá? Estuvo a punto de decirle que se quedara, pero tuvo miedo a que él la malentendiera y no dijo nada más.



Los participantes del combate de exhibición fueron a entrenarse al gimnasio municipal para animar al público local a acudir al evento.

Improvisaron un pequeño cuadrilátero y los curiosos se apiñaron para verlos en acción. Luis se situó en primera fila, expectante; Carmen lo acompañó. Supo mantenerse sobria pese a que le temblaba todo el cuerpo. Por primera vez entró en aquel lugar en el que Luis esculpía su cuerpo a base de darle puñetazos al saco lleno de arena. Ella notó su evidente nerviosismo. No creía haberlo visto así jamás. Sintió cómo se estremecía e incluso pudo notar que se ruborizaba por la excitación.

Dos hombres saltaron al improvisado cuadrilátero. Daban saltitos a modo de un ensayado calentamiento, ejercitaban toda clase de estiramientos, soltaban

puñetazos dirigidos a la nada. Un hombre que parecía el organizador entró en el ring. Carmen no sabía nada sobre aquel deporte. Descubrió por fin qué era lo que a Luis le atraía por encima de todo, no cabía la menor duda. El hombre ordenó silencio a los curiosos que se habían congregado en el gimnasio. Llamó a los boxeadores al centro del cuadrilátero y les dijo algo en voz baja que nadie pareció entender. Se oyeron murmullos entre los presentes. El hombre levantó un brazo, presentó a los boxeadores y dio comienzo al combate antes de dar un paso hacia atrás. Los púgiles quedaron a solas, el uno frente al otro,

cubriéndose la cara con los guantes y con aquel bailoteo de piernas que mostraba agilidad y destreza. Carmen los observó atentamente, recreándose en sus cuerpos atléticos.

En cuanto los vio con los músculos tensados, vestidos con aquellos calzones de colores vivos que les llegaban hasta las rodillas, sin un gramo de grasa y la piel reluciente, supo que a ella también le excitaba lo que tenía delante, solo que en un sentido completamente distinto.

Silvia estaba muy atractiva, pero él no podía quedarse. Simplemente no se lo podía permitir. No buscó otra explicación. No era necesaria. Encendió un cigarrillo nada más salir a la calle y exhaló un suspiro.

Era tarde y la noche había caído ya sobre la ciudad con su manto húmedo, cubriéndolo todo de millones de gotitas

de escarcha y un rastro de estrellas que apenas arrojaba luz.

Se levantó el cuello del abrigo para taparse el cogote. El frío lo encogía. Serán cosas de la edad, pensó. Últimamente pensaba demasiado en la edad. Aquella también hubiera sido una buena excusa para no quedarse en el ático.

Encontró aparcamiento cerca de un bar abierto y una vez más dio al traste con la perspectiva de una noche tranquila. La segunda copa en aquel bar solitario no hubiera sido necesaria, pero la apuró hasta el final. El camarero no dejaba de observarlo. Estuvo a punto de preguntarle si tenía monos en la cara,

pero se acordó del comisario Vinyals, y se vio a sí mismo iniciando un cursillo de reciclado de polis chapados a la antigua.

Dejó el coche en el lugar en el que lo había estacionado. El hotel se encontraba relativamente cerca, como todo en aquella ciudad. El cielo se había vuelto negro como el carbón y no quedaba ni rastro de estrellas. Le bullía la cabeza. Hundió las manos en los bolsillos y caminó despacio en la noche, dándole vueltas al asunto, como hacía siempre cuando los casos se enmarañaban sin que se les viera salida alguna.

En la céntrica y estrecha calle

Temprado había varios bares abiertos. Locales de copas con música y también algún sitio para comer a deshoras.

Vio un Audi de color rojo que maniobraba para estacionar en una salida de garaje con un vado permanente. Aceleró el paso hasta situarse detrás del coche, de manera que su ocupante lo viera por el retrovisor mientras aparcaba. El conductor frenó de golpe con sobresalto. Monfort se acercó a la ventanilla cuyo cristal bajaba en ese momento.

—Es un vado —dijo, y señaló la placa con el dedo—. No puede aparcarse aquí.

—¡Vaya! El inspector Monfort. ¿Trabaja de noche?

Alba Casas hablaba desde el interior del vehículo a medio aparcar. El pelo le brillaba y sus grandes ojos negros lanzaban chispas. La noche embellecía a algunas personas.

—Espero que su madre se encuentre mejor —dijo Monfort—. Me han dicho que ha tenido que ir al médico. —No pudo evitar pensar en su propia madre.

—Tuvo un ataque de ansiedad —explicó ella—, pero ya está mejor. Gracias.

—¿Ha salido sola?

—No. Un amigo está esperándome ahí dentro. —Señaló un bar de copas iluminado con luces de neón en el que había un grupo de personas fumando en la puerta.

Alba terminó la maniobra de aparcamiento. Salió del interior del coche. Le dedicó una lenta caída de ojos con sus largas pestañas. Lo tenía ensayado. Era alta y, encaramada a los tacones de las botas, aún más. Imponía con su larga melena, sus ojos negros y sus labios prominentes.

—Estoy leyendo una de sus traducciones —dijo Monfort al fin.

—¿Sí? Espero que le guste.

—El libro de Jake La Motta —indicó—. Tremenda vida de puñetazos.

—A veces la vida tiene eso, puñetazos —matizó ella, y luego añadió—: Mire a nosotras qué directo nos ha dado la vida.

–Su padre era muy importante para usted, ¿verdad?

–Era mi padre –contestó cambiando de tono.

Un tipo alto y fuerte salió del bar con decisión, mirando a ambos lados de la acera como si buscara a alguien. Llevaba solo una fina camiseta de manga larga. Se acercó en pocas zancadas hasta donde se encontraban.

–¿Qué pasa? –pregunto sin más. La miró primero a ella y a continuación a él. Era tan alto como Monfort. Con uno de sus fuertes brazos rodeó los hombros de Alba.

Quizá solo se lo pareció o fue fruto de

su imaginación, pero creyó ver que ella se apartaba un poco de aquel abrazo.

—No pasa nada —contestó Monfort.

—Es el inspector que lleva el caso de mi padre —aclaró Alba.

—¿Y trabaja de noche? —preguntó el tipo.

—Es lo mismo que me ha preguntado Alba. —Monfort sonrió con pocas ganas—. Nos hemos encontrado por casualidad.

—¡Ya! —exclamó el otro con acritud.

—Bueno, vamos adentro —dijo ella y empujó a su amigo en dirección al bar.

—Si es tan amable nos gustaría que pasara por la comisaría mañana por la

mañana –advirtió Monfort cuando ya se encaminaban hacia el bar.

–¿Para qué? –preguntó con arrogancia su acompañante.

–Se lo he dicho a ella –advirtió Monfort.

–¡Oiga! –exclamó el otro tensando la mandíbula.

–No se altere que se le puede acabar la noche –le advirtió Monfort entre dientes.

–¡Ya está bien! –atajó Alba. Y empujó de nuevo a su amigo en dirección al local–. Entra, ahora iré yo.

–Se ha buscado un buen guardaespaldas –señaló Monfort.

–Es un amigo –aclaró ella.

—Un amigo rústico para una escritora con clase.

—Traductora, le dije que soy traductora. Y mis amigos no son asunto suyo.

Monfort sacó un cigarrillo de la cajetilla, había perdido la cuenta de cuántos había fumado ese día; se lo puso entre los labios.

—Escritora, traductora, editora... ¿Qué más da? Lo importante es la calidad del trabajo que se haga.

—Y el tipo de persona que una sea —repuso ella, buscando el significado a lo que Monfort le acababa de decir.

—Por favor —hizo una mínima pausa para encender el cigarrillo—, es

importante que mañana venga a la comisaría para que podamos hablar con más tranquilidad. Necesitamos contrastar algunos datos. Nada grave. Rutina al fin y al cabo –mintió.

Alba hizo un movimiento con la cabeza para echarse el pelo hacia atrás. Enojada seguía siendo atractiva. Salía a relucir su encanto felino. Apretaba los dientes, y el mentón, tenso, le proporcionaba una belleza singular.

–Está bien –concluyó–. Iré. Seré buena. –Y sin despedirse empezó a caminar en dirección al bar.

–Me consta que es usted una buena persona –afirmó Monfort cuando ella ya le había dado la espalda–. Su vecina, la

del segundo piso, opina lo mismo de usted. La tiene en gran estima. Debería convencerla para que cambie de profesión, ya no tiene edad para ir seduciendo por ahí.

Alba Casas se detuvo un instante, pero no se volvió. Reanudó el paso y entró en el bar, desapareciendo entre la maraña de cuerpos que abarrotaban el local. Sonaba un tema de rock duro. ¿Le gustaría a ella aquella música?

Por la mañana bajó a la cafetería del hotel tan temprano que todavía no habían terminado de preparar el bufé para los desayunos.

–¿Quiere un café? –le preguntó una camarera que cargaba con una bandeja de platos y tazas.

–Si me haces un café, te doy un abrazo –contestó Monfort agradecido.

La joven apareció un poco más tarde con un oloroso café con leche y un cruasán que todavía estaba caliente. Lo dejó en una mesa.

Cuando Monfort hizo el gesto de querer darle el abrazo prometido, la joven salió corriendo entre risas.

–Bueno, pues muchas gracias –dijo, y dio un sorbo de la taza.

Envió un mensaje de texto a Silvia: «Buenos días. Alba Casas irá a la

comisaría esta mañana. Preguntará por mí, atiéndela como merece».

Era lo que Silvia quería, hablar con Alba Casas en la comisaría. Esperaba que realmente acudiera a la cita. Se llevaría una sorpresa al no encontrarlo allí, pero Silvia era una buena anfitriona.

Silvia leyó el mensaje nada más oír el sonido de entrada en su móvil. No había conseguido dormir y llevaba ya más de dos horas levantada. Le preocupaba que aquel insomnio permanente mermara sus capacidades, sobre todo temía que su memoria se viera afectada. De momento

conseguía disimular las ojeras y los repentinos cambios de humor, pero la memoria le preocupaba. Por eso estaba escribiendo en su libreta.

Durante la cena le había propuesto a Monfort que deberían llevar a Alba Casas a la comisaría y ya lo había conseguido. ¿Cómo se las habría arreglado para convencerla tan rápido? Se marchó del ático bastante tarde y, en teoría, había ido a su hotel para descansar. ¿Cómo lo hacía? Se le cruzaron por la mente distintas posibilidades; algunas las descartó rápidamente. ¿Habría sido capaz de ir a verla después de la cena? Monfort era capaz de todo. Silvia se sorprendió

preguntándose si habría ido a verla con la única intención de hacer que fuera a la comisaría.

—¿Qué me pasa? —se preguntó en voz alta—. Fui yo la que le dije que deberíamos hablar con Alba Casas en la comisaría. Nada más. —Sintió que se ruborizaba.

A las diez de la mañana se detuvo en el bar que había en la cima del puerto de Ares del Maestrat, después de una buena sesión de curvas zigzagueantes. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Olía a carne a la brasa hecha en fuego de leña. El olor le impregnaría la ropa,

pero ya era demasiado tarde, estaba hipnotizado por aquellos platos de costillas de cordero, acompañadas de buen pan y *all i oli*. Aun así, pidió un café. Pero cuando lo tuvo delante se arrepintió y optó por pedir dos de aquellas ricas y brillantes morcillas que acababan de salir de la parrilla.

—¿Qué hacemos con el café? — preguntó el camarero.

—Después me lo tomaré, no hay problema. Ahora póngame un poco de vino, por favor.

El camarero le sirvió cuatro dedos de vino tinto de una botella descorchada. Retiró el café que ya estaba frío sin que Monfort le dijera que lo hiciese.

—Luego le pongo otro caliente. No se va a beber eso frío con la que cae fuera —advirtió.

Estaba en lo cierto. En el puerto de Ares del Maestrat, a 1.137 metros de altitud, el termómetro exterior colocado a la entrada del bar marcaba un solo grado positivo. No estaba tan mal para el mes de enero en aquel lugar, donde las temperaturas acostumbraban a llegar muy por debajo de los cero grados. Desde el ventanal que tenía delante podía ver la enorme mole de piedra que coronaba la pequeña población, como si de la guinda de un pastel se tratara. Se asemejaba a un nido de águilas en la soledad de los altos páramos de la

comarca del Maestrat. Desde allí las vistas cortaban la respiración. En días despejados, se podía ver el mar en el horizonte y aquel lugar se convertía en uno de los más bellos de las tierras de Levante.

En la barra, un camarero preparaba los carajillos a la manera clásica e inigualable de la provincia de Castellón. Primero vertía una cucharada de azúcar en el fondo de un pequeño vaso. A continuación incorporaba el licor elegido hasta la mitad del recipiente – coñac, anís o ron negro, según el gusto del cliente– y lo calentaba con el vaporizador de la cafetera. Luego aproximaba la llama de un mechero y

prendía el licor, removiéndolo con una cuchara larga para disolver el azúcar. Hecho esto, cargaba la cafetera con café recién molido y lo añadía al vaso, formando dos capas claramente diferenciadas: el licor en la parte inferior y el café en la superior. Finalmente ponía dos granos de café sin moler y una raspadura de piel de limón encima de la crema del café expreso.

—¿Cambiamos el café solo por uno de estos? —El camarero le había leído el pensamiento.

Poco más tarde estacionaba el coche en la plaza Don Blasco, con su fuente central y la vertebración de calles que conducían al centro histórico de la

población, era el centro neurálgico de Vilafranca del Cid.

Algunos hombres, encogidos por el frío, fumaban en la puerta del bar Moderno, situado en un edificio de estilo modernista. Por las galerías acristaladas de las plantas superiores y los detalles arquitectónicos de su fachada de ángulos romos, el bar Moderno podría situarse en el mismísimo ensanche barcelonés.

Vilafranca del Cid era el último de los pueblos de la provincia de Castellón, cuyo término llegaba hasta la imaginaria frontera de Aragón. Hacia la derecha continuaba la carretera en dirección a las poblaciones de Iglesuela

del Cid y Mosqueruela, ya en la vecina provincia de Teruel.

La niebla emborronaba las calles de la población, dotándola de un color níveo. El frío calaba hasta los huesos. Los tejados de las casas seguían mojados por el rocío matinal que todavía no había desaparecido. Un camión descargaba materiales de construcción en una casa en obras situada en una esquina de la plaza. Un corrillo compuesto por varias mujeres que hablaban con los cestos de la compra a sus pies.

Pensó en Encarna Querol. No tenía ni la más remota idea de por dónde empezar a buscarla. Era policía, debería

saber hacerlo. Buscar a una persona no era nada inusual. Conocía su nombre y el primer apellido. Pero no se trataba de un caso policial y Monfort estaba nervioso e indeciso.

Al inicio de la calle Mayor se acercó hasta una tienda en cuya pared exterior se exhibía parte del género que tenía a la venta: cestos de mimbre para la recolección de setas, escobas de mangos de caña, tientos de cerámica, herramientas y muchos otros artículos. Una placa daba fe de que el comercio Jaime Vives había sido fundado en el año 1915.

Un hombre con un poblado bigote lo saludó detrás del mostrador.

–Buenos días. –Monfort devolvió el saludo.

La tienda estaba llena de útiles para el hogar. Monfort no necesitaba nada. Si se le hubiera ocurrido algo lo hubiese comprado, pero solo quería preguntar.

–Busco a una señora –dijo para no demorar más el asunto.

–¿Sabe cómo se llama? –El de la tienda parecía dispuesto a colaborar, pero necesitaba datos.

–Encarna Querol. –Al pronunciar el nombre se sintió un tanto ridículo. Ni siquiera sabía si aquella mujer existía o si aún vivía allí.

–Encarna Querol, Encarna Querol... – El del bigote entrecerró los ojos y se

rascó la barbilla mientras pensaba—. ¿Es joven o mayor? —preguntó después de una dilatada espera.

—Mayor —contestó, y a continuación dijo—: Debería tener ahora ochenta y tantos años. —No sabía si aquello era del todo cierto o si iba a dificultar más la búsqueda.

—Querol es un apellido común en Vilafranca del Cid —puntualizó el hombre—. Encarna también lo es como nombre. Es posible que haya varias mujeres de esa edad que se llamen Encarna Querol. ¿No sabe el segundo apellido?

—No. —Hubiera sido la pista definitiva, claro.

–¿Y el apodo de la familia?

–Tampoco. –Otra buena pista que desconocía. Ni siquiera se le había ocurrido. En los pueblos, los apodos eran en ocasiones más conocidos que los propios nombres o apellidos de los vecinos.

–¿Por qué no pregunta en el ayuntamiento? Allí seguro que le ayudarán.

–Gracias. Lo haré –mintió Monfort.

Ir al ayuntamiento, presentarse como policía y dar el nombre de Encarna Querol hubiera sido la solución, eso ya lo sabía. De haber querido hacerlo así, hubiera sido más sencillo pedir a un agente de la comisaría de Castellón que

buscara a una señora con aquellos datos, pero no quería decírselo a nadie, no quería que nadie le preguntara nada. En el fondo tenía la terrible sospecha de que aquella mujer ni siquiera existía y que todo era fruto de un desvarío de su madre.

Caminó en la dirección que el hombre de la tienda le había indicado para encontrar el ayuntamiento, pero en cuanto pudo se internó por las estrechas calles de la población. Creyó que lo mejor sería empezar por la calle en la que había nacido su madre, y donde ya no quedaba nadie de la familia, según le habían contado sus padres tiempo atrás. Caminó arriba y abajo de la calle hasta

que una mujer mayor salió de una casa que tenía un gran portal de madera que cerró con llave.

–Buenos días –saludó Monfort todo lo amablemente que fue capaz.

–¿Usted es de la compañía de la luz?
–preguntó la mujer con un marcado acento valenciano.

Vestía toda de negro. Llevaba algo parecido a un chal de lana gruesa por encima de los hombros y un pañuelo también de color negro en la cabeza. Iba abrigada, pero calzaba zapatillas de andar por casa. Su cuerpo estaba encorvado por la edad, aunque era alta y debía de haber sido corpulenta.

–Ya está todo arreglado –prosiguió la

mujer antes de que Monfort pudiera decir algo—. Ahora ya funciona bien. Gracias. No hemos tenido más cortes desde que lo arreglaron.

—¿Sabe dónde vive Encarna Querol? —
Monfort aprovechó la coyuntura.

—¿Quién? —La mujer se llevó la palma de la mano a una oreja haciendo pantalla para oír mejor. Una mujer asomó la cabeza por la ventana de una casa situada un poco más allá.

—*No sé a qui busca!* —dijo la anciana en valenciano a la mujer que se había asomado. A continuación, sin dar más respuesta, siguió su camino y lo dejó allí plantado.

—¡Disculpe! —Monfort dirigió la voz

hacia la ventana para que pudiera oírlo—, busco a una señora que se llama Encarna Querol.

—Espere, ahora bajo y le digo.

Se oyó el ruido de una antigua cerradura y a continuación el chirriar de unas bisagras poco engrasadas. La mujer apareció en el umbral de la puerta; la luz del interior recortaba su silueta.

—Vivía tres casas más abajo. —La mujer señaló una puerta cerrada a cal y canto, al otro lado de la estrecha calle.

Había sido un acierto empezar a buscar por allí. Tenía algo de lógica en el caso de que la historia de su madre fuera cierta. También podía haberle

contado sus lazos familiares con aquella calle. Pero no lo hizo.

La mujer vestía pantalón vaquero y un jersey marrón de lana gruesa. Tenía el cabello gris y los ojos de un color entre verde y azul. Era difícil calcular su edad. Lo dejó correr.

—¿Vivía? ¿Es que ha...

—No, discúlpeme. —Al sonreír se quitó algunos años de encima—. Quiero decir que ahora ya no vive en esa casa. Está en una residencia de ancianos, en Castellón.

—¿Tiene familiares aquí? —preguntó Monfort.

—No, no tenía familia en el pueblo. Estaba sola. Finalmente, y muy a su

pesar, se trasladó a la residencia. ¿Quiere que le diga dónde está por si tiene que localizarla?

—Si es tan amable, me haría un favor.

—Pase dentro que hoy hace mucho frío. Parece que la niebla no nos va a dejar en todo el día. Pronto tendremos nevadas.

Accedieron a la entrada de la casa. Era un antiguo zaguán con el suelo de piedra irregular, seguramente habría sido un establo en el pasado. Estaba desordenado, había muebles de anticuario: un baúl, una cómoda y una mecedora restaurada. Olía a leña ardiendo en el hogar, pero también a humedad. La mujer buscó entre el

desorden de papeles que había en uno de los cajones de la cómoda.

—Me dejó la dirección y el teléfono por si alguien preguntaba por ella —indicó—. ¡Aquí está! —exclamó por fin, y mostró la tarjeta. Se la tendió. Junto al logotipo de la residencia estaba la dirección y el número de teléfono.

—¿Conocía bien a Encarna Querol? —preguntó Monfort cuando ya tenía la tarjeta en la mano.

—Yo antes vivía en otra calle, pero cuando me mudé aquí solíamos charlar. Ya le he dicho que estaba sola. Las otras mujeres mayores quizá le puedan decir algo más sobre ella.

—¿La señora de antes, por ejemplo? —

Monfort arqueó las cejas.

—Por ejemplo —respondió con una sonrisa.

—Muchas gracias por la información.
—Monfort le tendió la mano y ella le correspondió.

—No hay de qué —dijo, y abrió de nuevo la tosca puerta de madera. El frío inundó el zaguán en un segundo—. Por cierto —advirtió cuando él ya pisaba la calle adoquinada—, usted no es de la compañía de la luz, ¿verdad?

—¿Tanto se nota? —contestó Monfort con una sonrisa cómplice.

Pese a que Silvia Redó no confiaba en

que Alba Casas acudiera a la cita en la comisaría, sí lo hizo. Cuando el agente de recepción le informó de que el inspector estaba ausente y que la atendería la agente Redó, estuvo a punto de marcharse, pero Silvia apareció en ese mismo momento y pudo convencerla para que se quedara.

La entrevista, que no interrogatorio ni declaración, tal como le informó Silvia, se prolongó durante unas dos horas. Silvia intentó aclarar algunos puntos confusos, como por ejemplo la razón de que les dijera que trabajaba con otras personas en la editorial, cuando en realidad lo hacía sola. Alba argumentó que mintió por su madre, para que

estuviera tranquila y no la avasallara con preguntas y temores. Ella no entendería que estuviera sola en una gran ciudad como Barcelona. No hacía nada malo ocultando aquel dato, ni ponía a nadie en riesgo con ello. Simplemente había creado una empresa editorial en la que ella ocupaba todos los roles del negocio. No había nada malo en que fuera de aquella forma, y tenía razón.

Admitió que se había instalado en Barcelona, en parte, para poner tierra de por medio entre ella y la convulsa vida de sus padres, también por los consejos de su tía.

Hablaron acerca de los múltiples

gastos que su padre siguió costeando para que ellas vivieran holgadamente. Dijo que era su forma de pagar la decisión de vivir fuera de casa. No lo dijo con esas palabras, pero se notaba que Alba estaba convencida de que su padre era de los que lo arreglaban todo aflojando la pasta. Sobre el dinero que su padre atesoraba en distintas cuentas bancarias, lo atribuyó a los buenos tiempos, cuando el negocio iba viento en popa. Admitió que para su madre siempre había sido un trabajo indeseable que lo mantenía lejos de casa la mayor parte del tiempo y, que sin duda, se convirtió en uno de los motivos de la separación de la pareja. Pero

gracias a aquella vida y aquel trabajo vivían estupendamente sin que les faltase de nada. Ni su madre ni ella supieron de las finanzas de su padre, ni cuando el matrimonio estaba vivo ni mucho menos después de la separación. A pesar de las quejas de su mujer, Pedro Casas llevaba una vida profesional completamente al margen de su familia. Las cuentas de la empresa nunca estuvieron a nombre de la esposa. Solamente una cuenta iba a nombre de los dos, la que, tras separarse, recibía los ingresos de Casas, suficientes para que nadie le pudiera reprochar nada. Otra cosa era lo que tenía con su hija. Alba no dijo nada sobre aquello, pero

Silvia lo sabía por los informes bancarios de Terreros y García.

Dejando al margen el tema monetario, Silvia le preguntó sobre la posibilidad de que su tía Juana y su padre hubiesen tenido alguna relación más allá de la meramente profesional. Alba se encogió de hombros y dijo que si tenían algo era cosa de ellos, aunque finalmente, y con la boca pequeña, dejó entrever que quizá la actitud de su madre hubiera propiciado que su tía y su padre se sintieran más cerca de lo necesario. Argumentó que su madre era así, una mujer débil que necesitaba estar siempre arropada por todos, protegida; porque en el fondo vivía siempre asustada,

como si algo le consumiera en su interior.

Alba Casas era todavía joven, pero sus razonamientos eran propios de una persona mucho mayor. Silvia pensó que seguramente la lectura y el trabajo editorial la habían curtido, sabía qué decir en todo momento y cómo reaccionar. A veces daba la impresión de que interpretaba un papel estudiado, y otras que simplemente trataba de manejar sus sentimientos, midiéndolos de forma milimétrica para no caer en un renuncio. No derramó ni una lágrima, no bajó la mirada en ningún momento, no titubeó en sus respuestas.

Silvia la acompañó hasta la puerta de

la comisaría, agradeciéndole la comparecencia y excusando en su nombre al inspector Monfort por no poder estar presente.

La vio marcharse andando por la acera de la ronda de la Magdalena, con paso firme y decidido con su larga melena al viento. Regresó a su improvisado despacho y ordenó en su libreta los apuntes que había ido tomando durante la entrevista. El suave perfume de Alba Casas había quedado suspendido en el aire.

Silvia dejó escapar un largo suspiro. Alba Casas no se había dado cuenta de un pequeño detalle, pero quizá había

abierto una pequeña rendija por la que asomarse a mirar. Y ella lo iba a hacer.

Decidió quedarse a comer en Vilafranca del Cid. Preguntó y le recomendaron un lugar.

Sentado a una mesa leía la carta del restaurante L'Escudella. El camarero le sirvió la cerveza que había pedido y una croqueta para acompañarla. Bebió un trago largo y dio un bocado a la croqueta. Estaba deliciosa, con la bechamel en su punto. ¿Por qué costaba tanto elaborar una buena bechamel? Después de aquello, decidió que se dejaría orientar por el camarero. Una

de sus teorías gastronómicas que no fallaba era: si las tapas están bien hechas, el resto nunca se queda atrás.

Fuera, en la calle, la niebla matinal se había convertido en una masa compacta de nubes que amenazaba tormenta y cubría el pueblo como un manto inquisidor. Dentro, sin embargo, se estaba estupendamente, el local era confortable y el servicio amable y experimentado. De fondo, a escaso volumen, sonaba una canción de Nat King Cole, *Fascination*.

Fue la fascinación, lo sé.
Y podría haber terminado justo
entonces, al principio.
Solo una mirada al pasar.

Solo un breve romance.

La comida fue deliciosa, dejarse aconsejar por el camarero había sido un gran acierto. Rehusó tomar postre y pidió que le sirvieran el café fuera, en una pequeña terraza que había en la entrada.

Justo cuando encendía el cigarrillo, le empezó a vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. Aturdido, tardó más de lo necesario en contestar. Era el comisario Romerales. Malo, intuyó Monfort.

—¿Dónde cojones estás? —El jefe de la Policía de Castellón estaba enojado—. Hemos encontrado un cadáver. Otro más.

Otra de las teorías gastronómicas de

Monfort era que los camareros nunca debían preguntar, bajo ningún concepto, «¿Otro más?» ni «¿Otra más?». Evidenciaba los posibles excesos del cliente y eliminaba por completo la discreción que un buen camarero debía tener. Preguntar, por ejemplo, «¿Otro whisky más?» dejaba claro que ya se había tomado uno. Y eso no quedaba nada bien.

Lo mismo le ocurría con los cadáveres.



Cómo consiguió Carmen que el

hombre que había organizado el combate de exhibición volviera al gimnasio para preguntar por Luis, era todo un misterio y ella nunca se lo contó a nadie.

Lo observó con detalle mientras lanzaba directos al saco; golpeaba la pera con ambos puños a gran velocidad y saltaba con la cuerda de forma rítmica y acompasada. Vio cómo aplicaba debidamente la respiración en cada momento y admiró su rápido y ágil juego de pies. Habló con el encargado del local. Nadie le había enseñado nada allí, lo había aprendido todo por su cuenta, leyendo, con

vídeos, echándole todas las horas del mundo.

Más tarde, después de la ducha, el hombre lo invitó a tomar una cerveza. Le propuso entrenar en otro lugar. Pero Luis no podía dejar de trabajar ni marcharse de allí. El hombre insistió, le habló de su posible valía como boxeador, le contó que si trabajaba en serio, con un poco de técnica, podría canalizar aquella fuerza bruta hacia algo positivo. Luis insistió en que no podía dejar el trabajo, no le confesó que lo que no podía hacer era dejar allí a Carmen. Por mucho daño que ella le causara, no lo podía hacer, se lo debía. Cuando él no era nada más que

un despojo, ella estuvo a su lado. Ahora sus vidas eran poco menos que un desastre, pero él no olvidaba aquellos días. La amaba profundamente desde que iban a la escuela y así seguiría siendo siempre.

El hombre no insistió más. Visiblemente contrariado y con la sensación de haber perdido el tiempo, dijo que antes de marcharse le gustaría despedirse del encargado del gimnasio. Le tendió una tarjeta con su nombre y su número de teléfono por si cambiaba de opinión, aunque ya lo daba por perdido.

Luis regresó al piso. En la cabeza todavía retumbaban las palabras del

hombre. Carmen estaba muy excitada. Había bebido más de la cuenta para poder soportar la espera de las noticias de aquel encuentro, del que ella era responsable sin que Luis lo supiera. Albergaba la esperanza de poder marcharse de una vez por todas y reparar el error que, según ella, habían cometido estableciéndose allí.

Él le contó lo que habían hablado. El hombre le había dicho que tenía aptitudes, pero que para poder entrenar debía trasladarse a la ciudad y ponerse a trabajar en un gimnasio a sus órdenes. Que tenía opciones si se iba de allí. Pero Luis no estaba dispuesto a marcharse sin ella.

Carmen estaba cada vez más nerviosa y excitada. Los efectos que el vodka le provocaba eran cada vez más difíciles de ocultar. Emborracharse se había convertido en la única vía de escape y últimamente pasaba con facilidad de estar achispada a perder totalmente la consciencia.

Si hubiera estado sobria quizá hubiera alcanzado a pedirle que se fueran juntos a la ciudad para empezar una nueva vida. Pero estaba demasiado borracha. Quizá tuvo miedo a que la dejara y, cuando se dio cuenta de que habían perdido toda posibilidad de irse juntos de aquel lugar, le dijo cosas que nunca debería haber dicho. Fue como

en aquella ocasión en la escuela, cuando le dijo que olía a sudor y a meados. Para él fue como si no hubiera pasado el tiempo. Ella lo humilló, una vez más. Lo tildó de poco hombre, de cagón. Gritó que su propia vida no valía nada desde que estaba con él. Maldijo la hora en que tomó la decisión de quedarse a su lado. Llenó un vaso de vodka y se lo bebió de un trago, luego se acercó hasta él y le escupió en la cara, soltando una risotada que arañó las paredes de su vapuleado corazón. Luis tensó todos los músculos del cuello. Apretó los puños y clavó las uñas en las palmas de la mano hasta que se hizo sangre.

Podía haberla matado de un solo golpe. Le hubiera destrozado el tímpano golpeándola con la mano abierta, pero no podía. No, no podía, porque simplemente la amaba con todas sus entrañas.

Salió a toda prisa del piso en dirección al gimnasio, ella se quedó bebiendo. Quizá el hombre aún no se había marchado. Llegó con el corazón palpitando. Entró y no vio al encargado, tampoco al que había venido a verlo.

Alguien golpeaba sin guantes su saco. Luis lo increpó con un grito. El saco era suyo, no se lo dejaba a nadie, lo había dejado claro desde el primer

día. El tipo esbozó una mueca que tenía poco de sonrisa y mucho de provocación. Siguió golpeando el saco de Luis, y mientras lo miraba de soslayo lo oyó exclamar:

—¡Retrasado!

Visualizó el pasillo de la clase, los pupitres en los que apenas le cabían las piernas, el maestro socarrón que lo llamaba lerdo, los abucheos y las risas de mofa de los compañeros de curso, los insultos de ella: «Hueles a sudor y a meados». Visualizó los mismos colores que aquel día: sintió las orejas coloradas como tomates, los nudillos blancos como la cal y el corazón negro como el carbón. Fue el primero en

golpear. Con la derecha, directo al costado, por debajo de las costillas. Su contrincante se dobló a causa del dolor y la sorpresa, pero devolvió un gancho en el mentón tan duro que a punto estuvo de caer de bruces. El forastero colocó los brazos en posición de pelea, retándolo, llamándolo pueblerino y anormal. Bailaba su juego de piernas, esperando que Luis volviera a tomar la iniciativa. Se debía de tratar de un profesional, con aquello no había contado. Luis se acercó hasta él estudiando el único hueco que dejaban sus puños. Y cuando el otro menos lo esperaba, proyectó un golpe directo al rostro que lo alcanzó de lleno. El

desconocido sacudió la cabeza para desentumecer el golpe recibido. Puso cara de estar harto de tonterías y, dando un paso al frente, comenzó a soltarle tal retahíla de puñetazos que parecía que tenía cuatro brazos en vez de dos. Luis no podía aguantar más, se cubría el rostro con ambos brazos, estaba exhausto, aniquilado, arrasado por aquella apisonadora. Sangraba por la nariz y sintió un dolor agudo en una de sus sienes, al ser castigada por un gancho de izquierda de aquel salvaje que apenas pesaría setenta kilos frente a sus noventa y pico. Cuando el extraño se cansó de golpearle en la cara y ya tenía los ojos amoratados, se

ensañó con la zona del hígado. Las piernas de Luis no respondían, se agarró a su contrincante para no hincar las rodillas en el suelo. De las dependencias del gimnasio salieron a toda prisa el encargado y el hombre que había venido para hablar con él. El encargado hizo ademán de separarlos, pero el hombre lo detuvo con el brazo, ensimismado con la pelea que estaba viendo.

A Luis le flaqueó un tobillo, sintió un pinchazo, una rotura, un crujido, como cuando se parte una barra de pan con las manos, pero se enderezó y alzó el rostro. Entonces, en una décima de segundo, vio un hueco, una grieta, un

camino, una luz que guiaba a su puño directo y veloz contra la nariz del contrario. El golpe fue muy duro, el sonido de la rotura de los huesos de la nariz se quedaría grabado en su memoria para siempre. Su contrincante cayó de espaldas contra el suelo. El hombre que había venido de la ciudad salió disparado a socorrerlo. Luis también estaba herido, pero aún se sostenía en pie. Los llevaron en coche hasta la sala de urgencias del centro de salud.

–Ha sido un accidente –dijo el hombre cuando el médico preguntó qué había sucedido. El encargado del gimnasio se quedó estupefacto.

A partir de aquel día un entrenador viajaba a menudo hasta allí para preparar a aquel chico que desde ese momento quedó bautizado con el sobrenombre: el Diamante Loco.

El piso donde había sido hallado el cadáver estaba tan cerca del Hotel Mindoro que Monfort estuvo tentado de acercarse y darse una ducha. Pero no lo hizo. Sabía que si no iba pronto al lugar de los hechos lo toquetearían todo. Una de las premisas más importantes era que el agente de la Policía Científica encargado de hacer las fotografías del cadáver y de la escena del crimen

trabajara sin presiones, tomándose el tiempo necesario. El impacto visual al hallar una víctima era distinto cuando ya habían pasado algunas horas. Monfort era de los que preferían analizar las fotografías con detenimiento, siempre que estuvieran bien hechas. En ellas se podían descubrir detalles importantes que a simple vista se escapaban.

—¿Quién está arriba? —preguntó a la vez que mostraba su placa.

La escalera de la entrada del edificio estaba colapsada por agentes de policía, periodistas, vecinos y curiosos.

—El comisario Romerales, el médico forense y la agente Redó con un par de agentes de la Científica —respondió el

agente levantando la cinta de balizamiento colocada en la barandilla, entre el primer peldaño y los buzones. Otro agente custodiaba el ascensor.

—Que nadie lo utilice —le advirtió Monfort.

Cabía la posibilidad de que el asesino hubiera dejado alguna impronta en él. Era una eventualidad remota, pero había que tenerla en cuenta.

La calle Pescadores, conocida también por *carrer Peixcadors*, era estrecha y estaba cortada al tráfico. Pertenecía al entramado de callejuelas peatonales del centro histórico de la ciudad. Era una de esas calles con casas antiguas mezcladas con otras de más

reciente construcción. Los edificios no seguían una estética común, cada uno había construido como mejor le había parecido y el ayuntamiento no había puesto impedimento alguno, a juzgar por la disparidad de estilos arquitectónicos. En perfecta o imperfecta comunión, se alineaban casas antiguas de portones de madera con vulgares puertas de aluminio y cristal. Lo mismo ocurría con las fachadas, las ventanas, los tejados y todo lo que quedaba a la vista de los transeúntes. Pese a ello, la calle tenía un no sé qué interesante.

Se encontraba muy cerca del Mercado Central y, por consiguiente, de la calle Mayor y el ayuntamiento. Más cerca

todavía estaba la calle del Gobernador Bermúdez de Castro que, con un tráfico intenso, delimitaba la parte más antigua de la ciudad y las primeras ampliaciones urbanísticas que se construyeron en Castellón.

La calle Pescadores se encontraba en medio de todo aquello, pero parecía alejada del ruido urbano. Sin comercios, sin vehículos y sin apenas tránsito peatonal, normalmente debía de ser un remanso de paz para sus habitantes, pero aquel día era todo lo contrario.

Recuperando el resuello por haber subido a pie las escaleras, Monfort saludó a Romerales, que hablaba con una mujer que estaba muy nerviosa. Un

agente custodiaba el rellano del cuarto piso de la finca.

–Hola –saludó, y respiró hondo.

–¡Joder! –masculló el jefe, interrumpiendo momentáneamente la conversación con la mujer–. ¿Dónde te metes?

No contestó y alcanzó unos guantes de látex del paquete que le tendió un agente.

–¡Entra, estamos aquí! –La voz que llegaba desde el interior del inmueble pertenecía a Silvia.

Monfort se acercó a la cocina y saludó a su compañera con un movimiento de cabeza. Junto a ella se encontraba el forense Pablo Morata.

Dos agentes enfundados en buzos de plástico de color blanco tomaban muestras que introducían en bolsitas con cierre. Habían recogido la colilla de un cigarrillo, una cajetilla de Marlboro y un mechero. Ningún móvil, ninguna otra cosa más. Uno de los agentes llevaba una cámara profesional con un sofisticado objetivo.

—¿Saldrán buenas fotografías? —le preguntó Monfort.

El agente levantó el pulgar de la mano derecha como toda respuesta. Era suficiente.

En el suelo yacía un hombre bocarriba. Tenía el cuello torcido y una mejilla pegada al suelo. No se apreciaba

bien el rostro. A su alrededor había un charco de sangre oscura y pegajosa, casi solidificada. Llevaba puesto un chaquetón negro con las solapas todavía levantadas.

—Lleva muerto tres o cuatro días, no más —argumentó el doctor Morata.

—No le dio tiempo ni a quitarse el abrigo —observó Monfort.

—¿Vemos el piso? —propuso Silvia.

Estaba amueblado, pero no había ni un objeto personal. Sobre los muebles no había nada. Los armarios y cajones estaban vacíos y no parecía que se hubieran usado. Se asomó a una habitación en la que había una cama con un colchón desnudo. Las puertas de los

armarios estaban abiertas y dentro no había más que algunas perchas sin nada que colgara de ellas. Volvió junto al cadáver. Silvia y Morata hablaban en términos médicos y científicos. Rígor mortis, temperatura del cadáver, descomposición. Horrores varios, pensó Monfort.

–Contadme –dijo.

El forense se puso a su lado.

–Así, sin analizarlo, vemos que es un varón joven, treinta y pocos años. Fuerte, de buen tono muscular. Parece que había practicado algún deporte o ejercitado sus músculos, sobre todo brazos y piernas. Quizá en los últimos tiempos lo había dejado, pero

conservaba una masa muscular importante.

Monfort se fijó en la herida. Morata continuó con su explicación.

—La bala le entró directamente al corazón. No hay orificio de salida, por lo que todavía está ahí dentro. La extraeremos en el instituto para estudiarla. Debió de morir casi en el acto, no tengo la menor duda. Se trata de un disparo letal, en esa zona acaba con la vida en pocos segundos.

—¿Documentación?

—Nada. No llevaba nada encima —contestó Silvia que estaba justo detrás de él—. Bueno, nada no.

Silvia se acercó con una bolsa de

plástico que sostenía entre sus dedos índice y pulgar.

—Mira —le dijo a Monfort.

En el interior de la bolsa había unos guantes ensangrentados. Eran unos guantes de trabajo, recios y ásperos. Estaban manchados de sangre, una sangre que habría que analizar lo más pronto posible, pero que con toda seguridad no era de él.

—¿Y esto? —dijo Monfort, mirando primero a Silvia y luego a Morata.

Se encogieron de hombros los dos a la vez.

—¿Qué dicen los vecinos?

—Que aquí no vivía nadie —contestó Silvia.

–Pero el piso será propiedad de alguien.

–De una inmobiliaria.

–¿Quién es esa mujer que está ahí fuera con Romerales?

–La dueña de la inmobiliaria. La misma que encontró el cadáver.

–¿Le alquiló el piso al hombre que ahora está muerto?

–Sí. Hace una semana una empleada le alquiló el piso a este hombre.

–Entonces tendrán sus datos.

–Ese es el problema –matizó Silvia.

–Suéltalo ya.

–Pagó por adelantado, en efectivo, en la misma oficina. Y, así, por lo visto, le dan un piso a cualquiera, aunque no

presente documentación alguna. Luego, pasados unos días, parece ser que la dueña se arrepintió y vino a pedirle la documentación. Como no abría y los vecinos no habían visto a nadie entrar ni salir del piso, abrió con su llave.

Monfort se asomó a la puerta. Romerales seguía hablando con la dueña de la inmobiliaria. Ahora estaba sentada en un escalón y una vecina del mismo rellano le había llevado un vaso de agua. Estaba lívida, pero se puso peor cuando Monfort se dirigió a ella.

—O sea, que el lema de su negocio es «Con dinero, lo que haga falta» —le espetó—. Lo mismo le alquilan ustedes un piso a una familia respetable como a

una organización terrorista, no hay problema. El caso depende de cómo tengan la cartera de abultada. ¿Sabe usted que esto le puede costar muy caro?

—Romerales intentó apaciguar a Monfort, que se estaba exaltando, pero este no le hizo el menor caso—. Llame a su empleada y dígame que se presente inmediatamente en la comisaría. Ahora mismo podríamos acusarlas de encubrimiento, o quizá de algo mucho peor.

A continuación se quedó mirando a Romerales con cara de pocos amigos. Romerales asintió y empujó levemente a Monfort para que volviera al interior del piso.

El doctor Morata hablaba con Silvia junto al cadáver.

—Hay que llevarlo al instituto, o el proceso de descomposición seguirá avanzando en nuestra contra. El pescado, en este estado, cada vez huele peor —ironizó el forense pese a lo delicado del asunto.

—¿Has dicho *pescado*? —Monfort desvió la vista hacia la bolsa que contenía los guantes ensangrentados y el hombre que yacía en el suelo.

—Sí, eso he dicho —asintió Morata.

—¿Y puede que lleve muerto tres o cuatro días?

—En efecto, no más.

—¿Pudo ser el sábado?

Morata dilató la respuesta apenas un par de segundos.

—Sí, es posible que fuera el sábado. Cuando lo traslademos al instituto lo podré confirmar casi al cien por cien, pero podría haber sido el sábado, sí.

Monfort parecía estar en otro lugar, pero no paraba de mirarlo todo. Silvia pensó que había algo en aquella cabeza que no descansaba nunca.

—¡Necesito un agente! —ordenó Monfort de repente. Consultó la hora en su reloj y el agente que custodiaba la puerta del piso entró al momento en la cocina.

—Dígame, inspector.

—El Mercado Central esta cerca,

¿verdad?

—Muy cerca, aquí al lado —contestó el agente.

—¿Trabajan por las tardes?

—Está cerrado al público, pero suelen trabajar preparando el género para el día siguiente.

—Ve con un compañero. Preguntad por un joven que se llama Álex, trabaja en un puesto de la sección de pescadería.

—¿Conoce el nombre de la pescadería, inspector?

—No, pero el sujeto es inconfundible: lleva una cresta como un gallo, un brazo tatuado y los ojos pintados. Decidle que el inspector Monfort necesita verlo

inmediatamente. Lo traéis sin que rechiste y sin contarle nada más.

El agente salió a toda prisa para cumplir las órdenes del inspector. El comisario lanzó un bufido. La mujer de la inmobiliaria lloraba con el móvil pegado a la oreja.

—El chaquetón, Silvia, el chaquetón —apuntó Monfort, señalando el cadáver—. Puede que sea nuestro hombre.

Silvia asintió. Morata no entendía nada.

—Que nadie toque nada hasta que yo lo diga —ordenó Monfort.

Apenas habían pasado diez minutos cuando llegaron al inmueble de la calle Pescadores los dos agentes con Álex.

Mientras subía a pie por las escaleras no dejó de increpar a los agentes. Desde el piso oyeron sus quejas. Decía que no había hecho nada y que no tenían derecho a llevárselo así sin más, que al final lo iban a despedir. Llamó fascistas a los agentes, que se mordieron la lengua, aunque lo que les hubiera gustado habría sido aplanarle la cresta de un guantazo.

—Callado estás más guapo —lo recibió Monfort cuando llegó al rellano del piso—. Gracias —dijo, dirigiéndose a los agentes—. Y tú, pasa adentro.

—¿De qué va esta mierda? ¿Qué coño le pasa? —preguntó el chico mientras

Monfort lo acompañaba por el pasillo tomándolo del brazo.

Entraron en la cocina, Álex primero y Monfort tras él. Silvia y el doctor Morata flanqueaban el cadáver. El comisario Romerales los siguió y se quedó en el quicio de la puerta, detrás de ellos.

—¿Es este el hombre con el que tropezaste el sábado en el mercado? —preguntó Monfort.

—¡Joder! —exclamó Álex dando un paso hacia atrás—. Sí, es él, claro que es él.



Se le conocía por su apodo más que por su verdadero nombre.

El Churro nunca olvidaría el puñetazo que le rompió la nariz. Cuando pensaba en ello se llevaba instintivamente los dedos al puente que el Diamante Loco destrozó el día en que se conocieron. El retrasado pegaba fuerte. Aprovechó la décima de segundo en que dejó su rostro al descubierto. El golpe fue muy duro, como si tuviera una barra de hierro en vez de un puño.

Ahora el jefe le hacía ir hasta allí algunos días para hacer de sparring del nuevo. Aquel grandullón se pasaba muchas horas trabajando en el

gimnasio. En poco tiempo se convirtió en un animal de mucho cuidado. En los combates de entrenamiento debía esforzarse para que el nuevo no le hiciera acabar con los huesos en la lona. El Diamante Loco guardaba una profunda desconfianza hacia todos los de su alrededor, como si le hubieran herido en algún lugar recóndito de su alma.

Un año después de aquellas agotadoras jornadas de trabajo, el jefe y el entrenador llegaron a la conclusión de que ya estaba preparado. El Churro, muy a su pesar, no tuvo más remedio que secundar la afirmación

llevándose los dedos al tabique nasal en un acto reflejo.

Carmen bebía todo lo que se le ponía delante hasta caer desvanecida en cualquier lugar. El vodka resultaba caro y cada vez necesitaba más. Pronto descubrió que el vino barato surtía un efecto similar, aunque empezó a tener dolor de estómago. Por el precio de una botella de vodka mediocre compraba diez de vino malo. Se pasaba los días borracha, tumbada en el sofá. Por las mañanas ya ni siquiera intentaba adecentar mínimamente la casa y preparar la comida. Algunas veces, antes de hacer la cama o fregar los platos sucios de la cena, ya estaba

amorrada al cartón de vino. Fácilmente podía beberse dos en una sola mañana. Las pocas veces que estaba sobria le daba vergüenza ir a la tienda a comprar bebida, por lo que antes de salir de casa procuraba estar bien colocada, de aquella manera le daba igual lo que pensarán de ella.

Un día tuvo un altercado con una de las dependientas de la tienda cuando quiso saber para quién era aquella cantidad de alcohol que compraba a diario. Empezó a gritar hasta que la echaron a empujones. Cuando se le pasó la borrachera y la culpa la mortificaba, volvió al establecimiento para pedir disculpas. Realmente, su

única preocupación era que no la dejaran volver a entrar y, con ello, no poder comprar el alcohol que tanto necesitaba.

En poco tiempo su rostro envejeció notablemente y adquirió un tono parduzco. Sus dientes ennegrecieron y su sonrisa se tornó opaca. Cada día estaba más delgada. Sus hasta entonces turgentes pechos se convirtieron en dos colgajos. Las arrugas aparecieron inmisericordes alrededor de la comisura de los labios y de los ojos. El temblor de manos con el que se despertaba desaparecía tras dos vasos de vino, pero un ligero tic persistía aunque se hubiese llenado la barriga

de alcohol. Cuando Luis llegaba a casa, estaba demasiado cansado para fijarse en ella. Llegaba agotado, se preparaba su propia cena y se acostaba temprano. Al día siguiente volvía al trabajo y seguía entrenando sin descanso.

Luis modificó su dieta, que se volvió especial y minuciosa. No permitía que Carmen manipulara sus alimentos ni los menús predestinados a conseguir el peso ideal. Aquello llevó a que ella descuidara todavía más su alimentación, que consistía en galletas y pan con algún embutido que compraba muy de vez en cuando.

La predisposición al sexo de la que

ella tanto había presumido fue decayendo hasta convertirse en apatía. Si cuando él llegaba a casa se le había pasado la borrachera, intentaba seducirlo, pero siempre acababa mal antes de culminar el acto. Luis, a pesar de todo, seguía amándola y, a veces, en la cama, cuando ella dormía, la observaba y sentía lástima.

Cuando comenzó a vomitar en la cama estando dormida, Carmen empezó a asustarse. Tenía miedo de ahogarse en sus propios vómitos, y por primera vez pensó en poner remedio a aquella adicción convertida ya en una enfermedad. Una mañana, al despertar, notó un profundo olor a alcohol en el

piso. Luis llevaba horas trabajando. Fue a la cocina y descubrió la razón de aquel olor acre. Antes de ir al trabajo había vertido en el fregadero el contenido de los cartones de vino que encontró en la casa. Se volvió loca, revolvió todos los armarios en busca de algo que le aplacara los nervios y le permitiera parar el temblor de manos, pero Luis había tirado hasta la última gota. Buscó en su monedero pero no tenía nada. Desesperada, abrió la caja donde guardaban algo de dinero para los gastos, pero estaba vacía. Se vistió con lo primero que encontró, que estaba sucio y olía a sudor, y se dispuso a salir a la calle en busca de

alcohol. Giró el pomo de la puerta y no cedió. Buscó las llaves en su bolso, en los cajones, en los armarios, por el suelo, debajo del sofá. Levantó el auricular del teléfono para llamar a Luis al trabajo y pedirle explicaciones, pero no daba tono, no había línea. Luis había arrancado el cable y no hubo forma de que pudiera comunicarse con nadie.

La había encerrado en el piso, sin un trago que llevarse a la boca, sin dinero, sin la posibilidad de poder aplacar el mono que amenazaba con matarla de pura ansiedad.

Gritó; gritó como una loca, como

una alcohólica, como lo que era en realidad.

Como el monstruo en el que se había convertido.

La tarde dio paso a una noche oscura que se adueñó del cielo de la ciudad. Las farolas concedían el único rastro luminoso que se podía seguir. El viento mecía las hojas caídas de los tristes árboles anclados en las aceras. Una mujer apremiaba a sus dos hijos a caminar más deprisa. Ambos lloraban y pedían más. Querían jugar, pero en el parque infantil que había junto a la

comisaría de la ronda de la Magdalena no quedaba ni un alma. En un estanque sin agua, un gato arañaba el desagüe en busca de alguna presa. En el centro del estanque habían reproducido el relieve de las islas Columbretes. Así se llamaba la plaza: Islas Columbretes. Una fuerte ráfaga de viento azuzó el seto que delimitaba el espacio urbano.

Tras el cristal de una de las ventanas de la comisaría, el inspector Monfort dejaba volar sus pensamientos.

El hombre que habían asesinado de un balazo en el piso de la calle Pescadores era, con toda seguridad, el asesino de Pedro Casas. Solo faltaba saber si la sangre hallada en los guantes que

estaban dentro del chaquetón del muerto pertenecía a Pedro Casas. Pero ese dato, después de que Álex reconociera al hombre, parecía una mera confirmación de lo que ya sabía.

Habría que reconstruir el caso punto por punto. Volver a empezar. Si es que habían empezado en algún momento.

El hombre del chaquetón negro, cuya identidad era una incógnita, se había convertido en la única pista a la que aferrarse. Pero no sabían nada de él. No llevaba encima ningún documento, tampoco había rastro de un teléfono móvil. El piso estaba vacío, sin un detalle que pudiera darle una identidad o arrojar algún dato sobre quién era o a

qué se dedicaba. Daba la impresión de que el inmueble había sido alquilado con el único fin de ser utilizado como un escondite temporal. Y encima estaba el gravísimo error por parte de los de la inmobiliaria. Así era imposible saber nada.

Intentó reconstruir los hechos mentalmente, incorporando los nuevos datos descubiertos. El hombre del chaquetón negro siguió a Pedro Casas hasta el Mercado Central. Robó el cuchillo en uno de los puestos de carnicería y le cortó el cuello a su víctima dejando el arma junto al cadáver en un burdo intento de hacerlo parecer un suicidio. A continuación entró en los

baños públicos del mercado para lavarse y ocultar en una bolsa los guantes manchados de sangre. Al salir tropezó con Álex, que hacía una de sus visitas al lavabo para hacer algo más que orinar. A continuación el asesino de Pedro Casas regresó al piso de la calle Pescadores, pero había alguien esperándolo con un arma que le disparó a bocajarro.

Una tercera persona había matado al asesino de Pedro Casas. Pero lo que ahora le parecía más importante era encontrar el vínculo entre Pedro Casas y el hombre del chaquetón negro. De momento, los agentes Terreros y García se estaban haciendo cargo de la joven

empleada de la inmobiliaria que había alquilado el piso sin otra credencial que el dinero fresco. El interrogatorio a la chica iba a ser difícil, pues no dejaba de llorar y de implorar perdón. Romerales ordenó que la dueña también se sometiera a las preguntas de los dos agentes. El comisario pensaba, con buen criterio, que si la joven había accedido a alquilar el piso de aquella manera era porque ya lo había hecho en otras ocasiones, por lo que se suponía que era una práctica habitual de la empresa.

Habitual, pero del todo ilícita.

Las fotografías que el agente de la Científica había tomado del hombre del chaquetón no servían para ir

preguntando por ahí si alguien lo conocía.

En aquellos momentos, el doctor Morata practicaba la autopsia al cadáver en el Instituto de Medicina Legal y Forense de Castellón. Monfort esperaba que encontrara algo que valiera la pena. No dudaba de los resultados del análisis de la sangre hallada en los guantes.

Llegó Silvia y él dejó de mirar a través de la ventana. Debían esperar a que llegara la jueza. Los había citado en la comisaría después del levantamiento del cadáver. Pero se estaba retrasando.

—Toma. —Silvia le tendió un bocadillo

envuelto en papel de aluminio—. Debes de tener hambre.

—Gracias —dijo Monfort—. He comido en Vilafranca del Cid. Justo había acabado cuando me llamó el jefe.

—¿Cuando te lo comunicó pensaste que los dos cadáveres podían estar relacionados? —preguntó ella.

Monfort resopló.

—Yo qué sé. Sí, supongo que sí. A veces parece que llamo al mal tiempo.

Silvia no añadió nada al comentario y se dirigieron al improvisado despacho de la agente.

—¿Sigues sin tener despacho propio? —le preguntó ella moviendo un montón de

carpetas de una silla para que se pudiera sentar.

—Ni quiero tenerlo —contestó sin mirarla—. ¿Qué tienes para beber?

—Champán francés, no te digo.

—Entonces agua me irá bien.

—Nos irá de maravilla. Creo que nos espera una noche movidita.

—¿Dónde está Romerales? —pregunto él.

—Come —ordenó Silvia, dando buena cuenta del bocadillo de salchichón—. Déjale que tarde un poco.

El bocadillo era apetitoso. El pan crujiente y el salchichón del bueno. El tomate frotado contra el pan y el aceite de oliva conseguían el resto. Lo había

comprado en un bar cercano a la comisaría, donde ya hacía buenas migas con las empleadas.

–Cuéntame, ¿cómo te ha ido con Alba Casas?

–Te lo cuento si luego me hablas de esa mujer de Vilafranca del Cid.

–No puedes obligarme, eso es algo personal.

–Ya, claro, pero tengo curiosidad.

–Qué más te da.

–En fin. –Silvia se resignó y dejó el bocadillo sobre la mesa para sacudirse las migas de pan. A continuación tomó su libreta y la abrió por la página en la que estaba escrito el nombre de la hija de Pedro Casas.

Le detalló a Monfort su reunión, por llamarla de alguna manera. Seguía pensando que las tres mujeres del entorno directo de la víctima ocultaban algunos datos.

Le expuso los detalles de la conversación en el orden que tenía anotado en su libreta. Los leyó uno a uno. Temía que la falta de sueño hiciera que se le olvidara algo. Ya tendría tiempo de encontrar el remedio.

Según ella, Alba Casas vivía algo parecido a una vida de novela. Silvia había lidiado con muchos sospechosos, pero Alba era singular, distinta, de eso no le cabía duda. Por cómo la miraba, cómo respondía a sus preguntas. Y luego

estaba todo aquel cuento de su extraña editorial en Barcelona; la ambigua relación con su madre y el ambivalente papel de su tía, por no hablar de la misteriosa conexión que parecía existir entre su padre y ella. Su manera de proceder la sacaba de quicio, pero debía tener paciencia si quería sacar algo de todo aquello.

Le relató sus impresiones, sus temores y la opinión que se estaba formando de ella. Monfort no había abierto la boca. Una vez más, y ya empezaban a ser muchas, parecía ausente, como si no la estuviera escuchando.

El comisario Romerales llegó al

pequeño despacho.

—Ha llamado la jueza —anunció, apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Nos invita a cenar a un restaurante de lujo? —preguntó Monfort volviendo en sí.

—La cosa no está para cachondeo —replicó el jefe, y Monfort se encogió de hombros—. Finalmente no va a poder venir esta noche. Dice que la disculpéis y que nos quiere ver aquí mañana a las nueve. Es muy puntual. No falléis.

Romerales se marchó por el pasillo a toda prisa. Silvia se asomó a la puerta y lo vio entrar en un cuarto donde Terreros y García interrogaban a la empleada de la inmobiliaria.

—¿Ya han interrogado a la dueña? —preguntó Monfort.

—No, parece que todavía están liados con la empleada.

—Esa hace lo que le dice la jefa —terció a la vez que marcaba en su móvil el número del agente Terreros.

—Terreros al habla —contestó—. Monfort pulsó el botón con el simbolito del altavoz para que Silvia escuchara la conversación.

—Mucho rato me parece que lleváis con la chica —dijo.

—Sí. Vamos a dejar que se vaya. No tiene la culpa de nada. Cumple órdenes de su jefa, está claro.

—¿Ella ha dicho eso? —preguntó Silvia

levantando la voz para que pudieran oírla.

—No —contestó Terreros—, pero está más claro que el agua. ¿Cómo demonios iba a alquilar un piso a un tipo sin que le mostrase ni el jodido carné de identidad?

Silvia asintió con la cabeza. Monfort pensó que sí había una manera de hacerlo.

—¿Lo conocía de antes? —preguntó.

—Ella jura por lo más sagrado que no lo había visto nunca.

—No sé si eso es una buena excusa.

—Ahora le toca a la dueña —continuó el agente—. Ya ha esperado lo suyo ahí arriba. Habrá tenido tiempo de sobra

para pensar en las patrañas que nos quiere contar. García ha ido a buscarla.

—Silvia la interrogará —indicó Monfort. Ella lo miró con cara de sorpresa—. Escuchad desde fuera, pero que entre sola en el cuarto. Dejadla hacer. A ver qué le cuenta.

—De acuerdo —acató el agente Terreros dando por concluida la llamada.

—Tengo una curiosidad —observó Silvia mientras Monfort se ponía en pie—. ¿Lo haces porque confías en mí o porque quieres librarte de mí?

—Eso me suena —concluyó él.

Más allá del mundo del boxeo, que aparentemente era el eje central de la narración, el libro contaba la historia de un hombre solitario que, por su ignorancia, había sufrido la peor de las derrotas: la soledad. Los altercados protagonizados por Jake La Motta dejaban a la vista hechos más dolorosos que los que se desarrollaban en el cuadrilátero.

Aquella era la historia de Jake, un niño bajito y flacucho, débil y testarudo. Los chicos del barrio se mofaban de él y le propinaban fuertes palizas. Siendo todavía un adolescente, su padre le consiguió un arma y le dio un consejo

siciliano: «O te defiendes por ti mismo o acabarán por matarte».

La vida o la muerte, la ley del Bronx.

Tras los primeros pinchazos asestados con el picahielos que le había regalado su padre, los muchachos empezaron a respetarle. Pronto aprendió que el respeto se ganaba con los puños. La primera gran pelea la tuvo con su propio hermano el día en que lo sorprendió intentando flirtear con su novia.

El texto se recreaba en dar todo tipo de detalles acerca de las vicisitudes de un hombre destrozado por su innata incapacidad para convivir con los demás. Un personaje que traspasó la

frontera de la cordura y que, preso de su paranoia, terminó destruyendo su mundo familiar con sus celos enfermizos y su violencia extrema.

A Monfort, los capítulos en los que se narraban los durísimos combates de boxeo, le hicieron sentir el sabor de la sangre de los contrincantes. La Motta solía decir que le gustaba el olor de la mezcla de la sangre y el linimento.

Fue un boxeador que siempre iba hacia adelante. Nunca daba un paso hacia atrás en el cuadrilátero, jamás mostraba signos de debilidad. Golpear. Golpear al adversario hasta derribarlo y hacerse con la victoria, esa era su mentalidad.

Dejó de leer cuando el reloj ya marcaba las tres de la madrugada. Consultó el móvil por si Silvia le había dejado algún mensaje acerca del interrogatorio a la dueña de la inmobiliaria. Pero no había ninguno.

A la botella de vino le quedaban apenas dos dedos y decidió verterlos en la copa vacía. Se puso en pie y estiró los músculos adormecidos. Encendió un cigarrillo. Volvió a consultar el teléfono. Tuvo la tentación de llamar al doctor Senent, pero acabó por dejar el aparato en la mesilla, junto a la cama. Apuró el cigarrillo y el vino con la intención de lavarse los dientes y acostarse. Finalmente optó por llenar la bañera con

agua caliente y se metió dentro. Quiso relajarse, pero lo único que consiguió fue que le viniera a la cabeza, de forma vívida, el cuerpo del hombre del chaquetón negro. ¿Quién lo habría matado? ¿Quién era? ¿Y quién era Pedro Casas en realidad?

De los dos cadáveres era al único que conocían, pero en realidad no sabía nada de su vida, porque había una vida de Pedro Casas que no conseguían descubrir.

Ahora él y su asesino estaban dentro de un cajón refrigerado.

A las nueve en punto de la mañana,

Silvia y Monfort estaban en el despacho de Romerales tomando café en vasos de plástico. En la emisora de radio daban una previsión del tiempo bastante apocalíptica. Recomendaban no hacer desplazamientos por carretera a menos que fueran estrictamente necesarios en el interior de la provincia. Durante las primeras horas de la tarde y, sobre todo, de la madrugada, la cota de nieve descendería hasta los cuatrocientos metros, por lo que los puertos de Ares del Maestrat, en dirección a Vilafranca del Cid, así como el puerto de Querol, que conducía hasta Morella, podían verse seriamente afectados por el temporal de nieve.

Silvia estaba enojada. Había tenido que quedarse casi toda la noche en la comisaría. El interrogatorio al que sometió a la dueña de la inmobiliaria no había desvelado nada que tuviera relevancia para la investigación. Silvia tenía ojeras. No había dormido, se notaba. Las preguntas a la mujer de la inmobiliaria se le habían repetido durante toda la noche.

Ella era así y Monfort sabía lo que suponía aquello, porque a él también le pasaba. Las preguntas, las respuestas, lo que le debía haber preguntado y no hizo. Lo que debía haber hecho y finalmente optó por dejar para más adelante. Lo que dijo y lo que dejó de decir. Las

dudas, los reproches, la mala leche contenida para no tener que enfrentarse a sus superiores por haber gritado al interrogado, o algo peor.

Así era la vida de los policías del departamento de homicidios. La gente creía que con un par de guantazos se obtenía la confesión de los malhechores, pero no era así, nunca era así, no se podía. No debían traspasar los límites, excederse, extralimitarse. Como había dicho Vinyals claramente en su despacho: «Hay voces que llegan desde arriba que dicen que están cansados de que seamos tan expeditivos».

¿Expeditivos?

¡A la mierda!

Lo había pensado tantas veces. Ahora lo veía en el ceño fruncido de Silvia, después de horas acumuladas de trabajo y poco descanso.

Romerales entró en el despacho acompañado por la jueza Figueroa. Monfort miró el reloj: las nueve y catorce minutos. Era puntual, pero tampoco tanto.

—Buenos días —saludó la jueza Figueroa.

Vestía traje de chaqueta de color negro. Solo le faltaba la corbata, pensó Monfort. Ella se lo quedó mirando y se llevó una mano al botón del cuello de la camisa blanca que llevaba debajo de la

americana, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Ahora tenemos dos vertientes. Una buena y otra mala —comenzó la jueza.

—Empiece por la mala —le aconsejó Monfort.

—La mala, obviamente, es que tenemos un nuevo cadáver que no esperábamos. La buena es que, según el comisario Romerales, este hallazgo podría ser la pista a la que agarrarnos como si las cataratas del Niágara estuvieran a punto de engullirnos para siempre y esa fuera nuestra única tabla de salvación.

Silvia suspiró sin querer y todos se la quedaron mirando. Le volvió a parecer

que el tono de la jueza se parecía al de Monfort.

—¿Tiene algo que decir, agente? —preguntó Figueroa sin acritud, mientras buscaba algo en el interior de su maletín de piel, y sin mirarla directamente a los ojos.

—Anoche interrogamos a la empleada de la inmobiliaria que alquiló el piso a la víctima, y también a la dueña. —Miró a Monfort con desdén—. Tenemos grabadas las conversaciones por si necesita escucharlas. Fue una pérdida de tiempo, si usted me permite la expresión. —La jueza hizo un gesto con la mano para que prosiguiera—. Parece ser que en la inmobiliaria es una práctica

bastante habitual. Lo de alquilar un piso sacando billetes del bolsillo, quiero decir. Obligaban a pagar la totalidad por adelantado y se solucionaba rápido. Lo hacían con inmuebles alquilados de forma temporal. Los clientes pagaban en metálico y listos. La inmobiliaria se hacía cargo de los muebles, el agua, la luz y los gastos de comunidad. Así de sencillo.

—O sea —terció la jueza—, que no tienen la menor idea de la identidad de la víctima.

—Así es —confirmó Silvia.

—¿Tenemos buenas fotografías? —preguntó la jueza mirando a los presentes.

—No mucho —contestó Romerales—. Parece...

—Parece lo que es —interrumpió Monfort—. Un fiambre.

—¿Usted qué propone, inspector? Si les damos una fotografía a la prensa nos desollarán vivos. Si no se la damos, la buscarán hasta encontrarla. Si mentimos se nos caerá el pelo. Si no mentimos, también. ¿Qué sugiere?

—Sugiero un respiro —dijo Monfort, porque realmente él lo necesitaba. Las preguntas y respuestas de la jueza le estaban agobiando y allí, además, no se podía fumar—. Ayer encontramos el cadáver. Y ayer mismo supimos que se

trata del asesino de Pedro Casas. No vamos tan mal.

—¿Está convencido de la veracidad en la identificación que hizo el chaval ese de la pescadería con pinta de punki? — Figuroa se reacomodó en la silla.

—El chaval ese, como usted dice, dijo la verdad. Si dice que es él, lo es. Yo no tengo dudas al respecto.

—¿Es un confidente habitual?

—No, pero le conviene no mentirme.

—Vaya. Usted es de los que siempre tienen razón.

Romerales y Silvia hacían de espectadores de un partido de tenis. Ahora giraban el cuello a la derecha cuando Figuroa preguntaba con ironía,

ahora a la izquierda cuando Monfort respondía con seguridad.

—No siempre, pero en esto sí. El hombre del chaquetón negro es el asesino de Pedro Casas.

—Ya —dijo ella con una sonrisa escéptica—. Se basa en los guantes ensangrentados dentro de la bolsa de plástico hallada en uno de los bolsillos, y a que el joven pescadero confirmó con rotundidad que tropezó con él a la salida de los baños del mercado.

—Yo no lo hubiera resumido mejor. — Monfort asintió con un gesto de cabeza.

—De todos modos habrá que esperar a que el laboratorio nos confirme si la

sangre hallada en los guantes pertenece a la primera víctima.

—Esperaremos los resultados, por supuesto, pero no tengo dudas. Y como usted ha dicho, no tenemos más que dos opciones, la buena y la mala. Y le aseguro que nos vamos a agarrar con fuerza a la buena, sobre todo antes de que nos precipitemos catarata abajo hacia el abismo.

Romerales, que había contenido la respiración durante el intercambio de frases, se hinchó como un palomo. Silvia suspiró de nuevo y los presentes se volvieron una vez más. Definitivamente no era su mejor día.

—Ha hecho buenos fichajes —bromeó

Figuerola, que miró de reojo a Romerales—. Acaben con esto pronto, por el bien de todos. Mañana me gustaría que dieran una rueda de prensa. Cuenten lo que crean necesario, pero no despierten alarma social. Para una vez que la cosa todavía no se ha desmadrado del todo, aprovechemos el tiempo. ¿Algo más que crea conveniente comentar, inspector?

—Sí.

Silvia y Romerales se quedaron paralizados.

—Adelante —convino la jueza.

—El hombre del piso, el del chaquetón.

—¿Sí? —Figuerola se encogió de

hombros, expectante.

–No lo hizo por su cuenta. Alguien le encargó que matara a Pedro Casas.



Decidió inscribirse al programa que un asistente social daba un día por semana para ayudar a alcohólicos y drogadictos. Fueron días muy duros. Hubiera necesitado algún tipo de tratamiento más específico y controlado que aquellas bienintencionadas charlas, pero dar el primer paso para desengancharse fue una pequeña victoria.

El grupo se reunía de forma regular. En cada sesión analizaban los problemas que tenían en común, compartiendo también los logros de cada cual para, finalmente, darse apoyo mutuo. Una de las características del programa era que, al comenzar la sesión, cada uno de los asistentes se presentaba por su nombre de pila, reconociendo tener un problema y exponiendo con detalle cuál era.

Luis llevaba meses sin dejarla salir de casa si no era en su compañía. Carmen le suplicaba que no la encerrara cuando se marchaba al trabajo.

Cuando él sucumbía y le dejaba la puerta abierta llevado por el profundo dolor de verla en aquel estado, ella lo traicionaba y salía corriendo a comprar cualquier tipo de bebida que consumía con verdadera desesperación hasta caer desmayada en cualquier rincón del piso.

Y entonces era como haberlo tirado todo por la borda, todo el esfuerzo invertido, las charlas, la abstinencia forzosa, las terapias de grupo, todo, y vuelta a empezar de nuevo.

Tenía las uñas ennegrecidas y la piel amarillenta, el pelo desastrado y la ropa sucia y arrugada.

Cuando no tenía alcohol con el que

aplacar su adicción, lloraba desconsolada y sufría fuertes temblores. Luis regresaba pronto del trabajo, llenaba la bañera con agua caliente y le lavaba el cuerpo con delicadeza. Le acariciaba el pelo y la cara, y ella lloraba, sobre todo porque sabía que en cuanto pudiera volvería a engañarlo para amorrarse de nuevo a la botella.

Luis la cuidaba en la medida de lo que le era posible. Estaban solos allí, no tenían familia ni amigos. Solo estaban ellos dos, igual que el primer día en que llegaron, como antes de marcharse de sus casas.

De noche, Luis cocinaba para que al

día siguiente tuviera un plato caliente que llevarse al estómago. Redujo al mínimo los ejercicios de preparación física para poder estar a su lado. No sabía ya, ni le importaba tampoco, si era amor o lástima lo que sentía por ella. Pero tenía la necesidad de hacerlo.

Pensaba que se lo debía. Ella había sido su verdadero amor. Nadie antes le había mostrado cariño, ni siquiera su familia. Por todo ello, cuando la encontraba borracha, tirada en el suelo, rodeada por el charco del vómito, sentía rabia y dolor, pero también una pena inmensa que se

transformaba al instante en ternura y cariño.

Carmen seguía acudiendo al programa. Un nudo inmenso se instalaba en su corazón cada vez que cruzaba la puerta de entrada. En aquellas aulas, donde diez o doce personas de todas las edades y condiciones exponían sus vidas miserables y la razón por la que habían caído en el infierno del alcohol o las drogas como ella, se sentía el ser más inmundo de la tierra. Las rodillas le temblaban convulsivamente cuando le llegaba el turno de hablar para que el resto escuchara su historia. Una historia parecida a la de los demás,

cierta alguna vez, falsa en tantas ocasiones. Verdades a medias, mentiras a medias, disculpas lastimosas, autocomplacencia mental. Y miseria.

—Hola, mi nombre es Carmen. Soy alcohólica. Llevo trece días sin beber. Me encuentro mal. Y tengo mucho miedo.

Siempre era lo mismo; solo variaba el nombre y los días de abstinencia conseguidos, casi siempre falsos o no del todo ciertos.

Los demás asistentes contestaban a la vez saludando al valiente, y al final de la triste comparecencia aplaudían con fervor, más que nada porque eso

era lo que esperaban ellos cuando les llegara su turno.

Finalizada la hora del programa, la mayoría de los asistentes se quedaban y charlaban entre ellos o con el monitor. Carmen salía disparada de allí con la perversa esperanza de que Luis no estuviera esperándola y poder ir en busca de algo para beber. Sabía que el programa no le devolvería lo máspreciado: la fuerza de voluntad que tanto necesitaba para no caer una y otra vez. Pero él estaba allí, siempre, en la puerta que daba a la calle o en la acera de enfrente, con gesto serio y nervioso, como un colegial. Las manos hundidas en los bolsillos y las orejas

coloradas por el frío en invierno y el calor en verano. En cuanto la veía cruzar el umbral de la puerta mutaba el gesto y exhibía una sonrisa lastimera que a ella la ponía enferma. La llevaba a casa cogida del brazo. Le preguntaba qué tal le había ido. Ella siempre contestaba que no tenía ni la más remota idea de lo que era tener que pasar por aquel infierno.

En el piso discutían, casi todos los días se enzarzaban en discusiones provocadas por su abstinencia. El mono de alcohol la estaba matando por dentro y por fuera. Luis trataba de ser amable, pero ella lo rechazaba una y otra vez.

Desmontó los pomos de las puertas para que no se encerrara en las habitaciones e hizo desaparecer los frascos de colonia porque había oído que algunos alcohólicos se las bebían. Dejó de afeitarse con cuchillas para que no intentara autolesionarse, mandó colocar rejas en las ventanas para que no ocurriera el disparate que tanto temía. Vivía en una congoja constante que le atenazaba por dentro y por fuera. No sabía qué hacer. Debió pedir ayuda, pero no lo hizo, simplemente no supo cómo hacerlo.

Se desahogaba en el gimnasio, golpeando el saco de arena colgado de la viga, como si aquello fuera el

enemigo, como si dentro del saco estuvieran todos los litros de alcohol que les habían arruinado la vida.

Cada día que pasaba, el dolor de verla cayendo en el pozo iba en aumento. Carmen perdía salud, pero había algo más que no conseguía descubrir en aquel rostro ajado, sospechaba que mucho más allá del alcohol se encontraba una enorme carga de infelicidad que él no podría solucionar.

Volcó el dolor en su afición. Trasladó algunos de los elementos de entrenamiento al piso. Colgó un saco en un rincón de la pequeña terraza y practicaba pesas con un juego que

había tomado prestado en el gimnasio. Cambió las horas de sueño por el entrenamiento. Por su cabeza pasó la idea de abandonar el trabajo y entregarse en cuerpo y alma a lo que decían que estaba hecho para él.

Le gustaba el sobrenombre que le había puesto aquel hombre: el Diamante Loco. Siguió golpeando el saco con rabia. Cada vez con más rabia.

—Por aquí no vamos al Instituto de Medicina Legal —observó Silvia al ver el rumbo que había tomado Monfort con el coche.

—Ya lo sé —dijo él—. Nos desviamos un momento y luego vamos.

—¿No me irás a secuestrar? —preguntó ella cuando se detuvieron en un semáforo en rojo.

Monfort la miró un segundo. El

semáforo cambió a verde y deshizo el momento con un acelerón.

—Vamos a una residencia de ancianos —dijo.

—¿Tiene que ver con la mujer de Vilafranca del Cid?

—Así es.

—¿Está aquí, en Castellón?

—Sí. Hablé con una vecina. Me dijo que vivía sola en el pueblo y finalmente accedió a que la trasladaran a una residencia.

—¿No tiene familia?

—No, me dijeron que no tiene a nadie.

—Qué triste puede resultar la vida —dijo Silvia, mientras contemplaba a

través de la ventanilla los barrios de las afueras de la ciudad.

Guardaron silencio. Los dos pensaban en sus cosas. Monfort subió el volumen de la radio. Sonaba una canción de Simon and Garfunkel: *The Boxer*.

—**C**ompréndanlo, no podemos alterar la vida de los residentes así como así. Si no tiene un motivo importante no le podemos dejar hablar con Encarna Querol. No es de su familia. Padece demencia senil, ya se lo he dicho.

Era la directora de la residencia de ancianos la que hablaba con Monfort en la puerta de su despacho. Silvia, a su

lado, no había abierto la boca, tampoco sabía qué decir.

Monfort, comprendiendo lo que le decía la directora, no tuvo otro remedio que contarle toda la verdad acerca de la razón de su visita. Y también confesarle que era inspector de policía. Seguramente fue aquello último lo que más contribuyó a convencerla.

Encarna Querol estaba sentada en una silla de ruedas en una sala común. Un empleado de la residencia los acompañó cuando la directora se lo indicó. Los grandes ventanales, que daban a un patio interior en el que crecían palmeras y otros árboles que en verano proporcionaban sombra a los residentes,

llenaban de luz el gran salón. Había una docena de ancianos repartidos por toda la estancia. En una mesa, cuatro hombres jugaban a las cartas. Los residentes estaban acompañados en todo momento por el personal del centro. Dos mujeres coloreaban dibujos sentadas a una mesa como si fueran niñas en edad escolar.

La silla en la que se encontraba Encarna Querol estaba orientada hacia uno de los ventanales. Junto a ella se encontraba una trabajadora de la residencia. Hablaba con la señora Querol y en todo momento mostraba una sonrisa afable y cariñosa.

–Hola, buenos días –saludó Monfort.

–Hola. Me ha llamado la directora

mientras venían hacia aquí –dijo, señalando un aparato de telefonía interna que colgaba del bolsillo de su uniforme.

Encarna Querol era una abuelita. No encontró otra palabra que añadir cuando la miró por primera vez. Era muy pequeña y delgada. La piel del rostro y de las manos, blanca y delicada, dejaba ver unos frágiles huesos. Estaba sentada ligeramente inclinada hacia delante. Tenía el pelo completamente blanco y llevaba unos pequeños pendientes dorados. Las manos reposaban sobre sus piernas, cubiertas por una manta fina. Encarna Querol levantó un instante la vista y miró directamente a los ojos de

Monfort. No dijo nada. Volvió a ensimismarse en lo que fuera que viera a través de la cristalera. Monfort miró instintivamente hacia donde lo hacía ella. Vio una palmera y una fuente de la que emanaba un chorro de agua que caía despacio y salpicaba el suelo de baldosas coloreadas.

—Hoy está muy tranquila —comentó la enfermera con las manos apoyadas en las empuñaduras de la silla de ruedas—. Es muy buena, no da ninguna guerra.

La enfermera era muy agradable, parecía un ángel que cuidaba de los ancianos. Le acarició la mejilla con el dorso de su mano.

—Le gusta ponerse aquí todas las

mañanas cuando hace sol. Me lo pide, si tiene el día bueno –puntualizó–. Me dice: «A la fuente, a la fuente». Y nos pasamos aquí el tiempo que haga falta. Yo le cuento cosas. Ella me presta atención, aunque no opina, pero sé que me entiende y eso le va bien. Después hacemos un poco de rehabilitación. –La joven sonrió–. Pero eso le gusta menos, ¿verdad señora Encarna?

Monfort creyó que la anciana afirmaba con la cabeza, pero solo se lo pareció. Miró a Silvia y vio que estaba sobrecogida. Le dio una palmadita en el hombro. Ella soltó el aire contenido.

–Si le hago una pregunta, ¿me

entenderá? ¿Puede contestarme? –
Monfort necesitaba seguir adelante.

La enfermera se encogió de hombros.

–Pruebe.

Monfort acercó una silla y la situó junto a la silla de ruedas. Se sentó a un lado de la anciana; los dos mirando al patio.

Silvia había desarrollado cierta frialdad al trabajar en la Policía y enfrentarse a todo tipo de situaciones, pero había algunas, como aquella, que seguían poniéndole la piel de gallina. Temía la vejez, la enfermedad, estar postrada en una silla dependiendo de alguien las veinticuatro horas del día. Por mucho que tratara de ocultarlo a los

demás y a ella misma, aquello la asustaba.

Monfort se acercó con cuidado a la señora Querol. No quería molestarla por nada del mundo.

—Hola, señora Querol. Me llamo Bartolomé. Soy el hijo de Yolanda Tena, de Vilafranca del Cid. No sé si la recordará. Mi padre se llama Ignacio Monfort. Tengo entendido que usted y mi madre fueron muy buenas amigas en el pasado.

La anciana parpadeó con lentitud. Parecía que se iba a quedar con los ojos cerrados, pero los abrió y continuó con la mirada clavada en la fuente. La mano derecha buscó algo. La enfermera se la

cogió enseguida. La otra mano, todavía en el regazo, tembló un instante. Monfort miró a la joven y ésta se encogió de hombros.

—Mi madre —prosiguió Monfort con voz trémula—, mi madre me ha pedido que venga a verla para darle las gracias. No me dijo la razón. Está enferma. Quizá sea su última voluntad. La cuestión es que ella quería darle las gracias por algo que desconozco y que debió de ser importante para las dos.

Encarna Querol continuó inmóvil. La enfermera indicó con un gesto que ya era suficiente. Monfort se puso en pie y devolvió la silla a su lugar. Un

enfermero apareció por un extremo de la sala arrastrando un carro de *catering*.

—¡Leche con galletas para mis niñas y mis niños! —anunció jovial.

—¿Siempre está así? —preguntó Monfort en un susurro.

—No —contestó la enfermera—. A veces habla un poco, no mucho, pero dice algunas cosas. Esta mañana me ha pedido venir hasta aquí. Es imprevisible.

—¿Podemos volver otro día? —preguntó.

—No lo sé, eso tendría que hablarlo con la directora.

—Me gustaría que me avisaran cuando tenga uno de esos días buenos.

—Entiendo, pero debería hablarlo con la directora.

—Ya —dijo Monfort resignado.

—¿Viene alguien a verla? —preguntó Silvia, que había mantenido la boca cerrada hasta el momento.

—No —contestó la enfermera empujando ya la silla de ruedas—. Bueno, miento. Una vez vino una mujer a verla. Dijo que vivían en el mismo pueblo.

—¿Tan mayor como ella? —preguntó Silvia.

—No, no, tan mayor no —dijo la enfermera con una sonrisa—, joven; no sabría decirle la edad.

—¿Nadie más?

–Nadie –contestó la enfermera cabizbaja–. Algunos ancianos tienen un final demasiado triste.

–Bueno, no las molestamos más, muchas gracias. –Monfort le tendió la mano–. Hablaré con la directora, a ver si es posible que me avisen el día que crea que es buen momento. Me gustaría saber más acerca de la relación de la señora Querol con mi madre.

–De nada, gracias a ustedes –dijo la enfermera–. Es bueno para ella que la visiten y le digan cosas. Está muy sola.

–Le ha tomado cariño, ¿verdad? –le preguntó Silvia.

–Mucho –contestó ella–. Llevo dos años a su lado casi todos los días. Ella

me ayuda más de lo que se pueda imaginar.

Silvia y Monfort vieron como se marchaba, empujando la silla hasta la mesa en la que el enfermero repartía vasos de leche con galletas María. La anciana se giró buscando con la mirada la fuente, pero se topó con los ojos de Monfort.

De vuelta, detuvo un instante el coche junto a la comisaría. Silvia debía haberlo acompañado a ver al forense, tal como era su intención en un principio, pero se había hecho tarde y decidió que sería mejor quedarse para revisar y

poner en orden las declaraciones tomadas a los vecinos del inmueble de la calle Pescadores.

Monfort continuó hasta el Instituto de Medicina Legal de Castellón.

El cielo estaba encapotado y las nubes que se cernían sobre la ciudad auguraban tormenta; en el norte de la provincia la lluvia caería en forma de nieve. Eso habían pronosticado.

Aguardó unos instantes en la puerta fumando un cigarrillo. Consultó el reloj de pulsera, aplastó la colilla con la punta del zapato y entró en el edificio. Sabía el camino.

—La sangre de los guantes pertenece a Pedro Casas —le informó el forense.

Monfort asintió haciendo un gesto con la cabeza. No era necesario añadir nada más. Él ya lo sabía.

—Hay otra cosa. Algo interesante —apuntó el doctor Morata a la vez que abría parte de la cremallera de la funda donde se encontraba la víctima. El sonido de la fricción ponía los pelos de punta—. En el piso no nos fijamos en un detalle. Es muy curioso. Mira esa nariz. Obsévala con atención.

Monfort miró con desconfianza a Morata. Luego se acercó a un palmo escaso de la cara del cadáver. No es que le hiciera especial ilusión. Olía a fenol, un olor repugnantemente dulce y alquitranado. Creía que ya no se

utilizaba, aunque, a decir verdad, seguramente no era a eso exactamente a lo que olía, pero a Monfort se le había quedado grabado en la memoria olfativa desde la primera vez que presencié una autopsia.

—¿Y? —preguntó.

—¿No ves nada extraño en su nariz? —inquirió el forense con una sonrisilla dibujada en la cara.

—Parece una patata —contestó Monfort un poco harto de tanto misterio.

—Tócala —señaló Morata.

—¡Y una mierda! —exclamó Monfort dando un paso atrás.

Al forense le dio un ataque de risa mientras le tendía un guante de látex.

–Ponte el guante y tócale el puente de la nariz. Vamos.

Se puso el guante y, con mucho reparo, adelantó la mano derecha hacia el rostro del muerto. Finalmente tocó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar.

–¡No tiene hueso! –exclamó contrayendo todos los músculos de la cara.

–En efecto –afirmó Morata con una amplia sonrisa–. Tiene dañados el cartílago del tabique nasal, el nasal lateral y el alar mayor. Además, la giba dorsal y el hueso nasal, aquí, un poco más arriba –añadió, y señaló la parte superior de la nariz–, se han

reconstruido en más de una ocasión. Y ahora fijate bien en sus cejas y en este párpado, el derecho.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué pasa con sus cejas?

Con la ayuda de unas pinzas, el doctor Morata separó el tupido pelo que tenía en las cejas.

—Cicatrices, tiene cicatrices en las cejas, más de una, y también en uno de sus párpados.

Monfort pensaba deprisa.

—Alguna de estas cicatrices no llegó a cerrarse por completo —continuó Morata—, y le sobrevinieron otras al poco tiempo. Es como si se hubieran ido

abriendo nuevas cicatrices en las cejas, una y otra vez.

Monfort notó algo parecido a una subida de tensión. Primero sintió calor en las sienes, al que siguió un intenso dolor de cabeza y un agarrotamiento de las cervicales. Morata, a su lado, continuaba con aquella sonrisa de triunfo.

—¿Te lo digo yo o ya te has dado cuenta? —preguntó.

—¡Era boxeador! —se trataba de la cuarta exclamación de Monfort en muy poco tiempo.

Silvia llamó a Monfort justo cuando

este salía del Instituto de Medicina Legal con la mente en estado de ebullición. No podía dejar de pensar en una coincidencia que no sabía como interpretar: el libro del boxeador Jake La Motta, traducido al castellano por Alba Casas, y la segunda víctima, que había asesinado a Pedro Casas y cuya identidad desconocían, pero que a todas luces había sido boxeador. Cómo encajaba todo aquello era una incógnita que había que despejar lo antes posible. Siempre cabía la posibilidad de que alguien más estuviese en peligro.

Era mucha casualidad que Alba Casas hubiera traducido y editado la biografía de una leyenda del boxeo y que a su

padre lo hubiese asesinado un boxeador. Él no era de los que creían en las casualidades.

–Dime, Silvia. ¿Cómo estás? –dijo al responder al teléfono, antes de entrar en el aparcamiento subterráneo que había junto al hospital.

–Bien, gracias. Tenemos noticias importantes –contestó ella con tono enérgico.

–Adelante, parece que hoy es nuestro día –la animó Monfort.

–Escucha con atención.

–Siempre lo hago.

–Bueno...

–Venga, Silvia, que hace frío.

–Pedro Casas no estuvo nunca en

China.

–Pero ¿qué dices?

–Nunca. No fue ni una sola vez. No hay visados de entrada, ni registros, ni constancia de ningún vuelo, ni billetes de avión, ni agencias de viaje, ni siquiera tenía el pasaporte en regla. Nada. Jamás estuvo en China. Compraba los artículos para su negocio desde aquí y le enviaban la mercancía. Punto. Nada más. En la empresa que normalmente le suministraba los pedidos no lo habían visto nunca, algo de lo más normal según ellos. Han dicho que sus clientes compran a través de su página web, antes lo hacían por fax. Parece que Casas nunca fue allí.

—Y entonces, ¿por qué el director del banco hablaba de China? ¿Y el asesor? Ellos tenían que saberlo.

—Quizá les decía que iba y luego no lo hacía.

—¿Y dónde estaba mientras supuestamente estaba comprando en China?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, pero te recuerdo que sigues siendo el jefe.

—El jefe. —Monfort arqueó las cejas—. Ya. Lo primero que hay que hacer es hablar con todos otra vez.

—Sí —asintió diligente Silvia.

—Prepara una lista, por favor: Leo, Juana y Alba son a las primeras a las

que tenemos que volver a visitar. Es rarísimo que no supieran nada de esto, a no ser que nos lo hayan ocultado por alguna razón. Y el asesor, ese tipo no me gusta. ¿Cómo puede ser que le engañara diciendo que se iba a China? ¡Por el amor de Dios! ¿Quién fue a hablar con él?

—Terreros y García.

—Iremos tú y yo esta vez.

—Entendido, jefe. —A continuación Silvia añadió—: Por cierto, antes has dicho que hoy era nuestro día. ¿Eso quiere decir que tienes alguna otra noticia?

Pero Monfort ya bajaba por la escalera que conducía al aparcamiento y

perdió la cobertura. Desde el coche llamó a la comisaría para que le dieran el teléfono de Alba Casas. Cuando se detuvo en un semáforo marcó el número y esperó.

–¿Dígame?

–Hola, soy el inspector Monfort.

–Estaba comiendo –arguyó Alba Casas.

–Tiene suerte, yo aún no he podido hacerlo.

Alba no supo qué responder.

–Ese libro, el de Jake La Motta, lo estoy leyendo, me gusta. No lo conocía. Vi hace años la película de Martin Scorsese, *Toro salvaje*. Menudo papelón

el de Robert de Niro. Pero leyendo el libro, no sé qué es mejor.

–El libro, sin duda –afirmó Alba con orgullo.

Había conseguido lo que quería, llamar la atención de la joven.

–Todavía no lo he terminado. Lo estoy dosificando ¿No le pasa que cuando lee algo que le gusta mucho retrasa su final expresamente? Quizá debería ser al revés, pero no, con los libros me pasa todo lo contrario, los ralentizo, me los guardo para cuando tengo una ocasión especial para seguir leyendo.

–¿Qué quiere, inspector?

–¿Podríamos hablar cara a cara?

Estos cacharros me ponen enfermo –
mintió Monfort. Quizá se le notó.

–¿Hablar? Ya hablé con su
compañera. Usted quería hablar
conmigo, pero luego no se presentó. Yo
nunca faltó a una cita. No puedo decir lo
mismo de usted.

–Le pido disculpas.

–Tenía que haber empezado la
conversación por ahí, ¿no le parece?

–Sí. Lo siento. Tiene razón.

–De todas formas ya hablé con la
agente.

–No hago otra cosa que disculparme –
se quejó Monfort–. ¿Se ha dado cuenta?

–Yo me doy cuenta de todo.

Se la imaginó en su vida de editora

solitaria, lidiando con distribuidores, librereros, autores y demás farándula del negocio. Era una mujer de armas tomar. Atractiva y seria. Un hueso duro de roer. Había construido una muralla sólida entorno a ella. Era lo mejor que podía hacer. La vida era dura y muchas veces una postura firme y segura era la mejor solución.

—¿Cuándo le iría bien?

—No lo sé. No sé si quiero verlo.

—En ese caso debo recordarle que se encuentra entre las personas del entorno directo de una víctima de asesinato y debe estar disponible si necesitamos ponernos en contacto con usted. De lo contrario podríamos estar hablando de

obstrucción a la ley. Tratándose de su padre, no creo que le haga mucha gracia a la jueza que instruye el caso.

—¿Es una amenaza?

Monfort ya estaba harto, parecía Mata Hari.

—No es una amenaza, es lo que hay.

Ella guardó silencio.

—Está bien —accedió finalmente—. Yo lo llamaré.

La conversación había llegado a su fin, pero una vez más no supo morderse la lengua y lanzó el dardo que llevaba dentro desde que se despidió del forense.

—Por cierto, ¿cuál es su verdadera relación con el mundo del boxeo?

–¿Cómo? ¿A qué viene eso? –parecía sorprendida, pero Monfort tuvo sus dudas de que realmente lo estuviera.

–Lámeme, por favor –se despidió, y pulsó la tecla roja del móvil.

Quizá a Alba Casas le costara conciliar el sueño. A él no le preocupaba lo más mínimo.



A mitad del invierno la nieve blanqueó los adoquines de las calles, cubrió las carrocerías de los coches aparcados y llenó de frío los corazones de algunos habitantes.

Llevaba días sin beber. Lo pronunciaba con la boca pequeña, pues no se fiaba de ella misma ni un pelo. Luis no estaba seguro de lo que estaba ocurriendo, pero aquellos días se convirtieron en lo más parecido a la felicidad desde que el infierno del alcohol irrumpiera en sus vidas.

En el trabajo estaban cansados de sus idas y venidas, de sus ausencias, de sus entrenamientos y de su hermetismo total, pero el encargado parecía comprender su extraña situación. Fue él mismo quien le aconsejó que durante una temporada trabajara media jornada si se lo podía permitir económicamente. No podía ganar la

mitad del sueldo, claro, pero era una solución. Aceptó el trato para poder regresar a casa a la hora de comer.

Algunos días, cuando llegaba, ella todavía no se había levantado de la cama. En el fondo Luis agradecía verla con la luz apagada y descansando. Entonces la despertaba suavemente y preparaba la comida. Carmen volvió a sonreír delante de un plato de garbanzos con chorizo y un pedazo de pan que él había comprado antes de llegar a casa. Por las tardes paseaban agarrados de la mano. Ella apenas hablaba, tampoco tenía nada que decir. Luis la acompañaba a las terapias y se quedaba fuera, esperando hasta que

salía, con paciencia infinita. Había dejado de lado los entrenamientos. Los echaba de menos, por supuesto que los echaba de menos, pero debía sacrificarlo todo en pos de su recuperación. Hubiera renunciado a comer si hubiera hecho falta. Ahora su vida tenía un cometido: ayudarle a salir de aquel pozo negro en el que parecía vislumbrar una pequeña luz de esperanza.

La primera vez que volvieron a hacer el amor fue como un acto de fe, delicado y cariñoso. Carmen lloró todo lo que no había llorado en aquel tiempo. Imploró que la perdonara, rogó que no la odiara, que le ayudara para

no caer de nuevo en la trampa del alcohol. No quería morir. Él se sintió valioso y juró que nunca le fallaría.

Se fueron el frío y la nieve del invierno y aparecieron los vivos colores de la primavera. La luz inundaba su pequeño y desastrado piso. Carmen había ganado un poco de peso y volvió a caminar erguida. Se compró ropa nueva. A veces le temblaban las manos y las piernas, pero entonces Luis la abrazaba contra su cuerpo para que sintiera que él estaba allí, que siempre estaría allí. Empezó a maquillarse, un poco de sombra de ojos, pintalabios... pequeños detalles que le daban vida y le hacían

recuperar la autoestima que tanto necesitaba.

El tutor que le habían asignado en las terapias los citó una soleada tarde de viernes. Cuando los tuvo delante les regaló una amplia sonrisa.

–Carmen, ahora estás preparada para vivir –le dijo finalmente.

Sintió mucha alegría, un gozo inmenso que recorrió el interior de su cuerpo a una velocidad extraordinaria, insuflando vida en cada milímetro de sus venas y llenando de emoción su sistema nervioso. Sentada todavía a la mesa del tutor, bajó la cabeza hasta apoyarla en sus rodillas y lloró. Era una alcohólica, sí, siempre sería una

alcohólica, lo había aprendido en las terapias, pero lo más importante era resistir sin beber, sumar días, semanas, meses, años y desterrar para siempre aquella lacra de su cuerpo. Se enjugó las lágrimas y se sonó con el pañuelo que Luis le tendió emocionado. Se puso en pie y se alisó la falda con las palmas de las manos. Sonrió al tutor de mejillas regordetas, un exalcohólico que años antes había estado en su lugar. Tomó la mano de Luis y la apretó tan fuerte como le permitió su debilidad.

—Gracias, muchas gracias —dijo, mirando a su tutor. Y luego a Luis—:

*Vamos, tienes que seguir entrenando.
Hace tiempo que no lo haces.*

*Cuando ya se marchaban, el tutor
llamó a Carmen. Le pidió a Luis que
esperara un momento fuera.*

*—¿Hay algo más? —preguntó Carmen
asustada.*

*—No se trata de ti —le dijo—. Es Luis.
¿Alguna vez has oído hablar de una
enfermedad llamada síndrome de
Marfan?*

–Podíamos haber venido andando, hubiéramos llegado antes –se quejó Silvia mientras buscaba un aparcamiento libre.

–Qué poca paciencia tienes –replicó Monfort en tono conciliador.

Finalmente estacionó en una zona donde estaba prohibido aparcar y dejó la acreditación policial a la vista. La asesoría se encontraba en la calle

Hermanos Bou, una de las arterias que unían en línea recta la ciudad de Castellón con el barrio del Grao.

—Queremos ver a... —Monfort no se acordaba del apellido del asesor cuando una chica muy joven les abrió la puerta de la oficina.

—Al señor Pazos —apostilló Silvia.

—En este momento está ocupado —contestó—, pero si quieren pueden esperarle.

—Sí, esperaremos —asintió Monfort, y entraron en la pequeña sala de espera de la asesoría. Se sentaron; Silvia alcanzó una revista de viajes de la mesita de centro que les quedaba enfrente.

—¿Les apetece un café? —ofreció la

joven con la mejor de sus sonrisas.

Monfort la miró sin verla, pero le llamó la atención que en la mesa de recepción no había nada, estaba vacía, como si nadie trabajara allí. Quizá era la hija del asesor y le echaba una mano por las tardes.

—Lo que nos apetece es hablar con el señor Pazos. ¿No podría usted decirle que aligere con lo que sea que esté haciendo?

La joven se marchó contrariada.

—Ahora, ¿quién es el que no tiene paciencia? —preguntó Silvia con ironía.

—No me gustan estos lugares —dijo él, negando con la cabeza.

La secretaria volvió a entrar de nuevo

en la sala de espera.

—El señor Pazos dice que pasen —
anunció—. Les está esperando.

Monfort se puso en pie, miró a Silvia y sonrió, aunque solo un poco. Hizo lo mismo con la secretaria del señor Pazos.

El despacho era frío y desangelado. Los cuatro tubos fluorescentes ofrecían una iluminación triste y blanquecina. Las paredes estaban pintadas en un tono extraño, algo parecido a un color verde pálido que tampoco aportaba nada de calidez. El asesor era un hombre delgado y de poca estatura. Tenía el pelo canoso y una incipiente barba. Llevaba gafas de cristales redondos y montura ligera. Les estaba esperando de pie,

junto a una mesa repleta de papeles, carpetas y libros de contabilidad. Silvia hizo las presentaciones.

—Siéntense, por favor —indicó el asesor señalando las dos sillas libres frente a la mesa—. Los tres tomaron asiento.

—Hace unos días estuvieron hablando con usted los agentes Terreros y García —empezó Silvia.

—Así es. —Pazos apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos—. Ya les dije lo que querían saber, también se llevaron documentación de la empresa del señor Casas.

—Ya —contestó Silvia.

Monfort cruzó las piernas con la mirada fija en los ojos del asesor, pero no abrió la boca y dejó que Silvia continuara.

—Pero creemos que han quedado cabos sueltos que deberíamos atar.

Monfort asintió. El asesor desvió la mirada hacia él. El inspector quería saber cuánto podía aguantar sin que le molestara que lo mirara de forma inquisitiva.

—¿Cabos sueltos? Ustedes dirán. — Desvió la mirada enseguida.

—¿Cuál era su trabajo en los negocios de Pedro Casas?

Pazos se encogió de hombros, abrió los brazos y esbozó una sonrisa.

—Éramos sus asesores, es evidente.

—Por lo tanto, se encargaba de todo lo relacionado con sus cuentas.

—Lámelo como prefiera. Pero le advierto que trabajamos con confidencialidad respecto a los clientes.

—Bueno —continuó Silvia, arqueando las cejas—. Estamos hablando de uno de sus clientes al que han asesinado. No sé si queda mucho espacio para las confidencialidades.

Monfort sonrió sin quitarle ojo al asesor, que ya empezaba a acalorarse. Se pasó los dedos por el cuello de la camisa para liberar un poco de espacio.

—Sus compañeros ya tomaron nota de todo el otro día. Aquí trabajamos con

todas las de la ley. Somos una asesoría seria, con muchos años de experiencia a nuestras espaldas, pueden preguntar a nuestros clientes, todos les hablarán estupendamente de nosotros.

—Mire, señor Pazos —dijo Silvia, que arrastró la silla hacia la mesa para estar más cerca del asesor—, creemos que alguien del entorno de la víctima nos está ocultando datos que pueden ser importantes para la resolución del caso, y no me refiero necesariamente a alguien de su entorno familiar, podría tratarse de algún socio, de alguien de su empresa, o podría ser que la persona de confianza en el tema de las finanzas esté obviando algo importante para que nosotros

podamos seguir avanzando en nuestro trabajo. Por eso estamos aquí, ¿me sigue? Parece que le canso, señor Pazos.

Monfort volvió a sonreír sin quitar ojo al asesor, que ahora tenía la frente perlada de gotitas de sudor. No paraba de moverse en su silla, se tocó el pelo y una nubecilla de caspa cayó como si fuera nieve sobre sus estrechos hombros.

—No conocíamos a fondo a Pedro Casas —dijo, bajando el tono de voz—. Trabajábamos con él desde que el negocio empezó a decaer. Antes, cuando las cosas supuestamente le iban de maravilla, llevaban la contabilidad desde la propia empresa.

–¿Y por qué decidió contratar sus servicios? –Silvia se hizo la interesada para tirar de la lengua al asesor.

–Nos contrató para despedir a los trabajadores.

Monfort dejó escapar algo parecido a una tosecilla.

–Cuénteme más –lo animó Silvia.

–Quería cerrar la empresa poco a poco. Su idea era despedir a todos los trabajadores, intentando pagarles lo mínimo y quedar lo mejor posible. Negociamos sus despidos con cantidades que en todos los casos fueron menores de lo que estipulaba la ley.

–¿Ese fue su trabajo? –preguntó Silvia.

–Sí, eso fue lo que hicimos. Convencerles de que se marcharan con menos dinero del que les tocaba por ley.

–¿Y aceptaron?

–Sí. Casas les convenció para que se fueran y cobraran el despido a través del Fondo de Garantía Salarial, un ente que garantiza que los trabajadores de empresas en quiebra puedan cobrar su parte correspondiente.

Pazos sudaba, se quitó las gafas y frotó los cristales con un pañuelo. Sin las gafas se le veían los ojos achinados.

–¿Le pagaba bien? –preguntó Silvia.

Pazos se incorporó como si le hubieran pinchado con un alfiler.

–¿Perdón?

–Que si le pagaba algún extra para que se extralimitase en las negociaciones del despido de los trabajadores.

Extralimitase. Monfort se lo estaba pasando de miedo.

–¡Somos una empresa seria, agente! – exclamó Pazos sin alzar mucho la voz. Las manchas de sudor en las axilas de su camisa azul iban en aumento.

–Tranquilo –le recomendó Silvia–. No se altere.

–Le cobrábamos lo que corresponde, ni un euro de más. Tramitábamos los despidos y preparábamos las liquidaciones, nada más, no hacíamos nada más. Aplicábamos la minuta

correspondiente y eso era todo. Pedro Casas nunca fue un amigo para nosotros, solo un cliente.

—Entonces, vamos a ver, para que me quede claro. —Silvia se rebulló en la silla—. ¿Pedro Casas no justificaba en su asesoría los gastos de su empresa? ¿No tramitaba usted con Hacienda sus liquidaciones trimestrales? ¿No era usted sabedor de sus ingresos y sus gastos? ¿De verdad no conocía sus gastos de trabajo como desplazamientos y demás?

—No, ya se lo he dicho. No tramitamos más que los despidos, no hicimos nada con su empresa que no tuviera que ver

con la salida de los trabajadores, nunca hicimos nada más que lo que le digo.

Monfort descruzó las piernas y arrimó la silla a la mesa. Carraspeó ruidosamente antes de hablar.

—Perdón —se disculpó—. Cuando llevo tiempo sin hablar se me encalla la voz. Debe de ser el tabaco, sí, ya sé que hay que dejarlo. Por cierto, ¿es usted gallego? —La pregunta no venía a cuento, evidentemente, pero no lo pudo evitar.

—¿Cómo?

—Es por su apellido. Llevo un rato pensando, Pazos es un apellido gallego.

—Mi padre era gallego —contestó el asesor desconcertado—. De Padrón.

—Cerca de Santiago de Compostela —

certificó Monfort—. Lo conozco.

—Sí, ya —ironizó Pazos—, lo conoce por los pimientos.

—En efecto, sus famosos pimientos, unos pican *e outros non*. ¿Sabe una cosa? Supongo que lo sabrá de buena mano. Hay que ir con mucho ojo con esos pimientos. No todos los que dicen que son de Padrón lo son realmente, y la diferencia es grande.

Pazos entrelazó de nuevo los dedos encima de la mesa, se le veía incómodo.

Monfort fue al grano y se dejó de pimientos.

—Hay una cosa que observo oyéndole hablar con la agente Redó. Es una tontería seguramente, pero me llama la

atención. Usted siempre habla en plural –continuó–. Tramitamos, trabajamos, cobramos, hicimos... Y yo me pregunto, ¿cuántas personas trabajan en esta asesoría?

–¿Dónde quiere ir a parar, inspector?

Era la segunda vez en pocos días que se encontraba con una situación similar. Se acordó del carnicero del Mercado Central que tenía a su padre jubilado trabajando para él. No sabía si volvería a funcionar, pero en todo caso era una buena excusa para ver si le podía sacar algo más.

–Quiero ir a parar a la verdad. Aquí trabaja usted solo, es lo que hace desde hace mucho tiempo, o puede que haya

sido siempre así. La jovencita que tiene en la puerta es su hija, o su sobrina, ¿verdad? Por las mañanas estudia y por las tardes ayuda un rato. Que conste que no me parece tan mal, ¿eh? —fingió Monfort y levantó los brazos—. Pero no es legal, ¿sabe la multa que le puede llegar a caer por eso? Claro que lo sabe, qué le voy a contar que usted no sepa mucho mejor que yo. Bueno, pues eso, que no es legal tener a alguien trabajando de forma irregular, como tampoco es legal mentir y mucho menos en un caso de asesinato. Así que, si me lo permite, vamos a ir aligerando que se nos van a hacer las tantas. Adelante,

Silvia, continúa. Silvia lanzó la pregunta.

—¿Qué sabe acerca de los supuestos viajes a China de Pedro Casas?

—Nada.

—No nos engañe, señor Pazos. —Silvia usó un tono calmado, pero Monfort hizo un gesto de cansancio.

—¡Suelte lo que sabe! —Se levantó, harto de estar sentado oyendo al asesor dar vueltas y más vueltas.

—De acuerdo, no existieron tales viajes a China —contestó por fin—, era una farsa, o un farol. ¡Yo qué sé! A nosotros, perdón, a mí, no me pasaba gastos de los viajes. Tal como le he dicho, solo nos..., me encargaba de los

despidos y de sanear la empresa. Pero lo llamé para decirle que necesitábamos justificar pérdidas para poder iniciar los trámites del cierre. Él me había hablado de unos viajes de trabajo a China, que iba allí porque no se fiaba de comprar a los chinos a través de internet. No le presté demasiada atención en su día. Como le digo, fue cuando necesité sumar gastos para que las pérdidas fueran mayores que las ganancias, cuando recordé lo de los viajes. Pensé que gastaría mucho dinero en estancias y extras. Pero cuando se lo pedí, Casas no me hizo el menor caso. No es que me dijera que no, simplemente no me contestó. Me pareció extraño. Indagué

un poco y descubrí que no había estado nunca en la empresa de su proveedor chino.

Monfort volvió a tomar asiento y lanzó un suspiro.

—Cuando vinieron los agentes a hablar con usted, ¿no se le ocurrió comentarles nada de esto? —Silvia se lo preguntó esbozando un gesto de extrañeza.

—No, lo siento, de verdad que no se me ocurrió, no le di importancia. Él era el cliente. Él pagaba. Él sabría cómo solucionar el tema de la balanza de pérdidas y beneficios si quería liquidar su empresa. A mí me daba igual si compraba en China o en Manises.

—Ya, pero usted era su asesor —apuntó

Silvia.

—Sí. Pero si me lo permite le diré que Pedro Casas era un poco prepotente. Lo de que viajaba a China por trabajo no había por dónde pillarlo —concluyó Pazos.

—¡Vaya! —exclamó Monfort—. Por fin se ha terminado la confidencialidad.

Allí no había nada más que hacer. Pazos les contó que meses atrás había sufrido un infarto y que su asesoría duraría poco. No tenía el cuerpo para sobresaltos, la economía de la provincia había decaído considerablemente en los dos últimos años y la vorágine de trabajo e ingresos de las buenas épocas quedaba lejos. Quería retirarse antes de

que la salud lo retirara a él para siempre. Silvia y Monfort sabían que todo aquel lastimoso discurso era una forma de justificarse y hacerse perdonar. Seguramente también estaba preocupado por que no le cayera una inspección de trabajo.

– Todos son iguales –dijo Silvia.

– Salvando el pellejo –afirmó Monfort.

Se había hecho tarde para volver a la oficina y temprano para ir a cenar. Silvia conocía un lugar ideal para aquellas horas en tierra de nadie.

En el restaurante Casa Aljaro, situado

en la estrechísima calle Cervantes, en medio del laberinto de callejuelas de la parte más antigua de la ciudad, se dejaron aconsejar por el propietario. El resultado olía a gloria bendita y sabía mejor. Revuelto de morcilla de Burgos con pimiento asado y orégano y bacalao al horno con costra de *all i oli*. Dos platos para compartir.

—La última vez que estuve aquí probamos un arroz meloso de calamar, gambas y pulpo —recordó Silvia con la copa de tinto a medio camino entre la mesa y sus labios.

—¿Probamos?

—Sí, he dicho probamos —puntualizó Silvia temiendo el siguiente comentario

de Monfort. Podía haber dicho probé y no hubiera pasado nada.

—¿Jaume Ribes? —Llegó la pregunta que ella temía.

—Sí. Jaume Ribes. Por cierto, hemos terminado.

—Ni que fuera un plato —dijo Monfort con poca fortuna.

—No es necesario que hagas leña del árbol caído.

—Perdona, no quería entrometerme.

—No pasa nada. Es un buen tipo. Quizá demasiado. Yo que sé, estoy hecha un lío. No sé si es este trabajo, o yo misma, pero siempre acabo dudando. ¡Maldita sea! —exclamó—. Esto parece un consultorio sentimental.

–No dejes que la profesión te condicione. Un día el trabajo ya no formará parte de nuestras vidas. Quizá el trabajo acabe antes con nosotros, pero si llegamos a la jubilación con esta forma de pensar, estaremos más solos que la una.

Silvia no supo qué decir. Tomó una rebanada de pan para acompañar el revuelto. Masticó lentamente, así no podía hablar, quizá fuera lo mejor. Al fin y al cabo los platos estaban deliciosos y eso era lo que habían ido a hacer allí, a comer, nada más. Monfort se dio cuenta y cambió de tema.

–Por favor, encárgate de que Terreros y García vayan mañana de nuevo a ver

al director del banco. Ese también debe de saber algo sobre los falsos viajes.

—Lo haré —asintió Silvia y añadió—: Respecto a eso, tengo una hipótesis bastante personal.

—Adelante —la animó Monfort.

—Puede que Pedro Casas se inventara lo de los viajes a China para pasar largas temporadas fuera de su mundillo habitual.

—¿Con qué propósito? —Monfort apuró la copa de vino y alzó el brazo para pedir que las volvieran a llenar.

—Una amante —contestó Silvia, arqueando una ceja.

—¡Vaya! No se me había ocurrido. —

Monfort dio las gracias al camarero; Silvia esperó un instante a que se fuera.

—Pedro Casas dirigía una empresa de importación de artículos para tiendas de todo a cien. —Silvia exponía su idea de la misma forma que cuando escribía uno de sus informes policiales—. El negocio iba viento en popa. Su trabajo consistía en invertir dinero en aquellos productos cuya compra realizaba mediante un simple envío de fax. Pagaba los pedidos con transferencias bancarias. Cuando la mercancía llegaba al puerto de Castellón, el personal de su almacén la repartía por las tiendas que tenía como clientes. Multiplicaba el precio de la mercancía, cobraba, y a vivir.

–Sigue, sigue –la animó Monfort.

–Ese era el problema: vivir. Pedro Casas era un hombre acostumbrado a la buena vida, tenía dinero y no le dolía gastárselo en caprichos. Pero cuando llegaba a su casa se encontraba con una esposa celosa y deprimida, sin ganas de pasarlo bien, nada divertida.

–¿Y? –Monfort la vio venir.

–La hermana de su mujer, Juana, trabajaba en la oficina de la empresa, conocía los beneficios que se obtenían y el dinero que ganaba su jefe, y ella era todo lo contrario que su hermana: una mujer extrovertida, con ganas de vivir la vida. Físicamente era parecida a su hermana, pero a Juana le sobraba

desparpajo y seguro que no dudaba en subirse la falda cuatro dedos y bajar los mismos del escote para atraer a su presa.

—¡Dios! —exclamó Monfort.

—Pero una esposa celosa es una cuestión que hay que tener muy en cuenta. —Hizo un alto para beber un sorbo de vino antes de continuar—. Había que ir con mucho cuidado. Leo podía sorprenderlos y entonces se liaría la de San Quintín.

—¿Y crees que por esa razón se inventó Pedro Casas lo de los viajes a China? —preguntó Monfort con curiosidad.

—Sí —respondió satisfecha—. Puede

que alquilara un piso en algún lugar de la ciudad, o en uno de esos pueblos de la costa que están desiertos en invierno. Es posible que allí pasara los quince o veinte días que podía durar el supuesto viaje, viéndose a escondidas con la hermana de su esposa. No olvidemos que los romances, al principio, se festejan más en la cama que en cualquier otro lugar.

Silvia enrojeció de repente, no sabía de dónde le habían salido esas palabras; bebió un trago más de vino para disimular.

—Pero Casas y su mujer se separaron —intervino Monfort.

—Lógico —afirmó Silvia—. Después de

iniciar la relación con su cuñada, la situación en casa se tuvo que deteriorar a la fuerza, ¿no crees?

Monfort se encogió de hombros.

—No sé, no sé, tú sabrás —contestó con ingenuidad fingida.

—Solamente es una hipótesis, piénsalo —dijo ella, poniéndose en pie para ir al baño—. Se ha hecho tarde. Pagas tú.

Monfort negó con la cabeza y arqueó las cejas. En qué la estaba convirtiendo, pensó. Quizá pasaban juntos demasiado tiempo. Pagó y salió a la calle a fumar un cigarrillo. Tomó buena nota del restaurante.

Silvia se retiró al ático de Ana Forcada. Necesitaba descansar. El comisario Romerales les había enviado a ambos el mismo mensaje de texto: «Rueda de prensa en la comisaría a las 11.30 horas». Hacía frío y Monfort se ofreció a llevarla en coche, pero ella rehusó alegando su ración de caminata diaria.

El inspector dejó el coche en el aparcamiento del hotel, pero en vez de subir a la habitación, que es lo que sin duda debería haber hecho, tuvo una idea. La calle Temprado quedaba cerca. Trató de reconocer el bar donde había tenido el encuentro fortuito con Alba Casas y

su novio, o lo que quisiera que fuera aquel tipo. No le costó encontrarlo, lo identificó por las luces de neón de la entrada. Buscó el Audi de color rojo aparcado en las inmediaciones del bar, pero no estaba. En la puerta había media docena de personas fumando, encogidas por culpa del viento que volvía a soplar inmisericorde en aquella ciudad tan poco acostumbrada a las bajadas de temperatura. Los episodios de frío intenso duraban pocas semanas, dos meses a lo sumo, pero se agravaban por el mal acondicionamiento de los locales y espacios públicos. Lo mismo pasaba cuando llovía.

Dentro sonaba un tema de Neil Young

a todo volumen. Era mucho mejor que lo que tenían puesto la otra noche. Decían que Neil Young tenía un rancho con bisontes en alguna parte de Canadá. No le extrañaba. Era un tipo que podía infundir cierto respeto si llegabas a encontrártelo a según qué horas y en qué lugares. Parecía el típico granjero grande y fuerte con cara de pocos amigos. La canción era uno de sus clásicos: *Hey Hey, My My*, en una versión en directo, dura, grave y con las puyas habituales de su peculiar forma de tocar la guitarra. Todo un mazazo de rock. Un animal, pensó.

Las paredes del local estaban pintadas de color negro. Era estrecho y

largo. Ocupaba una de aquellas casas de apenas dos plantas tan habituales en las calles del centro. En la barra, tres chicas servían las bebidas. Era un bar de rock and roll pero Monfort no desentonaba, había más tipos con una pinta parecida a la suya, con americana y corbata.

—¿Whisky de malta? —preguntó casi a gritos para hacerse oír a través de los guitarrazos de Neil.

—¿El qué? —La camarera, una joven embutida en una especie de mono de cuero, no habría oído hablar en su vida de la malta, estaba claro.

—Ponme un bourbon —rectificó sin más. Aquello si lo conocería.

—¿Jack? —gritó en un tono agudo. Se

refería a Jack Daniel's. Monfort asintió para no dañarse las cuerdas vocales.

En lugar de ponerle delante un vaso de chupito, que era lo que él creía que harían en un sitio como aquel, le plantó delante un vaso cuadrado, ancho y grueso. Abrió la botella y dejó caer una buena cantidad del licor ambarino.

—¿Vale? —gritó de nuevo.

—Es mejor quemarse de una vez que apagarse lentamente — contestó Monfort, traduciendo el fragmento de una de las estrofas de la canción que Neil Young seguía aporreando en su guitarra.

Realmente el bourbon a palo seco quemaba la garganta. Sin hielo ardía, pero con un cubito se aguaba. Cómo

echaba de menos fumar un cigarrillo con el codo apoyado en la barra. El alcohol mezclándose con la nicotina y recorriendo las venas a toda velocidad. Otras canciones de Neil Young y su banda, The Crazy Horse, siguieron atronando por los altavoces. La camarera repartió pequeños cuencos con maíz frito por toda la barra. Monfort se llevó un buen puñado a la boca. Pidió una cerveza bien fría. Aquello sí que lo entendió bien la camarera. Se fue con la botella de cerveza a la puerta y encendió un cigarrillo. Los vecinos no estarían demasiado contentos con el ruido del bar.

Tenía que hablar con Alba Casas.

Esperaba que lo llamara pronto tal como había dicho. La única pista que podía explorar para identificar al asesino de su padre era la coincidencia entre lo que el forense le había mostrado y el libro que ella había traducido: el boxeo. Podía tratarse solo de una casualidad, pero no creía en las casualidades. Con los años había aprendido que solían esconder vínculos invisibles a primera vista. Apuró la cerveza. Por la calle no pasaba ni un alma. El viento y el frío empujaban a la gente a refugiarse en casa.

Entró de nuevo en el local, dejó la botella vacía en la barra y pagó lo que debía. Antes de salir fue al lavabo. Neil

y su banda seguían a lo suyo. Se abrió camino entre la miríada de clientes que llenaba el local. De uno de los cubículos salieron dos tipos con los ojos desorbitados. Conocía aquella reacción. Sabía a ciencia cierta que no era sexo lo que habían ido a buscar allí. Mientras orinaba alguien golpeó la puerta.

—¡Está ocupado! —exclamó.

Quien fuera volvió a golpear la puerta, esta vez con más ímpetu.

—¿Qué pasa? ¿Tienes mucha prisa? —preguntó sin que llegara contestación alguna.

El que estaba detrás le dio una patada a la puerta y esta se abrió, golpeando con fuerza contra la espalda de Monfort.

—¡Joder! —exclamó cabreado.

Cuando se llevó las dos manos a la cremallera del pantalón y bajó la cabeza para ver lo que estaba haciendo, sintió el golpe del cristal contra su cabeza. Fue como un mazazo, como el sonido grave de la banda de Neil Young, como si se derrumbara el techo del váter. La desafortunada mezcla del bourbon y la cerveza ascendió a toda velocidad desde el estómago a la garganta, amenazando con salir por la boca. Se giró rápidamente, pero solo pudo ver algo parecido a una sombra que corría y la puerta que se cerraba. Quiso ir tras él, pero le sobrevino un profundo mareo que le dobló las rodillas y le hizo

apoyarse en la pared para no caer. Miró al suelo y vio los restos de cristal ambarino de una botella de cerveza. Instintivamente se llevó una mano a la cabeza y notó que las yemas de los dedos se empapaban de sangre. Mareado como estaba, salió del baño tropezando con los clientes que abarrotaban el pasillo, intentando alcanzar la puerta de salida. Algunas personas lo miraban con estupefacción. Pensó que la herida quizá era peor de lo que temía. La chica del mono de cuero se tapó la boca con la palma de la mano. Neil Young se recreaba en un solo de guitarra interminable. Sin querer, tropezó con una mujer y le tiró el vaso

de tubo que sostenía en la mano. El hombre que la acompañaba hizo ademán de encararse con él, pero en cuanto vio la herida sangrante dio un paso hacia atrás. Creyó que no alcanzaría la puerta que daba a la calle. La música de Neil Young se había convertido en algo pastoso, irreconocible, un amasijo de notas graves sin sentido. Por fin llegó a la puerta. Un grupo de hombres y mujeres fumaba en la acera. Perdió la visión por un segundo y tuvo que apoyarse en un coche que estaba aparcado. Sacudió la cabeza. La herida sangraba considerablemente. Notaba la sangre que le caía por la espalda, a través del cuello de la camisa. Levantó

la cabeza para espabilarse; al dirigir la vista hacia el final de la calle, vio en la esquina una figura que corría entre las sombras de la noche. Quizá fueran imaginaciones suyas, o quizá no, pero, pese al aturdimiento que le había producido el golpe, hubiera jurado que se trataba del amigo de Alba Casas, el mismo que trató de enfrentarse con él la noche que se encontraron en la puerta de aquel bar por casualidad.

No pudo ver más.

Cayó al suelo y todo se volvió del color de la noche cerrada. Sin estrellas. Nada más.

Volver a entrenar a pleno rendimiento fue como sentirse vivo de nuevo. Llamó a su mentor para retomar los entrenamientos. Temió que se hubiera olvidado de él, pero no lo había hecho. Trabajaba media jornada. Por las tardes, después de comer, recogía su bolsa de deporte y se acercaba al gimnasio.

Los entrenamientos eran cada día más completos. Le habían preparado una larga lista de ejercicios que debía ejecutar a la perfección para ser evaluados en los días que tenían pactados. Era un pupilo ejemplar, superaba con creces las marcas fijadas.

El entrenador retomó sus viajes semanales. Se hacía acompañar por el Churro con quien combatía a fin de prepararlo para lo que empezaron a llamar «el gran día».

A Luis no le molestaba que fuera el Churro el que viajara hasta allí para los combates de entrenamiento. Le había roto la nariz en aquella primera pelea. Se arrepentía de ello, si pudiera volver a atrás no lo haría, pero ya estaba hecho. Había aprendido que aquella disciplina era así; tenía sus riesgos.

El Churro dominaba infinidad de técnicas que debía aprender sin dejarse llevar por su carácter hosco y cerrado.

Luis aprendió los ganchos más inesperados para el rival, los directos más rápidos, a cubrirse bien el rostro y a golpear cuando el contrario bajaba la guardia. Estaba dispuesto a absorber todo lo necesario para llegar a ser un boxeador en toda regla. Era un espectáculo verlos trabajar: los golpes, el sonido del cuero del guante contra la piel, las miradas clavadas en los ojos del adversario, el sudor, la adrenalina. Al principio los entrenamientos constaban de un combate a dos asaltos, luego a tres, después a cuatro, y así hasta que llegaron a los cinco asaltos. A ninguno de los dos les estaba permitido dejar fuera de combate al

contrario. En más de una ocasión, cualquiera de los dos púgiles hubiera deseado acabar deprisa con su oponente, pero esa era la norma y había que cumplirla.

Su mentor, al que todos se referían como el jefe, se llamaba Pedro Casas. Luis no lo había vuelto a ver personalmente desde que le partió la nariz al Churro. Solo hubo llamadas de teléfono, cortas, concisas y directas, como los golpes que practicaba.

Un día Pedro Casas regresó acompañado por el entrenador y por el Churro. Luis estaba realizando sus habituales ejercicios de calentamiento. Carmen, sentada junto a la máquina

dispensadora de refrescos, leía una revista atrasada. Desde que había conseguido dejar de beber acudía de vez en cuando a los entrenamientos. Estaba exultante, tenía el rostro iluminado y una sonrisa radiante. Atrás habían quedado las terapias y el dolor físico por haber dejado de beber. Se sentía bien y con ello conseguía que todo a su alrededor brillara con luz propia. Poco a poco, su figura volvía a parecer lo que había sido antes. A veces, para no olvidarse, observaba sus manos para comprobar que cada vez le temblaban menos y entonces sonreía satisfecha. Le gustaba acompañar a Luis para no estar sola, para no caer

en la tentación, para sentirse segura y querida.

Luis se quitó el guante derecho y estrechó con fuerza la mano de Pedro Casas. Vestía traje negro, camisa blanca y corbata de color granate. Detrás de él, el entrenador y el Churro guardaban cierta distancia. Casas hablaba con rotundidad sobre los informes del entrenador durante el tiempo que habían durado los entrenamientos. Luego miró al Churro, y recordó con sorna el día que tuvieron que ir hasta el centro de salud para curarle la nariz.

Carmen se acercó y Luis hizo las presentaciones pertinentes. Pedro

Casas besó el dorso de su mano con un gesto anticuado. El Churro y el entrenador se limitaron a un simple movimiento de cabeza. Carmen se mantuvo junto a Luis pendiente de lo que el jefe tenía que decir.

Por fin había llegado lo que durante tanto tiempo habían llamado «el gran día». Se trataba de un combate de boxeo. El primero para el Diamante Loco. Un bautismo en el ring, una oportunidad que no siempre llegaba a los aspirantes que día tras día se dejaban la piel en el gimnasio.

La cita era en un pueblo de la provincia de Granada. «Un combate de exhibición», dijo Casas. El Churro

pelearía en segundo lugar contra un boxeador reconocido. Luis lo haría primero, para calentar al público. Debía enfrentarse a un principiante con el que, según las palabras de Casas, no tendría ni para empezar. Sería «cosa de coser y cantar», argumentó a la vez que se ajustaba el nudo de la corbata.

Antes de marcharse, Pedro Casas se quedó un momento a solas con Luis. Carmen permanecía a su lado. Fue directo al asunto: le prometió que le pagaría trescientas mil pesetas si noqueaba a su adversario antes del tercer asalto. Luego dijo que aquello debía quedar entre ellos tres.

Miró más a Carmen que a Luis cuando pronunció esas palabras.

Recordó que algunas de las personas que estaban en la puerta del bar le habían ayudado a ponerse en pie. Alguien le dio una toalla para que no pusiera el taxi perdido de sangre de camino a urgencias.

La enfermera olía muy bien. Era reconfortante, olía a hogar y a cariño. Seguro que alguien la esperaba en casa

cuando acabara el turno de noche, pensó. No como a otros.

—Le hemos tenido que dar siete puntos —informó la enfermera—. Debe quedarse en observación para que podamos descartar otras posibles lesiones. Por cierto, ¿cómo se ha hecho eso? ¿Le han golpeado?

—No puedo quedarme —dijo Monfort sin contestar a sus preguntas e intentando incorporarse de la camilla. ¡Olía a almendras! La enfermera olía a almendras. El olor le embriagaba.

—Eso deberá decidirlo el doctor —expuso con voz agradable, empujando sus hombros suavemente para que volviera a recostarse.

Sintió un leve mareo. Se llevó una mano a la cabeza y rozó con las yemas de los dedos algo parecido a una corteza de pan.

—No se toque —advirtió la enfermera, señalando la parte superior de su cabeza—. Tiene una buena cicatriz. Le hemos cortado el pelo en esa parte para poder coserlo bien —dijo, y esbozó una sonrisa—. Pero no se preocupe, crecerá pronto.

—Está bien —admitió finalmente el inspector, a la vez que descansaba la espalda en la camilla—. Me gustaría hablar con el doctor, si es posible.

—Voy a ver si lo encuentro, no debe de

andar muy lejos. No se mueva, quédese ahí quietecito hasta que vuelva.

Pero en cuanto la enfermera que olía a almendras salió por la puerta, se puso en pie, recogió el abrigo y las cosas que le extrajeron de los bolsillos, y salió deprisa de la sala de urgencias. El pasillo, largo y mal iluminado, se le hizo eterno. Pensó que en cualquier momento alguien lo detendría o se caería de bruces una vez más, pero consiguió llegar al exterior y no se detuvo hasta que estuvo lo suficientemente alejado.

Se le había acelerado el pulso y sentía una fuerte punzada en el pecho, como si le hubieran propinado un puñetazo a la altura del corazón. Hacía

mucho viento, no había nadie por la calle, apenas un par de vehículos parados en un semáforo cercano. Uno de ellos era un taxi y estaba libre. Se apresuró antes de que el semáforo cambiara a verde y abrió la puerta.

–Al Hotel Mindoro –pidió.

Eran las cinco menos cuarto de la mañana.

El molesto zumbido de llamada de su móvil sonaba cada vez más fuerte. Sabía dónde estaba. Los analgésicos administrados por la joven que olía a almendras habían hecho su efecto, pero no había dejado de pensar. Que un

energúmeno le hubiera roto una botella de cerveza en la cabeza era algo que no podía entender. Le pareció que el agresor era el amigo de Alba Casas, pero no lo podía asegurar. Lo había visto de lejos y era de noche. De hecho, si no hubiera sido en aquel bar no hubiera pensado que se trataba de él. Pero se lo había parecido y no podía dejar de darle vueltas.

–Hola, Silvia –contestó con la voz entrecortada.

–Falta media hora para la rueda de prensa. ¿Estás bien?

–Es largo de explicar.

–Esa canción me empieza a sonar. –
Silvia suspiró.

—¿Tienes el disco? —Monfort pronunció lo primero que le vino a la cabeza, como casi siempre.

Silvia puso los ojos en blanco y, aunque Monfort no la podía ver, se la imaginó.

—Romerales me ha pedido que te llame.

—¿Y por qué no me llama él?

—Porque está nervioso. Está fuera, en la puerta, esperando a la jueza. Está preocupado porque todavía no sabemos nada acerca de la identidad de la víctima del piso de la calle Pescadores.

—Y cree que la jueza querrá publicar las fotografías en la prensa para ver si alguien lo conoce.

–Así es.

–Ya –repuso Monfort–. Y te ha dicho que teme que una cosa lleve a la otra y los perspicaces periodistas de la provincia acaben vinculando a los dos muertos.

–Parece que le leas la mente.

–Todo es posible –asintió Monfort y se levantó con dificultad. Estaba claro que llegaría tarde–. Estaré allí en cuanto pueda – dijo–. Invéntate algo, pero no retraséis la rueda de prensa. Amansadme a las fieras.

No conseguía verse la herida de la cabeza en el espejo pero, siguiendo con el dedo la cicatriz de la costura, intuía que no era poca cosa. Era alto,

normalmente más que los que le rodeaban. Aquello le ayudaría a disimularlo.

Finalmente, el comisario decidió sustituir la rueda de prensa por una reunión con los tres principales periódicos de la provincia. En su despacho, Romerales exponía el caso a su manera. La jueza Elvira Figueroa lo escuchaba atentamente con una expresión imperturbable. A su lado, Silvia Redó tecleaba a toda velocidad en su ordenador portátil. En cuanto levantó la vista vio a Monfort entrar en el despacho y se dio cuenta de que tenía

una herida en la cabeza, a Silvia nunca se le escapaba nada.

Cuando la representante del periódico *El Mundo* hizo una pregunta con marcado acento andaluz al comisario, Monfort se sentó junto a Silvia. Romerales se desconcentró levemente, la jueza lo miró y esbozó una leve sonrisa. Monfort pronunció la palabra *perdón* sin que nadie llegara a oírlo.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —preguntó Silvia, tapándose la boca con la mano.

—¿Tanto se nota? —Responder a las preguntas comprometidas de su compañera con otra pregunta se estaba convirtiendo en un clásico.

—¿Cabe la posibilidad de que exista algún vínculo entre los dos cadáveres? — La pregunta la había formulado el redactor jefe de *El Periódico Mediterráneo*.

Pese a que iba destinada al comisario Romerales, la jueza tomó la palabra.

—No conocemos aún la identidad del segundo cadáver. No se ha encontrado documentación entre sus pertenencias. Nadie en el vecindario sabe de quién se trata. No existe motivo alguno que nos lleve a pensar que haya conexión entre los dos casos. ¿Entendido? —Nadie dijo nada y añadió—: Así que mucho cuidado con las hipótesis que nos inventamos.

—Facilítenos una fotografía y la

publicaremos –solicitó el periodista que representaba a *Levante de Castellón*–. Alguien lo reconocerá.

–Eso les gustaría, ¿eh? –Elvira Figueroa lanzó una mirada provocativa a los tres periodistas–. Y así, de paso, el primero de los tres que dé con su verdadera identidad se apuntará un buen tanto.

Los periodistas la miraron sorprendidos. La jueza Figueroa prosiguió.

–Si quieren una fotografía de la víctima, se la daremos. Una solo, la misma para todos. Ni una más. Ninguno contará con más información que el otro, pero deberán cumplir con una condición.

Los periodistas seguían expectantes. La jueza se aclaró la voz.

—Si citan que existe la posibilidad de que haya un vínculo entre las dos muertes, les cerramos el grifo. No les daremos ni una noticia más hasta que se cierre el caso, dure lo que dure. Y lo pienso cumplir como que me llamo Elvira. Leeremos los periódicos todos los días exhaustivamente, y si encontramos un desliz, se acabó. ¿De acuerdo?

Después de un breve intercambio de miradas y opiniones en voz muy baja, uno de los periodistas habló en nombre de los tres.

—De acuerdo —asintió.

–Está bien –convino la jueza–. Comisario, que les hagan llegar una fotografía –ordenó–. La agente Redó ya sabe a qué imagen me refiero.

Elvira Figueroa dio por finalizada la reunión. Se levantó, tendió la mano al comisario y luego, mirando a Monfort y a Silvia, dijo:

–Ustedes dos, quiero verlos en mi despacho dentro de una hora. Ahora tengo que irme, tengo una vista y no puedo llegar tarde. A los del Ministerio les encantaría que nos desdobláramos para estar en dos sitios a la vez. Pero de momento va a ser imposible. Tiraremos de taxi y cruzaremos los dedos para llegar a tiempo.

–¿Cuál es la fotografía que tú ya sabes? –preguntó Monfort a Silvia. Romerales estaba despachando a los tres representantes de la prensa local que intentaban sonsacarle algo más ahora que la jueza no estaba.

–Un primer plano del rostro en el que se ve perfectamente su particular nariz. Entre que llegabas y no llegabas, ha venido Morata antes de que empezara la reunión, y le ha contado ciertos detalles –parecía molesta.

–Ya –dijo Monfort por decir algo.

–Ha explicado que la víctima podría ser alguien que se hubiera dedicado al boxeo de forma más o menos

profesional, por como le habían remodelado la nariz en varias ocasiones. También ha dicho que tú ya lo sabías. Que él te lo mostró en el instituto forense.

Monfort se acarició con cuidado la cicatriz de la cabeza.

—Romerales se ha puesto como un energúmeno —sentenció Silvia.

—Su estado natural —respondió con sorna.

—La jueza se ha reído, y Romerales se ha puesto hecho una furia. Ella le ha preguntado en tono burlón si siempre vas a tu aire, que si vas por libre.

Salieron por la puerta del garaje de la

comisaría para no encontrarse con Romerales.

Monfort tenía el coche estacionado junto a la salida de vehículos de la vieja comisaría, en la calle Almansa. Sonó el móvil. Miró la pantalla. Puso en marcha el motor. Era Romerales. Lo silenció.

Silvia, a su lado, guardó silencio. Monfort conducía despacio, no había prisa, por una vez, no había prisa, aunque tampoco quería llegar tarde a la cita con la jueza. No iba a añadir nada a la conclusión del doctor Morata sobre el segundo cadáver. Estaba claro, había sido boxeador. Silvia pareció leerle la mente.

—¿Por qué no le dijiste a nadie que el

tipo podía ser un boxeador?

–Se me pasó –contestó con escasa credibilidad–. Aún hay algo más.

–¿Algo más?

–Sí. El libro.

–¿Qué libro? –preguntó ella desconcertada.

–El de la editorial de Alba Casas. El que compré y que ella había traducido al castellano. Te lo enseñé. *Toro salvaje*, la historia del boxeador Jake La Motta.

Silvia se maldijo para sus adentros por no haber caído en la coincidencia. Enrojeció.

Aparcaron el coche cerca de los nuevos juzgados. Soplaban un fuerte viento. Silvia vio un mensaje de la jueza

en la pantalla de su móvil y lo leyó en voz alta.

—Dice que nos espera en la cafetería, que ya ha terminado la vista.

—¿No tiene despacho? —preguntó Monfort, mientras se aseguraba de que todas las puertas del Volvo quedaran cerradas.

—No tengo ni idea. ¿Me vas a contar cómo te has hecho eso? —dijo, señalándole la cabeza.

El móvil de Monfort volvió a sonar y pensó que sería de nuevo el comisario, pero no lo era. El nombre de Senent aparecía en la pantalla. Pulsó el botón verde.

—¡Senent! —saludó con temor.

Silvia se adelantó unos metros al ver que se trataba de una llamada particular.

—¿Cómo está? —preguntó. Los puntos de la cabeza le tiraban con fuerza.

—Bien, dentro de lo que cabe —contestó el doctor.

—¿De verdad? —Monfort subió el tono de voz y los puntos se estiraron un poco más.

—Sí. Vamos a trasladarla a planta. Hemos decidido que abandone la uci para ver cómo reacciona.

—¡Qué buena noticia!

—Sí, pero no pongamos a enfriar el champán todavía —puntualizó—. Lo hemos decidido esta misma mañana.

Vamos a administrarle otro tipo de medicación para ver cómo evoluciona.

—Y mi padre, ¿sigue yendo a verla?

—Todos los días, como un campeón.

La asistenta que contrataste vale su peso en oro. Lo trae hasta aquí como el que lleva un niño a la guardería. Él, a veces, no se entera de casi nada, pero se aferra a la mano de su esposa y se queda hasta que se acaba el tiempo de visita, que ya sabes que en la uci es bien poco. Por esa razón también queremos trasladarla a planta, para que puedan estar más tiempo juntos.

—¡Joder! —exclamó Monfort en voz baja, con un gran nudo en la garganta.

—Y tú, ¿cómo estás? —se interesó

Senent.

–Genial –mintió–. Tengo el caso en el bolsillo –volvió a mentir–. Unos días más y estoy ahí invitándote a fumar.

Tras despedirse del doctor pulsó el botón rojo y exhaló el aire que estaba conteniendo desde el principio de la llamada.

–¡Vamos! –apremió Silvia.

–Espera –advirtió Monfort cuando estuvo junto a ella–. Antes de hablar con la jueza quiero proponerte algo.

Silvia se detuvo. Aquello llevaría a algún lugar que no se esperaba.

–Adelante.

–Te cuento lo que me ha pasado en la

cabeza, si tú no le dices nada a la jueza del libro de la editorial de Alba Casas.

Todavía estaba enfadada y decepcionada por no haber caído en aquel detalle.

—¿Podría tratarse del vínculo entre los dos cadáveres?

—Sí.

—¿Solo lo sabemos nosotros dos? —preguntó Silvia con los ojos abiertos de par en par.

—Sí —finalizó Monfort.



Carmen creía que Pedro Casas los

llevaría a un lugar con clase, que el «combate de exhibición» –como él lo había llamado– sería en unas buenas instalaciones deportivas. Sin embargo, cuando la furgoneta se detuvo frente a una nave industrial desvencijada en un polígono en desuso, supo que salir de aquel agujero sería mucho más complicado de lo que había imaginado el día que hablaron con él en el gimnasio.

La comitiva estaba compuesta por Pedro Casas y el entrenador, que iban en la parte delantera de una furgoneta de ocho plazas. El entrenador condujo durante todo el viaje y apenas habló. Detrás, en la fila de asientos centrales,

el Churro ocupaba los tres asientos. Durante el viaje no paró de contar chistes verdes con su voz chillona. En la última fila, apretujados entre el material deportivo, viajaban Carmen y Luis, con un equipaje consistente en una parte de miedo y otra de nervios.

Dos hombres de edad imprecisa y aspecto dudoso salieron a recibirlos cuando la furgoneta se detuvo. Pedro Casas se fue con ellos a alguna parte de la vieja nave, intercambiando palmadas en la espalda y palabras que los demás no pudieron oír. El entrenador abrió el portón del maletero y descargó los bártulos de forma maquinal, como si estuviera

acostumbrado a hacerlo todos los días. A continuación mandó al Churro y a Luis, al que en todo momento llamaba Diamante Loco, a cambiarse de ropa y a practicar series de ejercicios de calentamiento. Hizo además de ordenarle algo a Carmen, pero se echó atrás en el último momento.

El viaje había sido largo y penoso. Buena parte del trayecto lo habían hecho por carreteras comarcales estrechas y serpenteantes. Carmen se había quedado dormida en el asiento trasero de la furgoneta. Tenía tanto sueño que no se despertó hasta que Luis le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano. Ya era de

noche y la única iluminación que había eran unas luces amarillentas que enfocaban la tosca puerta de la nave industrial. Luis estaba sudado por el ejercicio y una áspera toalla blanca rodeaba su cuello. Llevaba dos bocadillos que comieron en silencio y a solas dentro de la furgoneta. Al acabar, Luis la tomó de la mano para acompañarla al interior del almacén.

En el centro del local habían instalado un cuadrilátero hecho con cuerdas gruesas de color rojo, y en dos esquinas opuestas había sendos taburetes y cubos de agua con esponjas grandes en el suelo. El entrenador acercó una mesa y un par de sillas

hasta la puerta de entrada y dispuso unos talonarios de lo que parecían ser las entradas para el evento.

Llegó un vehículo del que se apearon cuatro hombres, dos de ellos ataviados con ropa deportiva, los otros dos eran gordos y tenían un aspecto desagradable. Clavaron sus ojos en el cuerpo de Carmen y uno de ellos masculló algo al otro que ella entendió perfectamente.

Luis le dijo a Carmen que estuviera tranquila, que todo iba a salir bien. Ella lo hubiera dado todo por beber un trago e irse lejos de allí, de aquel local infecto y de las miradas insanas de aquellos hombres. Pero no lo iba a

hacer. Debía mantenerse firme y no caer en la trampa.

El Churro, el Diamante Loco, sus rivales y los demás hombres, desaparecieron detrás de una lona que colgaba del techo a modo de vestuarios improvisados.

Carmen intentó pasar lo más desapercibida posible, aunque en aquel lugar era difícil. El entrenador la buscó con la mirada y cuando la vio le hizo una seña con la mano para que se acercara. Carmen obedeció. Le pidió que le ayudara a cobrar las entradas. Por un instante pensó que quizá hubiera sido mejor seguir borracha que estar allí.

Llegaron coches con muchos hombres, y muy pocas mujeres, que accedían a la nave después de pagar el importe de la entrada. El entrenador contaba el dinero, le hacía una seña con la cabeza a Carmen y ella les daba las entradas que arrancaba de un talonario. Pronto el local se llenó de público. El humo del tabaco cubrió la atmósfera con una capa densa y gris. El público hablaba a gritos, vociferaba y escupía palabras soeces. Carmen volvió a pensar en echar un trago. Le temblaban las manos. El entrenador le hizo una seña para que empezara a contar el dinero. La venta de entradas había finalizado. El local estaba lleno.

El entrenador entregó la bolsa con la recaudación a Pedro Casas y fue detrás de la lona que hacía de pared divisoria para encontrarse con sus púgiles. Casas apareció en escena y se subió en un cajón de madera para que los asistentes pudieran verlo y oírlo.

Luis y un joven que le pasaba un palmo de altura saltaron al ring. Vestían calzones que les llegaban por encima de las rodillas; rojo el de Luis, blanco el del otro. Sus puños, enfundados en los guantes reglamentarios, lanzaban golpes al aire a modo de calentamiento. Sentada en la silla junto a la puerta de entrada, con

el público delante, Carmen estaba aterrada.

Pedro Casas, subido en el cajón, pidió silencio al público. Poco a poco disminuyó el clamor. El corazón de Carmen estaba encogido, arrugado como una pasa. Sentía el recuerdo del sabor metálico del alcohol, el del primer trago de la mañana tras despertarse, el sabor de la desolación.

—A mi derecha —anunció a gritos Pedro Casas—, Cosme, la gran promesa del boxeo granadino.

El público arrancó en un torrente de aplausos, como si aquel tal Cosme fuera hijo o hermano de cada uno de los allí presentes. El boxeador daba

saltos en mitad del ring, con los brazos en alto para mostrar su inequívoca confianza en la victoria. Uno de los hombres que habían llegado antes de la pelea se preparaba para hacer las funciones de árbitro. Tras la presentación, indicó al púgil que ocupara su rincón.

—Y a mi izquierda... —continuó Casas, dejando las palabras colgadas en un suspiro para imprimir tensión al momento—, a mi izquierda tenemos a un debutante, a una promesa que dará mucho que hablar en el mundo del boxeo. Les presento a... El Diamante Loco.

Carmen sintió un profundo vahído,

una desazón que le provocó mareo y náuseas. Los aplausos fueron débiles y escasos, tristes, cargados de pocas esperanzas. Luis, el Diamante Loco, se situó en mitad del cuadrilátero. Levantó un brazo con poca convicción visto el nulo apoyo del público, que sin duda apostaba por el joven local.

El árbitro llamó a ambos púgiles para que se situaran junto a él en el centro del ring, debajo de un haz de luz eléctrica. Les dijo cuatro cosas, directrices que nadie alcanzó oír a causa del griterío que llenaba de miedo y estupor el corazón de Carmen.

–¡Que gane el mejor! –gritó Pedro Casas–. ¡Lucha limpia y deportividad!

A continuación añadió:

–Ya pueden hacer sus apuestas.

Un hombre hizo sonar una campana desde uno de los rincones, el público rugió envalentonado y dio comienzo el combate.

La reunión con Elvira Figueroa duró lo que duraron tres cafés en la ruidosa cafetería de los juzgados. Silvia Redó resumió el encuentro con un fruncido de labios y un encogimiento de hombros.

A la jueza le parecía increíble que todavía no se conociera la identidad del segundo cadáver y los instó a darse prisa para no caer en el consabido ridículo profesional. Los de la prensa no

tardarían en publicar la fotografía prometida, eso les podría ayudar. De pasada hablaron de los falsos viajes a China de Pedro Casas. No acababa de entender por qué el empresario asesinado se había inventado aquella historia. «¿Para qué iba a mentir sobre eso?», preguntó hasta en tres ocasiones. Silvia apuntó la posibilidad de que Pedro Casas tuviera una relación extramatrimonial.

Tras la exposición de Silvia, la jueza miró sin remilgos su reloj de pulsera y se levantó pidiendo disculpas. Monfort prefirió mantenerse en silencio. Era lo mejor, la jueza no los escuchaba.

Continuaron sentados mientras Elvira

Figuerola, ya en pie, ordenaba distraídamente el interior de su bolso. Antes de irse preguntó:

—¿Qué le ha pasado en la cabeza, inspector? —Hizo un gesto que le arrugó su cuidado cutis y, sin esperar respuesta, se fue.

Finalmente, Monfort le contó a Silvia el incidente de la noche anterior con toda suerte de detalles, pero a medida que iba avanzando le parecía inverosímil incluso a él.

—¿Estás seguro de que fue el amigo de Alba Casas?

Monfort se encogió de hombros.

–¿Y luego salió corriendo sin más?

Esta vez Monfort levantó las cejas.

–¿Y ahora vas a ir a por él?

Exhaló un largo suspiro a modo de confirmación.

–¿Y si no se trata de la misma persona?

Monfort miró el último mejillón en escabeche que quedaba en el plato. Era realmente apetitoso. Su jarra de cerveza estaba vacía. Por el contrario, la de Silvia seguía casi llena. Monfort pensó que las jarras eran como las formas de ver la vida: medio llena o medio vacía. Su problema era que en demasiadas ocasiones la veía medio vacía, o vacía por completo.

Aquel local en el que habían decidido tomarse una pausa era un bar, pero podría tratarse de una tienda de embutidos y de estupendas conservas.

—¿Cómo descubres estos lugares? — preguntó Silvia, que había ensartado el último mejillón.

—Tengo un sexto sentido que me guía como por ensalmo —contestó e hizo un gesto para llamar la atención del camarero.

—¡Ah! —exclamó ella enarcando las cejas.

Monfort tomó la libreta de Silvia y buscó una hoja en blanco. El camarero llegó con una jarra de cerveza llena y retiró la vacía. Silvia hizo un gesto de

que no quería más cuando el camarero miró su bebida.

—Tenemos que empezar de nuevo y añadir lo que sabemos ahora. Sin despistarnos, sin caer en el error de seguir pistas falsas. Hay que eliminar lo que no es importante.

Ahora la que se había encogido de hombros era Silvia.

Sacó un bolígrafo y en el lado izquierdo de la hoja escribió «Pedro Casas» y luego lo subrayó. A la derecha, después de trazar una línea recta, escribió la palabra «Boxeador» y también la subrayó. Debajo de Pedro Casas escribió: «Leo, exmujer»; debajo escribió: «Alba, hija de Pedro y Leo»; y

debajo anotó: «Juana, hermana de Leo». A continuación trazó una línea curva que iba desde Pedro Casas hasta su cuñada, y en el lateral escribió: «¿Amantes?». Pasó al otro lado de la libreta, donde solo ponía «Boxeador». Debajo escribió: «Inmobiliaria». Y debajo: «Álex, el pescadero, y Judith, la panadera».

El camarero dejó sobre la mesa un plato con finas lonchas de jamón.

—¿Ves las motitas blancas que hay en el jamón? —preguntó Monfort, señalando con el dedo la serie de puntos blancos y brillantes que se veían en las lonchas.

—Sí —contestó ella, con el ceño fruncido.

–¿Sabes lo qué son?

–No, pero me lo vas a decir.

–Estos cristales garantizan que lo que ves en el plato es jamón ibérico de bellota. Indica una curación lenta. La perfección, en pocas palabras.

Silvia dobló una loncha y se la llevó a la boca.

–No la mastiques enseguida –le advirtió–. Presiónala con la lengua contra el paladar y deja que los aromas recorran tus papilas gustativas.

–¡Por favor, cuánta sabiduría! –exclamó, con el exquisito gusto del jamón aún en la boca.

Monfort volvió a escribir, ahora con letras más grandes y en mitad de la hoja,

entre el grupo de nombres escritos debajo de «Pedro Casas» y los escritos debajo de la palabra «Boxeador», el nombre de «Alba Casas»; como un punto de mira, como el centro de la investigación que ahora parecía empezar de nuevo. Hizo varios círculos con el bolígrafo alrededor del nombre de la hija de Pedro Casas.

—¡Ella es el vínculo! —exclamó—, el puñetero vínculo. Alba Casas conecta los dos crímenes. Es mucha casualidad que haya traducido y editado un libro que trata sobre la vida de un boxeador. Fue un boxeador el que mató a su padre. Y unos instantes después, una tercera persona lo asesinó a él. Esa tercera

persona es a quien debemos buscar, y en este momento todas las cábalas pasan por Alba Casas.

–Estoy de acuerdo –afirmó Silvia–. La teoría puede no ser válida de cara a la jueza, e incluso para Romerales, pero es lo que tenemos y nos agarraremos a ello, quizá saquemos algo.

–¡Bien! –Monfort apretó los puños y notó un fuerte tirón en los puntos de la cabeza.

–Pedro Casas tenía un negocio que había funcionado –prosiguió ella–. Decía que viajaba a China regularmente pero, tal como hemos descubierto, era mentira.

–Exacto.

–Se había separado de su esposa. Yo sigo opinando que por una relación sentimental con su cuñada, que además trabajaba en la empresa. No sabemos si su mujer lo sabía, aunque personalmente pienso que sí. Ella no nos ha explicado nada que tenga que ver con la verdadera causa de su separación.

Monfort asintió con la cabeza y siguió escuchando, Silvia había cogido el hilo y él sabía que era mejor no interrumpirla.

–Casas y su esposa tienen una hija. Alba Casas. Atractiva, joven e inteligente.

–¿Por ese orden? –podía habérselo ahorrado, pero no pudo contenerse. Se

calló inmediatamente tras la mirada de Silvia.

—Tiene una editorial en Barcelona en la que trabaja sola. Ella edita y traduce los libros. No debe de ser tan sencillo ganarse la vida con ello. Suena raro.

—Sigue —la animó Monfort.

—Fuiste a una librería en busca de los libros de su editorial y te llamó la atención la biografía de un boxeador llamado Jake La Motta, que Alba tradujo y publicó en su, llamémosle así, curioso sello editorial.

—Correcto. —Dio un trago largo a su cerveza.

—Pocos días después del asesinato de su padre, aparece un cadáver en un piso

del centro de Castellón. La víctima muere de un disparo en el corazón que, según el forense, provenía de un arma con silenciador.

—Lo del arma con silenciador fue idea mía —apuntó Monfort—. Un disparo normal con un arma de ese tipo no hubiera pasado desapercibido. Tanto si sucedió de noche, como durante el día, el disparo se hubiera oído perfectamente, los vecinos lo recordarían. Y nadie ha dicho nada al respecto.

—Y por la vestimenta del cadáver se te ocurre llamar al pescadero del Mercado Central.

—Y por los guantes manchados de

sangre que llevaba en uno de los bolsillos.

—¿Cómo se llama el pescadero?
Buscó su nombre escrito en la libreta.

—Álex —se anticipó Monfort—. Y como sabes se trata del novio de la joven que encontró el cadáver de Pedro Casas. El piso de la calle Pescadores está muy cerca del mercado y Morata dijo que el hombre podía llevar muerto tres o cuatro días, pero no más, lo cual, haciendo cálculos, nos acercaba a la posibilidad de que pudieran haberlo asesinado el mismo día que mataron a Pedro Casas.

—Y, en efecto, los restos de sangre de los guantes son de Pedro Casas.

—No lo dudé ni un instante, la verdad

–afirmó Monfort.

–El piso estaba completamente vacío –continuó Silvia–. Allí no vivía nadie, era como si lo hubieran alquilado con la única intención de perpetrar el crimen. El cadáver no llevaba documentación. Sus huellas dactilares no están registradas, tampoco coincide con las fotografías de sospechosos, por lo que se deduce que nunca ha sido detenido por la Policía. Para colmo, la inmobiliaria le alquiló el piso como si nada: sin papeles y sin preguntas.

–Pero con dinero –aseveró Monfort.

–Como para hacerle un monumento a las dos mujeres de la inmobiliaria... Se

les caerá el pelo. Tendrán que cerrar el negocio.

—¡Bah! —exclamó Monfort—. En cuatro días se montan otra cosa y listos.

—Tenemos claro que el tipo de la calle Pescadores es el asesino de Pedro Casas —asintió Silvia—. Y que podría tratarse de un boxeador.

—Exacto. Y ahora piensa en lo del vínculo que te comentaba.

Silvia dio cuenta de otra loncha de jamón y bebió un trago de cerveza.

—Debe de estar caliente —observó Monfort, que se quedó mirando el vaso cuando ella terminó de beber.

Silvia no oyó el comentario. Cogió el bolígrafo que estaba sobre la libreta y

debajo de donde él había puesto «Alba Casas», escribió: «El libro del boxeador Jake La Motta».

–Tienes buena letra –observó. Ella, igual que antes, no le prestó atención.

Los mejillones en escabeche y el jamón saciaron su apetito. Regresaron a la comisaría. Romerales no estaba. Según les informó un agente uniformado, tenía una reunión con no se sabía qué organismo de la ciudad. Monfort extrajo dos cafés de la máquina. Le tendió uno a Silvia y ella arrugó la frente al primer sorbo.

–Una *delicatessen* –puntualizó Monfort.

–Ni que lo jures –afirmó ella.

Los agentes Terreros y García tenían montado un importante dispositivo en una de las salas de la comisaría. El ambiente era tenso y el aire estaba viciado. Sentados a una larga mesa, al menos siete u ocho agentes trabajaban en los dos casos en busca de una pista fiable a la que agarrarse.

Monfort sentía no compartir con ellos lo que sabía. Pero ya había vivido aquella situación en otras ocasiones y se olvidaba pronto de que no era estrictamente correcta. Llamó a Terreros y a García al pasillo y los invitó a café. No estaba muy bueno, pero era mejor que salir a la calle e interrumpir su trabajo. Silvia se incorporó a la

conversación y los cuatro hablaron sobre las cuestiones que no estaban siendo solucionadas con la celeridad que necesitaban. Monfort les dio las gracias por descubrir que Pedro Casas no había estado nunca en China y los apremió a averiguar la razón de que Casas mintiera sobre aquello.

—Es vital saber qué demonios hacía Casas cuando decía que se marchaba a China durante quince o veinte días. Según los testigos, es el tiempo que se ausentaba cuando se iba.

Terreros y García asintieron a la vez con la cabeza. Silvia puso los ojos en blanco. Ella sostenía la teoría de que el tiempo lo pasaba con su amante, pero

Monfort no estaba muy seguro y ella lo sabía.

–Si me perdonáis –dijo Silvia–, voy a enviar la fotografía de la segunda víctima a los periódicos, tal como ha ordenado la jueza.

Terreros frunció el ceño.

–¿Para ver si alguien lo conoce? –preguntó el agente.

–Sí, eso ha dicho –contestó Silvia.

–Pues se va a liar –intercedió ahora el agente García–. Empezarán a llamar chalados a todas horas para decirnos que lo han visto aquí o allá.

–Exacto –terció Monfort–. Pero es lo que quiere su señoría. Y a nosotros no nos queda otra que acatar y punto.

Silvia levantó las manos en señal de paz y desapareció por el pasillo hacia su despacho para enviar la fotografía.

Monfort estrechó las manos de Terreros y García a modo de despedida. Antes les hizo una advertencia.

—Ni una palabra a nadie sobre el tema de que el tipo pudiera ser boxeador. En la foto que publicarán se ve perfectamente su nariz aplastada, dejemos que la gente opine lo que quiera, a ver qué pasa.

—A la orden, jefe. —Los dos agentes volvieron a la vorágine de llamadas de teléfono, pizarras con anotaciones, ordenadores en plena marcha y paneles

con las fotografías de las víctimas y los posibles sospechosos.

Monfort se fue de prisa hacia el despacho de Silvia. Cuando llegó, asomó la cabeza por el marco de la puerta. Ella estaba tecleando a toda velocidad en su ordenador portátil.

—¿No la habrás enviado ya? —preguntó.

—Estoy escribiendo un mensaje, adjunto la foto y la envío a los medios.

—Ni una palabra sobre boxeo.

—¿Cómo?

—Ni una palabra sobre boxeo, ya me has oído.

—Lo que tú digas. —Silvia pulsó la

tecla de retroceso para borrar lo que ya tenía escrito.

—Solo nos falta que se trate de un boxeador famoso. ¿Te imaginas?

Dejó a Silvia en su despacho. Salió a la calle y encendió un cigarrillo. El viento se llevaba la ceniza antes de que esta se formara en la punta del pitillo. ¿Cuántos días iba a durar aquella ventolera? Pensó que quizá tendría tiempo de acercarse a la residencia de ancianos sin que los demás le echaran de menos. Recordó las palabras del doctor Senent. Las tenía grabadas en algún lugar de su cerebro. Esperaba

poder satisfacer pronto el deseo de su madre y borrar esas palabras de su mente.

Era policía. A diario bregaba con problemas graves: muertes, malos tratos, secuestros, violaciones... Ahora tenía que agradecerle a una viejecita algo que no sabía qué era. Si no sabía qué tenía que agradecer, ¿cómo iba a hacerlo? Si Encarna Querol hubiera gozado de buena salud, le hubiera dado las gracias de parte de Yolanda Tena y se acabó. Pero Encarna Querol no escuchaba, su mundo se perdía entre aquella fuente del patio de la residencia y la palmera que había detrás. Encarna Querol había cruzado la frontera. No necesitaba que

nadie le diera las gracias por nada. Fuera lo que fuese que hiciera por su madre, habían transcurrido muchos años ya como para guardarle rencor. Lo más fácil hubiera sido ir a verla, darle las gracias y salir de allí para no regresar.

Pero él no era así. Y ya puestos, no le quedaba más remedio que cumplir la voluntad de su madre enferma. Y cómo no, también quería descubrir qué demonios habían hecho aquellas dos ancianas para deberse algo durante tantos y tantos años.

Pensaba descubrirlo, faltaría más, aunque se tratara de una soberana tontería entre jovencitas de pueblo.

El Diamante Loco derribó a su adversario al final del segundo asalto, justo en el momento que la campana estaba a punto de sonar.

El público asistente había apostado su dinero por el granadino, pero un tremendo croché hizo que el boxeador perdiera el equilibrio y cayera sin ser capaz de volver a ponerse en pie tras la cuenta.

Carmen, que no respiró hasta que el árbitro levantó el brazo de Luis para confirmar su primer KO, saboreó el placer de la victoria como si ella

misma hubiese estado en mitad del ring dando puñetazos.

Se llevaron al adversario. Estaba aturdido. Nada grave, según las palabras de su entrenador, pero el coche desapareció de allí a toda velocidad envuelto en una nube de polvo. El Diamante Loco se quedó inmóvil mirándolo y el entrenador le dio una palmada en la espalda para sacarlo de su preocupación.

En el segundo combate de la noche, el Churro también acabó pronto con su contrincante. El Churro golpeó duramente, lo arrinconó contra las cuerdas, sus ojos golpearon tan fuerte como sus puños y el contrincante no

fue otra cosa que un manojito de nervios y de terror. En el tercer asalto, su rival, asustado por lo que había visto en el combate anterior y viendo cómo se estaba desarrollando el suyo, decidió abandonar el ring. Su entrenador, después de discutir con él en el rincón, habló con el árbitro para detener el combate y darlo por perdido.

El público desalojó la vieja nave industrial a regañadientes. Habían perdido el dinero apostado. Pedro Casas contaba los billetes abstraído de todo lo demás. Parecía estar muy lejos de allí. A solas con su dinero, con su victoria personal.

Cuando se quedaron solos, Pedro

Casas contó sonoramente las trescientas mil pesetas prometidas al Diamante Loco y depositó en la mano temblorosa de Carmen aquellos billetes arrugados que olían a sudor y a golpes en el hígado. A continuación introdujo un grueso fajo de billetes en un maletín que no dejaba a solas en ningún momento.

Más tarde destapó una botella de whisky y repartió vasos de plástico. A Carmen se le erizó hasta el último pelo de su cuerpo. Sintió un vahído en el estómago y un sabor acre ascendió hasta su garganta. Supo a la perfección de qué se trataba. Luis le pasó el brazo por la cintura con la intención de

llevarla fuera. Pedro Casas lo llamó. Quería celebrarlo con su nueva adquisición. El novato tenía maneras. El nuevo pegaba fuerte. Era su apuesta. Lo supo desde el día en que le partió la nariz al Churro en el gimnasio. Luis se volvió un instante, pero continuó caminando hacia fuera con ella. El olor del whisky llegó hasta las receptivas fosas nasales de Carmen, que, en aquel momento, hubiera dado su vida por un trago.

Pedro Casas, el Churro y el entrenador acabaron con el whisky. Carmen y Luis aguardaban en la furgoneta. Desde allí se oyó un ruido de cristales rotos cuando la botella se

estrelló, vacía, contra la pared del viejo local.

Subieron a la furgoneta y circularon durante un largo rato por caminos sin asfaltar hasta llegar a una carretera nacional. Carmen y Luis soportaron estoicamente las risotadas y los chistes baratos. A Carmen, sus alientos a alcohol le producían arcadas que sofocaba escondiendo la cabeza en el cuerpo de Luis.

Casas hizo un gesto para que se detuvieran cuando avistó un bar de carretera cuya iluminación colorida no dejaba lugar a dudas. Pedro Casas y el Churro se apearon y entraron

tambaleándose en el local entrelazados por los hombros.

El entrenador tendió una manta a Carmen. Apagó las luces de la furgoneta y se acomodó en la fila de asientos delanteros para dar una cabezada. Les aconsejó que descansaran.

Al día siguiente tenían un nuevo combate en la provincia de Badajoz y la noche se antojaba larga y complicada.

La directora de la residencia no se encontraba en su despacho. Una secretaria vestida con uniforme de enfermera le dijo que había salido y que, probablemente, no regresaría hasta el día siguiente. Desde un ventanal observó el gran salón que daba al jardín donde estaban la fuente y la palmera que Encarna Querol contemplaba cuando la conoció. Ella no estaba allí, tampoco

vio a la enfermera que la acompañaba. Algunos residentes jugaban al dominó o a las cartas, otros miraban absortos en el televisor una serie española ambientada en el Madrid de principios del siglo XX. Algunos paseaban por el perímetro del salón con andadores como si tuvieran que volver a aprender a caminar cuando en realidad intentaban no olvidarlo. ¿Qué se debe sentir?, pensó Monfort. Prefirió no pensarlo.

Volvió al aparcamiento de la residencia y saludó con un movimiento de cabeza al portero. Cuando ya abría la puerta de su coche, oyó una voz a su espalda.

—¡Hola!

El saludo vino de la enfermera que cuidaba de Encarna Querol. Era pequeña y menuda y vestida de calle parecía frágil. Lo primero que pensó es que con su constitución debía de costarle mover a los ancianos, seguro que la mayoría le doblaban el peso. Quizá era muy fuerte.

—Me alegro de verla de nuevo —dijo él.

—Igualmente. Entro a trabajar. Me toca pasar lo que queda de tarde y la noche entera.

—Debe de ser un trabajo duro. — Monfort volvió a pensar en lo de mover a los ancianos.

—Sí, pero no más que otros. Peor tiene

que ser bajar a la mina y estar todo el día picando piedra. Su trabajo tampoco parece muy sencillo –observó.

–Tiene razón –asintió Monfort sin saber qué añadir.

–Me llamo Trini. –Le tendió la mano.

–A mí todo el mundo me llama Monfort, o inspector Monfort, pero en realidad mi nombre es Bartolomé.

–Encantada otra vez.

–Lo mismo digo.

Una bocanada de viento frío sopló de repente y barrió las hojas de los enclenques arbolillos que delimitaban la zona de aparcamiento.

–Llevamos demasiados días con este viento –dijo ella.

–Siempre que vuelvo a esta ciudad hace mucho frío o mucho viento –repuso Monfort.

–Pues ahora parece que lo ha traído todo, el viento y el frío. – Rio de su propio comentario.

Monfort señaló con el dedo el porche de entrada a la residencia, allí estarían más resguardados.

–¿Tiene un momento? –preguntó.

Ella consultó su reloj de pulsera. Tenía el cabello muy negro y largo. Los ojos pequeños y vivarachos, la boca bonita y la nariz puntiaguda. Parecía una adolescente. Movía los brazos continuamente al hablar, pero su voz era relajante.

–Solo un momento, debo cambiarme y empezar el turno.

–Será solo un instante –convino él.

En el porche se estaba mejor. El portero entró en su pequeño habitáculo para resguardarse del viento.

–No sé si me está permitido hablar con usted sobre la señora Querol –puntualizó Trini–. La directora es muy celosa con la intimidad de los pacientes.

–No quiero nada especial. Solo saber si puede ayudarme con lo que le dije el otro día. Estoy seguro que lo oyó.

–Sí, claro, lo oí, estaba allí al lado, mi trabajo consiste en no moverme de su lado.

–¿Trabaja usted para la residencia o

para la señora Querol?

—Es la residencia quien me paga.

—No me malinterprete —se excusó Monfort—. Es simplemente que me pareció peculiar su dedicación a la señora.

—Ya —dijo ella, dejando la respuesta en el aire.

La puerta de la entrada se cerró con el viento. Trini continuó hablando:

—Supongo que si le cuento algo no me pasará nada en el trabajo. Tal y como está la vida, nunca se sabe.

—No hablaré de esto con la directora —aseguró Monfort—. Si le sirve de algo, le diré que no haré nada que pueda perjudicarle. Se trata de una cuestión

familiar. No estoy aquí en calidad de policía, aunque no pase desapercibido. Al menos es lo que me dice todo el mundo.

Ella sonrió. Se la veía segura.

—Me paga la residencia. La nómina me la ingresan directamente en la cuenta del banco.

—Sí, pero me pareció que usted está solo con la señora Querol. A diferencia de sus compañeros, no tiene ningún otro paciente asignado, ¿verdad?

—Cierto.

—¿Por qué?

—Porque así lo manda la directora. No hay más. De verdad, si hubiera algo se lo diría.

–Pero le parece al menos curioso que sea así, ¿no?

–No hago preguntas. Hago lo que me mandan.

–Usted no es de Castellón –afirmó Monfort–. ¿De dónde es?

–Da igual de dónde sea. Vine hace dos años. Los mismos que llevo trabajando aquí.

Monfort guardó silencio un instante, era la mejor forma de dejarla hablar.

–Tuve que irme –bajó el tono de voz–. Mi marido me maltrataba, quería matarme. Tenía celos de todo. Yo trabajaba de enfermera en un hospital. Me seguía, me esperaba, me acorralaba

–añadió e hizo una pequeña pausa–. Era un infierno.

–Imagino –dijo Monfort.

–No, no se lo imagina, eso solo lo sabe quien lo sufre. Los demás hablan y hablan, por eso va todo como va. Por eso esta lacra no tiene remedio, porque todos se lo imaginan y nada más.

–Discúlpeme, tiene razón.

–Mi hermana solía venir de vacaciones a Benicàssim –continuó, bajando de nuevo la voz–. Siempre me hablaba de lo bien que se vive aquí, del clima... –Monfort arrugó un poco la frente al ver los remolinos que producía el viento en el aparcamiento– ... de la gente, de que había trabajo... Envié

solicitudes a escondidas. La vida en casa era horrible. La única bendición fue que no tuvimos hijos. ¡Qué mal me siento hablando así! —exclamó—. Un día recibí una carta. Por suerte abrí el buzón antes que él. Era de esta residencia. Me daban el trabajo, pero tenía que pasar una entrevista.

—¿Y cómo vino sin que se enterara su marido?

—Vine y se acabó. Tomé la decisión de escaparme de casa, venir y probar suerte. Si me daban el trabajo, perfecto, si no, ya saldría alguna cosa. Lo que fuera antes que enfrentarme de nuevo a sus palizas.

Bajó la vista. Sacó un pañuelo del

bolsillo y se sonó.

—¿No la ha buscado su marido? — preguntó Monfort, temiendo la respuesta.

—Sí, claro —dijo ella, y se recompuso—. Estuvo casi un año buscándome por todas partes, desquiciado, como un loco. Mi hermana me mantenía informada.

—Pero no fue a la Policía —apuntó Monfort.

—No —contestó ella escuetamente.

—A él no le convenía hacerlo.

—No le convenía —repitió ella—. Sus, digamos, aficiones, le hubieran acarreado más problemas que perderme a mí. No me quería, solo quería hacerme

daño, ridiculizarme, vejarme, pisotearme como a un juguete viejo.

—Es usted muy valiente, Trini. ¿Es su nombre de verdad?

—Ahora sí —concluyó ella, y lo miró directamente a los ojos.

Monfort iba a despedirse sin ni siquiera pedirle lo que quería. Le tendió una tarjeta de visita con su número de móvil.

—Si alguna vez me necesita, no deje de llamarme. Podría ayudarle en caso necesario.

—La señora Querol... —dijo ella cuando el inspector ya no esperaba más conversación—. Le he cogido mucho cariño.

Monfort aprovechó sus palabras para decir algo más.

—Me dijo que la señora Querol no tenía familia.

—Así es. Desgraciadamente no tiene a nadie.

—Pero vino alguien a verla. Una mujer.

—Sí, fue al principio de estar yo aquí, pero no volvió nunca más.

—En fin, gracias —dijo Monfort; luego, pensándolo mejor, añadió—: Mi madre también está muy enferma, quizá no consiga salir de esta. Lo que quería hablar con la señora Querol es algo que ella me ha pedido. Ni siquiera sé si es cierto. Si alguna vez le dice algo sobre

mi madre, o lo que mi madre debería agradecerle, llámeme, por favor.

—Lo haré, no lo dude. Pero no guarde muchas esperanzas, su salud es delicada. Y en cuanto a su madre, espero que se ponga bien.

—Gracias.

Monfort le tendió la mano para despedirse, pero ella se puso de puntillas y le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Sobre mi vida, confío en su discreción. —Empujó la puerta y entró en la residencia.

No eran más de las ocho de la tarde,

pero parecía medianoche. El viento seguía soplando con fuerza y un cielo de color púrpura teñía los edificios y el asfalto de las calles.

Volvió al Casino Antiguo de Castellón porque tenían una buena selección de whisky de malta. El camarero se lo sirvió en el vaso adecuado. Monfort se había sentado en un cómodo sillón junto a los grandes ventanales que daban a la Puerta del Sol, una suerte de confluencia entre algunas de las calles más representativas del centro de la ciudad. Pensaba en Alba Casas y en su padre. Algo empezaba a fraguarse en su cabeza. Nada concreto, una ilusión, quizá, una pequeña hipótesis que crecía despacio.

De algo tenía que servir no dejar de pensar.

El whisky le reconfortó: Edradour, diez años de sosegado reposo y lenta maduración en una destilería conocida por ser la más pequeña de Escocia. Puso el vaso al trasluz para poder observar con detalle el color dorado del licor. Tras un movimiento de muñeca, el líquido inició un movimiento giratorio, como un pequeño oleaje.

A un volumen casi inaudible sonaba la banda sonora de la película *Local Hero*. Aquella pieza del que fuera cantante y guitarrista de los Dire Straits, Mark Knopfler, le encantaba. Sonrió por la coincidencia entre el origen del

whisky que sostenía en la mano y el argumento de la película dirigida por el también escocés Bill Forsyth. Recordó haberla visto en versión original, en los cines Verdi del barrio barcelonés de Gracia.

Con la música de fondo, Monfort intentó, una vez más, ordenar lo que danzaba a su antojo en el cerebro. Los sospechosos, las víctimas, las pistas fallidas, los pasos mal dados, sus propios compañeros, el jefe, o mejor dicho, los jefes, todo aquello de *extralimitarse*, Encarna Querol, su madre y su enfermedad, su padre, y el amigo Senent.

Como si se tratara de un pensamiento

gracioso, creyó que la solución podía pasar por comprarse dos agendas: una para los casos policiales y otra para los asuntos personales.

Apuró el whisky. Sabía a turba, a brezo en flor, a musgo, a resina, al calor del hogar, a violetas, a Violeta. ¡Cuánto la echaba de menos cuando no sabía hacía dónde debía dirigirse!

Apoyado en la barra del bar, esperando que le trajeran el cambio que el camarero depositaba ya en un platillo junto a la caja registradora, sintió la vibración de su teléfono. Miró la pantalla. Silvia Redó.

–Hola, Silvia, dime, ¿qué tal?

Monfort oyó el sonido característico

del teléfono en la función de manos libres, y de fondo el sonido del motor del vehículo.

—Me dirijo a casa de Juana.

Él guardó silencio. Sabía que ella quería decir algo más.

—Alba Casas ha desaparecido — anunció.

—¿Cómo que ha desaparecido? — Recogió el cambio, agradeció con un gesto de cabeza y salió a la calle.

—Su madre y su tía no saben nada de ella. No contesta a las llamadas. Dicen que no es normal, que se lo ha dejado todo en casa y que si se hubiera querido ir les hubiese dicho algo. No paran de

llorar y apenas las entiendo cuando me hablan por teléfono.

Monfort ya sabía dónde tenía que ir. Silvia continuó:

—Voy a casa de su tía, allí están las dos, luego haré que su madre me acompañe a su casa. Quiero comprobar por mí misma si se ha llevado algo de allí. En fin, están histéricas, imagínate.

A Monfort no le costó imaginárselas.

—Infórmame cuando lo creas conveniente. —Hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Que no se alteren más de la cuenta, Alba Casas ya no es una niña.

—Ya —repuso Silvia—. La tía

superprotectora y la madre superdeprimida.

–Pues eso –concluyó Monfort.

–Oye, en otro orden de cosas, ¿sabes qué quiere de mí Romerales?

–No –mintió Monfort–. ¿Por qué lo dices?

–No lo sé, me ha dicho que quiere comentarme algo.

–Querrá subirte el sueldo. –Quiso quitar hierro al asunto antes de colgar.

A continuación marcó un número de la agenda de su teléfono y esperó.

–Hola, soy Monfort –dijo cuando respondieron.

–¡Hombre!, ¿qué tal? Desde que te

han desterrado a las provincias de España no sabemos nada de ti.

—Y lo contento que estás de no verme el pelo.

Monfort hablaba con el subinspector Solano, de la Jefatura de Policía de Via Laietana, en Barcelona. Era uno de sus colaboradores más fieles cuando estaba en la ciudad condal. Solano era aragonés «de pura cepa», como a él le gustaba decir. Había nacido en la población zaragozana de Belchite, conocida por ser uno de los escenarios más castigados de la guerra civil española. Después de muchos años viviendo en Barcelona, Solano conservaba un marcado acento aragonés

que cultivaba con orgullo. Lucía un bigote poblado que perfilaba con sumo cuidado para que se pareciera al de José Antonio Labordeta, a quien veneraba como el padre de su patria chica, aunque nunca había comulgado políticamente con el ilustre aragonés.

—Ahora trabajo a las órdenes del comisario principal.

—¿Vinyals? —preguntó Monfort y se arrepintió al instante.

—Todavía no se ha muerto, si es lo que quieres saber. ¿Quieres que le dé recuerdos?

—Vinyals cree que me «extralimito» en el trabajo —dijo Monfort y comprobó

que su lengua iba más deprisa que su cerebro.

—¿Extra qué? —preguntó el aragonés exagerando su peculiar acento.

—Nada, olvídalo. —Esperaba que con aquello fuera suficiente, y fue al grano—. Me tienes que hacer un favor.

—¿Gratis? —El sarcasmo de Solano no tenía fin.

—Quiero que vayas a una dirección y que averigües algunas cosas.

—¿Sin que se entere Vinyals?

—Lo vas pillando —celebró Monfort.

—Te costará caro.

—¿Cómo de caro?

—Conozco un restaurante en el barrio

de Les Corts en el que hacen un ternasco al horno para chuparse los dedos.

Monfort creyó oler el magnífico aroma del jugoso cordero lechal que los aragoneses preparaban como verdaderos maestros.

—Hecho —aceptó—. La próxima vez que vaya a Barcelona, te invito.

—Así me gusta, que seas cumplido.

—Ya.

—Y dime, ¿qué quieres que haga?

De repente el timbre de voz del subinspector cambió por completo. Escuchó atentamente lo que Monfort le tenía que contar.

—Quiero que vayas a la calle Tallers.

—No se pongan nerviosas, por favor. Si me hablan las dos a la vez no nos vamos a entender y lo único que haremos será ponernos histéricas.

Leo lloraba desconsolada a la vez que se sonaba con un pañuelo de papel arrugado. Caminaba de una parte del salón a la otra como una fiera enjaulada. Su hermana, Juana, se mantenía más serena.

—¿Nos sentamos? —preguntó Silvia para ver si se calmaban. Juana y ella tomaron asiento en el sofá, pero Leo seguía con su paseo y los sollozos.

—A mi sobrina le ha pasado algo,

seguro –repuso Juana, y Leo exhaló un suspiro seguido de un profundo quejido.

–Quizá no ha creído conveniente informarles de adónde iba –dijo Silvia–.

¿Desde cuándo la echan en falta?

–Desde hace dos días –logró decir Leo.

–Dos días es poco tiempo –dijo Silvia–. ¿Han llamado a sus conocidos?

–A todo el mundo –contestó Juana.

–¿Algún amigo especial?

–¿Quiere decir un novio?

–Sí.

–Alba no tenía novio, al menos que nosotras supiéramos. Pero si lo hubiera tenido no sería de aquí, sería de Barcelona.

—A ella no le gustaban los chicos de por aquí. —Leo había recuperado la compostura—. Decía que eran unos pueblerinos. Unos tontorrones que se empeñaban en quedarse a vivir con sus familias. También solía decir que aquí no hay futuro para la gente como ella.

Silvia se guardó la opinión que tenía de aquello.

—¿Cómo es la gente como ella?

—¡Libre! —exclamó Juana.

—¡Tú tienes mucha culpa de que la niña sea como es! —le reprochó Leo a su hermana.

—¿Yo? —gritó Juana indignada—. Yo lo único que hago es animarla a que viva

su vida, pero tú te empeñas en cortarle las alas.

Las dos hermanas se enzarzaron en una discusión cargada de reproches, de las cosas que no se habían dicho a la cara desde hacía mucho tiempo y que ahora, de repente, desembocaban como un río en una cascada. Leo parecía una mujer débil e insegura, pero ahora que su hermana la atacaba se defendía bien. Sacaba las uñas, esquivaba las frases hirientes y no se mordía la lengua.

—¡Le has llenado siempre la cabeza de pájaros! ¡Lo mismo que hizo su padre mientras la tuvo cerca! —gritó Leo.

Aquello era dinamita, Silvia sabía

que podría durar eternamente y decidió zanzarlo de inmediato.

—¡Se acabó! —gritó y se puso de pie—. Usted se queda aquí. — Señaló con el dedo a Juana—. Y usted se viene conmigo. Vamos a su casa, quiero ver dónde vivía Alba antes de irse a Barcelona.

Las dos mujeres intentaron protestar.

—¡Silencio! —volvió a gritar—. ¿Quieren que encontremos a Alba o no?

Las dos callaron por fin y bajaron la cabeza.

—Pues vamos, acompáñeme — concluyó, y agarró a Leo por el brazo.

Cuando llegó a Vila-real caía una lluvia fina que más que mojar molestaba. Los viandantes, sin paraguas, se apresuraban en busca de un cobijo bajo los balcones. El viento arremolinaba la lluvia y conseguía que pareciera una tromba cuando en realidad llovía poco. Solo conocía aquella ciudad por su emergente equipo de fútbol y por la vez en que siguió a Alba Casas, pero enseguida encontró la avenida Francisco Tárrega. La siguió con atención para no pasar de largo aquel teatro que hacía esquina y por donde dobló a la izquierda en aquella ocasión. Después de pasar el teatro,

volvió a girar a la primera a la derecha y seguidamente de nuevo a la izquierda. Se detuvo cerca de donde lo hizo días atrás, evitando la frutería.

Permaneció dentro del coche observando por el retrovisor la puerta del inmueble. Conectó la radio y buscó una emisora que le gustara. Recorrió el dial de principio a fin y vuelta a empezar, pero no halló nada que mereciera la pena. Decidió salir y acercarse a la puerta. Estaba cerrada, como entonces. La calle estaba desierta y seguía lloviendo. Miró las ventanas iluminadas y pensó en cenas y sofás y en programas de televisión aburridos con los que quedarse adormilado. Se refugió

en un portal cercano que tenía un saliente lo suficientemente amplio como para que la lluvia no mojara sus zapatos. Un día más había elegido mal el par de calcetines: demasiado finos para una noche fría y húmeda. Encendió un cigarrillo. La frutería estaba cerrada, cerca había una cafetería, pero no pudo ver la clientela de su interior. Pensó en Silvia y en lo que estaría hablando con la madre y la tía de Alba Casas. Quería creer que la desaparición de Alba no era nada de lo que debieran preocuparse. Por otro lado, las cosas siempre podían ir a peor. Si habían matado a su padre, también la podían haber secuestrado a

ella. Meneó la cabeza para intentar eliminar aquel funesto pensamiento.

Aplastó la colilla en la acera con la punta del zapato y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. En el momento en que emprendía el paso hacia el coche, vio encenderse la luz de la escalera del inmueble que vigilaba. Se abrió la puerta. A veces la suerte no pasa de largo, y esta era una de esas ocasiones. El amigo de Alba Casas, alto, fuerte y de espalda ancha, salía del portal. El sujeto caminó deprisa hasta la esquina de la calle. Introdujo la llave en la cerradura de un Seat Ibiza de color blanco bastante viejo. Lo puso en marcha. Monfort corrió para entrar en su

coche sin ser visto. Al momento, el Seat pasó junto a él con el intermitente indicando un giro a la derecha. Lo siguió a una distancia prudencial. El Volvo era demasiado grande para no ser visto en aquellas calles casi desiertas. Las tripas le recordaron que no había cenado. El whisky era un mal sustituto.

Sorteando el laberíntico entramado de calles del centro de Vila-real, el amigo de Alba Casas salió pronto de la población y se incorporó a la vía que llevaba hasta Castellón. Monfort dejó que algún coche se situara entre ellos y se dejó llevar por el color del coche. El blanco era fácil de distinguir de lejos. Entraron en la ciudad y, cuando quiso

darse cuenta, se encontró pasando de nuevo por delante del bar de la calle Temprado en el que le dieron el botellazo y donde vio por primera vez al amigo de Alba. Como en un acto reflejo, sintió una punzada en los puntos de sutura. No recordaba si le habían dicho cuándo tenían que quitárselos o si se caerían por sí solos. Esperaba que no le volvieran a abrir la cabeza. El tipo tuvo suerte y encontró un aparcamiento libre en la misma calle. Monfort frenó para no detenerse demasiado cerca mientras aparcaba. Una vez que comenzó a realizar la maniobra, pasó deprisa. Estacionó el Volvo con dos de las ruedas encima de la acera y colocó la

placa policial en la luna delantera. Se bajó de prisa y llegó a la puerta del bar antes que él. Como en las otras ocasiones, había corrillos de gente fumando a la puerta del bar. *Sweet Home Alabama*, de los Lynyrd Skynyrd, sonaba a todo volumen. Siem-Lynyrd Skynyrd, sonaba a todo volumen. Siem-Skynyrd, sonaba a todo volumen. Siempre le había parecido curioso que el nombre de aquel grupo no contuviera ni una sola vocal. Pero aquello no era ni Alabama ni un dulce hogar, y el cielo estaba cubierto de nubes. El amigo de Alba Casas hablaba por teléfono en el interior del Seat. Monfort esperó paciente en la puerta del bar escuchando

la música. Sonaba realmente bien. En aquel bar se habían gastado un buen pico en el equipo de sonido. Desde fuera oyó a un grupo de jóvenes que bebían chupitos de un solo trago. «Un, dos, tres... y adentro», cantaron a coro.

Se hartó de esperar a que finalizara la llamada de teléfono. Algo en su interior saltó, sabía que no era lo mejor hacer caso a aquel tipo de sensaciones, pero no lo podía remediar. Aquello era lo de *extralimitarse*, estaba seguro.

Se acercó a grandes zancadas hasta el coche blanco y, sin que el amigo de Alba se percatara, abrió la puerta del acompañante y se metió dentro del

coche. Agarró el móvil que tenía pegado a la oreja y lo lanzó al asiento de atrás.

—Ni se te ocurra moverte —le ordenó—. Pon las manos encima del volante, donde yo las pueda ver. Si haces un mal gesto te arrepentirás.

Los dos hombres eran tan altos que sus cabezas rozaban el techo del interior del vehículo. Monfort creyó que tocaría con los puntos de sutura la tela sucia. Aquello le recordó lo que estaba haciendo allí, pero primero lanzó la pregunta. El amigo de Alba estaba lívido. Clavó la mirada en la luna delantera del coche como si hubiera algo allí delante. Le temblaba la barbilla. Podía ser de miedo, pero

también el efecto de algún estupefaciente.

—¿Dónde está Alba Casas?

—¿Qué dice?

—¿Te lo tengo que repetir?

—¿Qué coño pasa?

Monfort se volvió hacia el asiento trasero, alcanzó el móvil, un modelo caro de pantalla grande. Se lo tendió.

—Llámala.

—¡Está loco!

—¡Qué la llames te he dicho! —gritó, hundiéndole el móvil en las costillas. El otro dejó escapar un quejido y se retorció, pero sin apartar las manos del volante.

Cogió el móvil y buscó la agenda.

Pulsó la letra A y seleccionó el nombre de Alba Casas. Llamó.

—Acciona el altavoz —le ordenó Monfort.

Los tonos de llamada se agotaron. El tipo miró temeroso esperando la reacción del poli.

—Envíale un mensaje.

—¿Un mensaje?

—Sí, un mensaje, un mensaje. ¿Eres tonto o qué?

—¿Qué le digo?

—¿Que te llame enseguida?

El joven tecleó, pero le temblaban las manos y los dedos no acertaban con las letras adecuadas. No paraba de escribir mal y borrar y vuelta a escribir.

–No eres muy listo –apreció Monfort.

En el mensaje se leía: «Soi Han llamna enserguida».

–¿Han? –preguntó Monfort esbozando una mueca–. ¿Cómo Han Solo, el de *La guerra de las galaxias*?

–Es Juan, pero mis amigos me llaman...

–Ya, ya, no hace falta que me lo expliques. –Le hizo una seña con la mano para que se callara.

–¿Por qué me hiciste esto? –Le mostró la herida en la cabeza.

–¡Yo no le hice nada!

–Ya.

Sacó unas esposas del bolsillo de su

abrigo. El joven abrió los ojos como si hubiera visto al mismísimo diablo.

Cerró una de las anillas entorno a su muñeca derecha, pasó la otra por el hueco del volante y a continuación la cerró en su muñeca izquierda. Accionó la palanca que había debajo del asiento para deslizarlo hacia atrás y estiró las piernas en el pequeño habitáculo. Abrió la guantera. Dentro estaba la documentación del vehículo y unos cuantos CD de rock duro, sobre todo de Motörhead.

—Pues nos vamos a quedar aquí a esperar que pasen dos cosas: que Alba responda a tu mensaje y que me digas por qué me pegaste un botellazo que casi

me mata. Yo no tengo ninguna prisa. Trabajo de noche. ¿No es eso lo que me preguntaste la otra vez?

Han miraba la pantalla del móvil con la esperanza de que Alba devolviera el mensaje.

Monfort bajó la ventanilla un palmo y encendió un cigarrillo.

—¿Fumas? —le preguntó.

—No —contestó el joven—. Deje que me marche, yo no he hecho nada.

—Sí, sí has hecho. Me abriste la cabeza como si fuera un melón y han tenido que cosérmela con hilo y aguja. ¿Quieres probar la misma medicina?

El joven negó con la cabeza.

—Admite que fuiste tú y cuéntame la

razón.

—Yo no he hecho nada.

—Pues tranquilo, estaremos aquí sentados un rato más. A ver si tenemos un poco de suerte y pasan por aquí tus amigotes del bar y te ven esposado al volante de tu propio coche, que es poco más o menos como si te vieran con los calzoncillos bajados. ¿O prefieres que vaya yo al bar y les diga que vengan a verte?

—¡Está loco!

—Ya me lo decían en la academia, no me afecta, estoy acostumbrado, soy un poli extraño, y sí, quizá esté loco, pero tú has metido la pata hasta el fondo y lo vas a pagar. Por cierto, tu amiga no

llama ni contesta al mensaje. Dime, ¿dónde está?

—No lo sé, no lo sé, de verdad que no lo sé. —Han imploraba y se daba cabezazos contra el volante. Monfort miró la hora.

—No llevamos aquí ni diez minutos y ya estás así. No sé qué va a ser de ti toda la noche esperando a que me digas algo.

—¡Yo no he hecho nada! —ahora gritó con rabia y escupió al hacerlo.

—Mira, Han Solo, lo vamos a hacer de otra manera. Voy a llamar a unos agentes para que vengán a buscarte. Ellos te llevarán hasta la vieja comisaría de la ronda de la Magdalena, esa que se

parece más a un orfanato que a un edificio de la Policía. Dicen que le queda poco tiempo, en dos o tres años la cerrarán y abrirán una nueva. ¿Has estado allí alguna vez? —El joven negó con la cabeza deprisa, visiblemente asustado—. Te acompañarán a un cuartucho de interrogatorios en el que te harán preguntas hasta que el cerebro se te deshaga y no tengas más remedio que reconocer que me abriste el coco. Luego continuarán hasta que confieses dónde está Alba Casas.

—¡No, por favor! —Parecía un adolescente aterrado.

—Pues adelante, habla, soy todo oídos.

—Ella me dijo que ustedes creían que

era sospechosa de la muerte de su propio padre.

–Sigue.

–Principalmente hablaba de usted. Todo el tiempo. Dijo que usted había investigado sobre su trabajo, sobre su vida, y que la tenía en el punto de mira. Ella es una tía muy valiente –dijo cambiando el tono de voz–, diferente a todas las demás.

–Te gusta –afirmó Monfort.

El joven cabeceó afirmativamente.

–Y a quién no –contestó Han.

–Es guapa –corroboró–. Y muy inteligente.

–Sí.

–Te gusta –repitió Monfort. No estaba

preguntando.

–Sí, ya se lo he dicho. –Estaba avergonzado.

–Pero ella no deja que le pongas un dedo encima. Ese es el problema, ¿verdad?

–Somos amigos. Es suficiente. –Trató de ser firme, pero se veía que claramente estaba mintiendo.

–Ya –dijo Monfort pasados unos segundos interminables–. Lo que te gustaría es tenerla para ti, solo para ti, y ella no está por la labor, te mira como a un colega. No siente ninguna atracción por ti, nada de nada. Y vuelves solo a casa como una moto cada vez que estás con ella.

El joven agarró con fuerza el volante con las dos manos. Parecía que lo iba a estrujar. Las esposas relucían y quedaban a la vista para quien pasara por la acera.

–Estoy colgado por ella –admitió por fin con un hilo de voz.

–Y ella pasa de ti.

No contestó, no hacía falta.

–¿Te pidió que me quitaras del medio?

–No.

–Sí.

–¡No! –gritó Han.

–Te pueden caer dos años por agresión a un policía.

Se derrumbó.

—Habíamos bebido mucho tequila —
confesó pasados unos minutos—.
Estábamos ahí, en el bar, bebiendo sin
parar. Ella no dejaba de hablar de usted.
Dijo que le tenía miedo. Que la
perseguía, que la acusaría de haber
matado a su padre sin que hubiera hecho
nada. Que haría que la metieran en la
cárcel y que yo no la vería nunca más.
Luego se fue, no sé adónde, y yo me
quedé, y seguí bebiendo.

—¿Y entonces llegué yo?

—Sí.

—¡Vaya casualidad!

Han estaba cada vez más nervioso.

—Cuando lo vi entrar en el bar me

volví loco. Me escondí para que no me viera.

—Y no se te ocurrió nada más que abrirme la cabeza con una botella de cerveza.

Han asintió moviendo la cabeza sin mirarlo. Luego apoyó la frente en el volante. Ambos quedaron de nuevo en silencio por un corto espacio de tiempo.

—Vi a alguien salir corriendo —dijo Monfort—. Pero no estaba seguro de que fueras tú.

Han levantó la cabeza y se lo quedó mirando estupefacto. Había caído en la trampa como un imbécil.

—Ahora ya sé que fuiste tú. Gracias —

concluyó y marcó un número grabado en su móvil.

Cuando contestaron dio la dirección exacta de dónde estaba.

—El problema será si le ocurre algo a Alba Casas. Ha desaparecido y nadie sabe dónde puede estar. Tienes toda la noche para decir lo que sepas y que se acabe todo esto —sentenció.

La lluvia arreciaba ahora con fuerza y los cristales del coche de Han quedaron completamente empañados. El único sonido que llegaba hasta el interior del vehículo era el de la lluvia repiqueteando contra la chapa.

Un coche patrulla se detuvo junto al Seat. Los clientes del bar salieron a la

calle para ver lo que ocurría. Una joven reconoció el coche de Han y se lo dijo a los demás señalando con el dedo. Los agentes abrieron la puerta del conductor y, tras abrir las esposas, sacaron con cuidado al amigo de Alba Casas. La música del bar había dejado de sonar. Los vecinos lo agradecerían.

Esa noche, para Han no habría más Alabama, ni ningún dulce hogar y ni siquiera un cielo azul.

Cuando por fin llegó a la comisaría era medianoche. Sin cenar. Los dos agentes que habían trasladado al amigo de Alba Casas custodiaban el cuarto de

interrogatorios en el que se encontraba. Silvia estaba esperándolo.

—¿Lo interrogamos esta noche? — preguntó.

—No —contestó Monfort— prefiero que sea mañana. Que pase la noche en nuestro confortable hotelito. ¿Te importaría encargarte de él?

—Con sumo gusto.

—Si fue capaz de arrearme un botellazo también puede haberle hecho algo a Alba.

—¿Tú crees?

—Dice que estaba completamente borracho cuando me sacudió.

—¿Y?

—El tequila te convierte en un

monstruo.

—Pues ahora parece un cachorrito — observó ella a la vez que miraba a través del cristal de la puerta del cuarto de interrogatorios.

Monfort se llevó una mano a la cabeza. La herida supuraba un poco, intentó disimular.

—¿Qué tal con las mujeres de Pedro Casas?

Silvia soltó un bufido.

—Aprovechan cualquier comentario para ponerse a discutir. Hice que Leo me acompañara a su casa. Pero no conseguí nada. No me extraña que se haya trasladado a casa de su hermana.

Aquello más que un hogar parece un cementerio. Es deprimente.

—El caso es que Alba no aparece. El amigo la llamó y después le envió un mensaje, pero no contestó. Es posible que se haya ido voluntariamente. Visto el panorama..., pero me empieza a mosquear. Cuéntame más detalles.

—En la habitación donde ahora dormía Alba, en casa de Juana, todo está como si no se hubiera marchado a ningún lugar. Sus cosas siguen allí: ropa, libros, maquillaje, zapatos, etcétera. No se ha llevado ninguna maleta ni ninguna bolsa en la que meter al menos una muda de ropa. Todo está exactamente igual que antes.

—¿Cuándo la vieron por última vez?

—Hace dos días. Se levantó alrededor de las nueve de la mañana, desayunó y antes de marcharse advirtió que no la esperaran para comer, aunque por lo visto eso suele ser habitual. Vivía su vida y no rendía cuentas a nadie.

—Así que se fue por la mañana y se acabó, nada más.

—Nada más. Han llamado a todos los sitios a los que podían llamar. Nadie sabe nada. Alba no tiene relación aquí con apenas nadie, salvo con este —dijo a la vez que señalaba la puerta del cuarto de interrogatorios—. Ellas lo llaman «su amigo de Vilareal». Alba solía llamarlo cuando venía a Castellón.

–¿Habéis llamado a los hospitales y centros de salud? –preguntó Monfort.

–Sí, varios agentes están buscándola y haciendo llamadas para localizarla. Han ido también al piso de Pedro Casas por si estuviera allí. Es pronto para hablar de secuestro o de algo peor. Debemos esperar. Lo más lógico es que aparezca en cualquier momento.

Monfort pensó en Solano, el subinspector al que le había pedido que fuera a la editorial de la calle Tallers en Barcelona. Entonces miró la pantalla del móvil por si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje. Más tarde lo llamaría.

–¡Oye! ¿Qué es eso? –exclamó Silvia,

señalándole la cara.

—¿El qué?

—¡Es sangre!

La herida de la cabeza se había abierto y le caía un hilo de sangre por una de las mejillas. Tenía la oreja completamente ensangrentada. Monfort le tendió la llave del Volvo para que lo llevara a urgencias lo antes posible.

Pensó en si estaría de nuevo la enfermera que olía a almendras.

Las agujas del reloj del coche marcaban la una y doce minutos de la madrugada. Y todo aquello sin haber cenado.

En las afueras de un pueblo de la provincia de Badajoz, el Diamante Loco derribó a su adversario antes de finalizar el primer asalto. Era su segunda pelea. Otro almacén desmantelado del extrarradio. Hombres apostando, gritando, maldiciendo, escupiendo y, finalmente, perdiendo lo que habían apostado por los boxeadores locales.

Dos días más tarde llegaron a la provincia de Zamora, donde se disputaron tres combates en tres poblaciones distintas que tampoco llegaron a conocer y de las que ni siquiera sabían los nombres. Aquello

no eran viajes de placer. En los tres combates Luis se hizo con la victoria por KO. Sus puños lanzaban directos demoledores y los contrincantes, sorprendidos, daban con los huesos en la lona antes de lo previsto. Pedro Casas gesticulaba enloquecido con los billetes en la mano durante los combates. Carmen perdía peso. No comía, no dormía. Las noches las pasaban en pensiones de carretera de dudosa reputación, entre sábanas que no se habían cambiado y en las que solo Dios sabía quién había dormido con anterioridad. El Churro también ganaba sus peleas, pero le costaba más esfuerzo. No era capaz de imprimir la

autoridad que el novato demostraba en cuanto saltaba al ring. Su forma de pegar era más tradicional, más heterodoxa, más consecuente con el deporte del boxeo. Pero aquello que ellos practicaban no era un deporte. Se trataba de apuestas que había que ganar, dinero que había que llevarse y salir corriendo, desaparecer con los billetes en el bolsillo, golpear duro, muy duro, dejar al rival fuera de combate y marcharse lo más pronto posible.

Carmen y Luis no habían tenido nunca tanto dinero en sus bolsillos. Ella se encargaba de guardarlo. A él no le importaba lo más mínimo lo que

ganaba. No se preocupaba de otra cosa que no fuera procurar que Carmen estuviera bien y de que su cuerpo se mantuviera en condiciones para la siguiente pelea. Mientras los demás devoraban los platos grasientos que les servían en los restaurantes de carretera en los que se detenían, él comía pasta, fibra, proteínas. Cuidaba su alimentación, intentaba respetar las horas de sueño necesarias para no perder la concentración. No probaba el alcohol ni el tabaco, mientras que los demás abusaban de todos los vicios siempre que les era posible, y casi siempre les era posible.

El entrenador era un hombre de muy

pocas palabras. Se encargaba de todo lo necesario en los combates. Era un excelente conductor. Carmen temió que el alcohol hiciera mella en sus reflejos a la hora de conducir, pero, de forma inexplicable para ella, sabía cuándo debía dejar de beber. No acompañaba al Churro y a Pedro Casas cuando se detenían en algún prostíbulo de carretera en los que tanto les gustaba dejarse parte del dinero conseguido.

Algunas veces, cuando el alcohol había cargado el ambiente, Carmen sentía las miradas lascivas del Churro y de Pedro Casas. Trataba de no pensar en ello, incluso llegó a creer que eran imaginaciones suyas. Hacer el amor

con Luis en aquellas pensiones de mala muerte no le gustaba. Luis no se quejaba. A veces él tenía la mirada perdida y ella lo observaba. Siempre estaba concentrado, alerta en todo momento, preparado para el próximo combate, siempre tan cercano y a la vez tan distante.

Carmen tuvo muchas oportunidades para volver a beber, pero seguía luchando contra ello todos los días. Cuando en la mesa corrían las botellas de vino lo olía más profundamente que los demás. Cuando Pedro Casas abría una botella de whisky y bebía un trago directamente de la botella sentía el sabor amargo del licor en su propia

garganta. Cuando volvían de sus juergas nocturnas se veía a sí misma tiempo atrás. Y en vez de sentir asco o indiferencia, lo que sentía era envidia. Sufría, era una dura prueba que no estaba segura de poder vencer. A veces se despertaba de una pesadilla mientras seguían en la carretera, empapada en sudor. Entonces veía a Luis, abstraído en sus propios pensamientos: un nuevo golpe, una nueva forma de cubrirse el rostro, un gancho, un directo. Luego observaba al Churro, dormido, con la boca abierta y un hilillo de baba cayendo despacio por la comisura, espatarrado y con una de sus manos metida por la cintura del

pantalón. Otras veces, cuando ella abría los ojos, él estaba despierto, mirándola con deseo, aprovechando que Luis dormía. No apartaba los ojos de ella cuando sus miradas se cruzaban, al contrario, se pasaba la lengua por el labio superior, relamiéndose, dejando ver aquellos dientes castigados por los golpes, el alcohol y la mala vida. Por eso, en aquellas ocasiones se hacía la dormida, sin llegar a cerrar los ojos, alerta, vigilante por si el Churro intentaba algo. De ser así no tenía la menor duda, Luis lo mataría sin pensarlo.

Todo fue a peor cuando Pedro Casas,

después de tres días sin detenerse en ningún club de alterne, empezó a mirarla de una forma distinta. Repasaba su cuerpo de arriba abajo y la desnudaba con aquellos ojos cargados del poder que otorga el dinero.

En Galicia se disputaron cinco combates clandestinos. Monforte de Lemos, Sarria, Betanzos, Mondoñedo y Becerreá. No dejó de llover ni un solo día. El temporal caía de forma desmedida, día y noche, sin tregua. El frío les atenazaba el alma y la humedad se adueñó por completo de sus corazones.

Carmen buscaba el momento

oportuno para hablar con Luis y pedirle que dejaran aquella vida, pero el dinero que se iba acumulando en el bolsillo interior de la maleta le hacía desistir en el intento. El dinero y que Luis se sintiera completamente realizado fueron el obstáculo para pedirle que abandonara. Hasta la fecha había ganado todos los combates noqueando a sus adversarios antes del cuarto asalto. No había tregua para el Diamante Loco. Salía, se posicionaba en mitad del ring y esperaba a sus adversarios para golpearles con rabia. Un croché, un directo, un gancho y pronto sus cejas, sus labios y sus pómulos comenzaban a sangrar. Los

arrinconaba contra las cuerdas y arremetía contra ellos como si le fuera la vida, como si fuera la única cosa en este mundo que le hiciera alcanzar la plenitud. Sin embargo, cuando el árbitro levantaba su brazo en señal de que había vencido, volvía a su mundo particular.

Rodeaba a Carmen con sus brazos para que se sintiera protegida, la acariciaba con delicadeza, pero vivía ausente. Se alimentaba tal y como el entrenador le había enseñado a hacerlo, ni un gramo de más, ni una proteína de menos, con disciplina absoluta. En demasiadas ocasiones,

Carmen pensaba que ya no era tan necesaria su presencia.

Quizá Pedro Casas se dio cuenta de ello, porque una noche, antes de la cena, cuando Luis subió a la habitación a ducharse, Casas se acercó a ella. Estaba descansando en una pequeña sala de la pensión en la que había un televisor encendido que miraba sin ver. Le preguntó si se encontraba bien, a lo que ella contestó afirmativamente. Le dijo que sabía que si ella tiraba la toalla, el Diamante Loco se marcharía también. Carmen se encogió de hombros, lo cual fue como afirmar lo que decía. Casas le ofreció más dinero por combate ganado. Ella

negó con la cabeza. Él aumentó su oferta. Aquella no era su intención, pero tampoco era imbécil y se animó entrando en el juego. A fin de cuentas, sabía que si se marchaban se le acabaría el negocio. También podrían denunciarlo y que acabara dando con sus huesos en la cárcel. Ambos lo sabían, no valía la pena seguir jugando. Carmen propuso el doble de lo que les estaba pagando por combate ganado por KO. Casas torció el gesto con una sonrisa digna de los peores gánsteres. Masculló algo entre dientes que ella no quiso oír, pero que entendió perfectamente. El doble, arguyó al final Casas tendiéndole la mano. Carmen

tendió la suya. Su apretón fue de negocios, aunque Pedro Casas acariciaba la posibilidad de una recompensa bajo las sábanas.

Apoiado en el marco de la puerta de la sala, el entrenador escuchó atentamente la conversación y desapareció sin hacer ruido antes de que lo vieran.

Cenaron en silencio. Los púgiles se sentían agotados. El Churro entrenaba duro para no quedarse atrás, pero los excesos le pasaban factura. Ya no salía vencedor de todos los combates, el entrenador le recomendaba olvidarse de las hazañas de su compañero y

concentrarse en su trabajo, pero aquello era una tarea difícil.

Pedro Casas cruzó una mirada fugaz con Carmen. El Churro lo vio y escupió un trozo de carne en el plato. El entrenador era un espectador de lujo en aquel triste espectáculo. Imaginó lo que haría el Churro si se enterara del pacto entre Carmen y Pedro Casas. Luis seguía allí, pero con la mente fija en el combate del día siguiente. Golpear, cubrirse, golpear, cubrirse, golpear, golpear, golpear...

La noche fue demasiado larga para algunos y muy corta para otros. A las seis de la mañana, el entrenador arrancó la furgoneta que partía de las

entrañas de la provincia de Lugo hacia un nuevo destino. Carmen se abrazó a su maleta y, por una vez, solo tuvo un pensamiento: el doble.

Se despertó más tarde de lo previsto. Le costó reconocer que se encontraba de nuevo en la habitación de su hotel. No había bebido. Los calmantes que le administraron en el hospital lo dejaron fuera de combate. Se llevó una mano a la herida y luego se miró los dedos para comprobar que ya no sangraba. En el hospital tuvieron que volver a coser algunos de los puntos de sutura. No

estaba la enfermera que olía a almendras, o al menos no la vio. Fue un médico de edad avanzada con aspecto de esperar que llegara la jubilación el que, con cara de pocos amigos, le cosió la herida refunfuñando sobre la fatalidad de trabajar en el turno de noche.

Llamó a recepción y pidió que le subieran el desayuno a la habitación: café, zumo y tostadas. Alcanzó el paquete de cigarrillos y se lo quedó mirando. Se arrepintió y lo dejó de nuevo sobre la mesita junto al libro de Jake La Motta. Miró el lugar en el que estaba el punto de lectura. Le faltaba poco menos de la mitad para acabar de leerlo. Lo haría sin falta. Tampoco es

que creyera que leyéndolo llegaría a algún sitio, y mucho menos a obtener una pista sobre el paradero de Alba Casas, pero lo terminaría por si acaso. Aquello le hizo buscar con la mirada su móvil. Estaba encima del escritorio de su habitación. Se incorporó despacio. Solo llevaba puesto el calzoncillo y se estremeció de frío. Miró a través de la ventana apartando ligeramente las cortinas. Hacía sol. La luz iluminaba la fachada posterior del Teatro Principal. Buscó llamadas perdidas o mensajes en el teléfono. Nada. Escribió un mensaje corto y conciso para Silvia: «¿Algo nuevo de Alba Casas?». Pulsó la tecla de enviar. Luego, con cierto

remordimiento por haber sido tan escueto, escribió: «Gracias por cuidarme anoche». Y lo envió también. No obstante, lo volvió a leer. Parecía algo más que un agradecimiento por ayudarlo. ¿O solo eran imaginaciones suyas? Tres segundos más tarde pensó en cómo lo interpretaría ella.

Silvia lo había acompañado hasta el Hospital General de Castellón. Les atendieron inmediatamente cuando mostró su acreditación. El médico dijo que no era nada, pero que debía tener cuidado para que los puntos cicatrizaran como era debido. De lo contrario, le quedaría una cicatriz como una carretera que asciende a un puerto de montaña:

lleno de eses de tantas costuras. Desinfectó la herida, retiró el hilo de sutura anterior y volvió a coser. Le administraron calmantes que hicieron efecto enseguida. Silvia lo dejó frente a la puerta del ascensor. No recordaba de qué manera se despidieron. ¿Le había dado las gracias?

Llamaron a la puerta. Se cubrió con el albornoz que estaba tirado a los pies de la cama y abrió. Un camarero entró con una bandeja que olía a café y a un nuevo día. La dejó sobre la mesa.

—Me he permitido subirle la prensa del día —dijo.

—Sois los mejores. —Buscó la propina en los bolsillos del albornoz. El

camarero se marchó antes de que encontrara nada.

El café estaba tibio, el zumo empalagoso y la tostada no le entraba de ninguna manera, y eso, teniendo en cuenta que no había cenado por la noche, era extraño en él. Le echó la culpa a los medicamentos.

En la portada del periódico había una fotografía del rostro de la segunda víctima. Su nariz se veía claramente. Era la viva imagen de un púgil tras el combate. Un pequeño párrafo invitaba a los lectores a ponerse en contacto con la Policía si reconocían a aquel hombre. Daban un número de teléfono directo y

gratuito. A ver qué pasa ahora, se dijo, y se dirigió a la ducha.

Mientras se reconfortaba con el chorro de agua, procurando no mojarse los puntos de la cabeza, la pantalla de su móvil se iluminó en la habitación. Silvia había respondido a sus preguntas con tres nuevos mensajes: «Nada de Alba Casas», «De nada», «Voy a ver qué cuenta Han».

El comisario Romerales y la agente Redó certificaron que Han era culpable de la agresión a un policía, así lo había confesado él mismo, pero de nada más. Ahora sería el comisario el que debería

arreglarse con el juez de turno para ver qué decisión tomaban.

Vigilarían de cerca a Han si es que el juez lo dejaba en libertad con cargos. Silvia tenía clara su inocencia respecto a las muertes, pero tal como había dicho Monfort por la noche, si podía romper una botella en la cabeza de un policía, podría ser capaz de muchas otras cosas.

Habían pasado las horas que convierten la sospecha de una simple desaparición voluntaria en algo mucho peor. Era el momento de ponerse serios. Había que buscar a la hija de Pedro Casas hasta debajo de las piedras.

Monfort estaba absorto leyendo el libro de Jake La Motta y no vio los mensajes en su móvil. La lectura lo tenía anclado en el sillón frente a la ventana de la habitación. Era un sinfín de despropósitos. Violencia interpretada por un tipo insaciable en el *ring* y fuera de él. Jake pegaba duro en el cuadrilátero, pero también en su casa, a su esposa, a sus múltiples amantes, a su hermano, a todo el que se le pusiera por delante. Era la historia de un tipo amargado por una infancia plagada de entradas y salidas del reformatorio, llena de complejos que lo convertían en una bestia salvaje capaz de arremeter

contra todos y, en especial, contra sus seres queridos. Sus peleas en el barrio, cuando todavía era un niño, fueron el preludio de una vida de golpes. Pero el más fuerte fue el que vivió el primer día en que se vio privado de libertad. Acababa de cumplir dieciséis años y ya tenía una ficha policial demasiado larga como para seguir suelto por las calles.

Algunos de sus complejos eran completamente ridículos, como el de tener las manos pequeñas. Creía que hablaban de él como el boxeador bajito, cabezón y testarudo que era, y luchaba contra aquellos apelativos a vida o muerte. La Motta escondía sus complejos bajo toda clase de excesos:

sexo, alcohol, un apetito desmedido y, sobre todo, una violencia extrema tanto dentro como fuera del cuadrilátero.

Hizo una pausa. Encendió un cigarrillo y estuvo tentado de abrir una de las pequeñas botellas de whisky del minibar, pero al final tuvo la precaución de no hacerlo. Le quedaban apenas un puñado de páginas por leer y no podía dejarlo.

Jake La Motta volvió a la cárcel al final de su carrera como boxeador. Era propietario de un club nocturno y cometió el grave error de iniciar una relación con una menor de edad que no tardó en denunciarlo a la Policía. Arrepentido por aquello y por mucho

más, confesó entonces el amaño de algunos combates de boxeo. Monfort se quedó pensativo en aquel punto.

Una vez cumplida la pena, sin dinero y sin haber dejado la mayoría de sus vicios, inició una breve y vergonzosa carrera como comediante en pequeños clubes y teatros en Nueva York, al tiempo que veía cómo la federación internacional de boxeo lo eliminaba sin piedad de las listas de los grandes púgiles de la historia del deporte.

El tiempo acabó con el héroe del *ring*, transformándolo en un hombre sosegado que por fin se decidió a pedir perdón y a perdonarse a sí mismo. Conoció a una nueva mujer y obtuvo un

empleo respetable en un pequeño club neoyorquino en el que podía contar su triste historia a los amantes del boxeo. Uno de aquellos clientes le aconsejó escribir su autobiografía, y así lo hizo. En el estreno de la película que Martin Scorsese dirigió basándose en su libro, Jake La Motta se acercó a su exmujer y le preguntó con lágrimas en los ojos: «¿Así era yo?». Ella guardó silencio un instante, recordó los años de golpes y gritos y le contestó: «No. Tú eras peor».

—Fin —dijo Monfort para sí mismo. Volvió a la página de los créditos en la que aparecían los nombres de la editorial y de la traductora: Libros del Crepúsculo. Alba Casas.

Estaba aturdido. La palabra boxeo se había infiltrado en su vida y en su trabajo. Jamás había tenido la más mínima curiosidad por aquel deporte que, según él, consistía en darse mamporros hasta que uno de los dos contrincantes cayera al suelo destrozado. Eso, o luchar hasta la extenuación hasta que un árbitro, más o menos parcial, decidiera quién era el ganador y quién el vencido. No, decididamente no le gustaba el boxeo, pero ahora la palabreja flotaba en el aire en forma de pista. En primer lugar, había que encontrar a Alba Casas para que les contara si existía alguna relación entre su padre y el boxeo. Esa era la

cuestión, solo esa: Pedro Casas y el boxeo.

Una vez cerrado el libro, alcanzó el teléfono y leyó los mensajes de Silvia. La llamó.

–Hola, Silvia –dijo.

–Hola, jefe, ¿cómo te encuentras?

–Como un trasto viejo.

–Bueno, eso es normal.

–Eres muy simpática.

–Perdona, lo siento. Espero que estés mejor.

–Eso ya me gusta más.

–¿Has leído mis mensajes? –preguntó ella.

–Sí.

–Estamos organizando un amplio

dispositivo de búsqueda para encontrar a Alba Casas, ahora ya es una prioridad.

—¿Qué ha dicho su amigo?

—Poco, lo mismo que te dijo a ti. Ha vuelto a confesar que fue él quien te golpeó, pero nada más. Insiste una y otra vez en que no sabe dónde puede estar Alba. Le caerá un buen correctivo por lo que te hizo. El juez dirá. Romerales está con ello ahora.

—Necesito que les pidas a Terreros y García que averigüen todo lo que puedan sobre clubes de boxeo en la provincia. De ahora y de antes, gimnasios donde se den clases o lugares donde puedan entrenar a aspirantes,

necesito saber todo lo que esté relacionado con el boxeo en esta ciudad.

—Lo haré, descuida. ¿Puedes levantarte?

—Estoy en ello. No soy un anciano.

—Por cierto, ¿has visto la foto en las portadas de los periódicos locales? —preguntó ella, obviando el comentario.

—Sí, es feo de narices.

—Nunca mejor dicho. —Se echó a reír.

—¿Ha llamado alguien?

—Solo unas veinte personas —ironizó Silvia.

—Lo que nosotros nos temíamos y la jueza no quiso escuchar.

—Avísame si me necesitas. Yo me encargo del dispositivo de búsqueda. La

encontraremos. No se la puede haber tragado la tierra.

—Espero que no —concluyó Monfort temiendo lo peor.

Tampoco le dio las gracias esta vez.

Una decena de policías escuchaban atentamente al comisario Romerales. A su lado, Silvia se desesperaba con su largo discurso. Antes había hablado con Terreros y García sobre la petición de Monfort de buscar lugares relacionados con el boxeo en la ciudad o en la provincia. Terreros se había marchado en coche a un gimnasio en el que

conocía a alguien que podría facilitarle información.

Romerales acabó de dar las interminables instrucciones para la búsqueda de Alba Casas. Se repartieron copias de una fotografía que su madre les había proporcionado.

Silvia había ordenado a la madre y a la tía que no se movieran del domicilio de esta última por si tenían que localizarlas. El teléfono fijo de la casa de Leo se desvió al número de su hermana. Ambas estaban muy nerviosas y no paraban de discutir. Dos agentes uniformados custodiaban la casa en todo momento.

La búsqueda sería ardua y

complicada. Romerales resopló. Silvia intentó alejarse sin ser vista.

–¡Silvia! –la llamó.

–Dígame –contestó, en un intento de mostrarse diligente.

–¿Tienes un momento?

–No sé si ahora tenemos muchos momentos –contestó ella mirando el trajín de agentes recogiendo sus armas reglamentarias para salir a la misión encomendada.

–Necesito hablar contigo –afirmó Romerales con autoridad–. Ahora.

Silvia dejó sobre una mesa el resto de copias de la fotografía de Alba Casas e intrigada siguió al jefe por el angosto

pasillo de la comisaría camino de su despacho.

Afeitado y bien vestido parecía otro. Aún le dolía la cabeza. Los puntos de sutura, los analgésicos, las pocas horas de sueño y el libro de Jake La Motta revoloteaban a su alrededor sin dejarlo en paz. Antes de salir al pasillo del hotel recibió una llamada. Se detuvo, volvió sobre sus pasos al ver quién era y cerró la puerta de la habitación cuando estuvo dentro.

—Dime, Solano.

—La vecina quería acabar con mi cuerpo serrano —dijo el subinspector.

—No es Marilyn Monroe precisamente —bromeó Monfort.

—No, pero persistente lo es un rato. ¡Qué mujer! Es una vieja, pero ánimos tiene los de una chiquilla. No paraba de hacerme ofertas y descuentos, ni que fuera un bolso falsificado en un mercadillo de barrio.

—¿No habrás sucumbido a sus encantos? —preguntó Monfort con sorna.

—En fin —resopló Solano, y las palabras se confundieron con los sonidos del tráfico—. Bueno, a lo que vamos. Al final he entrado en la oficina esa. No había nadie. Antes me he pasado unas cuantas horas esperando a que llegara alguien, pero no ha entrado ni

Dios en todo el tiempo que he estado jodiéndome de frío en la esquina de enfrente.

—Podías haber subido a casa de la vecina, te hubiera hecho entrar en calor.

—Muy gracioso —respondió Solano—. He abierto la puerta con mi soltura característica y me he colado dentro. Hace tiempo que por ahí no pasa nadie, olía a cerrado, a moho, a los meados de gato de la escalera. Está todo lleno de libros por todas partes, libros y más libros.

—Los que tú nunca leerás.

—¡Exacto! ¡Eres un cachondo! Los cajones están atestados de facturas y de recibos, contratos editoriales, montañas

de páginas escritas en inglés y en otros idiomas que no sé de dónde coño serán. Lo he mirado todo, lo he puesto patas arriba y luego patas abajo, y finalmente lo he vuelto a poner todo en su sitio y me he largado por donde había entrado intentando no hacer ruido. Pero parece que la lozana vecina tiene un radar en la puerta y nada más llegar al rellano me ha recibido con un sugerente picardías que dejaba ver mucho más de lo que me apetecía en aquel momento. Carne a destajo, vaya. He estado más tiempo intentado zafarme de su turgente silueta que registrando la oficina. Ha habido un momento en que ya no sabía qué hacer, si saltar por el hueco de la escalera y

matarme o llamar a algún compañero para que la detuviera y me dejara en paz. Yo creo que nunca en la vida me han dicho tantas cosas sobre este cuerpo mío que ya no está para muchos trotes. ¡Qué perseverancia! No sé si realmente consigue ganarse la vida así, pero al incauto que pille lo dejará apañado para rato. Si tuviera que hacer un informe sería más extensa la parte dedicada a la vecina que a lo que realmente he ido a hacer.

La sirena de una ambulancia atronó al pasar por delante de donde estuviera Solano.

—¿Dónde estás? ¡Vaya escándalo!

—En la Gran Vía, junto a plaza

Universidad, esperando a un compañero. Vamos a la inauguración de una cervecería alemana que han abierto en el barrio de Hostafrancs.

Monfort guardó silencio varios segundos.

—Entonces, ¿no has visto nada que te haya llamado la atención?

—Nada de nada, ya te digo, papeles y más papeles, pero para mí que son todos normales y corrientes, de trabajo. Eso sí, a ese tipo le va la marcha.

—¿A ese tipo? —preguntó Monfort sorprendido—. ¿Qué tipo?

—Al de la oficina esa de los libros, a quién coño va a ser. —Solano reconoció el coche que se acercaba a la acera.

—No es ningún hombre, es una mujer, se llama Alba Casas — puntualizó Monfort.

—¡Joder! —exclamó Solano a la vez que abría la puerta del copiloto para introducirse en el automóvil—. Pues tiene todo el despacho lleno de carteles, fotografías y libros de boxeadores.



En la población asturiana de Pola de Siero tuvieron que huir como alma que lleva el diablo cuando la guardia urbana hizo acto de presencia en la finca ganadera donde se celebraba el

combate. Gracias a la pericia del propietario del local, que engatusó a los agentes, pudieron escapar en la furgoneta antes de que los vieran. Aprovecharon el revuelo del público que huía de forma desesperada y en pocos minutos estaban ya en la carretera que había de llevarlos hasta Torrelavega, en Cantabria.

Una vez que los ánimos se hubieron apaciguado en el interior del vehículo, Pedro Casas esgrimió un puñado de billetes que agitó al aire para que los demás pudieran verlo. Rio de forma obscena. Aquella manera de reír le helaba la sangre a Carmen.

Casas se había llevado el dinero de

las apuestas sin que el primer combate —entre el Churro y un boxeador local de ojos saltones apodado el Coruxa— hubiera llegado a su fin. Cuando irrumpieron los agentes corría el cuarto asalto y el Coruxa estaba recibiendo una severa tunda. El asturiano se tambaleaba, ya no era capaz de coordinar sus pasos y su cuerpo amenazaba con acariciar el suelo. Había dejado de cubrirse el rostro, y cuando los golpes le llovían por todos los lados, el combate se detuvo de manera forzosa.

El Churro, que normalmente reía las gracias y seguía el juego a Casas, tenía los ojos inyectados de rabia. Apenas se

había podido secar el sudor y cubría su torso desnudo con una manta.

Pedro Casas seguía blandiendo el fajo de billetes entre risotadas. El entrenador se aferraba al volante con los ojos fijos en la carretera mojada y deslizante. Se encontraban en un punto cualquiera de la geografía asturiana, lejos ya de Pola de Siero, donde, con toda probabilidad, los hombres habrían salido en búsqueda del dinero que ahora Casas tenía en su poder.

Carmen, abrazada a Luis, tenía malos presagios. Luis intentaba dormir a pesar de lo que sucedía a su alrededor. Fue entonces cuando de repente, de un zarpazo, el Churro

arrebató los billetes de la mano de Pedro Casas. Este se volvió con rabia desde el asiento delantero que ocupaba y le propinó un puñetazo al boxeador en la cara, y luego otro, y otro, y otro más, hasta que un reguero de sangre empezó a chorrear por su boca. Los gritos de dolor inundaron la furgoneta. Pedro Casas recuperó su dinero y le lanzó una toalla para que se secara, eso fue todo, nada más. El entrenador continuó con la mirada fija en la carretera, ni un ligero movimiento por la sorpresa del incidente, nada.

Carmen lloraba aterrada, Luis la abrazaba y observaba a los dos hombres con un odio inmenso, como

aquel que sintió cuando el maestro se mofaba de él. Carmen se fijó en su mirada y tuvo miedo, un miedo que trepaba por su columna vertebral y le atenazaba el cuello. Se acordó del día en que le dijo al niño que era Luis entonces, que olía a sudor y a meados. Lloró por todo lo que le había pasado y por lo que estaba viviendo. Y oyó una voz desde lo más profundo de su ser que le decía que necesitaba beber. Era la única solución.

Después de recibir la llamada telefónica del subinspector Solano y su información sobre el piso de Alba Casas, llamó a Silvia para ir a ver a las dos hermanas. Ella había llegado instantes antes que él en un coche de la comisaría conducido por un agente que regresó de nuevo a su trabajo. Monfort aparcó el Volvo un centenar de metros más allá. Se saludaron junto a la cancela

del adosado. Por teléfono Silvia había advertido a las dos hermanas que irían hacia allí. Monfort le contó su conversación con el subinspector Solano y entraron a la casa.

—Vamos a ver —dijo Monfort con autoridad—. Su hija no va a volver por mucho que lloren. Dejen de hablar las dos a la vez y escuchen lo que tenemos que decirles.

El adosado de Juana estaba desordenado. Le hacía falta una limpieza a fondo. Habían echado las cortinas y una capa de polvo cubría los muebles.

—¿Conocen a este hombre? —Silvia les mostró la fotografía del segundo cadáver.

Las dos negaron al unísono con la cabeza.

–¿Seguro? –insistió ella.

–No sé quién es –contestó Juana.

–Yo tampoco –secundó Leo.

–¿Qué relación tenía Pedro Casas con el mundo del boxeo?

–No lo sé –dijo Juana, haciéndose la distraída.

–¡Cómo que no! ¡Estaba obsesionado!

–exclamó Leo casi a la vez que su hermana fingiera ignorar la relación.

Estaban sentadas la una al lado de la otra en un sofá que se hundía por la parte central.

–¡Vaya, parece que no nos aclaramos!

—advirtió Silvia, que tomó una silla para sentarse frente a ellas.

Monfort continuó de pie, frotándose las manos y dando pequeños paseos de un lado al otro del salón; sabía que aquello ponía nervioso a cualquiera.

—¿Cuál de las dos va a contarnos la verdad de una vez? —preguntó Silvia, señalando primero a una y luego a la otra.

Las dos mujeres empezaron a lanzarse reproches hasta que Monfort las interrumpió con una fuerte palmada. Ellas dieron un respingo y sus traseros se elevaron varios centímetros del sofá por un momento. Silvia sonrió.

—Extralimitarse, extralimitarse... —

Monfort susurró aquellas palabras como si se las dijera a la pared.

Las dos mujeres los miraron con perplejidad. Silvia se encogió de hombros como si no supiera de qué iba el juego.

—¿Creen que me estaré extralimitando si las encierro separaditas hasta que decidan quién va a contarnos la verdad?

—El boxeo era su pasión —irrumpió Leo con la mirada fija en su hermana—, el boxeo y otras cosas.

Monfort hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando. No hacía falta preguntar nada más de momento. Más tarde hablarían de esas «otras cosas».

–Siempre le había gustado el boxeo, cuando éramos novios ya me dejaba plantada y se iba a los combates que hacían en Valencia, en Zaragoza, en Barcelona... En cualquier lugar donde se celebraban esas barbaridades, allí estaba él. A mí me horrorizaba. Me llevó una vez a ver un campeonato de Europa a la plaza de toros de Valencia. Se enfrentaba un español contra un italiano, no recuerdo sus nombres, ni falta que hace. Al salir vomité todo lo que llevaba dentro. No volví a ir nunca más.

–Pero él sí –apuntó Silvia.

–Sí, sí, él iba a todos los que podía,

ya se lo he dicho. Antes y después de casarnos.

—¿Iba solo?

—Tenía amigos con los que compartía la misma afición.

—¿Quién? —preguntó ahora Monfort sin dejar de moverse por el salón.

—No lo sé, no se lo preguntaba, no quería saber nada de aquello. Tampoco él hablaba sobre eso. Nunca fue un hombre comunicativo conmigo. Se hacía lo que él decía y punto. Si quería salir, salía y si no quería entrar, no entraba.

—La felicidad absoluta —apostilló Silvia.

Leo se cubrió el rostro con las palmas de ambas manos y exhaló un profundo

suspiro. La hermana continuaba en silencio, a su lado. Hizo un gesto para acariciarle el pelo, pero Leo se retiró rápidamente.

—Y nació Alba —continuó Monfort sin importarle mucho los pucheros de la mujer—. Y cuando se hizo mayor empezó a acompañar a su padre a los combates de boxeo a los que usted no quería ir.

Leo se retiró las manos de la cara y habló con renovado ímpetu, como si le hubieran accionado un resorte escondido.

—Le metió esas ideas en la cabeza. No sé cómo pudo hacer para que la chiquilla, porque era una chiquilla pese a que ya tenía dieciocho años, se

encandilara viendo a dos hombres dándose de puñetazos. Pero lo hizo. Cuando regresaba de sus viajes de trabajo le traía revistas, libros, películas de vídeo, todo relacionado con ese deporte tan bárbaro.

—A lo mejor quería que fuera boxeadora —intervino Silvia.

—No, no era eso, nunca dijo nada sobre eso.

Leo suspiró un vez más, buscó en los bolsillos, sacó un pañuelo de papel y se sonó ruidosamente.

—¿Y no trató de apartarla de aquella afición? —preguntó Silvia—. Usted es su madre, digo yo que alguna cosa hablarían si aquello no le parecía

normal para una chica de su edad. Sobre todo teniendo en cuenta que a usted le parece horrible.

—A mí nadie me ha hecho caso nunca. Ni mi marido, ni mi hija. —Juana abrió la boca para intervenir—. ¡Cállate! —le ordenó Leo antes de que dijera nada—. Nuestros padres murieron en un accidente de coche cuando éramos pequeñas. Solo me salvé yo. Mi hermana —dijo, y miró a Juana con la mirada nublada—, se había quedado con la abuela. Veníamos de la playa, los tres. —Se quedó meditabunda unos instantes.

»Está muy cerca, aquí al lado. Íbamos por un camino que va desde el pueblo hasta la costa atravesando los campos

de naranjos; camino Ben-Afelí, se llama. Yo iba detrás, entonces no había cinturones de seguridad. Me había quedado en casa de una amiguita a pasar el fin de semana. Era un domingo por la tarde, mi padre llevaba la radio puesta a un volumen muy alto; escuchaba *El Carrusel Deportivo*. Mi madre lo bajaba y mi padre volvía a subirlo. Los dos reían. Fueron buenos tiempos para la familia, nunca les sobró el dinero, pero eran felices. –Silvia observó que Juana lloraba en silencio, con la cabeza agachada—. Mi padre trabajaba en un almacén de naranjas y mi madre estaba en casa, cuidando de nosotras. –Se sonó de nuevo y continuó—: Mi padre se

acercó a mi madre para besarla, ella se apartó haciéndose la coqueta, era muy guapa, muy guapa, y muy buena. No vio la curva, dio algunos volantazos, pero en cuestión de segundos empezamos a dar vueltas de campana hasta que el coche quedó bocabajo. Recuerdo que mi madre sangraba, tenía un corte en la cara provocado por los cristales de la luna delantera. Mi padre estaba atrapado, el volante le aprisionaba el abdomen y no se podía mover, me dijo que saliera del coche. Una de las puertas traseras estaba abierta, olía a gasolina, todo olía a gasolina. Me dijo que corriera y que me fuera lejos. Me asusté y empecé a llorar. Mi padre gritó que hiciera lo que me

estaba diciendo, y yo corrí todo lo que fui capaz. La explosión debió de oírse desde lejos, volaron piedras y ramas de naranjos, me caí en una acequia que apenas llevaba agua. Cuando logré salir trepando por las paredes del canal, lo vi. El coche era una inmensa bola de fuego. Mis padres estaban dentro. Muertos, quemados vivos. Y nosotras nos íbamos a quedar solas, solas para siempre.

Leo se puso en pie, pidió disculpas con un susurro de voz y subió deprisa las escaleras. Se la oyó entrar en una habitación, o quizá en el baño, cerró la puerta por dentro. Nadie dijo nada.

Juana empezó a hablar antes de que se le preguntara.

—Desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza. Solamente los primeros años de salir con Pedro y cuando se casaron estuvo mejor. Cuando nació Alba fue todo muy complicado. El parto la dejó destrozada, tuvieron que practicarle una cesárea de urgencia, estuvo a punto de morir desangrada. Estaba sola y se desmayó en la cocina de su casa. Fue un drama. Se arrastró hasta el teléfono y consiguió marcar el número de la ambulancia. Cuando llegué al hospital me dijeron que la niña había nacido bien, pero que ella... —se

interrumpió compungida—, ella no podría volver a tener hijos nunca más.

Monfort, con poca delicadeza, preguntó:

—¿Usted no se ha casado nunca?

—No —contestó Juana.

—Pero ¿habrá tenido alguna relación?

—¡Usted qué se cree! —exclamó, recuperada de repente.

—Nada, no me creo nada, disculpe.

—Tienen que entender nuestra situación —dijo Juana pasándose ambas manos por el pelo como si quisiera alisarlo—. Primero lo de Pedro, y ahora Alba desaparece. Es normal que mi hermana esté hundida. Las dos estamos muy mal.

Monfort siguió a lo suyo.

–¿Hijos? ¿Ha tenido hijos? –preguntó.

–¿Quién? ¿Yo?

–Sí, claro, estoy hablando con usted.

–No, no he tenido hijos, pero supongo que ya lo sabe. –Juana empezaba a enfadarse—. He cuidado de mi hermana y de su hija todos estos años. Sin duda, he sacrificado parte de mi propia vida para que ellas estuvieran bien. Compré este adosado, cerca de la casa de mi hermana, para tenerlas cerca. Siempre he estado pendiente de que no les faltara de nada, de que mi hermana tomara su medicación, de proporcionarle compañía, de llevarla a innumerables profesionales para tratarle sus duros

procesos depresivos. ¿Es eso algo malo?

—No, al contrario —respondió Monfort—. Todo eso está bien si no se *extralimita* en sus vidas. —No pudo evitar colar la palabreja.

—¿Cómo dice? —preguntó Juana arrugando el gesto.

Él no hizo caso y siguió.

—Usted trabajó con su cuñado, en la empresa.

—Sí, le echaba una mano en el despacho. Lo hubiese hecho Leo si la salud se lo hubiera permitido, pero no estaba en condiciones.

—Ya. Una mano —dijo de manera casi distraída.

Miró a Silvia y señaló a Juana con el mentón. Ella entendió el mensaje y lanzó la pregunta.

—Entonces se encargaría usted también de todo el papeleo referente a los viajes que su cuñado hacía a China.

Juana contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, sin decir nada, pero los dos policías se dieron cuenta de la leve conmoción en el gesto, la insignificante tensión en los párpados, la boca medio cerrada ocultando la mentira.

Monfort pidió a Silvia que subiera a ver qué estaba haciendo Leo en el piso superior. Cuando desapareció por la escalera se acercó al sofá en el que

estaba Juana, se sentó frente a ella en la silla que acababa de desocupar su compañera. La miró fijamente y habló con voz pausada pero firme.

—Escúcheme con atención: su cuñado, Pedro Casas, el marido de su hermana, está muerto. Asesinado. Le cortaron el cuello con un gran cuchillo de carnicero detrás de un puesto del Mercado Central de Castellón. El corte seccionó las principales arterias que llevan la sangre hasta el cerebro. La muerte debió ser horrible. ¿Hasta aquí bien, verdad? —preguntó, levantando un poco la voz. Juana asintió con la cabeza.

»Recientemente hemos encontrado un nuevo cadáver en un piso cercano al

mercado. Es el hombre cuya fotografía les hemos enseñado hace un momento y que dicen no conocer de nada. A este hombre le dispararon a bocajarro en el corazón con una pistola de gran calibre. No sé si se ha dado cuenta al ver la fotografía, pero tenía toda la pinta de ser boxeador. Precisamente el deporte que le gustaba tanto a su cuñado, aunque usted lo negara hace un momento. Y parece ser que a su sobrina también le gustaba. ¿Me sigue? —iba subiendo de tono. Juana volvió a asentir—. Y ahora, para acabar de rematar la jugada, Alba, la hija de Pedro Casas y de su hermana, su sobrina, ha desaparecido como por arte de magia y nadie sabe dónde está. —

Hizo una pausa que consiguió llenar de tensión.

»Y usted me viene con el cuento de que preparaba los viajes de trabajo de su cuñado. ¿Cree que somos idiotas? ¡Cuénteme la verdad de una vez! ¡Estoy harto! –Arrastró la silla hacia atrás y se puso en pie.

–No iba a China –dijo Juana finalmente en voz baja.

Monfort, de espaldas a ella, mirando por la ventana la interminable fila de casas adosadas, preguntó lo que era obvio.

–¿Adónde iba?

Juana no contestó enseguida. Él seguía mirando hacia fuera. La nariz a

escasos centímetros del frío cristal. Dejó que pasara el tiempo necesario. Sabía que hablaría. Un vehículo salió de uno de los garajes. La puerta era automática, se cerró cuando el coche se incorporó a la calle. El cristal de la ventana estaba empañado de vaho. Monfort dibujó una uve de Violeta con el dedo índice. Poco a poco se fue desvaneciendo por la condensación y acabó por borrarse. Cerró los ojos por el cansancio y no los volvió a abrir hasta que Juana habló.

–Fuimos amantes –confesó apenas en un susurro.

–No la he oído bien –mintió Monfort sin girarse.

–Fuimos amantes –repitió con el mismo tono y el mismo volumen de voz, sabía que él la había oído perfectamente.

–¿Y se inventaron lo de China para verse a escondidas?

No contestó. Se quedó mirando al suelo. Monfort pensó en el acierto de Silvia, en aquella conclusión que a él le pareció precipitada cuando se la planteó en aquel restaurante.

–Pero... –empezó Juana.

Dudaba entre continuar o no. Había un «pero». No podía ser de otra forma, era demasiado sencillo. A Monfort le hubiera gustado agarrarla de los hombros y sacudirla.

—No pasaba conmigo todo el tiempo que decía que se iba. Extraía los supuestos gastos del viaje de la cuenta de la empresa y luego desaparecía. Se quedaba con el dinero.

—¿Y adónde iba cuando no estaban juntos?

—No lo sé —contestó ella—. Puede que hubiera otras mujeres. Nuestra relación se había ido enfriando con el tiempo. Mi hermana y él ya se habían separado. Yo quería tenerlo solo para mí, pero él... —dejó pasar unos segundos—, no sé si alguna vez quiso algo serio conmigo.

Monfort suspiró. De alguna manera creyó en lo que decía, pero en aquel momento estaba harto de preguntas y

respuestas, harto de medias verdades, harto de casi todo.

—¿Tenía usted acceso a las cuentas de la empresa?

—No, nunca —contestó con rotundidad—. No dejaba que nadie supiera nada de eso.

—¿Y entonces cómo sabía que se quedaba con el dinero? —preguntó con ganas de llegar a alguna conclusión.

—Me lo imaginaba. A veces no había suficiente para pagar algunas facturas y quedaban impagados los recibos hasta que él volvía de donde fuera y reponía el dinero. Llevaba un ritmo de vida a todo tren, a su hija se lo consentía todo: el alquiler de la oficina de Barcelona,

los gastos de la editorial, que eran muchos, el coche, la gasolina, los viajes, la ropa, todo, lo pagaba todo.

—¿Su hermana sabe algo?

—¿De qué? —contestó ella en un tono más agrio.

—De la relación que mantenía con su marido, ¿de qué va a ser?

—Le recuerdo que ellos ya no estaban juntos —puntualizó ella.

Monfort apretó los puños y se mordió el labio inferior. Se giró como una exhalación.

—¿Lo sabía o no?! —gritó, y le dio un puntapié a una de las sillas.

Notó una sombra que antes no estaba, junto a la escalera, pegada al marco de

la doble puerta con cristalera que daba al salón. Juana y Monfort se volvieron a la vez.

—Lo supe desde el primer día. —La voz de Leo salía de forma pausada de algún lugar recóndito entre el corazón y el estómago—. Pero me mantuve callada como una imbécil para que mi marido no me humillara; para que mi hermana no me abandonara y para que mi hija no me olvidara. —Tomó aire para poder continuar—. Viví la condena de saber que mi marido se acostaba con mi propia hermana. Ella y mi hija eran lo único que me quedaba en esta vida. Pensé que si decía algo todos se marcharían y me dejarían tirada como una colilla, como

el trasto viejo en el que me he convertido.

Silvia aguardaba en silencio detrás de ella, preparada para sostenerla en caso de que cayera desmayada. No las habían oído bajar las escaleras. Leo lo había oído todo, aunque no parecía sorprendida. Juana hizo ademán de caminar hacia su hermana con los brazos extendidos, pero esta levantó una mano para pararla. Entonces Juana, se hincó de rodillas en el suelo y se cubrió el rostro con ambas manos.



Pedro Casas tomó la decisión de regresar a casa y desaparecer una temporada antes de emprender una nueva tanda de combates. Quería «poner los pies en remojo», como le gustaba decir. Sería dentro de dos meses, tres a lo sumo. Debía pasar un tiempo prudencial, no podía caer en el error de que se hablara de ellos más de la cuenta. Había ganado una importante suma de dinero y convenía pasar un tiempo desapercibido.

Todo había salido a la perfección. El Diamante Loco empezaba a valer su peso en oro. Le dio muchas vueltas a la manera en que podría librarse de la

presencia de Carmen, pero sabía que si le prohibía acompañarlos, se acabarían los combates del novato. Pegaba duro, se movía bien frente al rival y no tenía miedo. Una combinación perfecta. Jamás esperaba a que el contrincante fuera hacia él. Daba los pasos de frente, con rabia, y una vez que lo tenía en el punto de mira, golpeaba con furia hasta hacerle besar el suelo. El Diamante Loco tenía un cuerpo demasiado grande y desproporcionado. Las piernas y los brazos eran más largos de lo normal y en dos pasos se plantaba en mitad del ring. Sus puños llegaban al rostro del adversario antes de lo esperado, y

entonces era letal. Apenas hablaba con nadie, entrenaba todo el tiempo que le era posible, dormía, comía y vuelta a empezar. Cero problemas y todo ganancias. Carmen era lo único que le preocupaba. Sabía que en el fondo aborrecía todo aquello y en cualquier momento podía convencer a Luis para dejarlo. De momento, lo había solucionado rápido con lo que a ella más le gustaba, el dinero, pero no quería seguir pagándole y menos tener que aumentar su porcentaje. La caló bien desde el principio, cuando la conoció en el gimnasio. Era una alcohólica que había conseguido dejar de beber, pero él sabía que caer de

nuevo en el pozo era solo cuestión de tiempo. Tenía un buen cuerpo, una buena figura que el alcohol no había conseguido estropear aún. Él sabía que podría engatusarla para llevársela a la cama si quisiera, pero temía al Diamante Loco. Aquel animal mataría si alguien le pusiera un dedo encima, de aquello también estaba seguro, así que decidió tener paciencia y que se eliminara por sí misma.

La tapadera de los viajes a China se estaba convirtiendo en un peligro por culpa de su relación con la hermana de su exmujer. Al principio, cuando se inventó lo de los viajes, todo iba sobre ruedas. Su trabajo se lo permitía, no

tenía que rendir cuentas a nadie. Tenía una empresa de venta de baratijas, no era tan extraño que quisiera viajar a China. Retiraba el dinero equivalente a los vuelos y a los gastos y lo reinvertía en los combates ilegales de los que nadie de su familia tenía la menor idea. Pero tuvo que liarse con Juana, su cuñada. Ella echaba una mano en la empresa, cuatro tonterías, papeleo y poco más. Casas era de los que pensaban que en una oficina debía haber un culo bonito ocupando una silla del despacho, atendiendo a las visitas y preparando el café cuando se lo pedía. Juana nunca fue demasiado lista. De las dos hermanas siempre fue

la menos inteligente, pero tenía un cuerpo espectacular y aquello fue algo que nunca le pasó por alto. Su ex era una mujer depresiva que vivía encadenada a su pasado y a su propio sufrimiento. Juana era alegre, brillaba con luz propia, cuidaba de su figura, era presumida y se sentía orgullosa de un cuerpo que no dudaba en lucir. Sin embargo, nunca se casó. Se enamoró perdidamente de un hombre con el que mantuvo una relación que acabó pronto. Cuando él desapareció, Casas no quiso perder la oportunidad y se convirtió en su amante.

Poco a poco ella fue queriendo más: más tiempo con él, más estar al tanto

de sus cosas, más control, más vida en común y más cariño. Cuando Juana descubrió lo de sus falsos viajes a China, él trató de engañarla con el cuento de que estaría más tiempo con ella. Compró un apartamento en la playa de Benicàssim para sus encuentros, mientras el resto de la familia pensaba que estaba fuera del país. Pero Juana se dio cuenta de que no todo el tiempo que simulaba estar de viaje lo pasaba con ella. Casas consiguió que no descubriera los combates ilegales, y ella creyó que se trataba de otras mujeres.

La única persona que realmente le importaba en el mundo era su hija. Su

madre estuvo a punto de morir en el parto y nunca llegó a recuperarse, pero la niña creció como una rosa. Alba era lo mejor que tenía. Le hubiera gustado tener un hijo varón, pero después del parto su mujer no pudo volver a engendrar.

Pronto descubrió que su hija lo iba a llenar todo. Fue una joven brillante en sus estudios y, al cumplir la mayoría de edad, empezó a inculcarle sus propias aficiones. Lo acompañaba a los combates de boxeo pese al horror manifiesto de su madre.

No escatimó ni un céntimo en todo lo que hiciera feliz a su hija. Financió el sueño de tener su propia editorial y se

hizo cargo de todo, pese a que el negocio era una continua ruina. Pero aquello a Casas le daba igual, él pagaba y su hija, a cambio, traducía, corregía y publicaba libros de lo que a él más le gustaba: biografías de boxeadores, manuales de boxeo y todo tipo de publicaciones relacionadas con los cuadriláteros.

A Monfort le gustaba la acción, pero los acontecimientos se estaban precipitando. Salió a fumar a la calle y, como si una cosa llevara a la otra, caminó desde la comisaría hasta un bar cercano. Pidió una cerveza y algo para picar. Mientras le preparaban una tapa de calamares temió que la ropa le oliera a fritanga cuando saliera de allí.

Silvia estaba con Juana en su

despacho. No quiso meterla en uno de aquellos cuartuchos de interrogatorios para que no pareciera lo que quizá no era. A Leo la acompañaron hasta su casa. Siguiendo las instrucciones de Monfort, un agente permaneció en el domicilio para que no cometiera ningún disparate. Aquella mujer era muy inestable y ahora pasaba por una situación crítica. Su hija había desaparecido y en el estado en el que estaba podría ser capaz de cualquier cosa. Ya tendrían ocasión de hablar con ella más tarde, ahora lo importante era que se encontrara a salvo y controlada.

Los calamares estaban deliciosos, crujientes y sin exceso de aceite, pero el

deleite fue interrumpido por la llamada de Romerales.

–Hemos encontrado el coche de Alba Casas –anunció.

Masticó y tragó lo que tenía en la boca. Hubiera dado un trago largo de cerveza antes de hablar, pero no quería hacer enfadar al jefe.

–¿Dónde? –preguntó y entonces sí, aprovechó para beber.

–En una calle del centro.

–¿Qué calle?

–¿Las conoces todas? –preguntó el comisario visiblemente nervioso. En demasiadas ocasiones, Monfort lo sacaba de quicio. No conocía Castellón

como para saberse todas las calles del centro.

—No, no las conozco todas. Pero dime, ¿está cerca del domicilio donde encontramos a la segunda víctima?

Romerales se mordió el labio inferior y le subieron los colores a la cara, menos mal que en su despacho nadie podía verlo. No había caído en la cuenta. Debería centrarse, controlar a todo el mundo en aquella comisaría era su trabajo, pero primero debería empezar por él mismo. La jueza le había telefoneado por la mañana para advertirle que lo de Alba Casas había pasado a ser una desaparición en toda regla. Se estaba poniendo nervioso y le

costaba concentrarse. Su mujer también se lo decía últimamente: «Céntrate, por Dios».

—No, no está lejos —contestó al fin.

Para disimular su aturdimiento continuó:

—Una grúa lo está trayendo hacia aquí. Es mejor que revisemos su interior en las dependencias que montar un espectáculo en mitad de la calle.

—Que lo revisen a fondo: huellas, cabellos, restos de fibras textiles en los asientos, de tierra en las alfombrillas...

—Sí, sí —le interrumpió Romerales—, sé lo que tengo que hacer.

Monfort se acabó la cerveza e hizo

una seña al camarero para que le llevara la cuenta.

—No tengo la menor duda, jefe. ¿Cómo va la búsqueda?

—Tengo a un buen puñado de agentes trabajando en ello. Nos iremos relevando y trabajaremos veinticuatro horas si es necesario, tenemos que encontrarla.

Monfort guardó silencio mientras pagaba.

—¿Alguna noticia de la foto del segundo cadáver?

—Solo han llamado chalados diciendo que lo conocían y preguntando si hay recompensa por identificarlo.

—Y cuando les decís que no hay

premio, cuelgan.

—Exacto.

—Lo de siempre —apostilló, y dejó dos euros de propina en el platillo plateado—. Enseguida estoy contigo —dijo antes de colgar.

En la calle, camino de la comisaría, quiso encender un cigarrillo, pero el viento se lo impidió.

El cielo se había encapotado y el ambiente era muy húmedo. Un coche pasó a gran velocidad y una mujer mayor retrocedió justo a tiempo para no ser arrollada cuando estaba a punto de cruzar un paso de cebra. Monfort se acordó de todos los descendientes del conductor, de los vivos y de los muertos.

—Quiero que piense y que me diga dónde podía ir Pedro Casas. Es muy importante, quizá sea la clave para encontrar a Alba sana y salva.

No era un interrogatorio al uso, Juana estaba sentada al otro lado de la mesa del despacho y Silvia daba vueltas a su alrededor jugando con un pisapapeles de madera. El despacho estaba mal iluminado. Dos fluorescentes viejos proyectaban una luz amarillenta y mortecina sobre la mesa y un flexo con una bombilla de baja intensidad enfocaba directamente la libreta que Silvia había dejado abierta. El resto del habitáculo quedaba en la sombra.

–De verdad que no lo sé –repitió Juana–. Lo juro, no la engaño. Lo único que quiero es que encuentren a la niña, lo demás me da igual. Ya sé que mi hermana no volverá a hablarme en la vida. Ella dice que lo sabía, pero creo que lo ha dicho para hacerse la valiente. No creo que hubiera podido estar callada tanto tiempo. No lo hubiera resistido.

–Cuénteme cómo se comportaba él cuando decía que se marchaba de viaje de negocios.

Juana enderezó el cuerpo y se aclaró la voz.

–Antes se encerraba durante varios días en su despacho y hacía

innumerables llamadas de teléfono. Lo preparaba todo como si realmente se fuera a marchar de viaje. Luego iba al banco, se despedía y se trasladaba al apartamento de Benicàssim. No se movía de allí, simplemente me esperaba y cuando yo llegaba estábamos juntos el máximo tiempo posible. Alba no representaba ningún problema. La niña ya estaba en Barcelona. No creo que su padre se lo contara, ella no lo hubiera consentido.

Juana guardó silencio, agachó la cabeza y quedó sumida en sus pensamientos. Silvia no la interrumpió. Dejó el pisapapeles en una estantería y tomó asiento frente a ella. Carraspeó

ligeramente para captar la atención de la mujer.

—¿Cuánto tiempo solía quedarse Casas en el apartamento?

Juana levantó la vista despacio hasta que se encontró con los ojos de Silvia.

—Poco —contestó y volvió a bajar la cabeza—. Cinco o seis días, una semana como mucho, y solo al principio de nuestra relación.

—Sabemos que Pedro Casas se ausentaba por períodos de cuatro o cinco semanas, incluso más.

Juana movió la cabeza asintiendo.

—¿Adónde iba?

—Nunca quería hablar de eso. Yo le

preguntaba, pero se enfadaba mucho, se ponía como una fiera. Decía, decía...

Silvia pegó un manotazo encima de la mesa y varios bolígrafos rodaron hasta caer al suelo.

—¿Qué narices decía?! —gritó.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé... —La voz de Juana se perdió en un gemido agónico.

Romerales caminaba de un lado a otro de su despacho con las manos detrás de la espalda. Monfort, sentado en la silla de las visitas frente a la mesa del jefe, reparó en un tubo de pomada para las almorranas.

—Hay que llamar a Vinyals. Deberíamos buscar a Alba Casas también en Barcelona. Cabe la posibilidad de que se haya subido a un tren o a un autobús y se haya marchado allí.

—Ya lo he hecho —dijo Monfort.

—¿Has llamado a Vinyals?

—No, a Vinyals no. Pero están avisados sobre la desaparición. —Obvió el detalle de que el subinspector Solano había registrado el piso de la calle Tallers y que seguía investigando en los lugares por los que debía de moverse Alba. Observó el ir y venir de las inquietas y cortas piernas del comisario—. Por cierto —añadió—, ¿qué

piensas hacer conmigo? Con mi plaza, quiero decir.

—No tengo la menor idea. No es el momento. Hay que encontrar a la joven, esa es la única prioridad. Hay que encontrarla de una vez antes de que nos volvamos locos.

—A ti, ahora, lo que te está volviendo loco es la almorrana.

—¿Qué coño dices? —le espetó Romerales.

Monfort se puso en pie, pero antes de salir dijo:

—La almorrana. No te sientas en la silla porque te duele. Y si no quieres que se sepa, esconde el tubito, que canta

como una almeja. Dejar de comer picante también te puede ayudar.

—¡Largo de aquí! —gritó Romerales.

Pero Monfort ya había salido por la puerta.

Por una de las ventanas que daba al patio interior de la comisaría, vio que descargaban el Audi de Alba Casas. Fue al encuentro del que dirigía la grúa.

—Hola, soy el inspector Monfort.

—Agente Bouza. —El agente saludó como indicaba el protocolo.

—¿Quién va a destripar el coche?

—Yo, señor. Me lo ha encargado el comisario Romerales.

—Bien, poned mucha atención, por favor. Sería importante que lo hiciera

una sola persona, para no contaminar. Necesitamos todo lo que se pueda sacar de esos asientos por absurdo que parezca, ya sabes: huellas, pelos, fibras, ceniza, tierra.

—Entiendo. Así se hará. —El agente asintió mientras indicaba al conductor de la grúa que la maniobra de descarga había concluido.

El agente Bouza era gallego, no es que le hubiera costado mucho llegar a aquella conclusión. Si el apellido ya era suficientemente característico, cuando hablaba lo rubricaba por completo. Pensó en tazas de porcelana blanca con vino de Ribeiro y nécoras cocidas al vapor, pero también se acordó de Pazos,

el asesor, y de su extraña y confusa declaración.

Silvia convenció a Romerales para que Juana se quedara en la comisaría por si se le ocurría alguna cosa cuando dejara de compadecerse. A veces, pasar la noche entre aquellas húmedas paredes era un buen antídoto contra la amnesia.

Pidió un coche y se marchó al domicilio de la ex de Casas, que seguía custodiada por una agente. Estaba agotada y muerta de sueño. Aquellas mujeres la ponían de los nervios. No hacían más que llorar. Ahora tendría que aguantar a Leo cargando contra su

hermana. Pero lo peor era seguir sin tener noticias de Alba.

Y luego estaba lo que le había comentado Romerales sobre su traslado definitivo a Castellón. Lo había solicitado sin consultárselo. Realmente se sintió agotada. Aparcó frente a la casa.

La pantalla parpadeó y el nombre de Senent iluminado hizo que diera un respingo en la butaca.

–Hola –dijo, por decir algo.

–Tu madre ha sufrido una recaída.

Monfort se puso en pie. El doctor continuó.

—Hemos tenido que ingresarla de nuevo en la uci.

—¿Es muy grave? —La pregunta no tenía mucho sentido.

—Ya estaba grave, lo sabes. Espero que con mis anteriores llamadas no hayas albergado falsas esperanzas.

—No, no, perdona, es que no sé muy bien qué decir.

—Tranquilo, te entiendo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. Tiene fiebre. Vamos a ver qué la produce. No te preocupes.

Aquello último tampoco tenía mucho sentido y lo había dicho el mismo doctor.

—Ya —contestó—. ¿Qué puedo hacer?

–Nada, quédate ahí, yo te llamaré.

–¿Quieres que vaya?

–No es necesario. Al estar en la uci no puedes hacer mucho. Yo te informaré.

–¿Mi padre sabe algo?

–Tu padre vive en un estado de semifelicidad que ya lo quisieran muchos.

A través del cristal de la ventana de la habitación del hotel, veía la calle Herrero colapsada por el tráfico. Tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja, pero no pudo evitar pensar en dónde podría estar Alba Casas. ¿Se habría fugado voluntariamente? Tal y como lo había dejado todo, parecía

poco probable. ¿Quién querría retenerla y para qué?

–Bueno, te dejo que ya veo que estás ocupado –dijo Senent después de aquel silencio.

–Perdona –contestó Monfort, aunque no solía pedir disculpas.

–No te asustes, ella no sufre. Veremos cómo pasa la noche y mañana te llamo. Si no lo hago es que todo va bien.

–Así que si veo tu nombre en el teléfono...

–No seas cenizo.

–¿Cómo podré agradecerte esto?

–No hay nada que agradecer.

El doctor Senent colgó. Era la única persona que conocía que, como él, no

necesitaba despedirse antes de colgar. Bueno, Silvia estaba aprendiendo de prisa, pensó.

—Cuando su marido todavía vivía en casa, con usted y con su hija, y regresaba de sus viajes, ¿le traía a Alba revistas, libros o películas de vídeo relacionados con el boxeo?

—Sí —contestó Leo aunque sabía que ella conocía la respuesta.

Silvia creía que Leo desconocía la verdad acerca de los viajes de Pedro Casas. Al menos eso parecía. De momento era conveniente seguir hablándole de aquella manera. Cuando

llegara la hora, ya le apretaría las tuercas.

La casa de Leo era también una vivienda adosada, muy parecida a la de su hermana, pero la oscuridad y la tristeza se habían adueñado de cada rincón. Todo allí dentro tenía un no sé qué que a Silvia le ponía los pelos de punta. Los muebles, oscuros, estaban pasados de moda y las cortinas plisadas, con motivos grises, ayudaban poco. Había pocas fotografías familiares: una era de la boda de Leo y Pedro Casas, ninguno de los dos sonreía mucho. En otra se veía a Alba con el típico vestido de comunión, de color blanco impoluto. En sus manos sostenía un rosario

nacarado y sus grandes ojos negros le daban un aire misterioso.

Leo estaba sentada en una butaca junto a la ventana del salón, pero las cortinas permanecían corridas. Silvia las abrió de forma distraída, para mirar a través de la ventana. La calle estaba bien iluminada. El Ayuntamiento de Almassora no había escatimado en farolas en aquella zona ligeramente alejada del centro, lo suficiente para tener que ir en coche a todas partes o pegarse una buena caminata. No había visto por allí comercio alguno, solo casas y más casas, todas similares.

—A mí se me hace un poco raro que su

marido tuviera tanto empeño en que a la niña le gustara el boxeo.

Leo se encogió de hombros.

—Mi padre era policía, ¿sabe? — prosiguió Silvia—. Mi hermano también. Eran especialistas en desactivación de artefactos explosivos, lo que se conoce como los TEDAX. Solían trabajar en el País Vasco. Luego regresaban a casa, allí los esperábamos mi madre y yo.

Leo levantó la vista. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y unas enormes bolsas debajo de ellos. Silvia entendió que quería saber por qué le contaba aquello.

—A mí no me traían revistas de policías, ni mucho menos de bombas, ni

vídeos de detonaciones, ni manuales de explosivos. Me compraban peluches en la tienda de alguna gasolinera antes de regresar a casa.

Leo se cubrió el rostro con ambas manos.

—No me malinterprete —agregó Silvia—. No es que esté en contra de que a las mujeres les guste el boxeo. Faltaría más. Soy consciente de que es un deporte completo que libera estrés y da excelentes resultados físicos, por no hablar de que puede ser una buena herramienta de defensa para ellas. Pero no puedo evitar que se me haga raro. No dejo de preguntarme por qué querría su

marido que su hija se aficionara al boxeo.

Leo se tomó su tiempo para contestar. Respiraba con dificultad.

—Era un egoísta —dijo por fin—, disfrutaba viéndome sufrir. Si yo hubiera dicho que me gustaba aquello, no hubiera insistido tanto con la niña. Pero veía que me sacaba de quicio. Alba hacía lo que su padre le decía, daba igual si era boxeo o tartas de fresa. Ella imitaba sus gestos, hacía suyas sus aficiones, bebía los vientos por él.

Leo se hundió en el sillón y se le descompuso la cara. Su voz sonó metálica y dura.

—Se burlaba de mí, de mis continuas

depresiones, de la medicación que tomaba. Engordé a causa de las pastillas, se me hincharon las piernas y la cara, me miraba con desprecio..., y ella prefería estar con él que conmigo porque yo ya no me reía. Luego, cuando decía que se iba de viaje, Alba y yo nos quedábamos aquí y discutíamos todo el tiempo. Sé que no fui de gran ayuda, no estaba bien, pero ella me lo reprochaba. Hasta que se hizo mayor y su padre le montó la maldita editorial que acabó por romper la relación que había entre nosotras.

Silvia decidió dejar tranquila a Leo por unos minutos. Se había endurecido con las últimas palabras. Pensó que

aquella mujer había sufrido mucho en la vida. Su hija había desaparecido, y cada hora que pasaba sin tener noticias era peor.

Leo se aclaró la voz y se sonó. Se incorporó en el sillón. Silvia observó su rostro ajado.

—Antes, cuando hablaba de su padre y de su hermano, lo ha hecho en pasado —dijo Leo con mucho tacto—. ¿Les pasó algo?

—Usted y yo tenemos algo en común, aunque no se lo parezca.

—¿Sí? No será nada bueno, seguro.

—No —dijo Silvia, y un millón de recuerdos se agolparon en su cabeza—. Mi padre y mi hermano murieron en un

atentado. Una explosión, fuego, y luego nada más que desolación y rabia.



Tenían tiempo para estar juntos. No habían disfrutado de estar solos desde hacía mucho.

Carmen se miraba en el espejo y ni siquiera reconocía a la mujer que veía. Tenía ojeras y estaba plagada de arrugas; eran las grietas provocadas por el alcohol, que atravesaban la piel como surcos en tierra baldía. A pesar de todo, estaba contenta y eso representaba una puerta a la

esperanza. Se aplicó una buena capa de maquillaje y se puso rímel tal como sabía que le gustaba a Luis. Un poco de pintalabios rojo y unas gotas de perfume.

Había preparado mesa para dos en aquel piso pequeño y desvencijado. Los muebles estaban ajados y le faltaba una mano de pintura; los azulejos de la cocina eran anticuados, las juntas negras certificaban el paso de los años. Pero había adecentado el comedor con buen gusto. La mesa cuadrada vestía el mejor mantel que tenían; servilletas de tela; cubiertos limpiados con esmero y las mejores copas del armario para beber agua clara y fresca. En el horno,

el pollo de corral que había rellenado de pasas, piñones y ciruelas, se doraba pacientemente y llenaba la casa de olores sabrosos. De postre, arroz con leche, el preferido de Luis. Ella había aprendido a prepararlo cuando se fueron a vivir juntos.

Llegó de su entrenamiento, apenas llevaban en casa dos semanas desde el último combate, pero él no había vuelto al trabajo. No necesitaban el escaso sueldo que le pagaban. Los combates habían dado su fruto y el dinero, de momento, no representaba un problema. No habían visto una suma igual en toda su vida, por eso les bastaba para lo que querían hacer, que

no era otra cosa que intentar recuperar la dignidad y a ellos mismos como pareja.

Trajo flores y cerveza sin alcohol, y también una caja con bombones rellenos de café, de naranja y de frutos del bosque. Antes, en la tienda, leyó con detalle los ingredientes para que ninguna de aquellas porciones de chocolate llevara una sola gota de alcohol.

El beso en el umbral de la puerta les supo a esperanza y a las ilusiones perdidas por el paso de los años y las botellas bebidas. Se había duchado en el gimnasio, olía al gel que ella le había comprado. Cenaron despacio,

saboreando lo que había preparado. Luis hizo aspavientos de alegría cuando ella sirvió el arroz con leche, y luego tomaron café y comieron bombones. Carmen se sentó en sus rodillas y le dio pequeños mordisquitos en la barbilla y él jugueteó con un dedo en el tirante del sujetador. Era una noche más en sus vidas, una de aquellas noches que antes habían desaprovechado, como si la vida durara para siempre y se pudiera elegir entre estar bien o estar mal. Luis la tomó en brazos y la llevó en volandas a la habitación como si fuera una pluma.

Por un momento, el recuerdo de lo

que un día ella le había dicho cuando eran niños y de las discusiones posteriores, se fue perdiendo en los pliegues de su memoria, como si no les hubiera sucedido a ellos.

Decidió aplazar hasta el día siguiente su propuesta de que dejara de boxear, al menos de aquella manera sórdida e ilegal.

Monfort decidió quedarse en la habitación. Tenía la cabeza embotada, aunque nada que no pudieran remediar un par de comprimidos de paracetamol.

Después de hablar con el doctor Senent, había conversado con Romerales largo y tendido. Aquello agravó el dolor de cabeza. Silvia seguía en casa de Leo. Juana continuaba en las dependencias de la comisaría.

Romerales dijo que no podrían retenerla por mucho tiempo, pero Monfort no quería interferir en el trabajo de Silvia. Era ella quien estaba investigando a las dos mujeres, ella sabría lo que tenía que hacer.

Romerales comenzaba a desesperarse. La sospecha de que fuera un secuestro lo llevaba a aquel estado de enajenación que todos conocían bien y del que era mejor situarse a cierta distancia.

Su teléfono sonó cuando estaba en el baño. Con el sobresalto se mojó la pernera del pantalón y maldijo de camino al aparato que estaba encima de la mesa.

–Dime –dijo sin mirar quién llamaba.

–Soy Terreros, inspector.

–¡Ah! Hola –intentó suavizar el tono–.

¿Qué hay de nuevo?

–Es sobre el tema del boxeo. En Castellón existe un gimnasio especializado, con mucha solera, en funcionamiento desde 1920, pero es del todo legal y completamente contrario a cualquier práctica ilícita. Por ahí pasaron figuras nacionales que despuntaron en su día, pero, de todas formas, creo que no hay mucha afición aquí.

–¿Habéis interrogado a fondo al propietario? ¿Ha visto las fotografías de los dos cadáveres?

–Sí. No los conoce. No los ha visto nunca. El responsable es un hombre de fiar, lo sé de buena tinta. Si supiera alguna cosa lo diría, no me cabe la menor duda. Seguiremos en contacto con él, por si acaso.

–Gracias.

–De nada. Lo siento.

–Es lo que hay –afirmó el inspector con poco entusiasmo–. ¿Dónde se puede haber metido? ¿Qué pensáis García y tú al respecto?

–¿La verdad?

–Sí, claro.

–No creo que se haya marchado así por las buenas, sin decir nada a nadie. Alguien la debe de tener retenida en

algún lugar por alguna razón que todavía desconocemos. Lo extraño es que no hayan pedido ya un rescate. Su padre tenía dinero.

—Sigue. —Había más en la cabeza del agente.

—El presunto boxeador mató al padre de Alba Casas en el Mercado Central. Luego, una tercera persona hizo lo mismo con él. Era un tipo del que no sabemos nada, pero al que por lo visto le partieron la nariz a gusto en muchas ocasiones. Puede que peleara por deporte, pero también podía hacerlo por dinero.

Se hizo un silencio que quedó suspendido en el tiempo. El agente

Terrerros no estaba en la comisaría. De fondo se oían los sonidos de la calle.

—¡Por dinero! —exclamó al fin Monfort, recordando de repente el pasaje del libro en el que Jake La Motta confesó a la Policía el amaño de algunos combates de boxeo—. ¡Apuestas! ¡Claro!

—¿Qué pasa, jefe? —Terrerros preguntó sorprendido.

—Lo teníamos ahí. —Hablabas como si lo hiciera para él mismo—. Tampoco era tan difícil.

—¿Cómo? —Terrerros creyó que el inspector hablaba con otra persona.

—Quiero que nos veamos en la comisaría dentro de media hora —

anunció—. Llamad a Romerales y a Silvia, decidles que voy hacia allí.

—De acuerdo —concluyó Terreros, haciendo una seña con la cabeza a su compañero.

—**A**puestas, Romerales, apuestas. — Monfort se dirigía al comisario, pero todos los presentes escuchaban atentos—. Se trata de un asunto de apuestas. Boxeo, combates ilegales, peleas amañadas, dinero apostado a favor de uno u otro boxeador. Los que apuestan por el vencedor se llevan la pasta, los que lo hacen por el que pierde, pues eso, pierden también. Y el intermediario se

lleva el mejor pellizco de los unos y de los otros. Pedro Casas entendía de negocios y lo mató un boxeador. Después llegó alguien que remató la faena cargándose al asesino. Y ahora desaparece la hija del empresario. ¿Qué me dices? La mesa ya tiene cuatro patas.

Los agentes Terreros y García, la agente Redó y Monfort, estaban sentados frente a la mesa del despacho del jefe. Romerales caminaba de un lado a otro, era evidente que le costaba estar sentado. Silvia había llegado la primera, preparó una jarra de café fuerte y lo sirvió en cinco vasos de plástico. Romerales no sabía de qué manera llevarse el vaso a la boca de lo caliente

que estaba. Se soplaban las yemas de los dedos y volvía a intentarlo una y otra vez. Monfort lo miraba atento esperando su respuesta. Finalmente dejó quieto el vaso.

—¡Estoy hasta las narices de indicios y especulaciones! —le espetó Romerales— ¡No le des más vueltas y dínos qué sugieres que hagamos! —A continuación se sentó despacio en su silla con el rostro compungido.

A Monfort el tema de las apuestas lo ponía enfermo. Lo transformaba en un ser indomable y esperaba que los demás no se dieran cuenta o que, simplemente, no se acordaran de lo que le había ocurrido a su esposa por culpa de una

maldita apuesta. No pudo evitar visualizar el rostro de Violeta. Un sudor frío le recorrió la espalda y el vello de los brazos se le erizó por completo. Recordó lo de la cocaína hallada en el vehículo que circulaba en dirección contraria. Su esposa chocó de frente, de forma tan violenta que todo quedó reducido a un montón de escombros entre los que se encontraba su propia vida. Recordó también el momento en el que le confirmaron que se trataba de conductores kamikazes que apostataban grandes sumas de dinero para ver quién era capaz de recorrer más kilómetros por la autopista en dirección contraria.

—Tú eres el jefe —contestó cuando

todos esperaban que diera un plan a seguir.

—Y tú el inspector al mando —indicó Romerales, con la vena del cuello a punto de explotar.

Monfort tenía la cabeza en otro sitio.

—Entonces, ¿lo hacemos a mi manera? —preguntó con la mirada encendida.

Romerales asintió despacio con la cabeza, era lo mejor, no le cabía la menor duda. Tampoco tenía otra opción. Silvia y los dos agentes intercambiaron miradas cómplices.

—Silvia —dijo Monfort, que estrujó el vaso vacío con una mano y se puso manos a la obra—, ocúpate de las dos mujeres de Pedro Casas, su ex y la

cuñada. Las quiero separadas, que no se vean, la ex que continúe en su casa, vigilada las veinticuatro horas. La hermana que no se mueva de aquí. Si es necesario, os inventáis alguna excusa para poder retenerla, pero la quiero aquí hasta que pongamos algo en claro al respecto. Sácales todo lo que tienen dentro, que hablen, que lloren, que ríen, que cuenten más acerca de Pedro Casas, seguro que se olvidan de algo.

»Vosotros —se dirigió a los dos agentes que habían terminado de beber sus cafés—, encargaos exclusivamente de buscar a Alba Casas, mantened a Silvia al corriente en todo momento y haced lo que ella os diga. Hay que encontrarla

como sea. Es la prioridad. Buscadla en la ciudad, en la provincia, donde haga falta. Hablad con todos y cada uno de los que han tenido algo que ver con ella, solicitad el personal que necesitéis. — Miró de reojo a Romerales—. Pero que no quede ni un cabo suelto. Y tú, jefe — dijo a la vez que apoyaba una mano en el hombro de Romerales—, ayúdales y reza para que Alba siga viva.

Romerales propuso empezar al día siguiente y que se marcharan a descansar. Era ya demasiado tarde. La medianoche había dado paso a la madrugada. En la calle, un viento gélido invitaba a recogerse. Monfort fumaba un cigarrillo con la mitad del cuerpo en la

entrada de la comisaría y la otra mitad fuera. El viento había volcado una papelera y lo que había en su interior volaba sin control. Silvia bajó a las dependencias inferiores para ver en qué estado se encontraba Juana. Terreros y García tampoco hicieron caso del consejo de Romerales y se sentaron en un despacho vacío para planear las acciones del día siguiente acerca de la búsqueda de Alba Casas. En definitiva, nadie estimó oportuno hacer caso de lo que había dicho el jefe, cosa, por otra parte, habitual en aquella comisaría.

Pisó la colilla y se despidió del agente de guardia. Los cuatro intermitentes del Volvo se encendieron

cuando accionó el mando a distancia. Dentro del coche se estaba bien. Una idea cruzó su mente por un segundo, como un fogonazo. Abrió la guantera y buscó algo. Debería hacer limpieza allí. Finalmente extrajo un CD de Eric Clapton. *Slowhand*, «mano lenta» en español, el apodo del genial guitarrista. Era un sobrenombre irónico, Clapton tendría sus cosas pero, desde luego, no la mano lenta. Introdujo el CD en el reproductor. Buscó una de sus canciones favoritas: *Lay Down Sally*. Puso el motor en marcha, accionó el intermitente y dobló a la derecha. *Lay Down Sally* era una canción ideal para conducir.

Apenas diez minutos más tarde se

incorporaba a la autopista. Miró el reloj, la una de la madrugada. Incluso deteniéndose para tomar un café y estirar las piernas conseguiría llegar al Hospital de Sant Pau de Barcelona a las cuatro de la mañana. Su madre le hubiera dado un buen tirón de orejas, como cuando era un niño y se desgarraba los pantalones trepando los muros de piedra de Vilafranca del Cid en vacaciones.

Silvia trataba de calmar a Juana. La amante de Casas lloraba después de que le comunicaran que se quedaría en la comisaría. Sabía que no era tanto por

tener que quedarse allí como por lo que debería saldar con su hermana. No quiso seguir haciéndole preguntas, no valía la pena, prefería hacerlo por la mañana, ella tampoco estaba muy despejada. Había sido un día muy duro. Las dos mujeres eran agotadoras. Silvia debía desgranar con atención las miserias que le iban contando, intentando separar la verdad de lo que seguramente era mentira. No era una tarea fácil. Ni todo era verdad, ni todo era mentira. Pero jugaban contrarreloj y si algo veía claro era que Leo no tenía nada que ver con la desaparición de su hija. Sin embargo, no podía afirmar lo mismo de Juana. No sabía la razón que la llevaba hasta

aquella duda, pero dudaba y eso era suficiente para seguir buscando. En todo caso, se marchaba a intentar dormir. Las ideas sobre lo que debería preguntarle al día siguiente se agolpaban en su cabeza. Consiguió que Juana se tomara una pastilla para dormir y la dejó tumbada en el camastro, tapada con una manta de color gris.

Se despidió del agente de guardia que estaba en la puerta. Se abrigó y salió a la calle. El coche de Monfort ya no estaba. Se habría marchado al hotel. De repente se acordó que tenía el teléfono silenciado, lo sacó del bolsillo. Tenía dos mensajes, los dos de la misma persona. Todavía en la puerta de la

comisaría, los leyó. El viento no la molestaba, el frío no la incomodaba, parecía que tenía los pies pegados al suelo. Los volvió a leer. Un coche aparcado frente a la comisaría hizo ráfagas de luces para captar su atención, miró hacia allí y cuando las luces se apagaron reconoció a Jaume Ribes. Miró de nuevo la pantalla del teléfono. Los mensajes eran suyos y ahora había venido a buscarla. Cruzó la calle con las piernas temblorosas. Vaya policía estás hecha, pensó. Él se apeó del coche y fue a su encuentro.

–Te he llamado. No estabas en el piso de tu compañera –dijo con aquella voz

que a ella le sonaba a hogar—. He supuesto que estarías trabajando.

Silvia no dijo nada. Se separó un poco de su lado dando un paso hacia atrás. A continuación se encaminó hacia la puerta del copiloto, la abrió y se metió dentro del coche.

En Barcelona, el Hospital de Sant Pau adquiría formas caprichosas con las sombras de la noche. La vista del conjunto desde el patio principal, con el majestuoso pabellón central delante y el resto de pabellones diseminados a su alrededor, le daban, a aquellas horas, un aspecto entre colosal y fantasmagórico.

Los elementos decorativos que remataban las fachadas, las vidrieras y los tejados de colores, eran un legado fantástico del modernismo catalán.

Pero Monfort no había ido hasta allí en mitad de la noche para hacer turismo. Aparcó en el interior del recinto tras mostrar su placa al vigilante que custodiaba la puerta, no iba a ponerse a buscar aparcamiento a semejantes horas. Buscó el pabellón donde estaba ingresada su madre. En el largo pasillo solo vio a una enfermera a la entrada de la unidad de cuidados intensivos, pero ni ella ni él cruzaron palabra salvo un escueto saludo de buenos días. Para él era de buenas noches, pero tampoco iba

a entrar en detalles, a la enfermera le faltarían apenas dos horas para acabar su largo y pesado turno de noche. La gran pared acristalada desde donde se podía ver a los pacientes tenía la cortina cerrada. Intentó ver a través de las lamas, pero le fue imposible. Al fondo había una puerta con un cartel en el que se leía: personal de enfermería. Llamó sin hacer ruido y abrió la puerta. Un hombre vestido con una bata blanca dormía en un sofá. En un pequeño televisor se veía el canal de noticias 24 horas de Televisión Española. Una mesa sobre la que había una cafetera eléctrica completaba el mobiliario de la pequeña sala. Monfort pensaba que no había

hecho el menor ruido, pero el hombre se incorporó. Era el doctor Senent.

—¡Joder! —exclamó frotándose los ojos y buscando sus gafas en un bolsillo de la bata—. ¡Qué susto me has dado!

—Perdona —se excusó Monfort y le tendió la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Senent, y encendió la luz.

—Dímelo tú.

—Está estable.

—¿Eso es malo o es bueno?

—Ni una cosa, ni la otra, pero aquí está bien, controlada. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

—Tuvo una recaída grave, pero llegamos a tiempo. La tenemos

estabilizada, iremos viendo cómo evoluciona.

—¿Saldrá?

—Yo no me haría muchas ilusiones. — Introdujo una cápsula de café en el aparato, colocó la taza y pulsó el botón.

Tendió el café a Monfort y lo invitó a salir a la calle para fumar un cigarrillo. Allí hablaron durante quince minutos sobre el estado de su madre.

—Vamos, ven, haré una excepción y te dejaré verla un momento —anunció el doctor. A Monfort se le iluminaron los ojos—. Y luego me dejas que te quite esos puntos que llevas en la cabeza antes de que se pudran y te provoquen una infección.

No sabía cómo le había visto la herida en la cabeza, pero no dijo nada, solo puso cara de agradecimiento, o al menos lo intentó.

Eran las ocho y media de la mañana cuando el Volvo entraba en el aparcamiento del Hotel Mindoro. Se había pasado toda la noche conduciendo y ya estaba de vuelta. La música le había ayudado a mitigar el sueño durante el viaje. No había pegado ojo, pero visitar a su madre y hablar con el doctor le había proporcionado un poco de tranquilidad.

El salón de desayunos del hotel

estaba prácticamente vacío, aprovechó para tomar café y comer algo. A continuación, subió a la habitación y se dio una larga ducha mientras dejó cargando el móvil. Se afeitó y se vistió con uno de los trajes que tenía en el armario. Se miró en el espejo y pensó en su madre, a ella le gustaba verlo así, bien vestido.

Sonó el teléfono. Era Silvia. Contestó.

—Buenos días.

—Buenos días, por decir algo —dijo ella, y a continuación—: la ex de Casas ha intentado suicidarse esta noche.

Seguían sin recibir noticias de Pedro Casas.

Habían pasado más de dos meses desde que regresaron a casa. Él como un hombre valorado por la contundencia de sus puños y ella con los bolsillos llenos pero la conciencia sucia.

Carmen había sido incapaz de proponerle a Luis que dejara de boxear en los combates ilegales, como le hubiera gustado. Era una mujer débil, había quedado patente en demasiadas ocasiones, y tampoco entonces fue capaz de hacer lo que le dictaba el corazón.

Cuando Luis se marchaba al gimnasio y ella se quedaba sola en casa, no podía evitar que el techo del piso se poblara de nubes grises. Entonces pensaba en que el dinero se acabaría pronto. Recordaba el profundo vacío que le provocaba la falta de alcohol. Con el paso de los días llegaron la desidia y el aburrimiento, y a Luis se le instaló una sombra en el rostro. Él no decía nada, ella tampoco, pero la sombra seguía estando allí en todo momento.

Los horarios de entrenamiento solitario en el gimnasio empezaron a alargarse de manera alarmante. Carmen se sentía cada vez más sola y

su propia debilidad hacía mover los cimientos de su empeño en agarrarse a la vida. Mataba el tiempo como podía para intentar quitarse de la cabeza las turbias ideas que amenazaban su estabilidad.

Se entretenía cocinando, pero una vez pasada la emoción inicial, Luis dejó de probar los platos que ella cocinaba a causa de su estricta dieta y el resultado solía acabar en el cubo de la basura. Pensó en buscar trabajo, en encontrar una ocupación que la mantuviera distante de sus fantasmas, pero ello implicaba salir a la calle, relacionarse con otras personas, y

todos los pensamientos, finalmente, la llevaban hasta la bebida.

Se concentró en que debía suceder algo de una vez por todas. Fijó su mente en un punto concreto, canalizó el devenir de su destino hacia algún lugar para que su vida diera un vuelco.

Debía ocurrir algo para que los cimientos de su existencia dejaran de tambalearse o, por el contrario, lo hicieran de una vez por todas.

Y ocurrió.

Leo intentó suicidarse provocándose incisiones profundas en las muñecas con la cuchilla que utilizaba para depilarse las piernas. Por fortuna, la agente que la custodiaba no dejó que cerrara la puerta por dentro cuando fue al baño. Oyó un gemido ahogado y entró a toda prisa; la encontró tendida en el suelo desangrándose.

La ambulancia medicalizada llegó

enseguida y consiguieron estabilizarla en el trayecto hasta el centro hospitalario.

Silvia fue al hospital en cuanto la agente la llamó. Leo se encontraba estable dentro de la gravedad. Había perdido mucha sangre y la reconstrucción de las venas había sido complicada. Debían esperar noticias del cuerpo médico.

Juana seguía en las dependencias policiales. La jueza había sido informada por el comisario Romerales y no puso impedimento alguno para que permaneciera allí bajo el pretexto que creyeran oportuno. Ella también era de

la opinión de que podía saber más de lo que contaba.

Monfort llamó al subinspector Solano antes de trasladarse a la comisaría.

—¿Me llamas tan temprano para invitarme a desayunar? —contestó Solano.

—¿Los tipos como tú desayunáis? — Monfort se mostró igual de sarcástico que el policía aragonés.

—Venga, al grano, que por tu culpa me toca hacer horas extras de las que no veré ni un duro.

—¿Qué más has averiguado?

—Que además de los libros y todo lo demás que te comenté, vive en la oficina.

–Eso ya lo sabía, sigue.

–En la misma calle Tallers, hay un bar que sirve comidas donde han reconocido la fotografía que les he enseñado. Dicen que suele ir de vez en cuando, come, paga y se marcha. Siempre va sola, ningún camarero recuerda haberla visto acompañada. Lo mismo en una panadería cercana y en un pequeño colmado que hay en la esquina de la calle de Jovellanos. La han visto, sí, pero no la conocen más que de pasada.

–¿Has buscado algo en referencia a Libros del Crepúsculo?

–Sí. No está inscrita en el registro mercantil con ese nombre, tampoco con el de ella. Está a nombre de su padre,

Pedro Casas. El nombre de ella no aparece en ningún lugar. He visitado algunas librerías, pero pocos la conocen personalmente.

—¿Y quién lleva los libros de su editorial a esas librerías?

—Un distribuidor.

—¿Has hablado con él?

—Pues claro, ¿tú qué te crees?

—Suéltalo.

—Es un tipo con una panza digna del libro ese de los récords. Ignacio Vilches, de unos cincuenta y muchos años. Lo único que le interesa de ella es que dice que «está cañón», los libros le dan exactamente igual. Me dijo, además, el sinvergüenza, que si la moza no

estuviera como está no le aceptaría ni un solo encargo, pero que con solo verla de vez en cuando por el despacho, ya le vale la pena.

Monfort guardó silencio unos instantes hasta que el subinspector habló de nuevo.

—Oye, Monfort, yo creo que aquí no hay nada que hacer con este tema. La chica no está por aquí. Seguiré alerta, y si hay algo te aviso. Vinyals ya se ha enterado. El jefe tiene debilidad por tus caprichos. Ha dicho que haga lo que me digas y que no repare en personal ni en gasto alguno, imagínate, voy a todas partes en taxi, parezco un *gentleman* de esos.

—Gracias —dijo Monfort—. Muchas gracias. —Pensaba en las palabras que acababa de escuchar.

—¿Estás aprendiendo modales en Castellón? —preguntó Solano antes de colgar.

«El jefe tiene debilidad por tus caprichos.»

Si aquello había salido de la boca del comisario principal Vinyals, podría ser que todavía quedara alguna esperanza para un poli pasado de moda como él.

Tenía poco sentido que Alba Casas viviera en la oficina de un sórdido edificio de la calle Tallers, pero cosas

peores había visto, por supuesto, incluso hubo una época en la que él mismo hubiera preferido vivir en una buhardilla del barrio chino barcelonés a hacerlo junto a sus padres en el espléndido paseo de Gracia.

Pero tenía la esperanza de que Solano encontrara alguna amiga, o algún amigo, o un novio, o un escritor enamorado que le recogiera el correo. Algo, alguien, pero nada. Únicamente el distribuidor baboso, encandilado por la sugerente figura de la joven, pero inofensivo a ojos de Solano, quien por otro lado no solía equivocarse evaluando a la gente que se le ponía por delante. Si había

dicho que el distribuidor era solamente un viejo verde, no había más que pensar.

Debía cerrar algunas puertas para abrir otras. Eliminar lo innecesario y centrarse en el camino a seguir.

El doctor Senent le había retirado los puntos y curado la herida que, según él, había cicatrizado bien pese al poco cuidado que le había dedicado. Faltaba saber la suerte que correría Han, el amigo de Alba, otro escollo en el camino, un advenedizo que no sabía nada de ella. Menudo imbécil, pensó saliendo del aparcamiento del hotel. Esperaba que la ley lo castigara como merecía para que en el futuro lo pensara dos veces antes de estrellar botellazos

en las cabezas ajenas con el único fin de hacerse el machito.

Aparcó en la entrada de la comisaría y fue directamente al patio interior. Esperaba encontrar allí al agente Bouza.

– Nada relevante –informó–. Algunos cabellos que no coinciden con su color de pelo, pero que podrían ser de cualquiera. No obstante los enviaremos para que los analicen. La guantera está limpia, tan solo unos CD y la documentación del vehículo. Un perro del departamento de estupefacientes ha rastreado el interior y el maletero, pero no ha encontrado nada más que un paquete de caramelos de miel y limón para combatir la tos. Ni rastro de

drogas. Ahí –dijo Bouza a la vez que señalaba el Audi de Alba Casas–, no hay más que el coche de una joven. Y no vamos a sacar conclusiones por el tipo de música que escucha.

–No, claro –corroboró Monfort–. Disculpa la indiscreción. ¿De qué parte de Galicia eres? –preguntó, intrigado por el fuerte acento del agente.

–De Ferrol –contestó.

Aquello quedaba muy lejos de Padrón. No conseguía quitarse de la cabeza al asesor de Pedro Casas.

–¡Sube enseguida!

Romerales lo llamaba a gritos desde una de las ventanas que daban al patio

interior. Monfort miró de reojo hacia el lugar de donde provenía el aullido.

–Gracias –le dijo a Bouza, y le tendió la mano.

–Siento no haber sido de mayor utilidad –se disculpó el agente.

–No te preocupes. Y espero que no tengáis que escuchar eso a fondo –dijo, señalando la carátula de un CD titulado *Lo Mejor del Año* que Alba Casas llevaba en la guantera.

–**H**ay un hombre en el despacho de al lado que dice ser hermano de la segunda víctima –anunció Romerales visiblemente excitado.

–Buenos días –saludó al entrar en el despacho contiguo al del jefe, en el que un agente, de pie junto a la puerta, vigilaba a la persona que estaba sentada–. Soy el inspector Monfort.

Le echó unos cincuenta años, aunque aparentaba más. De aspecto rudo, tenía la cara llena de surcos y arrugas. Parecía un hombre de campo, a juzgar por la vestimenta y por su piel castigada por el sol. Tenía las manos callosas y las uñas gruesas y de color marrón.

El hombre desdobló la página de uno de los periódicos en el que aparecía la fotografía del cadáver.

–Es mi hermano –dijo con un marcado

acento valenciano—. El de la foto, es mi hermano.

—¿Está seguro? —preguntó. Romerales estaba bajo el marco de la puerta.

—¡Es él! —exclamó.

—Dígame su nombre.

—¿El mío o el suyo?

Monfort exhaló un suspiro. Le dio igual lo que pensara el hombre.

—El de los dos —optó por decir.

—Yo me llamo José y él, Vicente.

El burro delante, pensó Monfort.

—Adelante, póngame al corriente, cuénteme su vida para que me crea que realmente este —dijo, y señaló la fotografía del periódico—, era su hermano.

El asesino de Pedro Casas se llamaba Vicente Roig. Los dos hermanos habían nacido en la población de Nules, a escasos veinte kilómetros de la ciudad de Castellón. Provenían de una familia de agricultores dedicados al cultivo de naranjos. José era mayor que Vicente, entre ellos había una considerable diferencia de edad. Los padres habían fallecido muy pronto y los dos hermanos vivieron solos en la casa de sus padres hasta que Vicente desapareció sin decir adonde iba y sin llevarse mucho más que lo poco que llevaba puesto. José lo buscó durante un tiempo, pero nunca lo denunció a la Policía, pensó que andaría enredado en algo. Frecuentaba pésimas

compañías y se emborrachaba a menudo.

—¿Usted está casado? —preguntó Monfort.

—No —contestó el hombre con tono adusto.

—¿Y su hermano, lo estuvo?

—No, que yo sepa. —Se quedó en silencio un momento y luego añadió—. ¿Quién iba a querer estar con él?

La vida en común entre ellos habría sido un calvario desde que faltaron sus padres, no cabía la menor duda.

—¿De qué murieron sus padres?

—Mi padre de cirrosis, seis meses y al hoyo —dijo a la vez que señalaba con el dedo pulgar hacia abajo.

—¿Y su madre?

El hombre se encogió de hombros.

–El médico dijo que se quiso ir con él.

–Sí, pero moriría de algo, ¿no?

Miró a Monfort con ojos vidriosos y la mueca que hizo con la boca fue suficiente para que el inspector desistiera; no valía la pena.

–¿Cuántos años hace que se fue su hermano?

–No sé, cuatro..., cinco...

–¿Lo vio alguna vez en ese tiempo, aunque fuera un momento?

–No. Nunca. –Miraba hacia la puerta, donde estaba Romerales. Si pudiera retroceder en el tiempo seguramente no hubiera ido hasta allí para decir que el

de la foto era su hermano. Seguro que ahora, con tanta pregunta, se arrepentía de haber abierto la boca.

—¿Su hermano boxeaba?

—No, que yo sepa. —Era la segunda vez que pronunciaba la misma frase.

—¿Se ha fijado bien en la fotografía? ¿Ha visto su cara con detenimiento? — Monfort puso el dedo índice sobre la página del periódico.

—Sí.

—¿Y no le parece la cara de un boxeador?

—No sé.

—¿No sabe?

—No.

—¡Joder! —exclamó Monfort harto de

aquel diálogo.

Se hizo un silencio que el hermano de la víctima rompió cuando menos se lo esperaba.

—A veces volvía así a casa con ese aspecto, con la nariz partida por algún puñetazo, o lleno de moretones por todo el cuerpo.

—¿Su hermano tenía enemigos?

—Supongo que sí. Las malas compañías no traen nada bueno, y el alcohol es muy malo.

Era un campesino rudo, pero sabía de lo que hablaba.

—¿Alguno en especial? ¿Alguien que quisiera quitárselo del medio?

—No sé. Yo nunca me metía en sus

cosas.

El hombre estaba entero. Reconoció la fotografía en los periódicos y había acudido a la Policía para que dejaran de buscar, para decirles que aquel era su hermano. Pero poco más.

Monfort decidió apretarle un poco las tuercas antes de que lo acompañaran hasta el Instituto de Medicina Legal de Castellón para reconocer el cadáver.

—¿Es consciente de que su hermano está muerto?

—Sí.

—¿Que lo asesinaron de un disparo que le reventó el corazón?

—Sí.

—¿Le suena de algo el nombre de

Pedro Casas?

—No me suena de nada.

—¿Sabe que antes de que lo mataran asesinó a una persona?

—No. No tenía ni idea.

—¿Y no le afecta?

—Sí.

—¿Y entonces? —Monfort arqueó las cejas.

—Yo sabía que Vicente acabaría así.



Luis estaba exultante. Todavía no había amanecido cuando se levantó de la cama. Trasteaba en los armarios de

la cocina preparando el desayuno que le proporcionara la energía necesaria. Pedro Casas lo había llamado para decirle que el entrenador y el Churro irían al gimnasio para prepararlo de cara a una nueva tanda de combates.

El cielo se despertaba despacio y el color púrpura anunciaba un nuevo día. La noche había sido fría y algunos carámbanos colgaban de los aleros de las casas. Carmen se hizo la dormida, pero estaba completamente despierta. Le dolía el estómago y los nervios la estaban consumiendo. Oyó la puerta al cerrarse y las pisadas de Luis bajando las escaleras con su bolsa de deporte colgada al hombro. A Luis aquello le

insuflaba vida, pero a ella se la arrebatada. Su plan de convencerlo para no continuar con los combates ilegales acababa de salir por la puerta. Había deseado que ocurriera algo y así fue.

Todavía en la cama, se tapó por completo con la manta y se acurrucó en posición fetal. Oscuridad y llanto. Temblaba como si tuviera mucho frío. De repente se puso a gemir de dolor. Sudaba y tenía frío a la vez, sentía un hormigueo implacable en los dedos de las manos y de los pies. Empezó a rascarse compulsivamente por todo el cuerpo. El mono, la abstinencia; nadie que no hubiera pasado por aquel

estado se podía hacer una ligera idea de lo que significaba y las consecuencias que producía. Beber, beber, beber. No recordaba mejor placer que el de dar un buen trago al despertar.

Sin darse cuenta se orinó en la cama y sintió vergüenza, como cuando era una niña y su madre escondía las sábanas mojadas para que su padre no se burlara de ella. Su madre no estaba ya para abrazarla y lavarla con cariño, y secarla con una toalla limpia, y decirle cosas bonitas al oído.

El entrenador y el Churro bebían sol y sombra en un bar cercano al gimnasio. Pedro Casas había dado

instrucciones para que el Diamante Loco estuviera en forma lo más pronto posible. En poco más de una semana debían salir de viaje. Esta vez los esperaban diez combates repartidos por buena parte del país. El último, el más importante, sería en Castellón. Pero los demás no sabían nada de ello y él no pensaba dar ninguna pista hasta que llegara el momento.

El entrenador tenía los ojos cansados y la mirada perdida. Hablaron en el bar sobre el dinero que Casas se embolsaba por los combates, de la diferencia a la hora de repartir las ganancias. El entrenador estaba cansado de aquella vida, pero el dinero

que ganaba no lo podría conseguir de otra forma, eso lo tenía claro. Pese a ello, dijo que Casas debía guardar el dinero lejos de los bancos para no levantar sospechas. El Churro se interesó por aquella información. Pidió otras dos copas a un camarero falto de sueño que les sirvió sin prestarles atención. El entrenador, convencido de que su parte era poca cosa y su trabajo muy importante, incitó al boxeador a pensar que la suya también era menor de lo que en realidad le correspondía.

En realidad, el entrenador era solo un amigo de Pedro Casas con quien compartía su afición por el boxeo. Conservaban su amistad desde hacía

muchos años. Juntos habían viajado hasta Valencia, Barcelona o Madrid, cuando en esas ciudades se disputaban combates importantes. Un día, estando en Valencia, en una cafetería de la esquina de la calle Troya con San Vicente Mártir, tras presenciar un combate, Pedro le habló de ciertas peleas clandestinas en las que se apostaban importantes sumas de dinero. Fue él también quien lo acompañó otra tarde hasta un tugurio del barrio del Cabañal de Valencia, donde un energúmeno entrenaba a jóvenes dispuestos a partirse la crisma dando puñetazos. Eran, por norma general, chicos salidos de

reformatorios, pequeños delincuentes acostumbrados a las palizas callejeras, a golpear duro y salir corriendo. Al energúmeno se le conocía por el sobrenombre de Roco. Alardeaba de haber sido una gloria en el mundillo del boxeo de Valencia, cuando en esa ciudad se celebraban combates todas las semanas y el deporte del cuadrilátero estaba en boga. Tenía un despacho pequeño, con las paredes repletas de carteles amarillentos por el humo del tabaco, en los que se podía leer su apodo junto al de otros boxeadores más o menos conocidos. Era una bola de sebo, estaba tan gordo que apenas entraba por la puerta de la

paupérrima oficina. Fumaba puros que impregnaban el gimnasio de un olor rancio.

Aquel día en Valencia, aconsejados por Roco, Pedro Casas y su amigo tramaron un plan que se convirtió en una forma de vida y en una manera de ganar dinero fácil. Muy fácil para ellos y muy difícil para los ingenuos boxeadores dispuestos a jugarse la vida dándose puñetazos para que otros se enriquecieran.

El Churro y el Diamante Loco realizaron sus ejercicios bajo la atenta mirada del entrenador. Estaban en forma. Pese a los días de descanso y la supuesta inactividad, no habían

perdido su condición física. Trabajaron los golpes aprendidos, ejercitaron piernas y brazos, revisaron las técnicas de protección que tan importantes eran para una buena defensa. Saltaron a la cuerda de forma individual para fortalecer los tobillos, trabajaron con el saco de arena, levantaron pesas, hicieron flexiones y estiramientos. Durante horas entrenaron sin descanso, revisando los puntos importantes que el entrenador llevaba anotados en su libreta. Tras la ducha hicieron un receso para comer. Luis no fue a su casa, sabía que Carmen estaría esperándolo con la comida en la mesa, pero prefirió quedarse a

comer con ellos en un bar cercano y seguir después con el entrenamiento.

El entrenador les habló de las grandes noches de boxeo y de los buenos tiempos. A los dos púgiles les brillaban los ojos cuando les contaba los combates a los que él y Pedro Casas habían asistido. Les habló de victorias, de glorias conseguidas por boxeadores famosos, pero al entrenador ya no le brillaban los ojos, sus palabras sonaban huecas. Quizá ya no creía en todas las mentiras que él mismo inventaba y que durante mucho tiempo creyó suyas, aunque nunca lo hubieran sido.

Hablaba de boxeo, pero solo

pensaba en el dinero, en el dinero que su socio repartía de forma injusta.

Carmen tiró a la basura el plato de lentejas que había preparado para Luis. Miraba nerviosa el reloj que pendía de una de las paredes de la cocina. Las agujas corrían más lentas de lo normal, más despacio de lo necesario. No iba a venir. No había avisado siquiera. Quizá ella estaba de más en todo aquello. Quizá no había sido tan buena idea dejar de beber.

No esperó a Luis levantada. Había tomado varios somníferos. Sabía que si lo esperaba despierta acabarían discutiendo, Luis podía ser imprevisible si ella atacaba lo que más

le gustaba hacer en la vida. La cuestión era: o salir y buscar alcohol, o atiborrarse de pastillas y dormir para dejar pasar el tiempo. Las dos opciones eran nefastas, pero no tenía ganas de luchar contra nada. Solo quería dormir para no vivir en la pesadilla en la que se estaba convirtiendo su vida.

Al día siguiente trabajaron fuera del gimnasio. El entrenador había decidido que se alejarían el máximo tiempo posible de allí. Los metió en el coche y se los llevó fuera de la población. Para evitar sospechas, se ejercitarían al aire libre. Era posible que se estuviera volviendo paranoico, pero era lo que

sentía y no podía hacer nada para remediarlo. Creía que el hombre que trabajaba allí los miraba demasiado, aunque de momento no se lo explicaría a Casas.

Al tercer día, el Churro no acudió a entrenar. Había bebido demasiado por la noche y la resaca no lo dejó levantarse de la cama. La dueña del hostel en que se alojaban no hacía preguntas y le pagaron toda una semana por adelantado. Aquella mañana el entrenador bromeó con el estado en el que llegó a la habitación por la noche y las cosas que balbuceaba completamente ebrio. A Luis no le hicieron la menor gracia sus

chascarrillos de borrachos, conocía de sobra aquella adicción cruel que actuaba como una apisonadora. El entrenador se dio cuenta de su torpeza y cambió de tema mientras su pupilo ejercitaba las piernas corriendo por un sendero empinado y tapizado de piedras.

Carmen se levantó con un intenso dolor de cabeza que le recordó a las peores épocas de su vida. Se amorró al grifo del lavabo y bebió agua. Luego observó sus ojeras en el espejo. Se desnudó como hipnotizada, entró en la ducha y dejó que el agua resbalara por su cuerpo. Decidió arreglarse y no pensar en lo que la atormentaba. Si se

enfrentaba con Luis lo perdería. Si discutía y lo alejaba de lo que a él le llenaba, recogería sus cosas y desaparecería de allí. Tenía esa terrible convicción y aquel miedo era lo que no la dejaba vivir en paz. Se puso el vestido negro que a él le gustaba. Se maquilló para disimular las ojeras y se retocó con un poco de pintalabios y rímel. Debía aplicarse, acicalarse, estar a su lado, dejarse de monsergas y servir de algo. Ayudar, apoyar, estar con él, a las buenas y a las malas. Él la había ayudado a salir del abismo del alcohol, lo menos que podía hacer era estar a su lado, no contra él.

Aquellos pensamientos la enderezaron, la hicieron sentirse más guapa, más útil, más mujer. El dolor de cabeza había desaparecido. Saldría a comprar algo para la cena. Le daría una sorpresa, una alegría.

Cuando se disponía a salir, llamaron al timbre de la puerta. Cometió la torpeza de no mirar a través de la mirilla y abrió.

Los agentes Terreros y García acompañaron a José Roig hasta el Instituto de Medicina Legal para reconocer el cadáver de su hermano.

Cuando el doctor Morata abrió el cajón y la camilla interior se deslizó hacia afuera, observaron un ligero temblor en el mentón del agricultor de Nules, que se había mostrado impertérrito hasta entonces. No cabía la

menor duda: el cadáver hallado en la calle Pescadores correspondía al hermano díscolo de aquel hombre que, muy a su pesar, había tenido la decencia de presentarse en la comisaría.

El doctor Morata cerró de nuevo el cajón. Entonces, José Roig se llevó ambas manos a la cara y emitió unos extraños sonidos que quizá ni siquiera él mismo había oído nunca. Morata rellenó el acta, echó un vistazo a su reloj de pulsera y confirmó el documento con la fecha, la hora y su peculiar rúbrica de médico de los de antes.

Terreros llamó a Monfort.

—Es su hermano —confirmó al inspector.

—Ahora tendremos que enviar a alguien hasta Nules para investigar en el entorno de esa familia, si es que existe algún entorno. Ya me imagino los gritos del comisario —imitó una voz parecida a la del jefe—: ¡Cómo si fuéramos sobrados de personal!

Terreros sonrió y luego guardó silencio. Se avecinaba tormenta y no solo meteorológica.

—Tranquilo, se lo diré yo —apostilló—. ¿Algo nuevo de la desaparecida?

—No —contestó el agente.

—El tiempo corre en nuestra contra. Más tiempo desaparecida, menos posibilidades de encontrarla sana y salva. En algún lugar tendrá que estar, y

presumo que sigue con vida –afirmó rotundo.

–¿Seguro? –A Terreros le salió de dentro.

–Quienquiera que la tenga retenida la necesita. Y eso quiere decir que la necesita viva, no muerta. Tarde o temprano el responsable dará señales de vida. No tiene sentido que la tenga escondida y no la quiera utilizar como moneda de cambio.

–¿Sugiere que hagamos alguna cosa?

–Seguid buscando, nada más.

–Lo haremos.

–¿Dónde está el hermano de la víctima?

–Aquí, con García. Vamos a llevarlo

de vuelta a Nules. Por lo que dice vino en autobús, no tiene coche.

—¿No ha hecho ningún comentario más?

—No. Parece un buen hombre. Pero es más de pueblo que el tomillo —ironizó Terreros.

—Sí. —Monfort sonrió, hacía mucho tiempo que no oía aquella expresión.

Terreros escuchó algo que le decía su compañero.

—¡Ah, sí! Dice García que le diga que en Nules conocen a los hermanos con el apodo de los Churros. Según ha dicho, su padre era de Catí, y por aquí llaman así a los que son del interior de la provincia.

Monfort le dio las gracias y pulsó la tecla de final de llamada. Los Churros, pensó. Si a Vicente Roig lo llamaban el Churro, podría ser un buen alias para un boxeador.

Se imaginó un cuadrilátero y público vibrante a su alrededor. Un árbitro vestido de negro en mitad de la lona y un púgil en calzón corto: «A mi izquierda, directamente desde Castellón, el Churro».

Sí, efectivamente, no era un mal apodo para un boxeador.

Miró el teléfono y tuvo la tentación de llamar al doctor Senent para preguntar por el estado de su madre, pero se lo pensó mejor y optó por no ser pesado.

Si había alguna noticia, él lo llamaría. No servía de mucho consuelo, pero no había más.

Justo cuando empezaba a creer que quizá no podría averiguar cuál era el secreto de su madre y Encarna Querol, sonó el teléfono y en la pantalla se reflejó un número que no tenía guardado.

–Soy Trini –dijo la voz–. ¿Se acuerda de mí?



Retrocedió un paso al abrir la puerta. El Churro no se presentó con las manos vacías. La botella de vodka conservaba

todavía el precinto en el tapón. Su sonrisa dejó a la vista los dientes que tantas veces se habían tambaleado con los golpes propinados por otros boxeadores. Carmen dio otro paso hacia atrás. Él, dos hacia adelante, hasta que tuvo su rostro a un palmo del de ella. Desenroscó el tapón y los efluvios del alcohol llenaron el pequeño espacio entre la puerta y su corazón. Las fosas nasales se le ensancharon, aspiró a conciencia la droga que tanto echaba de menos. Sintió un ligero temblor en las piernas, luego en las manos y un segundo más tarde en el cerebro. Él dio un trago largo directamente de la botella y a

continuación se la tendió invitándola a hacer lo mismo. Ella negó con la cabeza, pero sin convicción. El Churro volvió a beber. La nuez de su garganta subía y bajaba al ritmo que imprimía el trago.

Y ella se derritió entera.

Con la mano temblorosa, aceptó el veneno que le ofrecía. Agarró la botella y saboreó el licor que él llevaba impregnado en los labios.

Unos cuantos tragos más tarde, su vestido negro cayó al suelo hecho un ovillo, el boxeador la levantó en volandas y la llevó de vuelta al infierno.

Por las noches, en la cama, cuando

quien dormía junto a ella era Luis, la cabeza de Carmen se debatía entre las mentiras, el sexo y el alcohol. Había conseguido engañar a Luis, o eso creía. Él volvía a llegar a casa muy cansado y tarde y, aquellos días, ella intentaba irse a la cama antes de su vuelta. Se sentía valiente porque, de momento, el alcohol ingerido con el Churro cada mañana, o cada tarde que él conseguía escabullirse de los entrenamientos, había pasado desapercibido. El Churro aprovechaba cualquier ocasión para ir hasta su casa. Hacían el amor con prisa, con la excitación que les otorgaba la posibilidad de ser descubiertos. Lo hacían en la cocina,

en el salón, en el cuarto de baño, pero nunca en la cama. Carmen no quería que en la comodidad del colchón se alargaran más de lo debido. La tenía hechizada. Las manos fuertes y poderosas del Churro asían sus caderas, la levantaban del suelo y la sostenían contra la pared. Así, de esa manera, satisfacían sus instintos prohibidos, casi salvajes. Carmen suspiraba cuando él se marchaba tan deprisa como había llegado, y su sexo palpitaba ansioso de un nuevo encuentro, rápido y fugaz, alocado y etílico.

El Churro se llamaba Vicente. Se lo dijo la primera vez que hicieron el

amor, cuando la botella de vodka apenas contenía un suspiro y sus alientos apestaban a alcohol y a sexo furtivo.

Se le borró de un plumazo gran parte de su anterior vida. Era como si aquella Carmen que había vivido dentro de ella se hubiera desvanecido, dando paso a la joven desinhibida que había sido. La mujer que hacía que los hombres se giraran al verla pasar. Se sentía poderosa. Cuando Vicente no estaba, ella recordaba sus manos agarrándole los senos, su cuerpo caliente moviéndose dentro de su ser.

Intentó dormir, pero no pudo. Luis descansaba tranquilo. Su respiración

acompasada le proporcionaba el descanso que necesitaría en los próximos días. Pobre Luis, pensó. Pobre de ella misma. Cuál sería su destino si se enteraba de aquello.

Miró el reloj de la mesita de noche. Faltaban apenas tres horas para que Pedro Casas fuera a recogerlos y emprendieran el camino hacia aquella nueva ruta de combates ilegales. Cómo haría para mantener el engaño. Cómo se las arreglaría para gozar del sexo de su amante. Si Luis se enteraba lo mataría, ella lo sabía muy bien. Si Luis lo amenazaba, el Churro sería capaz de acabar con él a traición. Contempló por un instante la opción de no

acompañarlos en aquella ocasión y dejar que las cosas afloraran entre ellos y se mataran el uno al otro, pero sabía que Luis no se iría sin ella y no quería enfrentarse a él. Le temblaban las manos y tenía la boca seca. Se levantó sin hacer ruido. En uno de los armarios de la cocina escondía una botella de ginebra que el Churro había llevado por la mañana. Le quedaba apenas un trago, pero bastaría para calmar el maldito temblor de las manos.

Al pasar por el pasillo miró de reojo el equipaje, preparado para un viaje que quizá fuera el último, y en su mente

se instaló una funesta premonición que no logró apartar.

—Por supuesto que la recuerdo —
contestó Monfort.

Menuda, de aspecto juvenil. Divertida en sus gestos, con una particular nariz sobre unos bonitos labios. Ojos negros, pequeños y vivos, el pelo largo, de un intenso color negro. También recordaba su voz cadenciosa y relajante. Quizá fuera ese el secreto para que la señora

Querol se encontrara tan a gusto con ella.

—Encarna Querol me ha hablado de su madre —anunció Trini sin más preámbulos.

Se le hizo un nudo en la garganta y no supo qué decir.

—Son cosas del pasado —continuó—, nada malo en realidad, supongo.

—¿Cómo ha sido? ¿Se ha puesto a hablar de repente sobre ella? —atinó a preguntar Monfort.

Trini guardó unos eternos segundos de silencio.

—He sido yo. —Bajó la voz como si estuviera avergonzada—. Le he preguntando con mucho cuidado.

Entiendo que es muy importante para usted y he decidido intentarlo por mi cuenta. De repente ha desviado la vista de la fuente y me ha contado una historia increíble. Bueno, perdone, estará ansioso por saber qué ha dicho de su madre.

—Sí —dijo él, y añadió—: ¿Le va bien que nos veamos?

—He de ir al centro. Es mejor que no hablemos de esto en la residencia. La directora no sabe nada. Preferiría que no se enterara de que voy contando lo que dicen los pacientes.

—Claro. —Monfort consultó la hora en su reloj—. ¿Dentro de una hora?

—De acuerdo.

–La invito a comer.

–No es necesario –dijo ella algo azorada.

–Tendrá que comer, ¿no? –Pensó que quizá lo había dicho en un tono demasiado expeditivo.

–Sí, pero no se moleste.

–No me molesta en absoluto. ¿Conoce un restaurante italiano que se llama Vieja Roma?

–Sí –contestó ella–. En la calle Echegaray, junto a la avenida Rey don Jaime.

Monfort se sentía excitado cuando finalizó la llamada. Estaba cerca de conocer el secreto entre su madre y Encarna Querol.

La actividad en la comisaría estaba algo descontrolada. Los agentes que trabajaban en la búsqueda de Alba Casas se sentían cansados y desilusionados. El comisario Romerales intentaba imprimir ánimos, pero notaba que el asunto se le escapaba de las manos. Estaba nervioso y caminaba de aquí para allá sin saber realmente qué hacer. En ocasiones como aquella era cuando más se acordaba la ansiada jubilación.

Varios agentes atendían el teléfono. Seguían llamando algunas personas que decían conocer la identidad del cadáver, pero se trataba de oportunistas que

colgaban en cuanto eran informados de que no recibirían ninguna recompensa. Romerales no había difundido todavía la noticia de la identificación del cadáver. De momento, pensaba mantener en secreto aquella información, pero sabía que pronto se filtraría.

La bala hallada en el cuerpo de Vicente Roig se envió al departamento de balística de Barcelona, aún no se habían recibido los resultados. Un policía los apremiaba por teléfono: un día más. Romerales le arrebató el auricular de un manotazo cuando el agente negó con la cabeza.

Silvia y los agentes Terreros y García revisaban un plano de la ciudad colgado

de la pared, en el que con chinchetas de distintos colores se indicaban los lugares peinados por los efectivos de la Policía. Faltaba, sin embargo, mucha ciudad por rastrear y buena parte del resto de la provincia. Seguían pendientes de ir hasta Nules para recabar información acerca de José y Vicente Roig.

Silvia propuso a sus dos compañeros que alguien se desplazara hasta el almacén de Pedro Casas para buscar un sótano oculto o alguna habitación tapiada, cualquier lugar en el que fuera posible esconder a una persona. La desaparición de la joven les llevaba de cabeza. Parecía que se la hubiera

tragado la tierra, pero la tierra no se tragaba a nadie a menos que la hubieran enterrado.

Juana seguía retenida en las dependencias policiales. Silvia escribió en su libreta nuevas preguntas que le haría más tarde. Le pasaron una llamada de teléfono que atendió enseguida. A su lado, los agentes Terreros y García la miraban expectantes. Ella asentía una y otra vez, hasta que colgó el aparato.

La llamada era del hospital. La vida de Leo no corría peligro. Silvia suspiró. Entonces cambió de opinión y creyó que lo mejor sería dejar que Juana se reuniera con su hermana.

Salvatore, el chef del restaurante Vieja Roma, había bautizado a uno de sus platos con el nombre de *Insalata Coriolano*. El secreto de la propuesta residía en la materia prima: sabrosas verduras ecológicas producidas en su propia huerta sin artificios ni trucos.

Cayo Marcio conquistó la ciudad de Corioli en el siglo v antes de Cristo, lo que le proporcionó su apodo, Coriolano, y su posterior ascenso a general romano. No es que Monfort se supiera todas las conquistas del Imperio romano, pero conocía la figura de Coriolano por la tragedia homónima de Shakespeare que

le tocó digerir en su pasado de estudiante.

En aquel restaurante se sentía como el comisario Brunetti en las novelas de Donna Leon. Sus casos sucedían en la ciudad de Venecia, y el comisario jamás perdía la oportunidad de degustar la magnificencia de la cocina italiana.

Trini nunca había oído hablar de Coriolano, tampoco de Brunetti, pero, tenedor en mano, daba buena cuenta de las relucientes hojas de rúcula y los deliciosos tomatitos, crujientes y sabrosos, aliñados con cariño y generosidad. A la exquisita ensalada le sucedió una abundante ración de *pappardelle ai funghi porcini*, que la

camarera dejó en el centro de la mesa para que se sirvieran a su antojo. Aprovechó para servirles vino, un esplendido Pio Cesare Barolo, elaborado en el Piamonte, y que tan bien maridaba con aquel plato. Monfort apreció los aromas de cereza, de cuero e incluso de humo, tan característicos en los vinos elaborados con uva de la variedad Nebbiolo, pero no se lo dijo a Trini para no abrumarla con sus manías.

Ella cerró los ojos de puro placer al primer bocado de *pappardelle* impregnado de la untuosa salsa de setas. Al abrirlos se cruzaron con los de Monfort, inquietos y pensativos, y no quiso demorar por más tiempo lo que

sabía que él estaba esperando. Se limpió los labios de forma delicada con la gruesa servilleta de tela y luego la dobló con sumo cuidado.

—Encarna Querol ha dicho que su madre y ella tienen la misma edad. —A Monfort su tono de voz le acariciaba los oídos—. Y que fueron amigas inseparables desde niñas. Me explicó que cometieron la gran torpeza de enamorarse del mismo hombre. Él les confesó que las quería a ambas por igual y que no era capaz de tomar una decisión. Luego la señora Querol se ha quedado en silencio. Cuando creía que ya no iba a decir nada más ha contado que, por la profunda amistad que sintió

siempre por su madre, decidió hacerse a un lado y apartarse de ellos. Mintió a todos diciendo que aquel hombre ya no le interesaba y así benefició el noviazgo y posterior matrimonio entre los que ahora son sus padres.

—¿Mi padre? —Monfort abrió los ojos de par en par.

—Sí —dijo Trini—. Ese hombre del que ambas mujeres se enamoraron era su padre. Según ha dicho —prosiguió mientras Monfort trataba de digerir la noticia—, ellas no volvieron nunca más a hablar sobre aquello y que, conociendo a su madre, seguro que eso la habrá atormentado durante toda su vida. —Trini se quedó callada unos segundos—.

Después ha vuelto la vista de nuevo al patio de la residencia y se le ha quedado la mirada perdida. No ha dicho nada más.

Monfort se mantuvo sin saber qué decir, con la copa de vino en la mano, a medio camino entre la mesa y sus labios.

Tras la comida, Trini no aceptó que él la llevara de regreso a la residencia, ni tampoco a su casa. Antes de despedirse se interesó por los casos en los que estaban trabajando, que, según le comentó, seguía a través de la prensa. Le preguntó cómo iba la investigación y él le resumió muy brevemente el punto en el que se encontraban.

Monfort no se quitaba de la cabeza lo

que Encarna Querol le había dicho a Trini. Por fin había descubierto lo ocurrido en el pasado entre las dos mujeres. La lástima era que ninguna de las dos estaba ya en condiciones de darse el abrazo que tanto bien les hubiera hecho. Ahora era, simplemente, demasiado tarde.

Toda una vida, toda una existencia vivida con un regusto amargo que se hubiera solventado con unas sencillas palabras, con un pequeño agradecimiento, con un gesto de amistad y de amor, con un abrazo.

Su padre jamás había dicho ni una sola palabra de aquel asunto. Menudo

don Juan estaba hecho, pensó. Dos mujeres a la vez.

Decidió que haría una última visita a la señora Querol y le daría las gracias en su nombre por aquel enorme gesto de generosidad al permitir que sus padres se convirtieran en marido y mujer. Si Trini se lo permitía, le daría un abrazo y dos besos, como si fuera su propia madre quien se los diera.

El sonido de un claxon lo sacó de su ensimismamiento. Estaba parado en la salida del aparcamiento subterráneo de la avenida Rey don Jaime, con la barrera alzada después de haber introducido el ticket para salir de allí, con el motor en ralentí y la marcha en

punto muerto. Se había quedado pasmado, pensando en las palabras de Trini; era una mujer realmente encantadora. Además parecía interesada por su trabajo, aunque en realidad no sabía muy bien qué pensar acerca de aquel interés repentino sobre los casos. No había hecho ningún comentario al respecto con anterioridad y se mostró insistente con algunas preguntas que no venían a cuento.

Puso primera, quitó el freno de mano y el Volvo salió por la rampa que lo llevaba de nuevo a las calles de la ciudad. Daría con Alba Casas, la encontraría y la devolvería sana y salva

a su mundo de libros. Era lo que debía hacer, lo demás era secundario ya.



Al Churro le faltaba concentración, estaba ausente y había perdido reflejos. Se convirtió en una presa fácil para sus contrincantes. Pedro Casas lo insultaba cuando estaba fuera del ring, lo que empeoraba todavía más su estado de ánimo.

Casas se volcó en Luis, que vencía todos los combates por KO. Hubiera sido un gran púgil de no haber dado

con aquella pandilla de maleantes que solo estaban allí por el dinero fácil.

Carmen y el Churro no podían mantener relaciones, pues con toda seguridad los hubieran sorprendido, pero aquello solo contribuía a que su deseo creciera.

Pedro Casas aumentaba las ganancias en cada combate y el entrenador empezó a mirar con otros ojos a su socio y amigo. Pese a que las apuestas cada vez aportaban una suma mayor, el reparto del dinero seguía sin ser equitativo. El entrenador contaba su parte maldiciendo a Casas para sus adentros.

Carmen bebía a escondidas el

alcohol que el Churro le proporcionaba. Disimulaba su aliento mascando chicle o lavándose los dientes inmediatamente después de haber bebido un par de tragos. Creía controlar su embriaguez, pero sabía que tarde o temprano Luis se daría cuenta, si es que no lo había hecho ya.

Después de un memorable combate en el que el Churro volvió de nuevo a vencer por la vía rápida, y el Diamante Loco acabó con su contrincante en un segundo asalto descomunal, Carmen no pudo reprimirse y empezó a beber en el baño mientras Luis dormía en la habitación de un hostel de mala muerte cerca de Barbastro, en la provincia de

Huesca. Completamente ebria, salió al encuentro del Churro. Entraron en una habitación que otros huéspedes acababan de desalojar y, con las prisas del momento y la ligereza que otorga el alcohol, dejaron la puerta entreabierta. El Churro estaba muy excitado, exultante por la victoria, su hombría se había venido arriba y pensaba celebrarlo como se merecía. Carmen apenas se mantenía en pie; aún así la desnudó con violencia, arrancándole los botones de la camisa. En el estado en el que se encontraba, Carmen no podía colaborar y él estaba cada vez más ansioso. Ella no conseguía mantenerse despierta y él le propinó

varios bofetones para que se espabilara. El Churro estaba fuera de sí y la acometía una y otra vez, aunque ella parecía haber perdido el sentido. Cuando se vació en su interior, se dejó caer encima de su cuerpo. Fue un acto de violencia, nada parecido al amor, ni al sexo siquiera. El Churro jadeaba satisfecho, le daba igual lo que Carmen pudiera sentir o lo que pudiera estar ocurriéndole en aquellos momentos, únicamente se trataba de él, de su propio ego y de su vanidad masculina.

Fue justo en aquel momento cuando el Churro oyó unos aplausos cortos, tristes y solitarios que provenían de la puerta de la habitación. Se volvió

sorprendido. Apoyado en el marco, vio al entrenador. Su cara no auguraba nada bueno. Corrió a ponerse los pantalones que estaban tirados en el suelo y cubrió a Carmen con la sábana sucia. El entrenador dio dos pasos hacia adelante, entró en la habitación y cerró la puerta despacio, sin hacer ruido, pero asegurándose de que quedaba bien cerrada.

—Llena un vaso con agua —ordenó sin levantar la voz.

Le temblaban las manos, Carmen yacía en la cama, inmóvil, como si hubiera perdido el conocimiento. Llenó con agua el vaso usado que había en el

baño y se lo tendió tembloroso al entrenador, que negó con la cabeza.

—A mí no, imbécil, échaselo a ella por encima, a ver si respira. Con un poco de suerte no la habrás matado, animal. Te tenía que haber dado una patada en el culo hace mucho tiempo.

El Churro temblaba, pero atinó a echarle el agua a Carmen en la cara. Se convulsionó abriendo los ojos de par en par y emitió un ruido como si saliera del trance de estar ahogándose. Tosió violentamente. Se incorporó con dificultad, cubriéndose con la sábana y corrió al váter donde la oyeron vomitar el alcohol ingerido.

—¿Has acabado ya? —le preguntó el

entrenador a Carmen cuando dejaron de oírse las arcadas.

–Sí –contestó ella con apenas un hilo de voz.

–Pues ven aquí, siéntate al lado de este imbécil y escuchadme lo que os voy a decir.

Se sentaron juntos en una de las dos camas que había en la habitación. En la otra cama, sentado frente a ellos, el entrenador los miró con una mezcla de asco y perversión.

Carmen conocía de sobra aquella mirada.

Les hizo una propuesta que no pudieron rechazar.

Terreros y García habían desmantelado el almacén de Pedro Casas, como les había sugerido Silvia Redó, pero allí no había nada. Buscaron un sótano, un altillo oculto, una habitación tapiada, cualquier lugar en el que se pudiera esconder a una persona. A continuación harían lo mismo con las viviendas de Juana y de Leo.

Las preguntas a los vecinos de los

hermanos Roig, en la población de Nules, tampoco dieron ningún resultado. Terreros llamó al inspector Monfort para preguntar qué debían hacer y este les pidió que le hicieran una visita a Han, el amigo de Alba Casas. Quizá a ellos les contara otra versión distinta de su amistad con la desaparecida. Él no quería ni verlo.

Por su lado, el subinspector Solano dio por finalizada la búsqueda que le había tenido ocupado en los últimos días. «Esa chica» le dijo, «no parece que viva en Barcelona». Monfort le dio las gracias y le recordó que le debía una invitación. Solano tomó buena nota de la promesa.

Romerales pensaba en convocar una rueda de prensa y dar la fotografía de Alba Casas a los medios, pese al riesgo que aquello podía representar si alguien la había secuestrado. De momento, nadie había pedido rescate alguno, ni reclamado nada a cambio de la hija de Pedro Casas. Como jefe de la Policía de Castellón, no le quedaba más remedio que difundir la desaparición con la esperanza de que alguien la hubiera visto.

—¿Dónde demonios estará? —se preguntó Monfort, con un vaso de whisky en la mano, sentado junto al

ventanal de la cafetería del Hotel Mindoro. El sol que alumbraba la ciudad había decidido retirarse para dar paso a la oscuridad.

Un nutrido grupo de personas abandonaba el interior del Teatro Principal. Vestían de forma elegante. Ellas iban de largo y ellos de etiqueta. Una figura saludó con la mano en su dirección. Se volvió, en un acto reflejo, buscando el objetivo del saludo, pero no había nadie detrás de él. La figura –una mujer ataviada con un sugerente vestido de color negro largo hasta los tobillos y un chalse acercaba a la puerta del hotel exhibiendo una espléndida sonrisa.

Cuando entró en el hotel, la reconoció enseguida.

—Si me pide uno de esos —dijo, y señaló el vaso que Monfort sostenía en la mano—, le estaré agradecida.

Elvira Figueroa estaba realmente guapa. Llevaba el pelo recogido, lo que le había hecho dudar, pero ahora que ya sabía quién era, y que la tenía tan cerca que podía identificar su perfume, se sintió agraciado con su inesperada visita.

Pidió dos whiskys y la acompañó hasta una de las mesas.

Retiró la silla para que tomara asiento. Ella sonrió agradecida.

—¿Ha ido sola al teatro? —preguntó

Monfort sin dejar de admirar su elegancia.

—No, con unos amigos, pero se marchaban ya —aclaró la jueza y bebió un sorbo.

—A juzgar por su espléndido aspecto, debían de representar una obra importante —observó Monfort.

—*Yerma*, de Federico García Lorca, interpretada de forma magistral por Nuria Espert. Todo un lujo para esta ciudad.

—¡Qué privilegio! —exclamó Monfort. Lo decía de veras. La Espert, como se la conocía en el mundillo teatral de Barcelona, era una actriz sensacional, un mito del teatro patrio. Monfort pensaba

que, además de ser una gran profesional, era una mujer muy bella.

—¿Quiere que hablemos de la obra o prefiere hablar de trabajo? Tengo la sospecha de que usted es de los que no desconectan nunca.

—Sí que desconecto. —Le sonaron extrañas sus propias palabras—. A mí manera, pero lo hago.

—Me lo temía —asintió ella con una amplia sonrisa—. No desconecta.

—Creo que no es muy legal que la jueza encargada del caso y el policía al mando hablen de trabajo a deshoras.

Elvira Figueroa alzó las cejas en un gesto de incredulidad. Por lo visto le importaba más bien poco.

Monfort se fijó en que no llevaba anillo alguno.

—La jueza no tiene consorte —dijo ella para disipar las dudas.

—No era mi intención... —se excusó.

—Entiendo que piense que toda jueza debe tener un marido a la altura.

—Lo siento —se disculpó una vez más—, no pensaba nada, de verdad.

—Le creo. —Zanjó el asunto mirándolo a través del vaso mientras bebía.

—¿Le apetece cenar algo? —preguntó Monfort. No era un recurso, era una invitación, le gustaba su tono agudo y directo, y también su presencia.

—¿Realmente tiene hambre?

Figuroa era una caja de sorpresas.

Hacía tiempo que no hablaba con alguien tan directo que no formara parte del elenco de sospechosos o de compañeros de trabajo. Sonrió.

—Yo prefiero seguir con uno de estos —continuó, observando su vaso casi vacío.

—Eso está hecho. —Monfort alzó la mano para captar la atención de uno de los camareros.

Terreros no lo pudo evitar y si pudo, no quiso hacerlo.

Han se puso demasiado gallito y él le arreó tal tortazo que le hizo tambalearse en el salón de la vivienda de Vila-real.

García simuló que hablaba por teléfono y salió al descansillo de la escalera por si aparecía alguien. No hubo gritos, nadie levantó la voz, pero el guantazo sonó como una señal de advertencia. Han se llevó una mano a la cara y luego se sentó en una silla.

Nada más entrar en el piso, les había dicho a Terreros y a García que eran unos ineptos incapaces de encontrar a Alba. Pero fue cuando dijo que estaban más tiempo en el bar que buscándola, cuando Terreros soltó su mano con rapidez. Han era poco hábil, de eso no había ninguna duda. Su lengua desatada y su facilidad para la violencia, a juzgar por el botellazo que le propinó a

Monfort, hacían de él un tipo de poco fiar. Habría que volver a vigilarlo de cerca, pensaron los dos agentes después de la visita.

Elvira Figueroa entendía de whisky más de lo que Monfort hubiera esperado. La propuesta de cenar fue sustituida por dar buena cuenta de la reserva de Glenmorangie que quedaba en el bar del hotel. El camarero insistía llevando platillos con cacahuets para que picaran algo. Finalmente, Elvira le dijo que le parecía una ordinariez que sirviera aquello para acompañar elpreciado licor escocés. El camarero

regresó a la barra visiblemente contrariado.

–¿Está mejor de su herida? –preguntó ella, señalando la cabeza de Monfort.

–Sí, gracias, ya casi no me acordaba.

–El alcohol tiene eso, adormece las heridas.

Monfort no contestó. Sabía de sobra que estaba en lo cierto.

La jueza cambió el rumbo de la conversación hasta llegar al caso que les atañía. Monfort lo agradeció. Ella tenía algunas teorías que expuso sin consultar nota alguna. A él le pasaba lo mismo, lo tenía todo en la cabeza, aunque en el caso de Elvira tenía más mérito. No

debía de ser el único caso que llevaba, pero sin duda sí el más complejo.

Contando con los dedos de sus manos fue enumerando una serie de puntos que a Monfort le parecieron casi sentencias.

–Uno: el asesino suele ser alguien del entorno directo de la víctima, ya sabe, familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, amantes... Ustedes dicen que los han interrogado a todos. Disculpe que lo ponga en duda, pero es probable que falte alguien. Alguien que va por ahí libre de toda sospecha.

»Dos –prosiguió la jueza–: la gente no suele sospechar de las mujeres cuando se comete un crimen. Sin embargo, Pedro Casas vivía rodeado: su

hija, ahora en paradero desconocido; su exmujer, despechada y dolida hasta el punto de intentar acabar con su propia vida, y por último su cuñada, soltera, compañera de trabajo y amante. Ella tiene todas las papeletas para ser la principal sospechosa, la verdad. –Hizo una breve pausa y continuó.

»Tres: las personas cometen todo tipo de atrocidades por amor. Y aunque no lo parezca, hay algo de eso en este caso. Le cuento: el amor que seguía sintiendo la exmujer de Pedro Casas tras la separación; la relación amorosa que mantenía a escondidas con su cuñada; el amor que sentía por su única hija, que era mutuo; el amor entre las dos

hermanas y hacia su hija y sobrina respectivamente... Amor y muerte. –Dio un sorbo al whisky y se tocó uno de los pendientes—. Y todo ese amor gira alrededor de la figura de Pedro Casas y las mujeres de su familia. Lo que le comentaba en el punto número uno: el entorno más cercano.

»Cuatro: vínculo y conexión. Aparece un segundo cadáver y resulta que es el asesino de Pedro Casas. Una tercera persona lo mató después de que cometiera el crimen. El hombre parece haber sido boxeador, pero ni siquiera su hermano lo sabía. Sí –dijo, y levantó una mano cuando Monfort hizo ademán de decir algo–, ya sé que hace años que su

hermano no sabía nada de él, pero era su hermano –insistió—. Alguien le podía haber dicho algo, lo que sea, un comentario, una sospecha de que su hermano iba por ahí dando puñetazos. Ese hombre, ese segundo cadáver, es el vínculo y la conexión entre Pedro Casas y lo que fuera que los llevara a la muerte. Su conexión es el camino hacia el resultado final. ¿Está de acuerdo?

Monfort asintió pero no dijo nada. Elvira tiró de una de las horquillas que le sujetaban el pelo y su melena cayó lentamente sobre sus hombros. Volvió a pensar que tenía el pelo tan negro y brillante que parecía azulado. Ella hizo un movimiento con la cabeza para que el

cabello se acomodara a su antojo. Tenía las orejas bonitas, aunque desaparecieron bajo el pelo. Le mostró la palma de la mano y dijo:

—Y cinco —añadió para terminar—: el boxeo. ¿Qué demonios pinta el boxeo en todo esto? Usted sabe algo, lo sé, calla más de lo que dice. Todo en el caso gira en torno al boxeo, pero no hablamos nunca de ello, como si fuera un tabú. Boxeo, boxeo, boxeo —repitió como un mantra—. Un boxeador asesinado que acaba de matar a un empresario. Su hija escribe y traduce textos sobre boxeo, ¿acaso creía que no me iba a enterar de eso?

Dejó el vaso encima de la mesa y

posó su mano delicadamente en la rodilla de Monfort. Sus ojos se cruzaron un instante. Los de ella eran hermosos y lanzaban chispas. Los de él estaban cansados.

—¿Sabe algo más? Dígamelo. —le pidió.

Monfort tragó saliva y giró el vaso lentamente sin levantarlo de la mesa.

—Es un asunto de apuestas. Ajustes de cuentas por un dinero no saldado en su momento. Combates ilegales, dinero sucio, venganza y muerte. —Y concluyó—: Alguien ordenó al boxeador que acabara con la vida de Pedro Casas. La misma persona que luego lo mató a él para que no quedara ningún rastro.

—Y la hija sabe algo que es mejor que se mantenga en secreto. —Era normal que la última palabra fuera siempre la del magistrado.

Elvira Figueroa tenía una sonrisa especial, adornada de pequeñas arrugas que le concedían una elegancia extra. Levantó la mano de la rodilla de Monfort y llamó al camarero.



Cuando el entrenador se marchó de la habitación dejó impregnado el aroma del mal.

La propuesta era sencilla: averiguar

dónde tenía el dinero Pedro Casas, robárselo y repartirlo entre los tres. Era obvio que el dinero no estaba ingresado en ningún banco, era dinero ilegal. Debía de tenerlo en algún lugar a buen recaudo.

El Churro dijo que Casas siempre alardeaba de lo mucho que ganaba con los combates. En sus juergas se lo contaba, pues lo consideraba un tipo corto de entendederas que hasta entonces no le había dado mucha importancia a todo aquello.

A Carmen se le había pasado la borrachera, su cabeza iba y venía entre Luis, el Churro, el entrenador y, sobre todo, Pedro Casas y su dinero. Se

sentía completamente vacía pero sabía que en aquel momento no se podía permitir el lujo de pensar en ello. Tenía que ser práctica. En los últimos meses había disfrutado del placer del dinero fácil. Nunca lo había tenido, y no iba a perder la oportunidad de vivir como una reina, una reina alcohólica y mentirosa, pero una reina al fin y al cabo. Se acordó de su madre depresiva, de su miserable vida y de un padre que nunca se preocupó por ninguna de las dos.

Apartó al Churro de un codazo. No quería ni verlo, pero comprendió que debería hacer algunas concesiones de

ahora en adelante para conseguir lo que se estaba gestando en su cabeza.

El entrenador tenía un plan y los necesitaba a los dos para llevarlo a cabo. Pero ella también pensaba, y se le ocurrió un plan alternativo.

Se dio cuenta de que cuando no bebía también podía ser lista. Dejó al Churro allí sentado, con la entrepierna todavía caliente, pero con la cabeza helada. Él insistió en que se quedara. Ella dejó escapar una risa sarcástica que utilizaría en muchas ocasiones a partir de aquel momento.

Al día siguiente, cerca de Calamocha, en la provincia de Teruel, en un almacén utilizado como secadero

de jamones abarrotado de público, el Diamante Loco golpeó con destreza a su contrincante hasta que lo derribó en el cuarto asalto. El Churro tuvo que conformarse con la victoria por puntos tras un reñido combate contra un mastodonte venido desde Soria, que le destrozó las dos cejas y le aplastó un poco más su ya maltrecha nariz. El entrenador tuvo que practicarle una cura de urgencias porque se negó a que lo llevaran a un dispensario médico.

Pedro Casas y el Churro lo celebraron hasta bien entrada la madrugada y cuando el alcohol le desató la lengua, Casas le dijo que

había sido el combate en el que había ganado más dinero hasta la fecha.

Carmen y Luis se retiraron a la habitación del hostel en el que se alojaban. Hicieron el amor. Él llevado por la adrenalina tras el combate, ella para que no sospechara nada de lo que estaba ocurriendo a sus espaldas.

En el bar, el Churro juraba por sus muertos que Carmen tenía que dejar al Diamante Loco para irse con él. Pedro Casas le advertía, con la voz pastosa, que si Luis se enteraba de que le ponía una mano encima a Carmen, lo mataría. Estaban muy borrachos. Casas contó una parte del dinero y se la entregó después al Churro. Él pedía

más y Casas reía de manera grotesca y le decía que si quería más se lo tenía que ganar peleando como un hombre y no como el mamarracho en el que se estaba convirtiendo.

El Churro tenía que sonsacarle a Casas qué hacía con el dinero. Pero el alcohol, igual que desata las lenguas, las enturbia y las enmaraña, y el resultado con un hombre de tan pocas luces como aquel fue que se dedicó a hablar de su entrepierna y de lo que pretendía hacer con ella.

Calatayud, Tarazona, Gallur, Épila, y Zuera fueron las poblaciones donde se celebraron los siguientes combates en la provincia de Zaragoza. En todos

ellos hubo mucho público, y por lo tanto se recaudó una gran cantidad de dinero. El Diamante Loco ganó siempre por KO antes del quinto asalto. Se estaba convirtiendo en la máquina demolidora que Pedro Casas necesitaba para llenar sus arcas. El Churro venció en dos ocasiones, fue derrotado en otras dos, y en la última, el árbitro —un tipejo ceñudo que Casas había contratado para los combates en la provincia— suspendió el combate antes de empezar porque el Churro estaba borracho como una cuba.

Carmen había conseguido aguantar sin beber algunos días. Después de los últimos acontecimientos, su actitud

había cambiado por completo. Pensaba que la vida regalaba muchas sorpresas. Si antes tenía que engañar a Luis para que creyera que no bebía, ahora engañaba al Churro para que pensara que seguía haciéndolo. Imitaba la voz de cuando bebía, los movimientos, los gestos... No le era difícil, había vivido demasiado tiempo en aquel estado como para olvidarlo tan fácilmente. Pero no bebía, se mantenía sobria. Tenía un objetivo que debía cumplir y nada ni nadie podía desbaratar su propósito. Ni ningún hombre, ni ninguna botella.

Pedro Casas guardaba el dinero en un maletín del cual no se separaba ni

un solo momento. Carmen empezó a seguir sus pasos como si se tratara de su propia sombra.

Cada noche se encargaba de la venta de entradas, cuyo importe entregaba posteriormente a Casas o al entrenador. Sabía a lo que ascendía la recaudación de cada combate y podía calcular también el montante aproximado de las apuestas. Tenía una idea de lo que él se llevaba después de dar a cada uno lo que creía conveniente.

Cuando la noche dio por fin paso al amanecer, el cielo en los Monegros se tiñó de tonos anaranjados y las estrellas que titilaban sobre sus

cabezas empezaron a disiparse como por arte de magia. El entrenador puso en marcha la furgoneta. A su lado, Pedro Casas hojeaba un ejemplar de El Heraldo de Aragón como si esperara encontrar en la sección de deportes un artículo relacionado con los combates que organizaba. En la última fila de asientos, Carmen apoyó su cabeza en el hombro de Luis. Él parecía estar a miles de kilómetros de allí, concentrado en los combates y en los entrenamientos las veinticuatro horas del día. A solas, en la fila central, el Churro se lamía las heridas gracias a una botella de whisky barato que había

robado en el bar de la pensión donde habían pasado la noche.

Después del combate habían salido de prisa de Zuera y no se habían detenido hasta llegar a Bujaraloz, en la comarca de los Monegros. Una hora y media de conducción por carreteras secundarias, oscuras y poco transitadas, a fin de pasar desapercibidos. Casas temía que alguien pudiera denunciarlos, ya que la mayoría de los asistentes había perdido su dinero apostando por un energúmeno al que el Diamante Loco había derribado al principio del segundo asalto. Con un derechazo infalible lo tumbó y no pudo levantarse

más que con la ayuda de los dos hombres que lo habían llevado hasta allí. El local, una vieja casa de campo abandonada, había recibido la visita de un numerosísimo público convencido de que el púgil local acabaría con el destartalado boxeador aspirante.

Hubo protestas, muchos gritos y algún empujón. Pedro Casas pagó al árbitro. Cuando se marchaba en su coche, varios de los asistentes lo zarandearon amenazando con volcarlo.

El entrenador recogió las cosas que llevaban y salieron de allí como alma que lleva el diablo. Cuarenta kilómetros más tarde todavía miraba

por el retrovisor temiendo que los siguieran.

Pedro Casas les dio la noticia: el último combate de aquella serie se disputaría en Castellón. Prometió pagarles el doble de lo que ganaban cada noche si las cosas salían bien. Los ojos le brillaban de codicia. Miró al frente, divisando el horizonte en el desierto de los Monegros.

El entrenador torció el gesto y agarró el volante como si se tratara del cuello de Casas. Aceleró sin decir ni una sola palabra.

El Churro dio un trago largo a la botella. Su cerebro no daba para

pensar más que en un asunto. Siempre el mismo asunto.

El Diamante Loco repasó mentalmente un complejo golpe de izquierda que había visto hacer a un adversario.

Carmen pensó en el dinero. Y en su madre muerta.

Silvia no le había dicho a nadie que volvía a verse con Jaume Ribes. Pensó que tampoco tenía tantas personas a su alrededor a quien confiar aquel tipo de cosas. Ana Forcada estaba al corriente de la ruptura, pero no iba a llamarla como si fuera una jovencita para contarle su nueva reconciliación. Monfort tampoco sabía nada, quizá fuera mejor que de momento no lo supiera.

Solía hacer comentarios sobre su relación y, aunque no se lo decía, a veces no le sentaban bien.

La cuestión era que no había podido resistirse a los encantos del guapo doctor y había acabado de nuevo en sus brazos. Ya no comentaron los pros y los contras de estar juntos, no evaluaron la posibilidad de que volviera a salir mal, no hablaron del dolor que podría causarles una nueva separación, tampoco tuvieron demasiado tiempo. Silvia trabajaba todo el día, él también, y cuando se veían en el piso de Ribes no tenían ganas precisamente de hablar. Lo que no acababa de entender, era por qué

razón le preocupaba lo que pensara Monfort.

Se quedó dormida. Le hubiera sentado bien dormir unas horas, pero no tardó en despertarse. Le costó encontrar el interruptor de la lámpara de la mesita de noche, no reconocía dónde estaba y sus dedos, a oscuras, tropezaron con varios objetos antes de conseguir encender la luz. Lo primero que pensó fue que durmiendo con Jaume descansaba mejor. No había superado sus problemas de insomnio, pero hacer el amor la relajaba y abrazarse a su cuerpo era garantía de tranquilidad.

Él no estaba a su lado, pero olió el café recién hecho. Se incorporó y

caminó con los pies descalzos por el suelo de madera del apartamento. En la cocina, la cafetera eléctrica estaba encendida y conservaba el café caliente. Se sirvió una taza.

Desde la ventana de la cocina se podía ver una pequeña plaza. El viento sacudía las hojas de los árboles que la circundaban. No había un alma. Era de noche aún, pero por poco tiempo ya. La tímida luz del amanecer pugnaba con la amarillenta iluminación de las farolas que seguían encendidas.

Sobre la mesa había una nota. La leyó de prisa la primera vez, y muy despacio la segunda. Eran palabras escritas con letra de médico, pero ella las entendía

bien. Palabras dulces y cariñosas, un buen despertar. Volvió de nuevo a mirar a través del cristal. Las luces de las farolas se habían apagado ya.

Pensó. Siempre las dudas, siempre las dudas.

Hacía un rato ya que Monfort se había levantado, duchado y afeitado. Pese a la hora que era, llamó al doctor Senent.

—¿Te molesto? —preguntó cuando el doctor descolgó al otro lado.

—No —respondió con voz cansada—. He trabajado toda la noche, ahora me iba a casa a descansar.

—¿Cómo está?

–Igual. –Senent sabía que con él no valía la pena dar rodeos.

Guardaron silencio. De fondo se oían las conversaciones del personal sanitario.

–Hay que tener paciencia –dijo el doctor–. No podemos hacer nada más que tenerla controlada y esperar.

–Ya he averiguado lo que hubo entre Encarna Querol y mi madre –anunció con la intención de darle una buena noticia.

–¡Hombre! ¡Qué bien! Me alegro, espero que no sea nada malo.

–Son asuntos de amores del pasado. Nada de lo que debamos preocuparnos.

Si te pregunta, le dices que ya lo he solucionado. Espero poder decírselo yo.

—No pienses en eso ahora —le interrumpió Senent—. Cuando puedas, vienes y se lo dices en persona. Tal y como está, no creo que me vaya a preguntar nada.

Monfort recordó que debía hacer una cosa más antes de volver y contarle a su madre que había satisfecho su petición con éxito.

—Mantenla con vida un poco más, amigo.

—Sabes que hacemos todo lo que está en nuestras manos.

—Lo sé —concluyó, convencido de lo que decía.

Silvia salió de la ducha y se vistió con ropa cómoda. Tenía por delante otra dura jornada en busca de Alba Casas. Cada vez se complicaba más la situación. Apenas sabían por dónde buscarla, a qué puertas llamar ni a quién interrogar para intentar averiguar algo acerca de su paradero.

Salió a la calle y caminó deprisa en dirección a la comisaría. Le gustaba la ciudad a aquellas horas de la mañana, cuando la población todavía se desperezaba y podía contemplar, mientras caminaba, la caprichosa arquitectura de algunos edificios emblemáticos. Se detuvo unos instantes

frente al edificio de Correos, en la céntrica plaza de Tetuán; le pareció realmente peculiar. Era como una gran torre defensiva, con la fachada de ladrillo rojizo. La plaza de Tetuán era un sitio agradable, tan céntrico como tranquilo y acogedor, y estaba rodeado de algunas casas de estilo modernista.

Pensó que quizá debería aceptar la propuesta del comisario Romerales de trasladarse de forma definitiva a Castellón. Aunque, pensándolo bien, el comisario no era de los que preguntaban, sí él quería que se quedara allí, posiblemente no tuviera más remedio que aceptar su decisión. Siguió caminando y en su mente aparecieron

nuevas dudas. Ya quedaba menos para llegar a la comisaría, allí no tendría tiempo de pensar en nada más que no fuera encontrar de una vez por todas a Alba Casas.

Por suerte, Trini se encontraba en la residencia y la directora todavía no había llegado.

—Espero que esto no me cause problemas —advirtió ella mientras acompañaba a Monfort hasta la habitación de Encarna Querol—. Tenemos solo quince minutos hasta que llegue la directora.

—Lo siento —se disculpó Monfort—.

Tengo que hacerlo.

–Desde que habló de su madre no ha vuelto a decir nada más.

–¿Esta peor? –se asustó Monfort.

–No, al contrario, curiosamente parece más relajada.

Trini caminaba deprisa por el pasillo de la residencia y Monfort tuvo que aligerar el paso. Ella calzaba unos zuecos blancos que emitían un curioso sonido al rozar el suelo.

La habitación olía a lavanda. Estaba iluminada de forma tenue y sonaba un hilo musical. Era Leonard Cohen. Reconoció la canción: *Dance Me to the End of Love*. Encarna Querol dormía de forma plácida. Su rostro, surcado por

miles de arrugas, parecía descansar de todo lo vivido. Trini tenía los ojos brillantes. Observaba a la anciana en la cama. ¿Qué sería de Trini cuando llegara su momento?, se preguntó Monfort al mirarla. ¿Seguiría trabajando en la residencia? Ojalá las cosas le fueran bien. No merecía menos, ya había pasado lo suyo con el malnacido con el que se había casado.

Tocó la frente de Encarna Querol con el dorso de su mano, como si evaluara la temperatura de la anciana. A continuación, acarició su mejilla. Señaló una silla para que él se sentara cerca de la cama. Monfort no sabía qué decir. Trini se dio cuenta y le acarició la

espalda para animarlo. Ahora que tenía a la señora Querol delante no sabía qué hacer, aunque lo había pensado muchas veces. Necesitaba acabar con aquello, ponerle el punto final que su madre ya no podía poner. La voz de Leonard Cohen seguía acariciando el ambiente con su grave voz aterciopelada. El olor a lavanda era relajante. Miró a Trini un poco asustado. Ella le sonrió de forma cariñosa. Finalmente puso su mano encima de la de Encarna Querol. La suya era grande y fuerte, y la de ella pequeña y huesuda, frágil como la patita de un jilguero.

Desde algún lugar de su cuerpo salió una voz que le pidió perdón a la señora

Querol de parte de Yolanda, su madre. Un poco más animado le dio las gracias por permitir, con su enorme generosidad, que sus padres hubieran sido felices juntos. Quizá solo se lo pareció a él, pero creyó que Encarna Querol había movido las pestañas. Fue un movimiento leve, pero a él le pareció la afirmación de que entendía lo que estaba diciéndole, y que tan importante era para él como para su madre enferma.

Miró a Trini. Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Aquella reconfortante sonrisa de mujer valiente, aguerrida y tenaz, que había conseguido vencer a la injusticia de la violencia. Monfort admiraba a Trini, admiraba a

todas las Trinis capaces de emprender el vuelo y desgajarse del lastre que las mutilaba sin piedad.

Se incorporó despacio, acercó su cuerpo al de la anciana. Besó con sumo cuidado su mejilla lacerada por el paso del tiempo. Olía a suavidad y a canciones olvidadas. Intentó darle el abrazo que se prometió a sí mismo que le daría. Pensó que era su propia madre la que estaba junto a él, a quien le había hablado y besado. Echó de menos a su madre, sintió todo el amor que ella le había dado y que, quizá, él no siempre había correspondido. Sintió un leve temblor en las manos. No quiso mirar a Trini para que no lo viera llorar.

Leonard Cohen interpretaba *Hallelujah*.

No pudo evitar tararear el estribillo en silencio.

Quizá nunca se había escrito una canción más bonita que aquella.

—Hay un hombre que quiere hablar con el policía al mando del caso.

El agente irrumpió en el despacho del comisario Romerales, donde Silvia y él señalizaban el perímetro de búsqueda de Alba Casas en los caminos agrícolas entre Castellón y el Grao.

Romerales hizo un gesto a Silvia con la barbilla.

–¿Dónde está Monfort? –preguntó.

Silvia negó con la cabeza y continuó señalando los caminos con el bolígrafo.

–¿Qué quiere? –le preguntó Romerales al agente que continuaba junto a la puerta, esperando una respuesta.

–No quiere hablar con nadie que no sea el jefe. Está muy nervioso.

–Quizá tenga algo interesante que decirnos –observó Silvia, levantando la vista del mapa garabateado.

Romerales lanzó un bufido.

–Está bien –dijo finalmente–. Tráelo aquí.

El hombre estaba nervioso. Se frotaba las manos constantemente y no paraba de

moverse. Romerales se sentó en su silla frente a él; entre ellos quedaba la mesa. Silvia se sentó al lado del hombre y le ofreció un vaso de agua. Sus manos temblaron cuando se lo llevó a la boca.

Romerales lo invitó a hablar:

–Usted dirá.

–Ellos venían a Vilafranca del Cid –comenzó diciendo el hombre.

–¿Ellos? –preguntó Silvia–. ¿Quiénes son ellos?

–Los muertos –dijo–. El hombre que asesinaron en el Mercado Central y el otro de la foto de los periódicos, el que tiene cara de boxeador.

Silvia movió su silla para oírlo mejor. En Vilafranca del Cid, había

dicho el hombre. Menuda sorpresa se iba a llevar Monfort. El comisario dejó de escribir lo que fuera que estuviera escribiendo.

—Yo trabajaba en el gimnasio municipal —prosiguió el hombre tras beber otro trago de agua y secarse los labios con el dorso de la mano—. Era el encargado, bueno, el encargado y todo lo demás.

—Continúe, por favor —pidió Silvia amablemente.

El hombre miró a los policías, temeroso de lo que iba a decir, como si hubiera hecho algo malo.

—Tiempo atrás —dijo por fin—, llegó al pueblo una pareja joven. Nadie sabía de

dónde habían venido, apenas se relacionaban con los vecinos. Eran bastante peculiares. Él consiguió trabajo cargando y descargando camiones en la fábrica. Era un muchacho fuerte pero desgarbado, con las piernas y los brazos demasiado largos para su cuerpo. Apenas cruzaba palabra con nadie en el pueblo. Cuando el ayuntamiento abrió el gimnasio —prosiguió—, venía a entrenarse todos los días. Era muy constante, parecía un experto, seguía al pie de la letra los ejercicios de los libros y sus propias anotaciones. Era bueno, nos gustaba verlo entrenar, tenía mucha clase. Se notaba que ya lo había hecho antes.

–¿Qué era lo que se notaba que había hecho antes? –preguntó Romerales intrigado.

–Boxear –contestó el hombre.

Silvia marcó el número de Monfort en su móvil y, sin llevarse el aparato a la oreja, observó la secuencia de la llamada en la pantalla, pero Monfort no contestó.

–¿A quién se refiere? –preguntó ella, a la vez que dejaba el aparato sobre la mesa—. ¿Al cadáver del boxeador? La descripción que nos ha dado no coincide con ninguna de las dos víctimas.

–No, no, a ninguno de los dos –puntualizó el hombre, negando con la cabeza, temía que no le estuvieran

entendiendo bien—. El joven que venía al gimnasio se llamaba Luis. Esos dos vinieron después.

—Vayamos por partes. —Silvia apoyó las palmas de las manos en las rodillas—. Ha dicho que era una pareja: el joven boxeador que entrenaba en el gimnasio del pueblo y su novia, o esposa, o lo que fuera. ¿Cierto?

—Así es —contestó, rebulléndose en la silla.

Romerales creyó que aquella conversación debía grabarse. Abrió el cajón, sacó una pequeña grabadora, comprobó que tenía la cinta preparada y la puso en marcha.

—Ella era muy atractiva —dijo, y se

quedó pensativo unos instantes—. Era joven y muy guapa. No tenían amistades en el pueblo. Bueno, en los pueblos no es tan fácil hacer amigos como puede parecer. Tampoco tenían familia allí. Trabajó un tiempo en una zapatería hasta que la despidieron. La dueña dijo que se pasaba el día colocada porque fumaba porros, pero...

—¿Pero? —le interrumpió Silvia. Romerales seguía atento, con los dedos entrelazados y los codos apoyados en la mesa.

—Le gustaba beber —prosiguió el hombre—. Bebía mucho, se emborrachaba. Ella creía que nadie se daba cuenta, pero en los sitios pequeños

se sabe todo. Las vecinas la oían llorar y al momento reír, como si estuviera loca. Se encerraba en casa y bebía todo lo que pillaba. Él se refugió en el gimnasio. Compró un saco de arena y lo colgamos en una esquina del local para que pudiera entrenar. Creo que no tenía vida familiar, trabajaba y golpeaba el saco, saltaba a la cuerda, levantaba pesas y no hacía nada más. Nunca lo vi mantener una conversación con nadie, ni siquiera puedo recordar haberlo visto sonreír en el tiempo que estuvo allí. No creo que fuera feliz con una mujer como aquella, por muy buena que estuviera.

—¿Y los otros dos? Háblenos de ellos —pidió Romerales impaciente.

—Se anunció un combate de exhibición en el pueblo. El hombre que mataron en el Mercado Central vino y organizó un combate de boxeo entre dos púgiles cuyos nombres no recuerdo. Fui a verlo, como tantos otros. No me pareció solo un tema deportivo. Corrió la voz de que se hacían apuestas. Hubo bastante expectación, allí no suelen pasar cosas así. El de la foto del periódico estaba con él.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No lo llamaba por su nombre, se dirigía a él como el Churro.

Silvia dio un respingo en la silla. Romerales arqueó las cejas de forma exagerada. ¡Los Churros! Pulsó el botón

de rellamada en su teléfono. Monfort no contestó.

—Espero que todo esto que nos está contando no sea una invención para darse importancia —advirtió el comisario, que se puso en pie y lo señaló amenazante con el índice.

El hombre palideció. Tenía la frente perlada de sudor. Era alto, con buen aspecto y cara de buena persona.

—Es verdad, se lo prometo.

—Continúe —lo animó el jefe, que volvió a tomar asiento cuando Silvia dejó de escribir un mensaje en el maldito móvil. Aquellos trastos lo sacaban de quicio.

—Aproximadamente dos semanas

después del combate de exhibición, el hombre regresó al gimnasio. De nuevo vino acompañado por el Churro. Habló a solas con Luis. No les presté atención.

—¿No? —interpeló Silvia para poner a prueba sus nervios.

—No —contestó con seguridad—. No suelo escuchar las conversaciones ajenas, si es eso lo que quiere saber.

Silvia asintió con un movimiento de cabeza para que continuara.

—Luego, mientras Luis se duchaba en el vestuario, vino a hablar conmigo. Me hizo preguntas sobre él. Le expliqué lo que sabía, poca cosa en realidad aparte de su dedicación al entrenamiento.

Después se marcharon los dos juntos. El Churro se quedó en el gimnasio.

Bebió otro trago de agua haciendo una pequeña pausa.

Silvia pulsó de nuevo la tecla de rellamada. Romerales la miró de reojo. Ella creía que Monfort no debería perderse esa conversación. Era como los fuegos artificiales en una fiesta de pueblo. Y él no contestaba, ¿dónde demonios se había metido?

—Más tarde el hombre regresó solo al gimnasio —el hombre continuó con el relato—. Entró en el pequeño despacho y se interesó entonces por la compañera de Luis. Me hizo todo tipo de preguntas. Yo obvié el problema que tenía con la

bebida. No me gusta hablar mal de la gente. Luis era un buen chaval, conmigo siempre se había portado bien. Aquel tipo no tenía derecho a interrogarme sobre la vida de nadie.

—Vale, vale —dijo Romerales, temiéndose una perorata sobre el manual de las buenas costumbres—. ¿Qué más?

—El Churro golpeaba de forma distraída el saco de Luis. A él no le gustaba que nadie tocara sus cosas, las dejaba allí, pero no se podían tocar, en eso sí que era estricto. De repente oímos gritos provenientes del gimnasio. Salimos para ver qué pasaba. Luis y el Churro se estaban peleando. Luis estaba muy alterado e intentaba golpear a su

adversario de forma descontrolada, pero el otro era un boxeador experimentado y sabía cómo cubrirse. Intenté separarlos, pero el hombre me lo impidió. Al final Luis aprovechó un descuido del Churro y le dio un puñetazo descomunal en la nariz. –Hizo una pausa, se terminó el agua del vaso y Silvia lo volvió a llenar–. Los llevamos al centro de salud y, cuando preguntaron por el motivo de aquellas lesiones, el hombre dijo que había sido un desgraciado accidente.

–¡Siga! –Romerales estaba nervioso. Allí estaba escondida la solución.

–A partir de aquel día, un entrenador venía a menudo para preparar al Diamante Loco, así lo bautizaron.

Convirtieron a Luis en un boxeador de primera línea. En poco tiempo, con la ayuda del entrenador, Luis estuvo listo para saltar al cuadrilátero como un verdadero profesional. Después desaparecieron todos de allí y no volví a verlos más.

—¿Un entrenador? ¿Quién era el entrenador? —preguntó Silvia.

—Un amigo del que mataron en el Mercado Central. Tendrían más o menos la misma edad. Me miraba siempre de arriba abajo, no se fiaba de mí. Apenas me dirigía la palabra y nunca me dijo su nombre. Ellos solo lo llamaban «entrenador».

—¿Luis y su pareja también se fueron

del pueblo de forma definitiva? –
continuó Silvia.

–Les perdí la pista, la verdad. Dejé de trabajar en el gimnasio y regresé a Valencia tras ganar unas oposiciones. Luego supe que el gimnasio se cerró por falta de clientes.

–¿Por qué ha tardado tanto tiempo en venir a contarnos todo esto? –preguntó Romerales, poniéndose otra vez en pie.

–¿A contarnos qué?

Todos volvieron la mirada hacia la puerta del despacho.

Allí estaba Monfort, con el teléfono en la mano, leyendo el mensaje que Silvia le había enviado para que volviera a toda prisa.

El combate se celebró en un viejo almacén situado en uno de los tantos caminos agrícolas que unen la ciudad de Castellón con el barrio marítimo del Grao.

Carmen ya no dejaba que el Churro la tocara, estaba harta de él, le daba asco y no sabía cómo quitárselo de encima. Él se había dado cuenta y estaba muerto de celos. La perseguía a todas horas, buscaba cualquier excusa para colarse en su habitación cuando Luis no estaba. La espiaba, entraba en los baños de mujeres de las gasolineras

cuando se detenían y Luis se tomaba un café, pensativo; siempre estaba ausente. Le imploraba que dejara a Luis, que se fuera con él, que abandonaran la comitiva y empezaran una nueva vida lejos de todo aquello. Carmen se reía sentada en la taza del váter, mientras lo oía lloriquear tras la puerta. ¡Qué clase de vida le esperaba con aquel desgraciado! Se hacía la borracha, pero él dejó de creerla. Llegó a pensar que tenía algo con el entrenador. Algo sí tenía con el entrenador, claro, ambos pensaban en desplumar a Pedro Casas de una vez.

Al llegar a Castellón, Casas les anunció que aquel sería el combate

más importante de todos los celebrados hasta la fecha, y también el que más dinero recaudaría. Aquello ya lo sabían, pero lo que no había dicho al salir del hostel de los Monegros era que la contienda sería entre sus dos púgiles: el Diamante Loco y el Churro.

Carmen miró al entrenador, leyó en sus ojos que él ya lo sabía. Se sintió traicionada. Luego cruzó una mirada con el Churro: la boca torcida, la sonrisa agria derramándose despacio por la comisura de sus labios. Pudo leer en su boca la palabra venganza. Luis le había roto la nariz tiempo atrás, al principio de todo, y no lo había olvidado ni lo olvidaría jamás.

Era su oportunidad y no la iba a desaprovechar. Pensó que ella era el trofeo, que si ganaba sería suya.

Y tuvo otro mal presagio.

*H*acía muchísimo calor allí dentro.

Los dos hombres mantenían una encarnizada pelea bajo el griterío de un público que sudaba de forma inmisericorde. Luis se tambaleó extenuado al recibir un duro golpe en el hígado, pero enseguida se repuso del impacto y volvió al centro del ring. El Churro sangraba por una ceja y tenía un ojo muy hinchado. Los espectadores, divididos, alentaban al boxeador por el

que habían apostado su dinero y maldecían al contrario.

Pedro Casas, que normalmente organizaba los combates a cinco asaltos, había programado aquel a ocho. Tres crueles asaltos más de lo habitual para destrozarse el uno al otro. Sonó la campana y los boxeadores se refugiaron cada uno en su rincón. El entrenador atendía a ambos corriendo de una esquina a la otra para comprobar su maltrecho estado físico.

Carmen entró sudando en el cuartucho que hacía las veces de vestuario y, desesperada, buscó algo para beber. Se sentía aterrada, de su boca no salía palabra alguna, ni de

aliento ni de desazón. Quiso buscar refugio en el alcohol, pero no lo encontró. No fue capaz de acercarse a la esquina en la que Luis respiraba de forma agónica. Se sentía culpable de aquella pelea. Maldijo a Pedro Casas, el viejo zorro, el tipo astuto los había estado observando. Había decidido que ya que ambos hombres se disputaban a la misma mujer, podían hacerlo también en el ring. Con toda seguridad se trataría de una pelea sin igual y las apuestas subirían como la espuma.

Sonó de nuevo la campana. El ambiente era irrespirable, el calor y la humedad se hacían insoportables. Cuando los púgiles volvieron al

infierno del cuadrilátero, Casas se alzó sobre un taburete para que todos pudieran verlo bien. En sus manos atesoraba puñados de billetes que mostraba ostentosamente al público. Gritaba: «¿Quién da más? ¿Quién da más?». Mostró la izquierda y gritó: «¡Por el Diamante Loco!». Luego levantó la derecha para clamar: «¡Por el Churro!». Los espectadores depositaban su dinero en una u otra mano, mientras Casas iba anunciando la subida de las apuestas.

Los púgiles continuaban su endemoniada pelea, ajenos al propósito de Pedro Casas. Carmen sabía que su objetivo no era otro que ella misma, y

con solo pensarlo se le doblaron las piernas y cayó hincada de rodillas al suelo.

Cuando el Churro parecía estar menos entero, lanzó un gancho terrible que impactó en la sien izquierda de Luis, haciendo que se tambaleara como un muñeco. Se oyeron murmullos en el público, Carmen se tapó los ojos con ambas manos. El protector bucal cayó al suelo y algunas gotas de sangre salieron despedidas de su boca.

Luis cayó como un trapo sucio. Las piernas se le agitaban en violentas convulsiones. Luego quedó inmóvil, con la cabeza ladeada en una postura fea. Comenzó a brotarle un hilo de

sangre por la boca. El público estaba dividido. Unos gritaban enfervorecidos al verse ganadores de las apuestas; los otros murmuraban indignados, vencidos.

Pedro Casas, indiferente a lo que sucedía en el ring, contaba el dinero antes de efectuar el reparto. Los que habían apostado por el ganador se pusieron en fila frente a él para cobrar su botín, los otros agacharon la cabeza y salieron despacio sin dejar de mirar a aquel por el que habían perdido sus apuestas.

En el suelo, Luis continuaba inmóvil. Carmen no se podía mover, era como si le hubiesen enterrado los pies en

cemento. Estaba muerta de miedo, derrotada de dolor, ahogada de tristeza.

El entrenador, arrodillado junto a Luis, intentaba reanimarlo haciendo algo parecido a un masaje cardiaco. Desesperado, le practicó la respiración boca a boca para insuflarle un suspiro de vida.

El Churro buscaba a alguien entre los que abandonaban el local. Buscaba a Carmen, no cabía la menor duda. Había ganado y reclamaba su recompensa.

Pedro Casas parecía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y

continuaba con el reparto del dinero con los ojos inyectados de codicia.

El entrenador levantó la vista e hizo un gesto negando con la cabeza.

Y entonces se oyó el grito de una mujer. Un quejido que surgía de las entrañas. Un sonido roto de terror. El grito desgarrador de Carmen, que se desvanecía agarrada a las cuerdas del ring.

– ¡Acojonante! – exclamó Monfort.

– ¿No se te ocurre otra cosa?

– No.

Silvia dejó a Monfort y a Romerales en el despacho. El hombre lo contó todo otra vez. Monfort estaba perplejo, más que nada porque la población de sus padres se convirtiera casualmente en protagonista del caso.

Silvia acompañó al testigo hasta otro

despacho para tomarle los datos y registrar su declaración.

Dejarían que se marchara, no podían retenerlo por haber acudido tarde a la Policía. Argumentó que no era un hombre interesado en las noticias y que simplemente no se había enterado. Les extrañó que en la pequeña población de Vilafranca del Cid no hubieran reconocido a alguna de las dos víctimas, aunque era usual, el temor y la desconfianza no ayudaban.

Monfort pensó con ironía que podría enviar a una dotación de agentes hasta allí y poner el pueblo patas arriba en busca de respuestas. Eso o meter a todos

sus habitantes en la plaza de toros y no dejarlos salir hasta que hablaran.

A estas alturas sería como buscar una aguja en un pajar. No había tiempo que perder preguntando aquí y allá. Cada hora que pasaba resultaba vital para encontrar con vida a Alba. La hija de Pedro Casas era la clave. La cuestión era encontrarla, y en ello Romerales ya tenía trabajando a todos sus efectivos.

Terreros y García daban instrucciones a un grupo de policías para emprender una nueva acción de búsqueda diseñada por Silvia y el comisario.

Leo, la madre de Alba, seguía en el

hospital. Los médicos aconsejaban no molestarla con preguntas. Juana, su hermana, no se separaba de su lado.

Monfort aprovechó que todos estaban ocupados para acercarse hasta su hotel. Tenía la cabeza llena de información que poco a poco iba asimilando y ordenando. Había una pequeña luz al final del túnel, muy pequeña, casi insignificante y poco creíble, pero no la quería compartir con nadie por miedo a que se diluyera.

Todavía no había podido digerir su encuentro con Encarna Querol y la emotividad de este. No sabía si Trini lo había visto llorar delante de la anciana, no creyó que fuera tan importante,

aunque no dejó de darle vueltas en el corto trayecto desde la comisaría de la ronda de la Magdalena hasta el Hotel Mindoro.

Habían remodelado las habitaciones desde la última vez que estuvo allí. Era un gran detalle por parte de la dirección del establecimiento haber dispuesto un pequeño equipo de música con cargador de CD en cada habitación. A Monfort le era de gran ayuda para pasar las noches sentado en la butaca, contemplando la rojiza fachada posterior del Teatro Principal. A veces encendía el televisor, sin volumen, y de fondo ponía alguno de sus discos favoritos que siempre llevaba en el equipaje.

Sacó una botella que escondía en el fondo de la maleta: Highland Dream of Scotland. Posiblemente el mejor whisky de malta que había probado nunca. A Elvira Figueroa le gustaría, seguro. Desenroscó el tapón, acercó la nariz y olisqueó el licor. Tradujo lo que ponía en la etiqueta: «La malta se deja sentir en el paladar de forma elegante. En boca se aprecia una combinación de avellanas, nueces y un ligero toque de miel. El final es largo, seco, cálido, con notas de naranja amarga». Quizá se pudieran apreciar todos los sabores, olores y sensaciones descritas. Desde luego era complicado, pero lo iba a comprobar.

Trató de ordenar las ideas y apartar lo innecesario. Lo que despistaba debía desaparecer. No había tiempo para divagaciones. Se sentó en la butaca con el vaso en la mano. Pensó en Trini, en su amabilidad, en el trato delicado que le dispensaba a Encarna Querol, pero también pensaba en ella como la mujer que era. Había tenido una vida amarga compartida con un maltratador del que había tenido que huir y tuvo que comenzar una nueva vida en otro lugar con una nueva identidad. Luego llevó sus pensamientos hasta Silvia. Había puesto patas arriba la comisaría de Castellón, incluyendo a Romerales. Si no aparecía Alba Casas, no sería porque

no había trabajado. Él sabía el gran trabajo que estaba haciendo y tenía remordimientos por no habérselo dicho. ¿Se quedaría en Castellón tras la petición del jefe? Quizá fuera lo más acertado.

Ella creía que no sabía que había vuelto con Jaume Ribes, pero él era perro viejo y no se le escapaba ni una. El agente de guardia la vio marcharse con un hombre en un coche del que tomó nota de la marca, el color y la matrícula. Al día siguiente, cuando preguntó por ella, el agente le dio un trozo de papel con aquellos datos. Monfort sonrió al caer en la cuenta de a quién pertenecía el coche, no estaba mal que uno de ellos

fuera feliz y se divirtiera. Era una mujer atractiva, joven y con mucho futuro. Silvia y el doctor Ribes habían vivido el lado bueno y el lado malo del enamoramiento. Si ahora habían vuelto, él se alegraba por ello y no iba a decir ni una sola palabra al respecto. Debía llamarla. Contarle lo que pensaba del caso, lo que a él le parecía que podía llevarles directamente al desenlace y también a la persona que sabía dónde estaba Alba Casas.

Tenía el teléfono en la mano, estaba a punto de llamar a Silvia, pero empezó a sonar y en la pantalla apareció un número de teléfono fijo que no tenía memorizado.

–¿Dígame?

–Soy Trini.

Monfort retrocedió unas horas en el tiempo y se vio enjuagándose las lágrimas con disimulo para que ella no lo viera llorar.

–¿Cómo está? ¿Ocurre algo?

–Usted siempre está alerta –dijo Trini con aquella suave voz.

–Lo siento –se disculpó él–. Estaba pensando en otras cosas. La escucho.

–¿Recuerda que le dije que una mujer de Vilafranca del Cid había visitado a la señora Querol? Una mujer que fue una vez a verla y que ha sido la única visita que ha tenido hasta la fecha.

–Sí, lo recuerdo.

Monfort levantó las cejas. Recordaba perfectamente aquella visita misteriosa, pero era la primera vez que Trini mencionaba que era de Vilafranca del Cid. Desde luego era algo más que probable, puesto que parecía que Encarna Querol no se había movido del pueblo, pero pensó que quizá debería volver a Vilafranca para investigar aquella coincidencia. Si una mujer de allí había visitado a Encarna Querol, no tardaría mucho en encontrarla. Le vino a la cabeza la vecina de la anciana, pero la voz de Trini lo sacó de sus pensamientos.

—Le he preguntado por ella cuando usted se ha marchado. He pensado que

está muy sola, que sería buena idea que alguien la visitara de vez en cuando. Le he preguntado quién era esa mujer y por qué no ha vuelto a verla.

—¿Y? —Monfort estaba impaciente. El vaso aún en su mano.

—Me ha dicho que no tenía importancia. Ha hecho un gesto con la mano como si le diera igual. No he querido insistir. Creo que realmente no tiene a nadie. Era una posibilidad, pero no vale la pena insistir. Lo siento. Es mejor olvidarse de ello.

—No se preocupe —dijo Monfort fingiendo normalidad—. Gracias por intentarlo.

Cuando finalmente creyó que las piezas encajaban a la perfección, eligió uno de los trajes reservados para las ocasiones especiales.

A continuación puso el CD de Pink Floyd que tantas veces había escuchado: *Wish You Were Here*. Un disco grabado en 1975, con dos hombres en la portada que estrechan sus manos mientras uno de ellos arde en llamas.

Abrió las cortinas para que la luz del sol se adueñara de la habitación y subió el volumen.

Cada vez necesitaba menos para sentirse bien.

Todo se reducía a casi nada.

Cuando la música llegara al final y el aparato reproductor se detuviera, saldría a la calle una vez más.

Ahora todo estaba claro.

Y luego vuelta a empezar.

Otras canciones, nuevos casos, más cigarrillos, los mismos recuerdos...

«Ojalá estuvieras aquí.»

Mientras ascendía el puerto de Ares

del Maestrat cayeron los primeros copos de nieve en la luna delantera. Accionó el limpiaparabrisas. De repente, dos ejemplares de cabra montesa, de recias y espectaculares cornamentas, aparecieron en mitad de la empinada carretera a escasa distancia del vehículo. Pisó el freno con decisión, pero las cabras eran más ágiles que el Volvo y en apenas dos brincos desaparecieron en el interior del tupido bosque de robles y carrascas. Exhaló un profundo suspiro y reanudó la marcha.

Arriba, en la cima del puerto, la pequeña población de Ares del Maestrat se abrazaba a la inmensa mole de piedra que coronaba la montaña. Los copos

eran cada vez de mayor tamaño y en las esquinas de los cristales del coche empezaron a concentrarse montoncitos de nieve cristalizada.

Recordó que la última vez que coronó el puerto se detuvo en el bar junto a la carretera. Ahora, en el aparcamiento, en vez de automóviles había media docena de vacas que esperaban a ser conducidas al establo.

En el cielo, una gran nube tenía el mismo color grisáceo que la panza de un burro. En su interior aguardaba la lluvia que se convertiría en nieve y que a buen seguro cortaría la carretera en pocas horas. Lo sabía, pero siguió por aquel camino que le llevaría en poco tiempo

hasta Vilafranca del Cid. Vio la nieve acumulada en el arcén de la carretera. Las copas de los árboles parecían ya barbas canosas, pronto estarían completamente cubiertos de nieve y sus ramas se doblarían. El viento giraba las aspas de los gigantescos molinos que se encontraban antes de llegar al pueblo. Impulsada por el viento del norte, la nieve volaba en todas direcciones y ofrecía una danza fantasmal.

Al llegar a Vilafranca del Cid aminó la marcha delante de la antigua plaza de toros, situada a la izquierda de la carretera. Se quedó mirando la estatua de Silvino Zafón, el torero conocido con el apodo de El Niño de la Estrella, que

parecía saludar al tendido, montera en mano. El torero nació en el barrio de La Estrella, un puñado de casas situadas a poca distancia de allí, en la población de Mosqueruela, ya en la provincia de Teruel. El diestro alcanzó la fama en los años treinta y fue cabeza de cartel en la inauguración de la plaza de toros de Vilafranca del Cid, en 1933. Al padre de Monfort le entusiasmaban las corridas de toros y le contaba aquella historia cada vez que llegaban al pueblo y pasaban por delante de la plaza.

Redujo la velocidad para sortear los elevados badenes, colocados para que los conductores que cruzaban el pueblo no tuvieran más remedio que aminorar la

marcha. Junto a la acera, un hombre intentaba encenderle un cigarrillo a otro haciendo pantalla con las manos. Las chimeneas de las casas lanzaban columnas de humo gris que se revolvían en el aire. Continuaba nevando. Allí estaban acostumbrados. Él no.

Se detuvo al llegar a la plaza. Salió del confortable interior del coche. Hacía mucho frío. El termómetro antiguo que había en la fachada de la farmacia indicaba dos grados bajo cero. Un pastor cruzó deprisa la plaza seguido de un pequeño rebaño de ovejas y un perro de color parduzco que ladraba orgulloso de su trabajo. Buscó en el maletero por si llevaba un paraguas, pero no llevaba

ninguno. Se levantó el cuello del abrigo, hundió sus manos en los bolsillos y caminó con paso decidido.

La nieve le cubrió el pelo y, al pasar frente a un escaparate y verse reflejado, recordó el tango de Carlos Gardel: «Volver, con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien».

Silvia había recogido las cosas del ático de Ana Forcada y las había llevado hasta la vivienda de Jaume Ribes. Sus pertenencias se limitaban a dos o tres cajas y un par de maletas. Libros, música y ropa. También algunos papeles necesarios, aunque la mayoría

de documentos personales ya estaban archivados en su —cada vez más oficial— despacho de la comisaría de la ronda de la Magdalena. Hizo sola la pequeña mudanza porque lo prefería así. Jaume se brindó a ayudarle, pero ella era muy cabezota y cuando algo se le metía entre ceja y ceja no había manera de convencerla de lo contrario. Él lo sabía, por eso no insistió.

Mientras organizaba sus cosas, no paraba de darle vueltas al caso. Había un detalle que creía haber dejado escapar, o del que simplemente no se acordaba. Tenía una extraña sensación, como si hubiera visto u oído algo que

ahora no era capaz de recordar y que sin duda era importante.

Guardó la ropa interior en uno de los cajones de la mesita de noche que teóricamente le correspondía, pues estaba en el lado de la cama en el que dormía cuando estaba allí.

Pensó en Leo, que todavía estaba en el hospital, convaleciente después del intento de suicidio. Los médicos temían que, si le daban el alta antes de que apareciera su hija, pudiera volver a intentarlo. También se acordó de Juana. Trató de recordar todos los detalles de lo hablado con ellas, incluida Alba Casas, lo que había visto en sus

respectivas viviendas, algo, cualquier cosa.

No era muy ético, pero casi sin darse cuenta empezó a registrar la mesita del lado de Jaume. Y de pronto encontró algo que no le cuadraba allí y que le llamó la atención.

Monfort caminaba despacio, fijándose bien en donde ponía los pies para no resbalar. La nieve no había cuajado del todo en las calles, pero estaban mojadas y resbaladizas, eran un verdadero peligro. Olía a chimenea y la luz de las viviendas se asomaba tenuemente al exterior.

Se dirigió hasta la calle del Cid. En su última visita no había sido capaz de reconocer la casa en la que había nacido su madre; sin embargo, en aquel momento, no le costó identificarla. Observó la fachada con detenimiento: la gran puerta de madera, las ventanas cuadradas con cuatro cristales en cada una de ellas. La nieve le caía por encima, en el pelo, en los hombros y en las mangas del abrigo, como nubecillas de algodón.

Intentó acordarse de su niñez, aunque lo que en realidad quería recordar era si en aquel tiempo había conocido a una señora que se llamaba Encarna Querol. Qué extraña reacción tuvo, pensó. Lo

que hizo para que su madre fuera feliz era increíble. Había sido una prueba de amistad tan grande que hasta le costaba creer que fuese cierto. No recordaba a ninguna Encarna Querol de cuando era niño y sus padres lo llevaban de vacaciones al pueblo, aunque vivían en la misma calle.

Se acercó hasta la casa a la que quería ir. Llamó con la aldaba que tenía forma de una mano que sostenía una bola entre sus dedos. Dejó pasar un minuto. Nadie contestó. Volvió a llamar. Lo mismo. Empujó la puerta, estaba abierta. No era extraño en aquellos pueblos dejar la puerta de la entrada abierta. Miró en el interior. El zaguán estaba en

penumbra. Una luz que provenía del piso superior se dejaba entrever a través de la escalera. Olía a humedad. Antiguamente, aquellos zaguanes servían de cobijo al ganado y en muchas ocasiones se encontraban por debajo del nivel de la calle, por lo que era normal que se filtraran humedades de la tierra. Dio un paso adelante y entró pisando con cuidado el suelo irregular hecho con miles de pequeños guijarros. Hizo un intento por anunciarse.

—¿Hola?

La entrada estaba igual que la última vez que estuvo allí.

—¿Hola? —repitió, de nuevo sin éxito.

Oyó un ruido que provenía de los

pisos superiores. Se arrepentía de no haber ido con Silvia, de no haberle explicado lo que tenía en la cabeza y lo que pretendía esclarecer. Extrajo el móvil del bolsillo. Sin cobertura. En aquellas calles estrechas, entre paredes de más de un metro de grosor, con una importante nevada cayendo con fuerza en las montañas, lo normal era que no tuviera cobertura. Volvió a oír un ruido que venía de arriba. No lo supo reconocer. ¿Una silla que se arrastraba despacio? Tenía dos opciones: subir y ver qué pasaba o salir fuera y marcharse.

Se volvió para salir a la calle. Justo en ese momento, la mujer entraba por la

puerta con una brazada de leña blanqueada por la nieve.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! No habrá venido por algo relacionado con la compañía de la luz, ¿verdad? —ironizó, rememorando su anterior encuentro—. Suba —dijo a continuación, de una forma que casi parecía una orden—. Aquí hace mucho frío.

Monfort la siguió por la escalera hasta una amplia estancia que era salón y también cocina. Dentro de una gran chimenea ardían con bravura varios troncos de leña. Ella se agachó y dejó la brazada que llevaba dentro de un capazo de esparto. Tomó un atizador de hierro que había junto al hogar y removió los

troncos hasta que se acomodaron para seguir ardiendo con fuerza.

Reinaba un gran desorden en el salón. Había muebles viejos, algunos estaban restaurados, otros tenían desperfectos, o estaban sin pintar y en mal estado. En el fregadero se apilaba una montaña de platos sucios. El hueso pelado de lo que había sido un jamón colgaba de un clavo en la pared. Había un sofá lleno de trastos frente al fuego. Un sillón de lectura estaba ocupado por un gato de color negro y las paredes estaban manchadas por el humo de la chimenea.

La mujer vestía la misma ropa que la otra vez que estuvo allí: el mismo jersey marrón de lana gruesa, los mismos

pantalones vaqueros y las botas de andar por la nieve. El cabello, de color gris, estaba sucio y descuidado. Como en la anterior ocasión, no supo calcular su edad aproximada.

—Vamos a tener una gran nevada —informó ella señalando la ventana—. Oscurece muy pronto. En cuanto se hace de noche empiezan a caer copos de nieve del tamaño de un puño. —Cerró uno de sus puños para mostrárselo—. Siéntese, ¿le apetece una copa?

Le apetecía, claro que le apetecía, pero no la iba a aceptar.

—No, ahora no, gracias —contestó y continuó de pie.

—Pues a mí sí y, créame, le iría bien

beber algo. Ayuda a combatir el frío.

Se sirvió una buena medida de whisky corriente en un vaso. Desde donde estaba, Monfort pudo ver los restos de suciedad del vaso y las huellas de los dedos marcados en el cristal. Ella ya había estado bebiendo antes, posiblemente todo el tiempo. Sin embargo, su voz era firme y no parecía ebria. Él sabía que había personas que conseguían parecer sobrias sin estarlo, era una particularidad difícil de conseguir, pero no imposible. Él mismo lo había intentado en ocasiones, aunque sin el menor éxito.

—Ha tardado en volver —observó la mujer, tras dar un trago. Buscó un

cigarrillo y cuando lo tuvo entre los dedos prendió una cerilla—. ¿Tampoco fuma?

Monfort sacó entonces sus propios cigarrillos.

—Veo que sí —asintió y se sentó en el sillón. El gato se apartó con agilidad; cuando ella estuvo acomodada regresó para enroscarse hecho un ovillo sobre sus piernas.

—¿Va a quedarse de pie con el abrigo puesto?

—Estoy bien así, gracias.

—Como quiera. —Acarició despacio la columna vertebral del gato—. ¿Por dónde quiere empezar? —preguntó.

—Quizá sería mejor presentarnos

como es debido –respondió mostrándole la acreditación–. Soy el inspector Monfort, de la Policía de Castellón, aunque supongo que eso ya lo ha averiguado.

No contestó. Bebió de un trago el whisky que quedaba en el vaso. Se levantó de nuevo del sillón, parecía inquieta, el gato corrió hacia algún lugar lanzando un agudo maullido. Ella se puso de cuclillas frente al fuego y atizó con fuerza la leña con el puntiagudo artilugio de hierro.

Se volvieron a oír algunos sonidos que provenían de un piso superior. Monfort miró hacia el techo de forma instintiva. Cuando bajó la vista se cruzó

con la mirada de la mujer. Sus ojos, entre verdes y azules, enigmáticos, seguro que habían sido bellos en algún momento de su vida.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó, señalando con un dedo hacia arriba.

—¡Ratas! —contestó ella de forma enérgica, todavía agachada junto al fuego, con el atizador en la mano, haciendo hincapié en la pronunciación de la letra erre—. Ratas asquerosas y malolientes. ¿Quiere verlas?

El gato pasó junto a él sigilosamente. Se le erizó la columna vertebral al rozarse contra la pernera del pantalón.

—No, gracias —contestó el inspector.

Fue como un mazazo. El golpe lo

pilló desprevenido. Por segunda vez recibía un testarazo descomunal en el mismo punto de la cabeza. Alguien le había golpeado con fuerza por la espalda. No tuvo tiempo de distinguir si se trataba de un botellazo, como la última vez. Se desplomó, cayó de bruces. Y no vio nada más.

Silvia sostenía en la mano una revista antigua que Jaume guardaba en su mesita de noche. Se trataba del suplemento dominical de un periódico. ¡Nadie guarda la revista de un periódico en la mesita de noche!, pensó. Miró la fecha. Se sentó al borde de la cama. En la

portada, el chef Ferran Adrià sonreía a la cámara con una langosta en las manos. Pasó despacio las páginas buscando la razón de que aquello estuviera allí, entre sus pertenencias. Se recostó y siguió hojeando la revista, página por página. Se detuvo en el amplio reportaje dedicado al galardonado cocinero y a su restaurante mundialmente conocido, El Bulli. Ella nunca había estado en un lugar como aquel. Le encantaría, seguro. Se lo imaginaba como un festival gastronómico, un espectáculo sin igual, lo nunca visto. Las fotografías eran estupendas. Había una legión de cocineros trabajando, seguramente tantos como comensales en uno de sus

servicios, pensó. Las elaboraciones captadas por el fotógrafo eran pura magia, alquimia culinaria. Leyó parte del menú degustación: «Ninfa de algodón, *mozzarella* casera con albahaca, tempura de salicomia al azafrán con emulsión de ostra y ostra con emulsión de jamón y su perla. *Brioche* al vapor, deshielo, lío de zanahoria, nudos esferificados de yogur con ficoide glacial, alcaparras y *beurre noir*, mejillones de roca calientes con picada deconstruida...». Era una locura. ¡Qué genio de la cocina! Suspiró profundamente. Todo aquello, además, en un maravilloso enclave natural: la pequeña cala Montjoi, entre Roses y

Cadaqués, en la Costa Brava. El paraíso.

Quizá Monfort habría estado allí en alguna ocasión, menudo era él. Todo un sibarita. Seguro que no se lo había perdido. ¿Por qué pensaba en Monfort? ¿No podía olvidarlo por un momento?

Enseguida se acordó de Alba Casas. No se la podía quitar de la cabeza. ¿Dónde estaría? Ella, personalmente, se veía desbordada, no sabía ya dónde buscar. Sentía que estaban fracasando.

Cerró la revista y volvió a sentarse en la cama. La dejó encima de la mesita, bocabajo, ocultando la simpática imagen del cocinero galáctico y dejando a la vista la contraportada.

Cuando ya estaba dispuesta a marcharse del piso y llamar a Monfort para ver qué debía hacer, se quedó paralizada, con la mano asiendo el pomo de la puerta. Fue una sensación extraña, una revelación, quizá era lo que andaba buscando.

Corrió a la habitación y cogió de nuevo la revista. Observó la contraportada con los ojos abiertos de par en par. Se anunciaba una revista de aparición mensual. Una revista dedicada íntegramente al mundo del boxeo. En la imagen, un púgil de mirada desafiante mostraba unos guantes de color rojo vivo.

Y entonces creyó recordar en qué

lugar había visto una buena colección de aquellas revistas.



El calor era insoportable.

El olor dulzón y putrefacto de los ramos de flores marchitas se quedaría para siempre impregnado en su recuerdo. No quedaban lágrimas en sus ojos, pero el dolor era tan grande que no le hubiera importado morir allí mismo. Sin duda era lo que merecía.

Pedro Casas se encargó de todo. Ella nunca supo cómo demonios pudo hacerlo, pero se ocupó de que a Luis le

dieran sepultura. Dos operarios del cementerio tapiaron el agujero con ladrillos rojos y cemento gris. Uno de ellos fumaba y un soplo de ceniza cayó sobre la lustrosa caja en la que habían metido a Luis. El otro la miró a ella con deseo.

No se acordaba de lo que pasó después. Había bebido mucho, tanto que apenas se mantenía en pie. El entrenador se ocupó de ella.

Pasó algunos días en su casa, enferma, tratando de eliminar el veneno que la estaba matando de nuevo. Él cuidó de ella con mucha paciencia, la respetó como era debido, pero ya era demasiado tarde. Carmen

había planeado un final para todos ellos.

Un día, la comitiva se puso en marcha de nuevo. Más combates ilegales. Boxeo y apuestas, sexo y alcohol.

Sin Luis, sin el Diamante Loco.

Y, contra todo pronóstico, Carmen se marchó con ellos.

Se estaba despertando.

No podía abrir los ojos, tenía los párpados pegados. Sentía un dolor de cabeza muy distinto del que otorga una noche de whisky, con o sin compañía. No podía mover los brazos, algo le presionaba con fuerza las muñecas. Tiró con fuerza, pero le fue imposible moverlos. Lo mismo le ocurría con las piernas, a la altura de los tobillos. Olía

a leña quemada. Sintió una ola de calor en la cara, pero tenía fríos los pies y las manos. El dolor de cabeza aumentaba cuando hacía esfuerzos para moverse. Notó el pelo apelmazado y le pareció sentir que le brotaba la sangre, como la otra vez, como cuando Han le golpeó en los baños de aquel bar.

¿No podía abrir los ojos o los tenía abiertos? La cuestión era que no veía nada y cada vez se sentía más mareado. Creyó que iba a perder el conocimiento de nuevo. Un hormigueo insoportable corría por sus pies dormidos, quería moverlos pero no podía.

Un segundo antes de desvanecerse de

nuevo percibió que estaba sentado en una silla, atado y con los ojos vendados.

En aquella especie de duermevela le pareció oír una conversación. Aguzó el oído, pero no entendía nada de lo que se decía. Era una conversación entre dos personas, por momentos le parecía que las voces estaban cerca de él, y otras que se encontraban en un lugar lejano. Las voces iban y venían, pero no conseguía distinguir ni una palabra.

Tenía la sensación de que caía despacio por un agujero oscuro, de que estiraba los brazos pero no alcanzaba a tocar nada. No sentía las piernas, era como si su cuerpo se compusiera únicamente del tronco, la cabeza y los

brazos. La caída no era vertiginosa, sino lenta y tranquila. Muy lenta. Las voces se oían lejanas, con eco. Reían en ocasiones, en otras discutían. Y él seguía cayendo despacio por aquel agujero que parecía no tener fin. Sin ningún motivo aparente se acordó de Elvira Figueroa. De la velada de whisky y de charla, de sus ojos, de sus hechuras sensuales. No era momento para ensoñaciones eróticas, pero se acordó de ella, de su risa, de su cabello bien cuidado y de su immaculada dentadura que mostraba cuando sonreía abiertamente. Le gustaba su sonrisa, sus salidas ocurrentes. Era una mujer muy atractiva, quizá era su tipo. Tampoco

sabía, dadas las circunstancias, si la volvería a ver. A veces le recordaba a él. Tenían gustos parecidos: la música, los viajes, el whisky, el afán por castigar a los malhechores..., pero su sonrisa era lo que realmente podía con todo. Entonces, recordó sus palabras de aquella noche: «Las personas cometen todo tipo de atrocidades por amor». Con el eco de esas palabras resonando en su cabeza, Silvia irrumpió de pronto en sus pensamientos. Tenía la sensación de que debía cuidar de ella, velar por su seguridad, intentar que no diera pasos en falso en el trabajo. Solo en el trabajo, en la vida debía cuidarse de sí misma. Silvia no había tenido mucha suerte con

los hombres. Él tampoco con las mujeres. Violeta apareció entonces en la escena de aquella tragicomedia vívida, mientras él seguía cayendo despacio por el negro agujero. Ella le hablaba cuando él dormía. Podía oírla, sentir el olor de su piel. Jamás se olvidaría de su olor. Recordaba cómo apoyaba la nariz en su cuello y aspiraba el perfume natural de su cuerpo. Violeta le decía cosas al oído, en voz baja, y él las escuchaba embelesado, aliviado de poder escucharla. Seguía siendo lo más importante en su vida, aunque a veces se sintiera derrotado.

Oyó una voz que le hablaba desde el principio o el final del agujero por el

que caía. No era la voz de Violeta, tampoco la de Elvira, ni la de Silvia. Y él caía y caía y caía. Deseó que acabara aunque significara el final.

De pronto oyó la voz con claridad, ya no estaba ni al principio ni al final del agujero, la voz estaba junto a él.

–Buenas noches –dijo retirándole el antifaz que le impedía ver.

Silvia llegó enseguida a la calle San Roque. Era una de las antiguas vías de entrada a la ciudad de Castellón, si se llegaba desde Barcelona. Se encontraba muy cerca de la vieja comisaría.

Estaba excitada. Había pasado por

alto que en situaciones como aquella debía proceder según el protocolo. Ir sola era un error. Llamó a Monfort. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. La cancioncilla de siempre, pensó. Accedió al portal aprovechando que una mujer abría la puerta. La saludó y se echó a un lado para dejarla salir.

Nadie contestó a la llamada del timbre dorado que había al lado de la puerta del piso. Volvió a llamar. Tras el tercer intento supuso que, o no había nadie, o no querían abrir. Apoyó la oreja en la puerta por si oía algo. Todo estaba en silencio. En aquel momento debió llamar a la comisaría, pero en vez de eso sacó del bolso una pequeña ganzúa.

Hurgó en la cerradura, primero con tranquilidad absoluta y finalmente nerviosa. Cuando iba a desistir oyó el clic que tanto esperaba y que en la academia le enseñaron a distinguir. Introdujo entonces una aguja del pelo que previamente había desplegado y segundos más tarde la puerta quedó abierta. No era una experta, pero no estaba mal. Empuñó su arma reglamentaria y accionó el interruptor del pasillo. La luz de la calle apenas iluminaba el interior del piso a través de las ventanas. Pensó en llamar al agente Terreros, pero ya era demasiado tarde: la puerta estaba abierta y ella tenía los pies dentro del piso de Manuel Solís.

Aquello era allanamiento de morada, estaba claro. Sabía que se le podía caer el pelo por lo que estaba haciendo. Además, no tenía la certeza absoluta de que hubiera visto allí lo que pensaba, pero lo sospechaba y tenía que comprobarlo. Sintió un ligero temblor en las piernas y en la mano que empuñaba el arma. Pensó que posiblemente había metido la pata hasta el fondo. No la perdonarían por aquello, le caería una buena.

Entró despacio. No se oía ningún ruido en el piso. Salvo por la luz del pasillo que ella misma había encendido, todo estaba en penumbra. Sintió remordimientos, una punzada en el

estómago. Ella había estado allí y no le había otorgado la más mínima importancia. Le pareció un jubilado más, solitario y con ganas de hablar del pasado. No encontró nada digno de mención en sus palabras y así se lo hizo saber a Monfort y al comisario Romerales cuando le preguntaron por su visita. Recordó que aquel día le dolía mucho la cabeza, y que posiblemente terminó la entrevista antes de lo que hubiera sido necesario. Había dormido muy mal. Siempre la misma excusa.

Encendió las luces que fue encontrando a su paso y miró en todas las habitaciones. Todo estaba correctamente ordenado y limpio. Allí

seguían las fotografías, el televisor antiguo, los visillos en los reposabrazos del sofá. Y también lo que realmente había hecho que regresara hasta allí: la colección de revistas de la estantería, alineadas perfectamente desde el primer número hasta el último. Alcanzó una y la estudió. Era, en efecto, uno de los ejemplares de la que había visto anunciada en el dominical que encontró en la mesita de Jaume. Revistas de boxeo, publicaciones especializadas en el deporte del *ring*. Hojeó el ejemplar de prisa. Fotografías a todo color de combates, entrevistas a púgiles con las caras deformadas por los golpes, artículos sobre la práctica de aquel

deporte. A ella le parecía un poco cavernícola lo de darse mamporros en un cuadrilátero mientras el público gritaba enfervorecido. Guardó el arma. Registró minuciosamente los cajones de la cómoda que había en el salón. Luego hizo lo mismo con los armarios de las habitaciones. Manuel Solís era un tipo ordenado. Como no halló nada que valiera la pena, decidió sacar todas las revistas y mirarlas una a una por si veía alguna cara que pudiera reconocer, aunque en realidad todas eran similares: narices maltrechas, cejas cicatrizadas, ojos hundidos y sonrisas torcidas por el orgullo que otorgan las victorias. No encontró nada tampoco en las revistas,

pero estaba claro que aquel hombre tenía relación con el boxeo, aunque solo fuera como aficionado.

Se paseó despacio por el piso. Registró la cocina, miró bajo las camas, debajo de los cojines del sofá y en el pequeño armario del contador de la luz que estaba en la entrada. Pensó en marcharse de allí. Se le ocurrió que quizá todo era fruto de la casualidad.

Una gran colección de revistas especializadas en boxeo, un boxeador asesinado que, a su vez, es el culpable de la muerte de Pedro Casas. Manuel Solís había sido años atrás el encargado de la empresa de Casas. Eran

demasiadas coincidencias, allí tenía que haber algo más.

El hombre podía regresar en cualquier momento y entonces ella tendría un serio problema. Decidió que le daba igual y regresó a la habitación donde dormía Solís, con la intención de ponerla patas arriba para encontrar algo que la hiciera salir airosa de aquella situación. Cuando entró en la estancia se fijó en un maletín que asomaba apenas unos centímetros desde lo alto de un viejo armario. Se subió a una silla y tiró de él hasta que lo tuvo en las manos. Lo dejó encima de la cama. Era un maletín de los que se abrían con dos cerraduras mediante una combinación de tres

números. Intentó abrirlo con varias posibilidades numéricas, pero podía estar todo el tiempo del mundo y no lograría abrirlo. Fue hasta la habitación donde estaba la lavadora, había visto allí una caja de herramientas. Cogió un destornillador grande y con decisión destrozó las dos cerraduras del maletín hasta que quedó abierto y pudo ver lo que contenía.

—¿Qué está pasando? —intentaba recordar dónde estaba y qué había pasado para que le doliera la cabeza de aquella manera. Le costó unos minutos

aclimatar la vista a la luz tenue de la estancia.

—Nos estábamos presentando —dijo la mujer, y esbozó una amarga sonrisa. Estaba frente a él, sentada en el sillón, tenía el gato sobre sus piernas y en una de sus manos un vaso con whisky—. Pero de repente se ha interesado por las ratas del desván y luego se ha desmayado. — Se llevó el vaso a los labios.

Monfort se miró las muñecas atadas con cinchos de seguridad de plástico a los reposabrazos de una silla de oficina. Lo mismo le habían hecho en los tobillos, que estaban enganchados a las patas de la silla con aquellos artilugios imposibles de soltar.

—Alguien me ha golpeado en la cabeza —terció confuso—. Estábamos hablando, usted estaba junto al fuego. ¿Quién me ha golpeado por la espalda?

—¿Quién? —preguntó ella en tono irónico—. ¿Ve a alguien más por aquí, a parte de mi pequeño *Sugar*?

Sin esperar respuesta alguna, continuó hablando.

—Se llama *Sugar* por Sugar Ray Robinson —explicó, a la vez que acariciaba al gato—. ¿Sabe quién fue Sugar Ray Robinson?

Monfort no contestó. Sabía quien era Sugar Ray Robinson. No era otro que el boxeador de raza negra que había llevado a Jake La Motta por el camino

de la amargura. Fue su gran rival durante su carrera profesional como boxeador. Lo había leído en el libro traducido por Alba Casas. Pero lo que le preocupaba era saber dónde estaba la persona que le había golpeado en la cabeza. Debía de estar por allí, en algún lugar, esperando indicaciones.

—Me llamo Carmen —dijo la mujer, y dio otro trago—. No recuerdo haberle dicho mi nombre la otra vez que estuvo aquí, aunque quizá lo haya averiguado después. En todo caso, le estaba esperando. Sabía que tarde o temprano volvería.

—Suélteme de una vez para que podamos hablar en las mismas

condiciones –pidió Monfort, lo que provocó en ella una risa ahogada que acabó en un acceso de tos.

–Es el tabaco –se excusó–, acabará conmigo, con todos nosotros. Aunque conmigo acabará antes el alcohol.

Volvieron a oírse ruidos en el piso superior.

–¿Quién está ahí arriba? –preguntó de nuevo Monfort.

–Ya se lo he dicho, no insista, no tenga prisa. Lo sabrá todo a su debido tiempo.

–Pronto advertirán mi ausencia –la amenazó Monfort–, y costará poco que mis compañeros sigan mi rastro hasta aquí.

—¿Cree que me importa? —dijo de pronto; su tono de voz era tenso y seco—. ¿Cree que va a amedrentarme con sus amenazas de mierda?

Encendió un cigarrillo. Apuró la bebida que quedaba en el vaso. Monfort vio que le temblaban las manos. Se puso a hablar sin mirarlo, como si hablara con alguien inexistente en el salón. Tenía la vista nublada.

—¡Ellos lo mataron! ¡Ellos acabaron con su vida! ¡Luis! —exclamó, luego bajó la voz—. Pero se ha hecho justicia. Tal como lo había deseado. Tal como lo había planeado.

Entonces Monfort cayó en la cuenta, ¡se refería a su pareja, Luis, el Diamante

Loco, el joven boxeador del que les habló el encargado del gimnasio!

Llegaron nuevos sonidos del piso superior.

—Dígame qué son esos ruidos, por favor —solicitó Monfort con buenas palabras.

Pero ella seguía con la mirada ausente, perdida en un punto inexistente de la estancia. Monfort vio que le brotaba sangre de una muñeca por la fricción del cincho que se le clavaba en la piel.

—Pedro Casas era un cerdo —continuó ella—, por eso murió como se merecía, degollado, con el cuello rajado y desangrado — hizo una breve pausa antes

de proseguir—. El Churro hizo bien su trabajo. Pobre idiota, no sabía lo que le esperaba después. ¡Qué asco me daba!

Tenía los ojos perdidos, hablaba para un público invisible, como si hubiera más gente en el salón. Se levantó del sillón y sacó una botella de whisky de un armario, vertió una buena cantidad en el vaso, se la bebió de un trago y volvió a tomar asiento.

—Pedro Casas era un maldito delincuente —prosiguió—. Organizaba combates de boxeo ilegales en los que se llenaba los bolsillos con las apuestas de los desgraciados que acudían. Se aprovechó de mi debilidad por el alcohol y de las pocas luces de Luis. —

Soltó una risa amarga y quedó en silencio un instante.

»Lo llamaba el Diamante Loco. Él creía que Casas confiaba en sus puños, en su fuerza, en su boxeo... ¡Mierda! ¡Solo quería dinero, dinero, dinero! ¡Nos embaucó a todos! Peleaban una noche aquí y otra allá. Siempre escondidos, durmiendo en pensiones de mala muerte, comiendo mal, huyendo, escapando, mintiendo. ¡Era un cerdo, un auténtico cabrón! No descansaron hasta convertir a Luis en una máquina destructora. Lo convirtieron en un monstruo que golpeaba sin tregua a sus rivales hasta derribarlos sin piedad. Pegaba fuerte Luis, pegaba duro, muy

duro. Les golpeaba hasta que sus mandíbulas se desencajaban, no les daba ni tiempo a comprender de dónde había salido aquella bestia. —Miró a Monfort fijamente—. Sí, me ha oído bien, una bestia, eso es lo que era Luis en el *ring*.

Parecía abatida. Tomó un cigarrillo a medio fumar que había en un cenicero atestado de colillas y lo volvió a encender. Le seguían temblando las manos.

Monfort iba componiendo un mapa de la situación. La declaración del encargado del gimnasio había sido vital para que pudiera atar definitivamente el montón de cabos que andaban sueltos hasta entonces. Era conveniente dejarla

hablar, no interrumpirla, que se sintiera a gusto soltando todo lo que tenía dentro.

Bajó la mirada para parecer sumiso. Le intrigaba saber quién le había golpeado. Lo habrían levantado del suelo tras el testarazo recibido y después lo debieron de atar a la silla con los malditos cinchos que le estaban sesgando la piel. No es que él fuera un peso ligero precisamente. Hacían falta al menos dos personas para poder hacerlo.

—¿Ha oído hablar alguna vez del síndrome de Marfan? —preguntó ella sacándolo de sus pensamientos.

Monfort negó con la cabeza. Quizá

solo se lo pareció, pero creyó ver una lágrima deslizándose por su mejilla justo antes de que continuara hablando.

—Luis siempre había sido diferente... Era muy alto, tenía las piernas y los brazos más largos que los demás muchachos, las manos más grandes, los dedos más largos, la cara alargada y los ojos hundidos en sus cuencas. Nos reíamos de él cuando íbamos a la escuela. Yo la que más. —Miró al suelo avergonzada—. Lo expulsaron del colegio porque le dio una paliza a un maestro que se reía de él. Yo tuve la culpa, yo le insulté. Y en vez de pegarme a mí, que es lo que tendría que haber hecho, le atizó a él. Desde entonces, por

alguna extraña razón, mi vida quedó unida a la de Luis para siempre. Quizá por arrepentimiento, o por miedo, pero me ató a su vida y a su extraño cuerpo. — Volvió a guardar silencio, acariciaba al gato con las yemas de los dedos. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se sonó ruidosamente.

»Estábamos metidos hasta las cejas en el fango de Pedro Casas —continuó con gesto serio—. Luis dejó prácticamente de hablar, de sentir, de vivir. Solo boxeaba, nada más. Noche tras noche se empleaba en derribar a sus rivales hasta que todo terminó. —Carmen volvió a callar, parecía estar en otro sitio—. Un especialista en adicciones que

me ayudó a salir del hoyo me comentó que Luis tenía todas las características de los que sufren el síndrome de Marfan. Me recomendó que visitáramos a un médico especializado, pero no lo hicimos. Solo le hablé a Luis una vez de ello y no quiso escucharme. No quiso saber una sola palabra sobre aquello. – Comprobó al trasluz de la lámpara lo que le quedaba a la botella.

A Monfort le dolían mucho las muñecas. Ella continuó hablando despacio, vocalizando, pronunciando correctamente todas las palabras, como si fuera otra persona:

–El síndrome de Marfan es un trastorno de los tejidos que

proporcionan fuerza y flexibilidad a la estructura del cuerpo humano. Afecta a la mayoría de órganos, sobre todo al esqueleto, a los pulmones y a los ojos, pero también al corazón y a la arteria aorta. Los que lo padecen suelen ser altos y delgados, con los brazos y las piernas más largos de lo normal. También pueden tener una cara larga y estrecha, la mandíbula pequeña y los dientes apretados. Luis reunía casi todas las características. —Hizo una pausa, como si necesitara tomar aire para poder continuar—. No se ha encontrado una cura definitiva para la enfermedad. Luis no quiso saber nada. Pero el boxeo

lo mató antes de tiempo. –Carmen calló
por fin y cerró los ojos.

El maletín que Manuel Solís tenía encima del armario contenía todo tipo de manuales para la preparación de boxeadores. Los dejó a un lado e inspeccionó un archivador en el que había páginas escritas que le parecieron hojas de ruta: poblaciones de distintas provincias españolas, horarios de llegada y de salida, hostales de carretera donde dormir, contactos de los lugares a

los que debían ir... En la parte inferior de cada página, escritas con lápiz, había estimaciones sobre cantidades de dinero: a la izquierda la cantidad estimada y, a la derecha, la cantidad recaudada finalmente.

Y entonces lo vio claro: Manuel Solís, el encargado de la empresa de Pedro Casas, era el entrenador. Silvia estaba consternada. Lo había tenido tan cerca, tan cerca, y se le había escapado.

Marcó el número de Monfort. Seguía fuera de cobertura o con el teléfono desconectado. Pensó que podría encontrarse en la residencia de ancianos, intentando averiguar el misterio que tanto le preocupaba sobre

su madre y aquella otra anciana residente.

Siguió curioseando entre las anotaciones que había en el maletín: recaudación de las entradas, apuestas, pago a los púgiles. Tanto para el Churro, tanto para el Diamante Loco. Su comisión y la de Pedro Casas. Finalmente había unas cantidades que doblaban a las de los boxeadores, y que estaban destinadas a alguien cuyo nombre se representaba únicamente con la letra C. Imaginó a toda velocidad quien podía componer la comitiva: Pedro Casas, Manuel Solís, el Churro y aquel al que apodaban el Diamante Loco, del que solo sabían que se

llamaba Luis por la declaración del encargado del gimnasio de Vilafranca del Cid. ¿Quién sería en realidad el Diamante Loco? Y... ¿quién era C?

Llamó al agente Terreros. Le informó de donde se encontraba y de lo que estaba haciendo. Le pidió que fuera hasta allí. Terreros se puso en camino inmediatamente, no sin antes recordarle que tuviera mucho cuidado, Manuel Solís podría sorprenderla en cualquier momento. Ofuscada por lo que había encontrado, lo había olvidado completamente.

Entonces, cuando se disponía a cerrar el maletín, vio un papel doblado que no había visto antes. Era una dirección, la

leyó: «Carmen – C/ del Cid – Vilafranca del Cid».

¡Carmen! La C de las cuentas de Manuel Solís y Pedro Casas. No recordaba que el encargado del gimnasio hubiera dicho aquel nombre, pero por alguna razón no tuvo ninguna duda. No podía ser otra que la pareja de Luis, la joven que había llegado con él al pueblo. La misma mujer que tenía problemas con la bebida.

Mientras recogía las pruebas y esperaba al agente Terreros, llamó a la comisaría para que le facilitaran el teléfono de la residencia de ancianos y averiguar si Monfort se encontraba allí.

La directora no lo había visto en la

residencia. Le dijo que aguardara mientras localizaba a la enfermera que cuidaba de la señora Querol. Pasados unos instantes que a Silvia se le hicieron eternos, se puso de nuevo al aparato.

—No le puedo ayudar —dijo—. Trini no trabaja hoy, y la persona que ocupa su puesto no ha visto al inspector por aquí.

—Gracias —respondió Silvia, y salió a toda prisa del piso con el maletín.

Carmen empezaba a no encontrarse bien. Tenía la voz cada vez más pastosa y se trababa de vez en cuando. Cuando eso ocurría, sacudía la cabeza y bebía un nuevo trago, como si aquello fuera a

ayudarle. Monfort se dio cuenta de que no podría seguir bebiendo por mucho tiempo sin que ocurriera algo. Por eso insistió un poco más.

–Necesito ir al baño.

–¿Al baño? No me haga reír. Puede mearse encima si lo desea, a mí me da igual.

De nuevo se oyeron ruidos arriba. Fue un ruido sordo y opaco, algo parecido a un golpe, y después unas palabras susurradas e ininteligibles.

–Hay alguien ahí arriba. Eso no son ratas –puntualizó Monfort–. Si libera a quien tenga ahí, lo tendremos en cuenta.

Carmen se puso en pie con dificultad. El gato saltó ágilmente de su regazo.

Llenó el vaso hasta el borde, dio un paso hacia Monfort y le lanzó el contenido a la cara.

—Podría rociarlo con gasolina en vez de hacerlo con whisky y prenderle fuego. Ardería todo, la casa, usted y yo, y con eso pondríamos fin a esta farsa.

—Quienquiera que esté arriba también moriría —advirtió Monfort.

—Yo ya he hecho mi trabajo. Me da igual lo que les pase a los demás.

—¿Su trabajo? —preguntó Monfort, esperando que se le quitara de la cabeza la macabra idea de la gasolina y la cerilla.

—Manuel Solís entrenó a Luis hasta convertirlo en un boxeador excepcional.

¡Por fin había salido el nombre del entrenador! Monfort tenía la sensación de estar rellenando un crucigrama en el que poco a poco iba encontrando las palabras necesarias para llegar a la solución.

—Aprovechó los defectos de Luis y los convirtió en sus virtudes —prosiguió a duras penas—. Sus largas piernas, sus exagerados brazos... El entrenador lo moldeó hasta convertirlo en su propia creación. El Churro venía con él y hacía de *sparring*. Ambos peleaban para ponerse en forma. Él tenía más experiencia, y Luis aprendió deprisa todo lo que le enseñaron.

Volvió a sentarse, llamó a *Sugar*, que

acudió enseguida y voló de un salto hasta su regazo. Vertió más whisky en el vaso y le dio un trago largo antes de seguir.

—Cuando Pedro Casas creyó que Luis estaba preparado para pelear, nos embarcamos en aquellas peleas ilegales por todo el país. Yo me aproveché de las victorias de Luis y empecé a reclamarle más dinero. Él aceptó por temor a que Luis dejara de boxear si yo se lo pedía. Sabía que podía hacerlo. Luis hacía lo que yo le decía. Ganamos más dinero del que habíamos visto jamás. Y aquello me gustó. —Sonrió con la boca torcida; se le entrecerraban los ojos.

»Me aproveché de la situación. Solo tenía que amenazar a Casas con que nos retirábamos para que aumentara nuestro porcentaje. Entonces yo no bebía. El dinero era lo único que me importaba. Pero cuando creía que lo tenía todo bajo control, apareció el Churro con una botella de vodka y con aquello duro como una piedra. –Rio de forma grotesca y chabacana–. El sexo y el alcohol, una tiene sus debilidades, ¿sabe?

Volvieron a oírse ruidos en el piso de arriba. Monfort intentó que ella no se despistara y no desvió la mirada hacia el techo como en las otras ocasiones.

–El Churro venía a verme cuando

Luis estaba entrenando – continuó–, le engañábamos constantemente para poder vernos a solas. El Churro me volvía loca. Me pillaba en cualquier sitio y me destrozaba de placer. Yo no me podía resistir. Me proporcionaba lo que más deseaba.

Se quedó en silencio, como si pensara en algo. Alguna vez debió de haber sido atractiva, pero la mirada se le había enturbiado. Monfort pensó que allí terminaría el relato, pero de repente continuó.

–Manuel Solís nos pilló en plena faena, ya me entiende. –Le guiñó un ojo con torpeza. Estaba borracha–. Nos amenazó con contarlo todo. Yo sabía que

si Luis se enteraba de aquello nos mataría a los dos. A cambio de su silencio nos propuso ayudarlo a averiguar dónde guardaba Casas el dinero que se quedaba de los combates. Manuel Solís sabía que atesoraba una importante suma de las apuestas ilegales. Pero todo salió mal. —Hizo una larga pausa para beber un trago; vació la botella y la miró varios segundos antes de dejarla caer al suelo sin que llegara a romperse.

—¿Qué pasó? —preguntó Monfort; no podía contenerse.

Le sangraba la herida de una de las muñecas. Por suerte, los tobillos estaban sujetos por encima de los calcetines y

aquello amortiguaba el dolor. Intentó centrarse en pensar soluciones, pero de momento no las veía por ninguna parte.

Ella bebía sin parar. Aunque sus palabras no eran claras ni del todo entendibles, brotaban deprisa por su boca.

—Pasó que todos los hombres son iguales y solo piensan con la entrepierna —dijo, e hizo una pausa para ponerse de pie. Trastabillando, se acercó a un mueble del que extrajo otra botella. Luego volvió a sentarse en el sillón y continuó—: Se enamoró de mí. Al menos eso era lo que decía. Se encaprichó más de lo previsto. No me hubiera importado tener sexo con él de vez en cuando. Luis

solo vivía para boxear. No quise interferir. Si aquello lo hacía feliz, no iba a molestarlo. Bastante había hecho ya castigándole con mi mala vida. Pero yo no era feliz.

—Y el Churro quería más —incidió Monfort.

—Y el Churro quería más —repitió ella, aunque le costaba pronunciar las palabras debidamente—. Quería más, sí, lo quería todo. Quería el dinero, me quería a mí, quería que bebiera con él, que estuviera a su lado, que jaleara sus victorias, que estuviera a su disposición.

—Y usted se negó.

—¡Sí, me negué! ¡Claro que me negué!
—exclamó con rabia, escupiendo saliva

en todas direcciones—. Yo no era suya, era de Luis.

Después rompió a llorar. Tardó unos minutos en recomponerse.

—El Churro mató a Luis en un combate ilegal que Pedro Casas organizó en Castellón. Le golpeó con tanta rabia que acabó con su vida. Creía que aquella era la única forma de tenerme. Yo era el premio, y el triunfo pasaba por matar a Luis.

—¿Por qué no lo denunció? —preguntó Monfort.

—Hice algo mejor —respondió enjuagándose las lágrimas y recomponiéndose del dolor que sus propias palabras le estaban causando—.

Pero no sé por qué le cuento esto –dijo antes de beber otro trago de la botella.

–Quizá busca un motivo para no ir a la cárcel –apuntó Monfort para ver qué pasaba.

–La cárcel... –Suspiró—. ¿Sabe una cosa? Vivo en mi propia cárcel desde que era una niña. Luis era un hombre corto de aquí. –Se tocó una de sus sienes con el dedo índice—. Pero a su lado me sentía protegida como una niña a la que sus padres abrazan con ternura.

Recostó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Estaba extenuada, sin duda el alcohol la había vencido. El gato salió del escondite que se había buscado y saltó con agilidad

para caer sobre sus piernas, enroscándose en sí mismo como un ovillo. Monfort creyó que se había quedado dormida. Así la botella contra el pecho. Los párpados le temblaban. Emitió un largo suspiro. Un estertor que inundó de tristeza el salón de la vieja casa.

Empezaba a hacer mucho frío. Apenas quedaban ya rescoldos de lo que había sido un fuego intenso. La luz de las farolas de la calle se filtraba a través del cristal de la ventana y se veían los copos de nieve caer de forma abundante. Monfort pensó que quizá ya estuvieran aislados en el pueblo. No había ningún reloj en el salón y no pudo calcular el

tiempo que estuvo sin sentido. No sabía desde cuándo se encontraba allí, atado y herido. Apestaba a whisky y le escocían los ojos.

Después todo quedó sumido en un profundo silencio.

El agente Terreros conducía a gran velocidad a pesar de que una intensa cortina de lluvia dificultaba la visión de la carretera. El agente García, a su lado, tomaba notas de lo que Silvia le iba diciendo. Ella iba sentada detrás, en el centro de los asientos, inclinada hacia delante con las dos manos apoyadas en

los reposacabezas de sus compañeros, dictando a García.

—Deberías sentarte como Dios manda —le advirtió Terreros—. Y ponerte el cinturón, vamos muy deprisa y la lluvia se está convirtiendo en aguanieve. Pronto llegaremos al puerto de Ares y ya veremos qué nos encontramos allí.

Silvia no le hizo caso, le dio unos golpecitos en el hombro con la palma de la mano y siguió relatando al agente García lo que había encontrado en el maletín.

Al llegar al cruce que llevaba hasta la pequeña población de Benassal, a unos cincuenta kilómetros de Castellón y a otros treinta de Vilafranca del Cid, un

agente de la Guardia Civil les hizo detenerse junto a un paraje natural conocido como el Barranc dels Horts.

Silvia recordó lo que Monfort le había contado sobre el agua del manantial de Benassal: era magnífica y sinónimo de refinamiento en los buenos restaurantes. Le vino a la memoria el dibujo impreso en la etiqueta en la que el dios Neptuno contemplaba la botella de agua que sostenía en su mano.

Terreros bajó la ventanilla y mostró su acreditación al agente.

—Buenas noches —dijo el guardia civil saludando formalmente al ver la credencial—. ¿Adónde se dirigen? Van muy deprisa.

—A Vilafranca del Cid —contestó Terreros—. Necesitamos llegar lo antes posible. Es importante.

El agente torció el gesto y se asomó por la ventanilla para ver a los demás ocupantes del vehículo.

—Vamos a cerrar el puerto —advirtió—. Hay mucha nieve acumulada allí arriba, las máquinas quitanieves tardarán en limpiar la carretera. —Señaló la cuneta; la nieve ya había empezado a cuajar—. Los partes meteorológicos dicen que va a caer una buena. Esta zona suele ser imprevisible, lo mismo cae poca cosa como alcanza un metro de espesor.

El otro agente de la Guardia Civil hablaba por la radio en el interior de un

Nissan Patrol. Hasta ellos llegó parte de la conversación que mantenía a través del aparato. Las cosas se estaban poniendo feas.

—Pero tenemos que llegar hasta Vilafranca del Cid lo antes posible —replicó Silvia—. No podemos quedarnos aquí.

El agente suspiró.

—No se pueden arriesgar a subir con este coche —advirtió mirando el Renault Clio—. Podemos llamar y que una patrulla se acerque adonde nos digan.

—¡No! —exclamó Silvia para sorpresa del agente—. Quiero decir que quizá se trate de un asunto más complicado de lo que pueda parecer.

El guardia civil se encogió de hombros.

—Aguarden un momento, voy a hablar con el compañero.

El agente se acercó hasta el Nissan Patrol en el que el otro estaba ya comprobando la matrícula del Renault. Intercambiaron algunas palabras, mirando hacia el lugar donde el coche con los tres policías seguía detenido. Nevaba ya de forma intensa. Terreros accionó los limpiaparabrisas para despejar la luna delantera, pero al momento volvió a estar completamente blanca.

Los policías guardaban silencio, estaban tensos y miraban fijamente el

Nissan Patrol. Los guardias civiles gesticulaban y seguían conversando. El que no había salido del interior del vehículo tomó en su mano el micrófono de la radio.

Terrerros y García intercambiaron una mirada fugaz. Silvia se dio cuenta.

—Siéntate bien y abróchate el cinturón —ordenó a Silvia el agente García.

Ella obedeció sin rechistar. A continuación, García hizo un gesto a Terreros con la cabeza y este giró la llave hasta que el motor del pequeño Clio se puso en marcha.

—Me encanta cuando te pones borde —dijo Terreros a su compañero, y pisó a fondo el acelerador, dejando atrás en

pocos segundos a la pareja de la Guardia Civil.

Carmen dormía abatida por el alcohol y por su miserable vida. En su regazo, el gato también parecía dormido, pero Monfort sabía que no era así: vigilaba. Nunca había sentido especial predilección por los gatos, pero admitió que aquel era un buen amigo para su dueña. Posiblemente no era un amigo fiel, pues huiría despavorido en busca de otro cobijo y otro calor si a Carmen

le ocurriera algo, pero de momento, allí, enroscado al calor de su cuerpo, era lo más cercano a un buen amigo que tenía.

La herida de la muñeca sangraba. La otra no tardaría mucho en hacerlo, ya estaba amoratada a causa de los tirones que él mismo daba en el inútil intento por soltarse. Tenía los pies dormidos; del hormigueo habitual había pasado a una sensación de tumefacción, era algo mucho peor que sentirse los pies dormidos.

Fuera quien fuera quien hubiera apretado los cinchos de seguridad lo había hecho bien, era imposible introducir ni siquiera un dedo entre el plástico cortante y su piel. Pensó en que,

si pudiera, le daría su merecido al responsable. ¿Sería eso *extralimitarse*? ¿Sus jefes se lo reprocharían? ¿Qué pensaría el comisario principal Vinyals? ¿Y Romerales? ¿A la jueza Elvira también le parecería mal? Quizá la única respuesta era que ya no quedaba espacio para un poli como él.

Una vez estuvo a punto de vender el piso de Barcelona y largarse a las islas Canarias, tal como había hecho un colega de la Policía inglesa años atrás. Ambos coincidieron en una conferencia sobre el crimen organizado en los países de la Comunidad Europea, celebrado en Puerto de la Cruz, en la isla de Tenerife. Pronto hicieron amistad apoyados en la

barra del bar. Monfort bebía un dedo de whisky sin hielo. Él llegó y pidió una cerveza estilo *bitter*, que por supuesto el camarero no supo identificar. Monfort sugirió al camarero que le sirviera una Voll-Damm, pensó que era lo más parecido que le podía ofrecer. Un año después recibió una postal de Mark Dickson en la que informaba de que, harto de perseguir delincuentes en el extrarradio de Londres, había decidido colgar los hábitos y adquirir una casa en el pueblo tinerfeño de La Orotava. Quizá, entonces, él debería haber seguido sus pasos, pero no lo hizo. Y el resultado era que estaba allí, sin que nadie tuviera la más remota idea de su

paradero, en una casa desconocida de Vilafranca del Cid, con una herida en la cabeza, atado de pies y manos a una silla; con un gato con nombre de boxeador que no dejaba de observarlo en todo momento y su dueña borracha durmiendo la mona.

Carmen dormía con la cabeza caída y los ojos entreabiertos. El alcohol le había cubierto el rostro de arrugas y manchas oscuras.

A través de la ventana observó como caía la nieve de forma implacable. Aunque en la comisaría hubieran conseguido atar cabos, lo cual era más que poco probable, llegar hasta el

pueblo por carretera sería ya casi imposible.

Carmen se movió en su sillón y balbuceó palabras ininteligibles, parecía discutir con alguien que, evidentemente, no estaba allí.

El alféizar de la ventana se cubrió de nieve y apenas dejaba ver el exterior. Hacía mucho frío en el salón. La leña de la chimenea se había apagado por completo y la temperatura empezaba a ser demasiado baja. Pensó en gritar, en pedir ayuda, pero sabía que gritar entre aquellos muros de un metro de espesor era inútil. Además, tenía la certeza de que si gritaba y Carmen se despertaba, el resultado podría ser mucho peor.

Unos ruidos rompieron el silencio de la estancia. Llegaban, una vez más, desde el piso superior. Cabía la posibilidad de que alguien hubiera dicho algo, quizá una maldición en voz baja. Luego se oyó un golpe seco y un quejido agudo, lamentos amortiguados por algo o por alguien. Sí, allí había alguien. Evidentemente, no eran ratas. Los quejidos parecían salir de una boca sellada. El rostro de Alba Casas se dibujó en su mente, pero sin duda había alguien más.

Observó a Carmen con detenimiento. ¿Estaba realmente dormida? Aquella postura, aquel gesto en el rostro, la mueca de su boca, el vacío en sus ojos...

Miró la botella. Era whisky barato, de tapón de rosca, fácil de rellenar, muy fácil de adulterar. La llamó sin gritar para que quien estuviera arriba no pudiera oírlo. Pronunció su nombre una y otra vez, pero ella no contestaba. Seguía con los ojos entrecerrados y el cuello doblado. Su rostro había adquirido un tono amoratado y tenía los labios ligeramente hinchados. Por suerte, o más bien por desgracia, Monfort había vivido experiencias desagradables con el alcohol y conocía sus consecuencias, pero el estado de Carmen no parecía una simple borrachera. Barajó la hipótesis de que la misma persona que le había golpeado en

la cabeza hubiera adulterado la bebida que Carmen había liquidado con ahínco.

Llegaron nuevos ruidos desde arriba. Se miró las muñecas y los tobillos atados a la silla. No tenía ninguna posibilidad de soltarse, estaba totalmente indefenso y a merced de quien quisiera aparecer para acabar de una vez con su vida.

Oyó el ruido de una puerta que se abría lentamente y después se cerraba de golpe. Los pasos de quien bajaba por la escalera hicieron que sintiera un cosquilleo en el estómago.

Sería una lástima que todo acabara allí y no pudiera despedirse de su madre enferma.

Coronar en coche la cima del puerto de Ares del Maestrat fue toda una odisea. El Renault Clio daba bandazos de lado a lado, patinando indefenso en la zigzagueante carretera que ascendía hasta la cumbre como una culebra en busca de su escondite. No llevaban cadenas para las ruedas, aunque tampoco se hubieran detenido a colocarlas. Silvia se agarraba con fuerza al asidero que había por encima de la ventanilla trasera. Estaba asustada, temió que se precipitaran barranco abajo en alguna de aquellas imponentes curvas. El agente García daba instrucciones a su compañero, más para

mantenerlo alerta que porque Terreros necesitara alguna indicación.

En algunas zonas, la nieve se había convertido en hielo, y el hielo era una trampa mortal. Cuando apenas faltaban un par de curvas para llegar a la cima del puerto, el coche patinó y dio un inesperado giro de ciento ochenta grados para quedar, con sus tristes y poco potentes faros, enfocando en dirección contraria a la que se dirigían. García salió del interior del automóvil, la nieve acumulada en la carretera le llegaba hasta las rodillas. Guio a su compañero haciendo gestos con ambas manos, hasta que logró enderezar el

coche de nuevo y colocarlo en la posición correcta.

Por un momento, Silvia logró ver a través del cristal empañado el débil titilar de las luces del pueblo de Ares del Maestrat, luego las nubes lo volvieron a ocultar. Reanudaron la marcha lentamente y, al pasar por la cima del puerto, expulsaron el aire que retenían en su interior en señal de alivio. Enseguida dejaron atrás el cruce que llevaba hasta Morella y se adentraron en los grandes llanos situados a más de mil metros de altitud. Estaban convencidos de que lo peor ya había pasado.

Silvia se acordó de Monfort. A decir verdad no había hecho otra cosa desde

que tuvo aquel mal presagio en casa de Manuel Solís, el mismo que la indujo, como en un arrebató, a poner en marcha a sus compañeros. Los tres guardaban silencio, con la mirada clavada en lo poco que se veía a través de la luna delantera. La ausencia de placas de hielo en aquel punto facilitaba un poco la conducción. Pensaron que seguramente la Guardia Civil había cortado el acceso desde Vilafranca del Cid en dirección a Castellón, pues no se habían cruzado con nadie desde que habían dejado a los dos agentes plantados junto a su Nissan Patrol.

Los limpiaparabrisas barrían la nieve del cristal, pero al momento volvía a

cubrirse y era prácticamente imposible ver el camino. Faltaban pocos kilómetros para llegar a Vilafranca del Cid. Terreros apretó los dientes y se aferró al volante.

—Pon música —pidió Silvia al agente García, que se volvió hacia ella como si le hubiera estornudado en el cogote.

—¿Música? —No fue una pregunta—. Tú estás loca.

—Es lo que él haría —dijo ella.

—¿Él? ¿Te refieres a Monfort? Ni siquiera sabemos con seguridad que esté allí —se quejó García—. Podríamos despeñarnos por uno de estos barrancos... ¿y quieres que ponga música?

Silvia lo miró, pero no dijo nada.

–Haz lo que te pide –dijo Terreros sin pestañear.

Conducía con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante y los brazos en tensión. Redujo una marcha para acometer una pendiente en la que había tanta nieve acumulada que no se distinguía lo que era el asfalto del arcén.

García encendió la radio. Buscó a través del dial recorriéndolo de izquierda a derecha y viceversa, pero no encontró ninguna emisora que se pudiera escuchar sin interferencias por culpa del tiempo.

Silvia había recorrido aquella carretera junto a Monfort, escuchando su

música preferida. Pink Floyd, sobre todo. Él decía que aquel lugar era genial para planear con el Volvo y dejarse llevar por los hipnóticos acordes del grupo británico. A ella le gustaron los interminables muros de piedra en seco que delimitaban grandes extensiones de tierra y que, según la luz que el sol ofrecía, adquirirían tonos dorados o ambarinos.

Terreros y García intentaban orientarse en aquella carretera que, literalmente, había desaparecido de su vista al convertirse en un inmenso manto de nieve. Silvia no consiguió distinguir los muros de piedra, ni los arbustos, ni los límites de la carretera, solo aquel

inmenso blanco, nieve y más nieve, y nada más.

No había llamado a Jaume. Él no sabría dónde estaba, como casi siempre. El trabajo de un policía era de lo más antisocial. Mantener una relación era algo complicado. Nunca podía asegurar la hora de llegada, ni siquiera el día. Quizá no había sido buena idea retomar la relación, pero él insistía y ella se dejaba querer porque lo necesitaba. Necesitaba sus abrazos, su cariño y su comprensión. Dejó de pensar en él. En aquella situación, era lo mejor.

Extrajo de un bolsillo la nota que encontró en el maletín con la dirección de Carmen en Vilafranca del Cid.

Faltaba el número de la casa, pero eso no era ningún problema, darían con ella. Allí se encontraba Monfort, estaba segura.

A medida que avanzaban, la nieve iba cubriéndolo todo y Terreros cada vez tenía menos referencias para poder seguir adelante. Iba reduciendo la velocidad más y más. Apenas se veía la carretera, el arcén había desaparecido, no había curvas, ni rectas, ni subidas, ni bajadas. Solamente nieve.

—¡Es por ahí! —gritó García señalando a la derecha—. ¡Por ahí!

Terreros dobló por el lugar que le indicaba su compañero y descendieron lo que parecía una pendiente.

Silvia creyó ver las aspas de los aerogeneradores gigantes que había justo antes de llegar a la población, pero no supo discernir si estaban muy cerca o muy lejos, ya que enseguida quedaron ocultos. Reparó en que no iban vestidos de forma adecuada para el frío; en caso de quedarse atascados en la nieve tendrían un grave problema.

Había sido una insensata al tomar la decisión de ir hasta allí. Terreros y García no tenían la culpa de que ella tuviera un pálpito acerca de lo que podía estar ocurriéndole a Monfort, pero allí estaban, oteando el horizonte invisible que desaparecía delante de la luna delantera del Clio.

Terrerros intentó frenar al final de lo que parecía una pendiente prolongada. El coche se puso de lado y siguió descendiendo sin que pudiera controlar la dirección.

—¡No puedo frenar! —gritó Terreros—.
¡No puedo frenar!

Movía el volante a izquierda y derecha, pero el coche no obedecía.

—¡Cuidado! —gritó el agente García—.
¡Ahí no hay carretera!

—¡No puedo! —exclamó Terreros.

—¡Para! ¡Para! —García presionaba con las suelas de los zapatos en el suelo del coche como si con ello pudiera contribuir a detenerlo.

—¡Agarraos fuerte! —gritó Terreros con

desesperación.

—¡Dios mío! ¡No!

El Renault Clio se precipitó por el barranco. Volaron unos segundos por los aires antes de que la carrocería impactara contra un montículo y cayera ladera abajo dando vueltas de campana. Una, dos, tres, cuatro, y finalmente quedó con las ruedas hacia arriba, todavía girando por la inercia de la caída. El techo reposaba hundido en la nieve, los cristales hechos añicos, los faros apagados, sumidos en una profunda oscuridad.

Un intenso olor a gasolina inundó el silencio de la montaña.

Aunque había trenzado los indicios necesarios para esclarecer el caso y desenmascarar a los culpables, albergaba todavía la esperanza de que por una vez se hubiera equivocado. Pero no fue así.

Oír su voz fue como si le pellizcaran en lo más profundo de su ser. La herida que tenía en la muñeca volvió a sangrar.

—Sé lo que piensa, y está en lo cierto

—dijo, tras aparecer en el salón como un fantasma y señalar a Carmen—. No está borracha, aunque ese sea su estado habitual. Es una tarea sencilla drogar a las personas cuando se tiene acceso a todo tipo de sustancias. Su nivel de alcoholismo es tan elevado que no repara en el sabor de lo que se lleva al gaznate. Da igual. —Hizo un gesto de desdén—. Le trae sin cuidado lo que bebe con tal de que le aplaque el mono temporalmente.

No se había equivocado. Era Trini la que hablaba con su voz dulce y aterciopelada. Escudriñaba el rostro de Monfort en busca de una reacción de

sorpresa. Pero él no estaba sorprendido, y ella se sintió un poco defraudada.

—¿No dice nada? ¿No le extraña verme aquí? —preguntó sin poder reprimir la curiosidad.

—Se quedaría de piedra si le contara las cosas que he visto en este trabajo. Poco hay que me sorprenda ya —dijo Monfort, tratando de disimular la tensión que sentía.

Ella rio de una forma casi adolescente, sin estridencias, mostrando sus dientes bien cuidados, alineados a la perfección.

—Hay personas que nacemos con el destino marcado. —Se subió la cremallera del anorak hasta el cuello.

Allí hacía mucho frío—. Un destino que no siempre nos lleva por el buen camino. El hombre con el que tuve la desgracia de casarme me pegaba todos los días —continuó con un tono de voz neutro. Hablaba despacio, escogiendo las palabras—. Me pegaba porque le gustaba hacerlo, yo no encontraba otra explicación. Una vez me rompió un brazo porque había cocinado pescado y no le gustaba cómo olía la casa. ¿Se lo imagina?

—No —respondió Monfort—. No me lo imagino.

—Ya —repuso ella de forma distraída, sacando del bolsillo un pequeño neceser

del que extrajo una jeringuilla y una ampolla.

Puso la aguja en la jeringuilla y la dejó encima del neceser, sobre la mesa. A continuación tomó la ampolla, golpeó el cuello ligeramente con un dedo y lo partió con un gesto rápido y certero.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Monfort, intentando no parecer asustado.

—Tranquilo —contestó ella esbozando una sonrisa—. No le pasará nada, quizá pase un buen rato.

Monfort tensó sus músculos y lo único que consiguió con ello fue que todavía le doliera más la muñeca.

—Estoy sangrando.

Trini miró el hilo de sangre que

resbalaba por el reposabrazos de la silla a la que estaba sujeto.

—No se va a desangrar. No tenga miedo. Tan grande, tan apuesto. Lloró como un niño en la residencia. ¿Cree que no lo vi?

—Lloraba por mi madre. —No pudo evitar decirlo.

—Por su madre... —pronunció las palabras con un tono de decepción.

Presionó ligeramente el émbolo de la jeringuilla y algunas gotas de lo que fuera que hubiese en su interior salieron disparadas.

—Por su madre es por lo que estamos aquí ahora en realidad — prosiguió—. Si no hubiera venido a la residencia a

curiosear, en busca de las tonterías que su madre y la señora Querol hacían de jovencitas, no se hubiera enterado de nada. Yo me hubiera quedado con el dinero que ella guardaba en su casa como una usurera, y de paso me hubiera hecho con el botín que Pedro Casas escondía en algún lugar. ¿Es delito robar a un ladrón? Dígamelo usted.

Parecía excitada. Después de sus palabras, Monfort tuvo la certeza de que en el desván se encontraba Alba Casas. Seguramente Trini la necesitaba para averiguar dónde estaba el dinero, si es que lo había.

—Tiene a Alba Casas ahí arriba.

—¿Lo afirma o lo pregunta?

—¿Le ha parecido que lo preguntara?

—No se haga el gracioso conmigo, ni el poli duro, ni el hombretón. Yo ya he conocido a otros como usted.

—Lo dudo.

—Puede que deje de dudarle con esto.

Se acercó a Monfort. De forma rápida y segura, clavó la aguja en su pierna derecha, a través del pantalón, un palmo por encima de la rodilla. Monfort se revolvió en la silla pero no consiguió más que hacerse una nueva herida en la otra muñeca. Trini apretó con el dedo pulgar el émbolo de la jeringuilla y el líquido pasó al interior de su cuerpo. Ella no apartaba sus ojos de los de él.

—¿Qué me va a pasar?

—De momento va a estar calladito. Luego ya veremos, todo depende de si es alérgico o no, o de cómo reacciona su metabolismo a determinadas sustancias.

Dejó sobre la mesa la jeringuilla vacía y subió de nuevo al piso superior como si quisiera comprobar algo. Desde abajo Monfort oyó golpes y palabras que no pudo comprender.

Allí estaba Alba Casas, seguro. Trini la debía de tener atada y amordazada, quién sabe qué le habría hecho para que le dijera dónde estaba el dinero de su padre.

Bajó de nuevo y se situó frente a él. Estaba exultante. A pesar del frío

intenso que reinaba en el salón, parecía acalorada.

—¡No se duerma! —exclamó sin gritar, y le puso una mano en el hombro.

Sentía un dolor agudo en la garganta que le impedía tragar saliva. Notaba como si tuviera los ojos hinchados. Los cerró un instante y una luz rojiza se iluminó a través de los párpados. Su cuerpo pedía dormir. Un plácido sueño se apoderaba de él a toda prisa. Pensaba que si la dosis de lo que fuera que le había inyectado era pequeña probablemente todo quedaría en una simple pérdida del conocimiento, pero no podía saber qué tenía en su cuerpo ni qué dosis le había administrado.

–No se duerma –insistió–. No hemos acabado.

De repente, Carmen dio un respingo en el sillón. Monfort se alegró, era una buena noticia que siguiera con vida. Trini se volvió hacia Carmen.

–Vine hasta aquí en busca del dinero de la señora Querol y me encontré con ella –dijo con suavidad, pero había desprecio en sus palabras. Señaló a Carmen con el mentón–. Le pregunté si la conocía y acabamos en ese sofá bebiendo mientras me contaba su miserable vida. Fue muy fácil hacerle hablar, bastó con una botella y algo parecido a un poco de comprensión y amistad. Me dijo que un hombre había

venido preguntando por Encarna Querol. Me dio la descripción, claro, a ella también le había impresionado su presencia. No hicieron falta muchos detalles, supe enseguida que se trataba de usted. A mí también me impactó la primera vez que lo vi, que quiere que le diga. Pensé en seducirle en más de una ocasión. Me revolvía algo por dentro cuando venía a ver a la señora Querol, pero no podía salir del fuego para meterme en las brasas. Entiéndame, primero un maltratador y luego un policía, de extremo a extremo, no, mejor no.

»El caso era que usted ya había estado aquí y era cuestión de tiempo que

lo descubriera todo. Carmen me contó cuál había sido el fin de Pedro Casas y del Churro. Me habló del dinero de las apuestas que Casas escondía en algún lugar. Así que debía darme prisa. Debía conseguir lo que quería y marcharme de aquí antes de que usted volviera a aparecer.

Monfort quiso ganar tiempo y desvió la conversación.

—¿Por qué le hace esto a Encarna Querol? Ella no le ha hecho ningún daño —preguntó, intentando parecer despierto y locuaz.

La pregunta la pilló de improviso.

—¿Hacerle qué? —Y sin esperar respuesta, dijo—: Ella no tiene a nadie,

su dinero iría a parar a cualquier lugar y para eso me lo quedo yo, que la he cuidado estos dos años como si fuera de mi sangre.

Trini se acercó a una de las paredes del salón, alcanzó una abultada bolsa de basura que había en un rincón y deshizo el nudo que la cerraba. Metió la mano dentro, sacó un puñado de billetes arrugados, se los mostró a Monfort y después se los llevó hasta la nariz aspirando su olor con los ojos cerrados.

—¡Esto es lo que la vieja guardaba en su casa! ¡Esto! —arguyó, con el fajo de billetes en la mano—. ¿Para qué quería el dinero si sabía que se moriría en la

residencia y nadie asistiría ni siquiera a su entierro?

Miró a Carmen. Introdujo los billetes de nuevo en la bolsa, se acercó hasta ella y le tomó el pulso cogiéndole la muñeca entre los dedos índice y pulgar.

—Tranquilo. Todavía está viva —le informó—. Puede que sufra un paro cardíaco por la mezcla de la droga y el alcohol. Pero de momento sigue viva, si es eso lo que le preocupa.

—¿Quién está arriba? Eso es lo que me preocupa —insistió Monfort. Tenía la voz cada vez más pastosa. Las encías se le adormecían. Tenía la terrible sensación de que los dientes y las muelas se movían a su antojo.

Trini guardó silencio y dirigió la vista hacia la ventana. La nieve caía con fuerza contra el cristal y se adhería a la superficie.

—Arriba está Alba Casas —contestó sin dejar de mirar hacia la ventana—. Dice que no sabe nada acerca del dinero. Pero conseguiré que hable, de eso no le quepa la menor duda. Tarde o temprano, hablará —sentenció, y dejó que el silencio arrastrara sus palabras.

—¿Cómo supo que Encarna Querol tenía ese dinero aquí, en su casa del pueblo? —Monfort volvió a incidir en el tema de la señora Querol; su intención era ganar tiempo y distraerla para que no volviera a subir al piso de arriba. No

sabía cómo saldría de esta, pero en cualquier caso el tiempo no corría a su favor. Se dio cuenta de que los efectos de la droga empezaban a afectarle la visión.

Trini se pasó una mano por el pelo. Se volvió hacia donde estaba Monfort para mirarlo directamente a los ojos.

—Ya sabe, medicamentos para dormir, medicamentos para espabilar, medicamentos para hablar por los codos y otros medicamentos para olvidar todo lo que se haya dicho. Es fácil aprenderlo cuando se trabaja todo el tiempo con ello. Encarna Querol me contó que tenía dinero guardado, y que si la llevaba de vuelta a casa y me quedaba para

cuidarla, el dinero sería mío. Ella quería volver al pueblo, regresar a sus orígenes, morir en paz aquí. Pero para qué iba yo a molestarme tanto, era suficiente con venir hasta aquí y llevarme el dinero, nada más.

—Pero conoció a Carmen. —Monfort ladeaba el cuello porque apenas podía mantenerlo recto.

—Sí. —Puso cara de ingenua—. La vieja y la borracha, menudo par de amigas me he buscado, ¿eh? Yo solo quería saber qué relación tenía con la señora Querol, por si acaso. Pero entonces me contó lo de su hombre boxeador, el que tenía el síndrome de Marfan.

»¡No se duerma que le estoy

hablando! –exclamó, a la vez que echaba mano del neceser del que extrajo una ampolla de distinto color que la anterior.

Hizo de nuevo el ritual de romper el fino cuello del recipiente con dos dedos y, utilizando la misma jeringuilla, la llenó con el líquido y se la clavó sin dilación en la pierna. Monfort sintió una convulsión, una quemazón insoportable y una ola de calor invadió su cuerpo desde las uñas de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Cerró los ojos, no podía mantenerlos abiertos, lo que fuera que le había inyectado hacía su efecto. Pero debía permanecer despierto. Quedarse dormido podía significar el final. Trini hablaba, pero él

no podía oírla con claridad. Perdía la conciencia por momentos, a veces llegaban a sus oídos palabras nítidas, claras y concisas, pero al momento estas se alejaban y desaparecían. Sus labios se movían, señalaba a Carmen con el dedo, se daba golpes en el pecho.

Monfort se dio cuenta de que a *Sugar* no le gustaba lo que estaba sucediendo. Permanecía sobre las piernas de su dueña, pero erguía sus puntiagudas orejas mirando a Trini. Tenía los ojos de color ámbar y el miedo iluminaba su mirada felina. Tuvo que enfocar la vista para poder verlo bien, a veces lo veía por partida doble. Seguía sin poder oír con nitidez el relato de Trini, pero cayó

en la cuenta de que cuando ella elevaba el tono de voz, el gato mostraba sus afiladas uñas. Entendió que estaba protegiendo a Carmen, de haber sido de otra forma ya se hubiera marchado de su regazo. Ella continuaba inmóvil, drogada, la mirada perdida y el cuello ladeado. De repente, Monfort recuperó el oído y de nuevo llegó hasta él la voz de Trini.

—... pero Carmen no quiso perder la oportunidad de acostarse con el Churro. El sexo, siempre lo mismo. Le bastaron —dijo, mirándola con desprecio— una botella de licor y cuatro palabras subidas de tono. ¡Qué asco! Pero le salió mal la jugada. Ella pretendía estar

con él sin que se enterara nadie; parecer la esposa perfecta de su boxeador y llevarse el dinero de los combates que él ganaba. Pero el entrenador los sorprendió juntos. Lo típico. Los pilló in fraganti y quiso sacar tajada, no en vano resultó ser el más listo de todos, aunque por poco tiempo.

Monfort intentó articular algunas palabras.

—¿Por qué le contó Carmen todo eso?

Trini rio y miró a Carmen de reojo. El gato mostró las uñas y frunció el hocico en señal de hostilidad.

—Porque no tenía a nadie en quien confiar y los remordimientos la estaban matando por dentro. Necesitaba

contarlo, compartirlo, hacer partícipe a alguien y, sobre todo, porque estaba sola. Porque pertenece a ese gran número de personas que estamos solas en el mundo y que, cuando alguien parece tenernos estima de pronto se esfuma, desaparece, muere o simplemente lo borramos de nuestra vida. ¿Sabe a lo que me refiero?

—No —mintió Monfort, mordiéndose el carrillo sin querer. Se sentía igual que cuando le anesthesiaba el dentista.

—Yo creo que sí. Usted sabe perfectamente a lo que me refiero. También está solo. Como Carmen, como Encarna Querol, como yo, y también como su compañera, esa que lo

acompañó a la residencia, sí, la que está perdidamente enamorada de usted. Ya vi cómo lo miraba.

Silvia debía de estar buscándolo, pensó Monfort. Ojalá encontrara una pista, un indicio que la llevara hasta allí. Él confiaba por completo en ella, pero algunas veces eso no era suficiente. El tiempo solía desempeñar un papel demasiado importante en las vidas de las personas. Sobre todo si las habían atado y drogado.

Carmen exhaló un hondo suspiro que no auguraba nada bueno. *Sugar* se levantó, se estiró y se le erizó el pelaje de todo el cuerpo. Trini se estremeció al verlo.

–No me gustan los gatos. –Trató de espantarlo lanzándole un periódico que había sobre la mesa, pero el gato no se movió y a cambio mostró sus afilados colmillos.

Monfort pensó que Carmen no estaba tan sola como decía Trini. *Sugar* estaba de su lado. Y eso, tal y como pintaba el asunto, no estaba nada mal.

Se quedó pensativa, como si no recordara lo que estaba diciendo. Tomó de nuevo la jeringuilla. Comprobó al trasluz de la lámpara que aún quedaban restos de la droga que le había inyectado a Monfort. Se volvió hacia Carmen y le clavó la aguja en el brazo. En ese momento, el gato saltó sobre Trini y se

agarró a su pecho con las uñas afiladas. Ella se asustó y lanzó un alarido que hubiera despertado al vecindario si aquellas paredes no tuvieran el grosor que tenían. *Sugar* saltó hacia atrás y cayó al suelo sobre sus cuatro patas. Un maullido agudo dio paso a una huida veloz. Sin *Sugar*, Monfort se sintió solo de verdad.

—Carmen se cansó del Churro —dijo de repente Trini, que parecía recuperada del pánico que le había hecho pasar el gato. Monfort vio que le había dejado la marca de las uñas en el cuello—. No le dio lo que él quería.

—¿Y? —preguntó Monfort como pudo. Sentía náuseas.

–Pues que el Churro mató a Luis en un combate. Estaba envenenado por los celos. En aquel momento, Carmen debió dejarlo todo y desaparecer, perderse, borrarse del mapa como hice yo, pero no lo hizo. Decidió vengarse de todos los que habían participado en la muerte de su hombre. Su plan era engañarlos, decirles lo que querían oír, hacerse su amiga, su amante en caso necesario, cualquier cosa para vengar la muerte de Luis, para vengar su propia vida. Acabar con todos.

Trini se acercó a Carmen y le acarició el pelo. Le levantó la cabeza para apoyarla en el sillón en una postura más normal. Monfort vio un atisbo de

humanidad en aquel gesto. Prosiguió el relato sin dejar de pasarle la mano por el pelo gris y ajado.

—Enterraron a Luis sin que trascendiera la razón de su muerte. Carmen se enroló de nuevo con aquella pandilla de descerebrados. Siguió el juego a Manuel Solís con la idea de robar el dinero que suponían que tenía Casas. Y cuando tuvo clara la forma de vengarse, alentó al Churro para que lo matara. Al mismo tiempo consiguió convencer a Manuel Solís para que acabara con el Churro y que el dinero de Casas fuera solo para ellos dos. Solís mató al Churro minutos después de que este matara a Casas. Ya solo quedaban

ellos dos: Carmen y el entrenador. Ella pretendía que encontrara el dinero antes de acabar con su vida. Luego pensaba desaparecer con la venganza cumplida y el bolsillo lleno. Pero Solís no encontraba el botín, y no se le ocurrió otro disparate que secuestrar a la hija de Casas.

Monfort hacía grandes esfuerzos por mantenerse despierto. Un desagradable regusto a bilis le subía por el esófago amenazando con hacerle vomitar lo poco que tenía en su cuerpo.

Carmen logró convencerme para ayudarle a encontrar lo que estaba buscando. Me prometió una parte. Le dije que a medias o nada. Aceptó. Ella

decía que era una suma importante, pero no sabía cuánto. Debí desconfiar, pero mi droga es el dinero. La suya, en cambio, es el alcohol –dijo, mirándola con cara de pena.

»Vi la oportunidad de quedarme con todo. Pero tuvo que aparecer usted, con sus visitas a la residencia, y esa historia romántica pasada de moda. –Trini quedó pensativa, como si tramara algo, pero se repuso de golpe–. Acabemos con esto enseguida para que pueda irme. Tengo que dejar de cometer errores. –El tono de su voz cambió, ahora parecía más diligente–. Al fin y al cabo, tengo lo de la vieja. Lo otro es cosa de ellos, yo no debería haberme metido.

Extrajo una nueva ampolla. Quebró una vez más su estrecho y frágil cuello.

—¿Qué le ha hecho a Carmen? —preguntó Monfort. Le dolía el paladar, tenía la lengua hinchada y las encías a punto de estallar. Las heridas de las muñecas habían dejado de sangrar. Hizo un último esfuerzo—. ¿Quién hay ahí arriba? ¿Es Alba Casas? ¿Está viva? ¿Dónde está Manuel Solís?

—¡Madre mía! —exclamó Trini haciendo una mueca de desprecio. ¡Cuántas preguntas!

Cargó la jeringuilla con el líquido de la ampolla y se la clavó, esta vez en el brazo derecho. Descargó la sustancia en su interior y esperó para ver cómo

reaccionaba. Monfort sintió una oleada de calor que le provocó una fuerte arcada. Tiró con fuerza de sus muñecas, que volvieron a sangrar. Notaba las venas de las sienes hinchadas, el cuello tenso y los músculos contraídos en una extraña y nada placentera convulsión.

A un palmo de distancia estaba Trini, en cuclillas, frente a él, con las manos apoyadas en los reposabrazos de la silla a la que estaba atado, observando las reacciones que experimentaba. Disfrutaba con ello, era evidente. Ver su reacción bajo los efectos de las drogas la divertía. Le propinó una bofetada en la mejilla para que espabilara. Monfort creía que le iban a reventar los oídos a

causa de la presión. Respiraba con dificultad y no podía abrir la boca, tenía la sensación de que los dientes se habían desprendido de las encías y que le habían cortado la lengua. Empezó a ver de forma borrosa y distorsionada.

El cristal de la ventana estaba completamente cubierto por la nieve. Sin motivo aparente dirigió la vista hacia allí. Era una forma de mirar hacia delante, de levantar la cabeza sin mirarla a ella. Trini sonreía de forma cruel. Se puso en pie y comenzó a recoger las cosas que había esparcido por la mesa del salón. Carmen seguía inmóvil, quizá había muerto ya.

Se le cerraban los ojos, no podía

evitarlo, tampoco intentaba ponerle remedio con la misma insistencia de antes, simplemente no podía. Dirigió una vez más la vista hacia la ventana, como si un pequeño detalle lo hubiera alertado. Algo parecido al barrido de un limpiaparabrisas limpió parte de la superficie del cristal. Y entonces vio unos ojos que desde fuera miraban el interior del salón; unos ojos que se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que sucedía allí dentro. Aquellos ojos le hablaban, querían transmitirle algo, pero no lo podía entender. Los suyos se cerraban, quizá para no abrirse nunca más.

Los ojos que estaban en el exterior

desaparecieron y en pocos segundos la nieve volvió a cubrir la superficie.

Monfort cerró los suyos al fin.

No creía que fuera necesario despedirse de nadie.

Le pareció que habían pasado cien años, pero seguramente habían sido solo algunos minutos.

Quería vomitar, quizá lo había hecho ya y ni siquiera se había dado cuenta. Los retortijones en el estómago eran insoportables, las arcadas violentas y difíciles de contener. No se podía mover y la presión que sentía en la cabeza no le dejaba pensar en nada. Lo peor era no

poder ver lo que ocurría a su alrededor. ¿Tenía los ojos vendados o se había quedado ciego?

Oyó el estruendo de algo que se rompía, madera quizá, una puerta tal vez. Luego voces de hombres, también de alguna mujer, gritos al fin y al cabo. Gente corriendo, y más gritos. Reconoció las voces de los hombres, también la de la mujer, y una sensación parecida al placer inundó todo su ser. Si finalmente moría, aquellas voces le reconfortarían en el último viaje.

—¡Arriba! —gritó el agente Terreros—. ¡Que suba alguien enseguida!

—¿Quién hay ahí? —preguntó el agente García.

—¡Alba Casas! —contestó a gritos el agente Terreros—. ¡Está viva! ¡Hay otra persona!

—¿Quién es? —Era la voz de Silvia. Gritaba.

—¡Un hombre! ¡No se mueve! ¡Creo que está muerto! —chilló Terreros desde el piso superior.

—¡Se escapa! ¡Se escapa! —gritó Silvia.

Monfort pudo oír con claridad que Silvia salía corriendo detrás de alguien.

—¡Se escapa! ¡Voy tras ella! —oyó su voz y el sonido de sus botas alejándose a toda prisa.

—Ten cuidado —quiso advertirle, pero apenas le salió un hilo de voz.

Epílogo

Se despertó lentamente. Sentía el cuerpo entumecido, la boca seca imploraba un trago de agua. Intentó comprender dónde estaba. La luz de los fluorescentes no le ayudó. Aclimató la vista y por fin reconoció lo que había a su alrededor. Era la habitación de un hospital. Se acordó instintivamente de su madre. Luego recordó a la enfermera que olía a almendras, ¿estaría allí?

Sin embargo, al primero que vio entrar en la habitación fue al comisario Romerales, con una de aquellas combinaciones de traje y corbata que solo él podía elegir.

—¿Cómo estás? —le preguntó el jefe.

—Solo dime si tengo enteras todas las partes de mi cuerpo.

—Sí, que yo sepa. Tampoco las conozco todas.

—Menos mal. Es un consuelo. — Monfort tendió entonces la mano al comisario, quien secundó el gesto—. ¿Qué me ha pasado?

—Han tenido que hacerte varios lavados de estómago. Por lo visto te envenenó a base de bien. A los médicos

les ha costado dos días sacarte la porquería que tenías dentro.

—¿Dos días? ¿Llevo aquí dos días? — Monfort hizo un gesto de incredulidad, retiró de un manotazo la sábana y se sentó en el borde de la cama. Trató de incorporarse pese a que Romerales quiso impedirsele. Sintió un profundo mareo y la habitación se puso a dar vueltas como un tiovivo.

—Será mejor que te quedes quietecito —arguyó el jefe.

Sonaron unos golpecitos al otro lado de la puerta de la habitación. Silvia, con los agentes Terreros y García, entró sin esperar respuesta y miró a Monfort, que de nuevo había apoyado la cabeza en la

almohada. Llevaba un gran apósito en la coronilla. Lo rozó temeroso con uno de sus dedos. Recordó el bar en el que Han le dio el primer golpe. Los acordes de la guitarra de Neil Young atronando a través de los altavoces. Luego vino el segundo, en la casa de Vilafranca del Cid. También era mala suerte que recibiera dos testarazos en el mismo lugar. Tenía las muñecas vendadas, una más que la otra. La que tenía el vendaje más aparatoso dejaba ver restos de sangre.

—¡Pues sí que he estado jodido! — exclamó al ver a sus compañeros en la habitación—. ¿O es que aún lo estoy?

—Mala hierba nunca muere —dijo

Silvia, esbozando una amplia sonrisa que inundó la aséptica habitación.

—No me habéis traído flores, ni bombones tampoco. ¡Qué falta de respeto! —bromeó. Alcanzó un vaso de agua que había sobre la mesita—. Vamos, no os quedéis ahí callados, para algo habéis venido, ¿no? Contadme qué pasó.

Carmen, que permanecía ingresada en el mismo hospital en estado crítico, había conseguido vengarse de los que ella consideraba responsables de la muerte de Luis.

Trini y Carmen se confabularon para quedarse con el dinero que Pedro Casas

escondía en algún lugar. El requisito que Trini debía cumplir para ser cómplice de Carmen era mandar a Manuel Solís al otro barrio. Como trabajadora de la residencia tenía acceso a un arsenal de drogas y medicamentos. Con lo que no contó Carmen fue con la codicia de su nueva amiga. Drogó a Alba Casas con cautela, la necesitaban, ella era valiosa. No fue lo mismo con Solís, al que suministró una dosis letal y murió de un paro cardíaco. Con Carmen optó por introducir opiáceos en su bebida para que tuviera una muerte regada de alcohol, su droga favorita. Pero después de encajar todas las piezas del puzle, llegó Monfort. Trini había cometido dos

grandes errores. El primero cuando se interesó más de lo necesario por el caso a la salida del restaurante Vieja Roma. Ellos no habían hablado en ningún momento de aquello hasta entonces, y a Monfort le escamó que estuviera tan al corriente. El segundo y gran error lo cometió cuando lo llamó por teléfono para decirle que la mujer que había visitado a Encarna Querol en la residencia era de Vilafranca del Cid – algo que no había mencionado nunca– y que no valía la pena buscarla.

Cuando Monfort encontró a Carmen, a Trini no le quedó más remedio que golpearle por la espalda, atarlo a la silla y drogarlo como había hecho con los

demás. Estaba acostumbrada a acarrear cuerpos pesados en la residencia, aquello no le supuso problema alguno. Una vez allí, no podía hacer otra cosa que quitárselo del medio, pero le salió mal. No contó con que Silvia y sus compañeros darían con la casa de Vilafranca del Cid.

Si Carmen lograba salir con vida del hospital, acabaría con los huesos en la cárcel, de eso no cabía la menor duda, pero el destino de Trini fue mucho peor. Consiguió salir de la casa aprovechando los primeros momentos de confusión, cuando los tres policías irrumpieron en el salón y subieron al piso superior,

donde encontraron a Alba Casas y a Manuel Solís muerto.

Trini huyó en su coche por las nevadas calles de Vilafranca del Cid. Ni siquiera consiguió dejar atrás el pueblo. A la salida, justo delante de la plaza de toros, y bajo la pétrea mirada de la estatua del torero, el coche de Trini patinó, perdió el control y chocó de forma virulenta contra un muro de piedra. Recibió un fuerte impacto en la cabeza que le causó la muerte de forma inmediata. Ahora quedaba averiguar la verdadera identidad de Trini y su extraño pasado. Posiblemente aguardaban nuevas sorpresas respecto a ella.

Para Silvia, Terreros y García, llegar hasta la casa de Carmen en Vilafranca del Cid había resultado más sencillo de lo previsto después del aparatoso accidente que tuvieron. Ninguno de los tres resultó herido de gravedad. Los dos agentes de la Guardia Civil que les dieron el alto antes de ascender el puerto de Ares del Maestrat, y a los que habían burlado para seguir su camino, dieron aviso de que un vehículo que se dirigía a la población podría tener serios problemas por la nieve acumulada en el asfalto. Pronto dieron con el vehículo siniestrado. Después de dar algunas explicaciones por su reacción los acompañaron hasta el

pueblo. Encontrar la casa de Carmen fue sencillo con la dirección que Silvia llevaba anotada en el trozo de papel.

Alba Casas se encontraba en buen estado de salud. Sus captoras la habían tratado con decoro creyendo que les sería de gran utilidad. Carmen y Monfort fueron trasladados en una ambulancia que surcó las gélidas carreteras del interior de la provincia, justo cuando las máquinas quitanieves estaban despejando la carretera para facilitar la conducción.

Hablaban todos a la vez. Exponían sus propias conclusiones atropellándose,

interrumpiéndose, satisfechos por la resolución del caso. Monfort sonreía. Le gustaba verlos de aquella forma, victoriosos, sanos y salvos.

Mientras sus compañeros detallaban lo ocurrido aquella noche, Monfort se acordó de Elvira Figueroa, de su porte elegante y sensual, de sus ocurrencias y de lo bien que habían congeniado. No sabía si la volvería a ver, pero le había encantado su compañía y quizá la echaría de menos.

Sí, le había encantado su compañía.

Al mismo tiempo que Monfort recogía sus pertenencias en el Hotel Mindoro,

Silvia no sabía cómo reunir la fuerza necesaria para decirle a Jaume Ribes que lo suyo no podía continuar. Ella era una mujer sincera, y creía que aquella relación no tenía futuro. No sabía explicar exactamente la razón, pero sentía que, aunque se querían, vivían en mundos completamente diferentes. Jaume era una gran persona, quizá fuera el hombre de su vida. Se repetía las mismas palabras por segunda vez. Romper con él le dolía profundamente en el alma y en el corazón, pero hacerlo por segunda vez era casi insoportable. Él escuchó en silencio los argumentos que esgrimía con el convencimiento de que Silvia no cambiaría de opinión.

Sin dejar que la pena le atenazara los sentidos, y ya fuera del piso de Jaume, hizo de una vez lo que debería haber hecho tiempo atrás. Marcó en su móvil el número de la clínica especializada en problemas de insomnio. Había elegido una de las muchas que se anunciaban en las páginas de internet. Se encontraba en la calle Jorge Juan, en el centro de Valencia. Le serviría de excusa para acercarse hasta Massalfassar y visitar a su madre. La enfermera tomó nota de sus datos y la dejó a la espera mientras consultaba la fecha disponible.

Contempló su rostro reflejado en el espejo de su coche. Tenía unas profundas ojeras que ya no conseguía

disimular con el maquillaje. Era el momento de atajar el problema sin ambages. Necesitaba dormir de una vez por todas. Había intentado engañar a todos diciendo que estaba bien cuando la veían de mal humor o con mala cara, pero no lo estaba, no estaba bien, no conseguía dormir y aquello estaba acabando lentamente con su vida. Era consciente de que la falta de descanso había mermado su capacidad de trabajo en el caso que acababan de esclarecer. Había cometido fallos imperdonables y Monfort se había dado cuenta, aunque no hubiera dicho ni una sola palabra al respecto; no tenía la menor duda. Ella había hablado con Manuel Solís y se le

había escapado. No supo ver la verdadera personalidad que escondía tras la máscara de apacible jubilado. Se culpaba por no haber indagado más a fondo, seguramente tampoco le había formulado las preguntas adecuadas. Y la engañó como a una novata. Le costaría mucho tiempo poder perdonárselo. Si hubiera sabido encontrar los indicios, quizá algunas personas estarían todavía con vida, empezando por el propio Manuel Solís. Aquellos pensamientos la perseguirían de ahora en adelante. Temía que los fantasmas de los fallecidos se pasearan por su mente, recriminándole no haberse dado cuenta a tiempo. Había tocado fondo. Con total seguridad, su

problema también había afectado negativamente a la relación de pareja. Se vino abajo cuando Jaume le dijo que la revista en la que aparecía el reportaje sobre Ferran Adrià y su famosísimo restaurante, la tenía guardada porque siempre hubiese querido invitarla a pasar un fin de semana en Cadaqués. Al menos la contraportada del suplemento había servido para ponerla sobre la pista de Manuel Solís. De no haber caído en aquel detalle, posiblemente Monfort se encontraría entre las víctimas.

La enfermera se puso de nuevo al teléfono.

—¿Mañana le iría bien? —preguntó.

–Perfecto –contestó Silvia–. Mañana me va perfecto.

Monfort llamó por tercera vez aquella mañana al doctor Senent para preguntar por su madre. El teléfono continuaba desconectado. Pensó que estaría realizando alguna intervención. Era lo normal en un profesional como él. Se pasaba los días y las noches en el hospital, trabajando de forma incansable. Aquella sí que era una profesión de riesgo, pensó. Aquello sí que era salvar vidas, mucho más de lo que él, como policía, hacía.

Le extrañó que quisiera verlo precisamente allí, pero dejó el equipaje para más tarde y se presentó en el lugar de la cita, quince minutos antes de lo previsto.

No quiso perderse la oportunidad de pasearse por el Mercado Central. Le encantaba el ambiente que reinaba en su interior, ver el género expuesto, olerlo y sentirlo. El de Castellón era un mercado pequeño, sencillo, fácil de recorrer, bien estructurado, limpio y agradable. Sin duda, el mercado de la ciudad era una visita imprescindible para cualquier turista que llegara hasta la capital de La Plana.

Álex, el joven pescadero, lo saludó levantando el brazo. Qué facilidad tenían los jóvenes para reconocer a la *pasma*, pensó. Monfort se llevó el dedo índice a la aleta de la nariz y se dio un par de golpecitos; a continuación movió el mismo dedo negando varias veces. Álex gesticuló con la cabeza para decir que no, poniendo cara de niño bueno. Del niño que casi era al fin y al cabo.

Pasó por delante de la carnicería en la que el Churro robó el cuchillo con el que degolló a Casas. El padre despiezaba con destreza un enorme costillar de vacuno en el negocio que antes fuera suyo y que ahora era de su

hijo. No lo vieron pasar, tampoco él les dijo nada. Eran tiempos difíciles.

Judith despachaba pan a un grupo de señoras que hablaban haciendo un corrillo frente al mostrador. Ella lo vio pasar. Monfort le guiñó un ojo. De no llevar todo aquel montón de chatarra colgando de las orejas, labios y nariz, hubiera parecido una chiquilla. Seguramente era lo que ella no quería parecer bajo ningún concepto.

De pie, junto a la barra del bar del mercado, volvió a pedir uno de aquellos típicos bocadillos de bacalao acompañado de medio vaso de vino tinto y un platillo con aceitunas negras.

Llegó cuando daba cuenta del último

bocado y todavía no se había terminado el vino.

Alba Casas era muy atractiva, había que reconocerlo, y sus grandes ojos atesoraban mucho más que la belleza que a simple vista proyectaban.

—Hola —saludó de forma escueta—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí, gracias —respondió Monfort engullendo el último bocado de pan con la rica mezcla de su interior—. Tengo el estómago como si me lo hubieran frotado con un estropajo de aluminio. ¿Y usted? Veo que se ha recuperado. —Ella asintió—. ¿Qué quiere tomar?

—Café —contestó mirando al camarero—. Café solo, corto.

—Otro para mí —convino Monfort; empujó el plato con las migas y se bebió lo poco que quedaba en el vaso—. ¿Nos sentamos? —Señaló una de las mesas que había junto a la pared, frente a la barra.

Ella cogió el platillo con la taza de café y se dirigió a la mesa. Él hizo lo mismo.

—Creo que es justo que le dé las gracias por resolver el asesinato de mi padre.

Monfort encendió un cigarrillo y dejó el paquete sobre la mesa por si a Alba le apetecía fumar.

—Las actividades a las que se dedicó durante años no fueron muy ejemplares que digamos.

—No, lo sé. —Agachó la cabeza para ocultar el rostro. Lo dijo más para ella que para él, con cierto tono de resentimiento, como defraudada.

—Sus aficiones, por decirlo de alguna manera, han dejado un reguero de cadáveres, incluido el suyo.

Alba Casas levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Supongo que estaré bastante ocupada cuando se inicie el juicio.

—Supone bien —asintió Monfort con cierta resignación—. Por si sirve de algo, le diré que la jueza que se encarga del caso es una persona íntegra que sabrá impartir justicia como es debido.

—Ya —dijo ella por decir algo.

—A veces usted me recuerda a ella, o viceversa.

—¿Y eso?

—No lo sé, ya tendrá tiempo de conocerla cuando llegue el momento.

Monfort apagó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero de cristal que había sobre la mesa y bebió un sorbo de café.

—¿Qué tal se encuentra su madre?

—Mejor —respondió, a la espera de la siguiente pregunta.

—¿Y su tía?

—Cuidando de mi madre. Tienen mucho que contarse, mucho que solucionar y perdonarse la una a la otra, ya sabe. Espero que lo hagan de buenas

maneras, sin discusiones ni peleas. Ya hemos tenido bastante.

—Comprendo —dijo, y sin darse cuenta miró de reojo la hora en su reloj de pulsera. Tenía que hablar con el doctor Senent, necesitaba saber algo sobre el estado de su madre.

—¿Fue ahí? —preguntó Alba.

Monfort se dio cuenta de que miraba hacia el lugar en el que el Churro había matado a su padre.

—Sí. Lo llevó hasta ese rincón escondido del mercado antes de acabar con su vida.

—Aún no había venido.

—No hay nada que ver ahí. Es mejor

recordar a las personas por su forma de vivir que por su manera de morir.

Monfort pensó en Violeta. Él estuvo en el lugar donde murió y no lo olvidaría. Jamás olvidaría el cuerpo de su esposa cubierto con una manta térmica, brillante, como un ínfimo trozo de mar plateado sobre el asfalto de alquitrán, negro como la muerte.

—No he sido capaz de venir hasta hoy. Por eso le he citado aquí.

—¿Quiere que la acompañe? En realidad es solo el cuarto de la limpieza.

—No, gracias. Ahora estoy mejor. Cuando usted se marche lo veré yo sola. Sola, como casi todo lo que hago.

—¿Y Han? —Monfort se llevó una mano

a la cabeza, justo en el lugar en el que recibió el botellazo propinado por su amigo.

Alba Casas dejó entrever una sonrisa. Era la primera vez que Monfort la veía desde que la había conocido.

—Es solo un amigo. Espero que algún día lo pueda entender.

—Eso, a veces, es muy difícil — apostilló Monfort.

Pero Alba no prestó atención a aquel comentario. Buscó algo en el interior de su bolso.

—Tenga, es para usted —le tendió un libro—. En señal de agradecimiento.

Monfort lo miró. Debajo del título aparecía el nombre de Alba Casas. Lo

había escrito ella misma. Un libro en cuya portada un boxeador de raza negra se cubría parte del rostro con los puños. En la parte inferior aparecía el nombre de su editorial: Libros del Crepúsculo. Monfort pensó en aquella pequeña oficina de la calle Tallers, en el barrio antiguo de Barcelona, donde Alba vivía y trabajaba.

El libro se titulaba: *Sugar Ray Robinson*. Y en la siguiente línea, a modo de subtítulo, se podía leer: *El infierno de Jake La Motta*.

Monfort recordó situaciones, momentos vividos en aquel caso, sospechosos, acusados, interrogatorios,

pistas falsas... le vino a la cabeza la mirada astuta del gato negro de Carmen.

—Muchas gracias —dijo—. Al final me aficionaré. —Ella sonrió de nuevo—. ¿Por qué Libros del Crepúsculo? —preguntó señalando con el dedo el nombre de la editorial.

Se encogió de hombros. Era realmente bella. Retuvo el aire unos segundos en sus pulmones y antes de hablar lo dejó escapar poco a poco, mientras sus hombros retornaban a su posición original.

—El crepúsculo es la fase declinante que precede al final de algo. El momento justo antes de que llegue la oscuridad. El final del día, el final de la

vida. Dura muy poco tiempo y por eso debe vivirse de forma intensa. No sabemos a ciencia cierta qué pasará después del crepúsculo. Así son los libros que edito, los que rescato de autores olvidados o los que escribo yo misma. Libros de personas cuyas vidas quedaron suspendidas para siempre, en esos instantes mágicos del crepúsculo que preceden a la oscuridad.

Ambos guardaron silencio. Ella tenía los dedos entrelazados sobre la mesa. Monfort abrió el libro. En la primera página había dos entradas. Leyó que eran para un combate de boxeo que pronto se celebraría en una sala de

Barcelona. Miró a Alba y sonrió agradecido.

—¿Vendrá conmigo?

—No —contestó ella, a la vez que negaba con un leve movimiento de cabeza—. Creo que no voy a tener más opción que quedarme aquí un tiempo.

Podría haber pensado en compañía femenina para asistir a la velada de boxeo, aunque, inopinadamente, recordó que le debía un favor al subinspector Solano. A él le gustaría ir a un espectáculo de aquel tipo. Puede que hubiera chicas ligeras de ropa exhibiendo los carteles con el número del siguiente asalto. Sin duda, quedaría muy bien invitando a Solano.

Se puso en pie. Ella tenía que cumplir con su propósito de visitar a solas el lugar en el que su padre fue asesinado y él debía volver junto a su madre. El caso había terminado para él. Ahora el trabajo duro era asunto de la jueza Elvira Figueroa.

A través de las mangas de la americana aparecieron sus muñecas todavía envueltas en vendajes preventivos.

—Dígame una cosa —dijo mientras le estrechaba la mano—. ¿Fue un buen padre?

—El mejor —contestó Alba Casas entrecerrando sus negros ojos, brillantes por la emoción, barriendo con sus largas

y cuidadas pestañas toda sombra de duda.

Devolvió la llave de la habitación a la recepcionista del hotel. Agradeció la amabilidad prestada durante su estancia y se dirigió al garaje en busca del viejo Volvo. Antes de entrar, recibió una llamada del doctor Senent.

—¿Cómo está? —preguntó Monfort sin ni siquiera saludar.

—Vamos a operarla enseguida. Estamos preparando el quirófano.

Sintió la presión en su garganta y un ligero palpitar en las heridas de sus muñecas. Un desfile de imágenes pasó a

toda velocidad: su esposa, Violeta; los muros de piedra en seco que surcaban los campos cercanos a Vilafranca del Cid; el columpio que su padre construyó en la rama de un viejo árbol; las caricias de su madre antes de quedarse dormido. Vio también el rostro delicado de Encarna Querol, la mujer que en su juventud había dado un paso atrás para que su amiga pudiera quedarse con el hombre que amaba. Un secreto que ambas mujeres habían ocultado celosamente durante tantos años. Ahora, una de ellas se encontraba más cerca que la otra de dejar este mundo. Qué bueno sería si pudieran verse por última

vez y decirse todas aquellas cosas que nunca se dijeron.

—Tu madre me ha dicho algo —las palabras del doctor sacaron a Monfort de su ensoñación.

—¿Qué ha dicho?

Senent dejó pasar dos segundos eternos antes de contestar.

—Ha dicho que ojalá estuvieras aquí.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas aquellas personas que, directa o indirectamente, han tenido algo que ver en el proceso de escritura de este libro.

En primer lugar, por el esfuerzo de ayudarme, aconsejarme, corregirme y, en definitiva, de quererme de la forma en que lo hace, a Esther Miralles Forcada. Sin ella sería del todo imposible. Admito que no debe ser sencillo

compartir la vida con alguien que escribe.

A Julia, por sentirse orgullosa de su padre. Tengo una enorme curiosidad por saber qué pensará cuando sea mayor y lea estos libros.

A Mathilde Sommeregger, mi querida editora, por los sabios consejos, las palabras reconfortantes y las muestras de apoyo que me da cuando más las necesito.

A la familia Cuadros (Maite, Eva, Francisco), por creer en mí y mostrarme su cariño. También por descubrirnos a Frank McCourt y su maravillosa obra.

Al fantástico equipo de MAEVA, por la labor tan extraordinaria que hacen día

a día, sin la cual mis libros no serían lo que son.

A Manuel Navarro Forcada, por saber interpretar con su cámara el gesto de un autor difícil de retratar.

Asimismo, quiero dar las gracias por su apoyo a los amigos de Vilafranca del Cid. Ellos saben quiénes son.

A los librereros y libreras de todo el país, porque en tantas ocasiones el mérito es también suyo por su apoyo y confianza.

A Vicente Flors, el maestro viticultor que no puede faltar en las novelas del inspector.

A Salvatore y a Pilar. «El que tiene magia no necesita trucos», me dijo él en

una ocasión, y nunca olvidaré sus palabras.

A Kiko y a Juan. Siempre hay un lugar para Cesar en mis libros, y así seguirá siendo.

Y finalmente quiero dar las gracias de manera muy especial a los lectores que se han interesado por los casos del inspector, leyendo los libros, opinando, preguntando por las nuevas entregas, animándome a retomar su escritura, enseñándome y haciendo que me sienta feliz con lo que hago.

Nunca olvidéis que el inspector Monfort tiene algo de cada uno de vosotros.

Gracias de todo corazón.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Julio César Cano, 2017

© de la cubierta, Opalworks

© Maeva Ediciones, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788416690558

Conversión a formato digital: Newcomlab,

S.L.L.